Arwen Grey

El sueño de Kate



El sueño de Kate

Título: El sueño de Kate
©2026: Arwen Grey
©De los textos Arwen Grey
©Portada y maquetación: Irene Mendoza Gascón
Todos los derechos reservados

ÍNDICE

I
II
III
IV
V
VI
VII
VIII
IX
X
XI
XII
XIII
XIV
XV
XVI
XVII
XVIII
XIX
XX
XXI
XXII

XXIII
XXIV
XXV
XXVI
XXVII
XXVIII
XXIX
XXX
XXXI
XXXII
XXXIII
XXXIV
XXXV
XXXVI
XXXVII
XXXVIII
XXXIX
XL
XLI
XLII
XLIII
XLIV

I

Denver, Colorado

1889

Kate diría muchos años después, y con razón, que la culpa de todo la había tenido su costumbre de tener la cabeza en las nubes en lugar de estar atenta a lo que estaba haciendo.

Acarrear carbón para alimentar la caldera para calentar el agua de la lavandería no era su tarea preferida. La mente se le dispersaba como el vapor, que dibujaba formas extravagantes en el aire cargado de humedad del sótano. Además, por experiencia sabía que entretenerse allí significaba el riesgo de unos pulmones colapsados por el polvillo negro y un dolor de espalda horrible al día siguiente por culpa del peso de los capazos. Cuánto mejor estaría arriba, cerca de las ventanas y el aire fresco, aunque eso supusiera tener las manos enrojecidas y los nudillos despellejados de tanto restregar ropa sucia.

Un primer tropezón debió de servirle para recordar lo peligroso que era fantasear, pero Kate rio y le dio un puntapié al pequeño trozo de carbón que había estado a punto de hacerla caer.

Canturreando para sí, se dijo que aquel lugar no era tan malo. Era sucio, sí, y apestaba como debía hacerlo el mismo agujero infernal, pero tenía sus compensaciones. Nadie bajaba allí para meterse en lo que hacía ni tenía al encargado encima a todas horas. Mientras la caldera estuviera bien alimentada, podía hacer lo que quisiera, o casi.

Además, Kate había descubierto un truco para no tener que hacer tantos viajes al montón de carbón, aunque eso supusiera cargar más

el capazo. Tampoco es que fuera algo digno de un genio, pero ella se creía muy lista al llenar de más la cesta, al punto que las costuras de mimbre parecían a punto de reventar. Llenándolos así se ahorraba paseos, mientras que sus compañeras lo llenaban por la mitad y daban vueltas y más vueltas del montón de carbón a la caldera.

Sin embargo, ese día, estaba más pendiente de contar el tiempo que le quedaba para salir y poder ponerse con el libro que estaba leyendo que de lo que la rodeaba. Era divertido, aventurero y bastante salvaje, y se lo solía leer en voz alta después de cenar a su hija Jack y a su amiga Gertie, que trabajaba con ella en la lavandería.

Como su mamá siempre había dicho, y también el viejo Frank, que la quería mucho pero no aguantaba sus tonterías, estar siempre en las nubes, le traería la ruina algún día. Porque era conveniente tener los ojos, la cabeza y los pies en lo que se estaba haciendo. Y ella no los tenía ni por asomo, y así fue como, por no hacer caso al aviso del Señor en forma de tropezón de que dejara de soñar despierta, la desgracia cayó sobre ella. Aunque, si bien eso no se le ocurriría hasta muchísimo tiempo después, si pensaba en cómo se habían dado los acontecimientos, tal vez aquello había sido lo mejor que jamás le había ocurrido, porque cambiaría su vida para siempre.

El caso es que allí estaba ella, pensando en las musarañas, como siempre que le tocaba trabajar alimentando la caldera, pensando en lo bonito que sería poder trabajar al aire libre, lejos de Denver, una ciudad fea y atropellada. Era triste estar rodeada de gente que pasaba junto a una sin saludar, siempre con prisa y cara avinagrada. Le encantaría no tener que respirar aire sucio y pisar un suelo todavía más sucio, y soñaba con lo bonito que sería tener una casa propia para ella y para Jack, con un buen bancal de patatas, bien gordas y sabrosas, y muchas rosas de colores, todas suyas para poder disfrutarlas y olerlas a placer. ¡Oh, cómo le gustaría poder sentarse a leer a la sombra de un buen árbol con una buena jarra de limonada y una hornada de galletas de manteca a mano! Fue entonces cuando el capazo demasiado lleno reventó.

Y no habría ocurrido nada si uno de los feos pedruscos de carbón no hubiera ido a caer bajo uno de sus pies, haciendo que se cayera de espaldas y fuera a chocar con la puerta abierta de la caldera. Pero, como suele pasar, las desgracias jamás vienen solas. Porque a la miseria, como decía su mamá, le gustaba la compañía.

La pieza de hierro se clavó en sus costillas bien clavada. Y no solo eso, sino que quemaba como las ascuas del infierno, como si el viejo Belcebú la hubiera estado calentando él mismo para castigarla por no estar atenta a sus tareas.

El resultado fue que se partió dos costillas y una de ellas tuvo la poca decencia de asomar su rostro puntiagudo por la piel. También se quemó el vestido, aunque esa fue la menor de sus preocupaciones, porque eso le evitó una quemadura peor en la piel.

—Ese día el Señor estaba mirando por ti, ya que tú no lo hacías, Kate Kelly —le decía el doctor cada vez que la visitaba en el hospital, mirándola como si fuera tonta y no comprendiera cómo Dios había salvado a una criatura tan boba.

Kate siempre asentía, más que nada porque tenía pánico a llevarle la contraria, como el resto de los pacientes.

Cuando el doctor decía que no debía moverse, Kate temía hasta respirar, por si él estaba observando. Luego pensaba que a lo mejor tendría compasión de ella si respiraba un poquito, al menos. Y entonces, siempre ocurría, empezaba a picarle la nariz, y no le quedaba otro remedio que rascarse, y todas sus buenas intenciones de comportarse se iban al infierno.

Fuera Dios o la buena suerte lo que la había salvado, el accidente en la lavandería había repercutido en muchos aspectos en la vida de Kate. Aparte de las costillas rotas y un costurón con varios puntos muy mal dados que le dejarían una herida bastante fea. Tenía la sensación constante de que tenía que caminar siempre un poco inclinada hacia la izquierda porque la piel le tiraba, aunque el médico decía que se le acabaría pasando o se acostumbraría. Había tenido la suerte de que la costilla no le hubiera perforado el pulmón. Supuso que a eso se refería el doctor cuando le decía que ese día

Dios había mirado por ella. En cuanto a su dolor en el costado, le quitaba importancia con la poca diplomacia habitual:

—De todas formas, tampoco es que fueras a ganarte la vida con tu andar elegante.

El resto de los enfermos de la planta se reían de los chistes del doctor, aunque Kate pensó que no les parecían tan graciosos cuando ellos eran las víctimas de su lengua viperina.

Por eso, no lo echó de menos cuando al fin, aunque coja y débil, le dio el alta.

Y al salir fue cuando supo que su accidente lo había cambiado todo. Mientras estaba enferma, su situación había sufrido ciertos cambios, y no solo físicos. Perder el empleo fue tal vez era el cambio más importante de todos. También había perdido su alojamiento porque ya no podía seguir pagándolo. Pero, mientras trataba de caminar sin perder el aliento hacia la habitación donde se alojaba su amiga Gertie, que la había acogido en su casa junto con su pequeña, pensó que siempre había una luz en la oscuridad.

Porque, como el doctor decía, jamás podría ganarse la vida con su elegante caminar, pero tenía que vivir y comer. Y no estaba sola, tenía una hija a la que alimentar, así que no podía sentarse en medio de la calle y echarse a llorar, por mucho que sintiera deseos de hacerlo.

Cierto que dedicó unos minutos a maldecir a sus patronos por echarla sin paga para compensar los supuestos daños que había causado en la caldera y por retrasar el trabajo de una jornada, cuando al fin y al cabo lo suyo no había sido más que un accidente que podría haberle ocurrido a cualquiera. Aunque luego pensó que, en el fondo, el empleo en la lavandería jamás le había gustado.

Por primera vez en mucho tiempo, aunque hablar de mucho tiempo cuando una tiene veintiséis años quizás pueda parecer exagerado, Kate tuvo que sentarse para pensar qué hacer con su vida.

Hasta ese momento, pensó, no había tenido mucho poder de decisión al respecto.

Había nacido donde le había tocado, en un lugar ni demasiado feo ni demasiado bonito de Arkansas que apenas recordaba porque lo habían abandonado cuando su papá había muerto en la guerra cuando ella era poco más que un bebé. Su mamá se había vuelto a casar cuando se había firmado la paz porque siempre decía que una mujer sola no podía cuidarse ni cuidar de sus hijos. Ahora Kate sabía que eso no era cierto, aunque también estaba convencida de que tener a un buen hombre al lado hacía las cosas mucho más sencillas.

Kate la recordaba trabajando sin parar y hablando poco, dando de comer a un hombre al que jamás llamaba por su nombre de pila, como si fuera su empleador y no su marido. Por aquel entonces, era curioso, le había parecido de lo más normal que todo fuera así. Aquel hombre no era su papá, sino el señor Harrison, pero sí era el papá de algunos de sus hermanos. Tenían una pequeña granja que daba lo suficiente para vivir, pero poco más. Después de casarse, su mamá y su nuevo marido se habían trasladado a Colorado, donde el clima se suponía dulce. Kate, sin embargo, podía recordar noches frías donde se acurrucaba con los niños más pequeños para no morir congelados. Se trabajaba mucho, se descansaba poco y se hablaba menos, pero Kate recordaba con cariño aquellos días, porque su mamá sí les había regalado algo valioso, aunque tal vez ella no lo considerase así.

La ahora señora Harrison había sido maestra antes de casarse y poseía una pequeña colección de libros para niños que había usado para enseñar a sus antiguos alumnos y que ahora utilizaba para dar lecciones a sus hijos. Jamás hablaba de esos días, como no hablaba de nada más, pero hacía que sus hijos leyeran y escribieran un poco cada día. También les daba lecciones de geografía y matemáticas y de cosas que al señor Harrison le parecían tonterías de mujeres, pero ella no cejaba en su empeño.

Kate sospechaba que aquel era su único momento feliz del día, aunque jamás sonreía ni parecía disfrutar lo más mínimo. A pesar de todo, por muy cansada que estuviera, no faltaba ningún día a sus lecciones, salvo los domingos, cuando, como el buen Señor, descansaba después de sus tareas más duras.

No les soltaba sermones acerca de la utilidad que eso tendría un día ni asentía satisfecha ante sus logros, pero se aseguraba de que concluyeran sus tareas diarias antes de ir a la cama, como si fuera algo más que hacer, como ordeñar, sembrar, lavarse las manos o bendecir la mesa antes de comer.

Y entonces, un día cualquiera, había muerto después de dar a luz a su último retoño. Nada había presagiado que pudiera pasar algo semejante. Ya había dado a luz ocho veces antes, aunque tres de los niños habían muerto al poco de nacer. Simplemente, cuando se debería haber levantado de la cama después de parir, se recostó contra la almohada y dijo que iba a dormir, porque estaba cansada.

Y ya no se despertó.

Al enterarse, nada más volver de los campos, de lo que le había ocurrido a su esposa, el señor Harrison se quitó el sombrero y murmuró algo por lo bajo. Kate siempre quiso pensar que había sido una oración, pero no lo conocía lo bastante como para estar segura. En realidad, nunca había hablado con él. Siendo la mayor, se dio por descontado que tendría que ser la mamá de los más pequeños, así que a ello se puso, aunque no tenía más conocimiento acerca del asunto que lo que le había visto hacer a su madre y a los animales. Por suerte, eran buenos hermanos y nada tontos, así que se las apañaron bastante bien hasta que el viejo Frank, que era un conocido del señor Harrison, empezó a aparecer por casa a cenar muy a menudo, aunque nunca había habido invitados por allí mientras su madre vivía.

El viejo Frank no era viejo en realidad, pero todo el mundo lo llamaba así porque caminaba como encorvado por culpa del trabajo en el ferrocarril y los pesares. Tenía, eso sí, el pelo un poco gris y más de cuarenta años, así que, a Kate, que solo contaba con trece años cuando lo conoció, sí le parecía viejo, y todavía más a sus pequeños hermanos. Se decía que había tenido una esposa e hijos, pero que habían muerto de alguna fiebre y que desde entonces caminaba como un alma en pena, arrastrando los pies y la mirada fija en el polvo del suelo, como si buscase algo allí, y que jamás sonreía.

A los dos o tres meses de que comenzaran sus visitas y tal vez seis de la muerte de su mamá, el viejo Frank se presentó ante la puerta con unas flores atadas de mala manera con un lazo rosa deshilachado y el señor Harrison le dio un empujón a Kate que le dejó bastante claro qué era lo que se quería de ella.

No era tan tonta ni tan joven como para no haber escuchado las habladurías. Ya era una mujer y la obligación de una mujer era ser esposa y madre.

Tenía catorce años cuando se había casado con él y solo podía pensar en que era feliz de tener una casa para que ella y sus hermanos vivieran juntos y no tener que preocuparse de buscar trabajo ni comida. Además, no tendría que preocuparse por que cualquier día el señor Harrison la echara de su casa, porque, al fin y al cabo, ella no era su hija y ni siquiera sabía batir bien la mantequilla. Por mucho que lo intentara, había demasiado trabajo y no llegaba a todo. En su propia casa, pensó, al menos trabajaría para ella misma.

Ser esposa no era distinto a no serlo. Bien, había ciertas diferencias con respecto a la vida en la granja, como no tener que madrugar para ordeñar, pero no tantas como habría esperado. Tenía una casita pequeña y limpia para ella y sus hermanos, de quienes cuidaría hasta que fueran lo bastante mayores como para que fueran de utilidad para su padre. Podía hacer lo que quisiera siempre y cuando mantuviera su hogar en el estado en que su esposo quería. Y el viejo Frank no era exigente. Le gustaba tener un plato caliente, una cama limpia y silencio cuando llegaba a casa. Poco más.

Cocinaba, limpiaba y hasta podía plantar flores, que era algo que siempre había deseado, pero no había podido hacer porque cada pequeño trozo de terreno disponible en la granja se debía cultivar o usar para alimentar a los cerdos que criaba el señor Harrison para vender.

Al día siguiente de la boda habían abandonado la granja y se habían instalado en su nueva casa, cerca de las obras del ferrocarril. Era poco más que un barracón itinerante, pero a Kate le pareció un paraíso, porque era suya. Algunos lo llamaban el infierno sobre

ruedas por la dureza de las condiciones de vida, y sin duda había partes del campamento que no eran aptas para una mujer decente, pero ella vivía en una zona que no se diferenciaba demasiado a un pueblo cualquiera.

Se atrevían a llamar a aquel sitio ciudad, aunque estaba muy lejos de serlo.

El campamento más o menos fijo que seguía a la construcción del ferrocarril llevaba en su seno a lo mejor y a lo peor de muchas partes del mundo. Kate, que apenas había salido de la granja antes de casarse, vio por primera vez a gente con la piel negra, y también a chinos.

Irlandeses, alemanes, franceses, ingleses… aquel lugar era un hervidero de nacionalidades que apenas se mezclaban entre sí, como no fuera a la hora de buscar diversión o beneficio. Entonces las fronteras del idioma y de los prejuicios desaparecían como por ensalmo.

Sin embargo, Kate era demasiado joven y estúpida como para ver más allá de las cuatro paredes que la rodeaban.

Su marido le dijo que se ocuparía de que alguien la cuidara mientras él estuviera ausente, y así fue. Cada pocos días una mujer o un niño aparecía ante su puerta con un paquete o una cesta y se largaba antes de que pudiera preguntar ni interesarse por su origen, aunque lo importante era que jamás le faltaba de nada ni a ella ni a sus hermanos.

De nada salvo compañía, como no fuera la de los niños.

El viejo Frank pasaba mucho tiempo fuera de casa y casi podía decirse que no se conocían.

Cuando volvía, siempre se la quedaba mirando, encorvado, con el pelo cada vez más blanco, y le preguntaba si había crecido o eran imaginaciones suyas. Después se iba al bar y regresaba unas horas más tarde, cuando ya era muy muy de noche y ella estaba muy muy dormida y apenas notaba que había vuelto. A lo lejos siempre se oía música y también gritos de borrachos, porque parecía que en ese lugar nunca dormía nadie salvo ellos.

Un día, después de una de sus visitas, tras semanas de ausencia, alrededor de su segundo año de matrimonio, Kate descubrió que estaba embarazada. O más bien fue una de sus vecinas la que se lo hizo notar.

Por lo visto, no le había sentado mal algo que había comido. Lo que le ocurría era lo mismo que le había ocurrido a su mamá.

De pronto, su malestar tuvo explicación. Debería haber recordado a su mamá, pálida después de sus vómitos matutinos y su cansancio perpetuo.

No era extraño, le dijo su vecina, sonriendo y señalando su tripa, que un día crecería y crecería, aunque todavía estaba lisa. Estaba casada y eso era lo que les ocurría a las mujeres casadas siempre y cuando sus maridos todavía se acordaran de que una los esperaba en casa.

La vecina, que era una de esas personas que se encargaba de que ella y sus hermanos siempre tuvieran comida y ropa limpia, le dijo que el viejo Frank, aunque a veces parecía que tardaba una eternidad entre visita y visita, como su propio marido, siempre recordaba que ella lo esperaba. Y Kate rio a carcajadas, como si lo que había dicho fuera muy gracioso. Porque era cierto que el viejo Frank siempre volvía. Y se comportaba como si no se hubiera ido jamás.

Se acarició la tripa, sorprendida, como si fuera cosa de magia que eso pudiera ocurrirle a ella.

Le escribió al viejo Frank para contárselo, imaginando que sonreiría, como cuando miraba a sus hermanos jugando frente a la casa desde la puerta cuando regresaba de una demolición, con las manos sobre las rodillas, rodeado de macetas con rosas, que crecían irregulares pero hermosas. Solo que él jamás llegó a leer la noticia. Estaba excavando un túnel para el ferrocarril cuando una carga de dinamita mal colocada reventó a todo su grupo.

La noticia llegó rápido, como llegan siempre las malas noticias.

No sabía si estaba pelando patatas o tratando de domar los malditos rosales, pero seguro que estaba sola, eso sí lo recordaba bien. Los niños estaban por ahí jugando con los críos salvajes de los

trabajadores. Pensaba tal vez en que le tocaría remendar sus pantalones y en que no había tela suficiente en el mundo para vestir a esas criaturas.

Primero escuchó un grito, que pasó por delante de su casa como el aullido de un coyote. No supo si era de un hombre o una mujer, pero olvidó al instante lo que estaba haciendo. Se asomó desde el porche y vio a un grupo de mujeres reunidas. Quiso unirse a ellas, pero no lo hizo. Apenas tenía contacto con nadie allí, salvo con su vecina y los niños y otras mujeres que le traían la comida, y ni siquiera hablaba con ellos, más allá de unas pocas palabras.

Por eso tardó unas horas en enterarse de lo que había ocurrido. Un chico despeinado y con cara triste le trajo la noticia casi al anochecer, aunque para entonces Kate ya se lo imaginaba. No era el primer accidente que vivía estando allí y siempre que ocurría algo terrible se cernía sobre los habitantes del asentamiento el mismo silencio negro.

—Dinamita, señora Kelly. No se ha librado ni uno —dijo el chico antes de irse corriendo otra vez.

Kate intentó sentirse desgraciada, pero al principio no lo consiguió. La tristeza llegó después, al darse cuenta de que apenas recordaba el rostro del que había sido su marido y de que apenas sabía nada de él. Solo sabía que era un hombre triste y que ella no había conseguido hacerlo feliz.

Siempre tendría el consuelo de que no había sufrido, porque todo había sido tan repentino que no se había dado cuenta de lo que se le venía encima. El día en que a ella le tocara la hora de encontrarse con el Creador, quería tener la misma suerte.

Sola otra vez, o todo lo sola que puede estar una jovencita de dieciséis años embarazada y con varios hermanos a su cargo, Kate se había encontrado otra vez con planes por hacer, sobre todo cuando recibió una notificación de la Union Pacific donde le ofrecían su pésame, pero la urgían a abandonar la casa, ya que solo se les otorgaba alojamiento y comida a los trabajadores de la empresa y a sus familiares, y ella y los niños ya no cumplían tal requisito. Al menos tuvieron la decencia de abonarle una pequeña cantidad a

modo de compensación, aunque luego cayó en la cuenta de que debía de tratarse del sueldo atrasado del viejo Frank.

Era la primera vez que tenía dinero en la mano, o al menos cierta cantidad. Y era todo suyo. Eso suponía libertad. Toda la que podía permitirse una viuda rodeada de niños.

Así que, tal vez menos triste de lo que cabría esperarse en una joven en su estado y situación, se había mudado a la ciudad, esta vez una de verdad, de donde un cesto de mimbre reventado y la puerta de una caldera querían expulsarla diez años después.

A lo mejor, si se tratara solo de ella, podría haber esperado a curarse y seguir sin más con lo que había hecho hasta ese momento, pero de pronto recordó que no estaba sola, porque tenía a una pequeña hija de nueve años a su cargo, y lo cierto era que no quería seguir con lo que había hecho hasta ese día.

Casi podría decir, a riesgo de parecer blasfema, que el reventón del cesto había sido profético. ¿Acaso no llevaba años queriendo escapar de esa ciudad contaminada, de esas condiciones laborales nefandas? ¡Y pensar que en algún momento había pensado que vivir en Denver supondría libertad! Al principio se lo había tomado incluso como una aventura, pero, ahora que ya no tenía a sus hermanos a cargo, ya que habían encontrado puestos como aprendices o en fábricas, o habían regresado con su padre a la granja, podía plantearse nuevas oportunidades.

Había trabajado desde niña como un animal, había criado a sus hermanos, se había casado cuando apenas sabía lo que significaba aquello, se había convertido en madre ella misma, había enviudado. Y allí estaba, tan pobre como el primer día, aunque, sin duda, no tan tonta ni tan inocente.

No.

Había llegado el momento de buscar su casa al aire libre y hasta de intentan conseguir sus propias patatas, bien jugosas, y sus hermosas rosas.

En todo caso, ¿qué podía perder?

—Se suponía que venías de visita, hijo. ¿No crees que ya trabajas lo suficiente?

Graeme Murray miró a su madre y sonrió. Tenía razón al decir que parecía incapaz de relajarse, pero era complicado para él estar sentado ahí, ante una mesa repleta de comida, sin nada más que hacer en todo el día que comer hasta reventar, hacer la digestión y pensar en qué tirar el resto de las horas del día.

En general, cuando se encontraba en su propia casa, a la hora del almuerzo ya había hecho al menos diez tareas y le parecía impensable pararse para leer las noticias o a planear la jornada durante horas.

—¿Has pensado ya en alguien? Porque supongo que debes de tener una lista de candidatas para presentarme.

Martha dio un respingo ante la rudeza de su hijo. Era indudable que allá en las montañas había olvidado lo que eran los modales.

—Supongo que comprenderás que no puedo condenar a ninguna de mis amigas o de mis conocidas a enterrarse en vida en un paraje semejante, Graeme. Mi conciencia no me lo permitiría. Aunque, si me dijeras que has cambiado de idea con respecto al matrimonio…

Graeme resopló, pero no se molestó al escuchar lo que su madre pensaba sobre su hacienda en las montañas de Wyoming ni sobre su idea de no volver a casarse después de que su esposa hubiera muerto hacía ya más de dos años.

Ella jamás comprendería que hubiera cambiado la vieja Escocia por otro páramo. Era inútil explicarle que sus tierras no se parecían en nada a las que habían dejado atrás. Que en su casa el ganado crecía gordo, apacible, que la comida era abundante, que había caza suficiente como para alimentar a la población de toda Gran Bretaña, si fuera necesario, y el aire frío y cantarín hacía que la sangre corriera por sus venas como un potro desbocado. Que, en definitiva, aquello era su hogar como no lo había sido el lugar donde había nacido. En cuanto al matrimonio, no quería una esposa. No necesitaba otra esposa.

—Entonces, no te importará que haya puesto un anuncio en los periódicos para buscar a alguien.

Martha dejó la taza de té de golpe sobre la mesa. La porcelana que había heredado de su madre peligró durante unos instantes, pero sobrevivió cuando Graeme puso su mano sobre ella para detener el bamboleo.

—Pero cualquiera podría responder…

—Y será lo más refrescante que me habrá pasado en años, madre.

Martha parpadeó y se preguntó si su hijo no estaría sufriendo algún tipo de fiebre cerebral por culpa de la soledad. Se decía que los montañeses tenían alucinaciones y padecían todo tipo de accesos de locura después de pasar tiempo a solas, y Graeme jamás había sido un niño solitario. Él era hablador, divertido, chistoso, pero también demasiado imaginativo y hasta peligrosamente soñador. En su momento eso les había parecido encantador a todos los que lo conocían y amaban, pero estaba claro que ahora estaba demostrando ser peligroso. Su hijo no estaba hecho para vivir a solas en un lugar remoto, rodeado de bichos apestosos y de rocas. Era cierto que había gente que trabajaba a sus órdenes, pero a aquello no se le podía llamar compañía. ¿Qué tipo de conversación podía tener alguien educado en los mejores colegios de Edimburgo y aficionado a la poesía de Burns con criadores de vacas y aparceros?

Tal vez, pensó, no le vendría mal algo de compañía en la cabaña en la que vivía.

Nunca se había parado a pensar en lo que podría haberlo afectado la muerte de Anne. El hecho de que jamás hablara de ello no quería decir que su hijo no sufriera.

Aunque eso de que fuera una cualquiera quedaba descartado.

—Te ayudaré en la selección —dijo, irguiendo la barbilla, afilada y matizada con polvos—. No queremos a una muchacha débil y pusilánime que se asuste al ver el lugar desolado en el que tendrá que vivir, o algo todavía peor.

Graeme ahogó una sonrisa. Sin duda su madre se había hecho una idea absurda en la que él moraba en una cueva o, como mucho, en una cabañita mal construida, con troncos desparejados, llena de corrientes, con trapos a modo de cortinas y una chimenea

humeante. Sería una decepción para ella ver su hermosa casa de piedra y madera, con sus cuatro estancias y sus corrales amplios y bien ventilados, su cocina encargada en la capital y sus comodidades. No tenía nada que envidiarles a muchas casas de la ciudad. ¡Si hasta tenía una bañera capaz de albergarlo a él!

Solo que su madre era incapaz de viajar hasta allí para verlo en persona. De solo imaginarlo, se le escapaba una risa maliciosa que hacía que la señora Murray se irritase todavía más.

Sin embargo, a pesar de las enormes ventajas de su hogar, reconocía que le faltaba una mano femenina que lo ayudara a llevarla, porque él tenía demasiado trabajo con las tierras y el ganado, y no tenía demasiado tiempo para la casa.

No era exigente.

Solo pedía una mujer fuerte, que no tuviera miedo al trabajo duro ni a la nieve en invierno, a la que le gustara un poco de charla interesante a la luz del fuego, pero que fuera discreta, que se mantuviera en su lugar y no se metiera en sus asuntos.

Pagaba bien y era un amo justo. Estaba convencido de que no le costaría encontrar a una buena mujer dispuesta a aceptar sus términos y en poco tiempo, porque no faltaba mucho para que el ganado estuviera listo para bajar a los pastos de invierno.

II

—No estoy muy segura de si quiere un ama de llaves o un perro.

Kate apretó los labios y entrecerró los ojos para volver a leer el anuncio, escondido entre las decenas de notas similares. Denver era una ciudad lo bastante grande como para que un anuncio semejante hubiera pasado desapercibido durante días, pero había saltado a sus ojos como si estuviera escrito en letras doradas.

Acomodado hacendado busca mujer discreta y agradable para hacerse cargo de la casa y dependencias en sus tierras de D., Wyoming. No son necesarios informes, pero se agradecerán buena disposición y mejor ánimo, y también buena salud. Buen amo. Buena paga.

Interesadas, diríjanse a…

—Creo que se refiere a que no quiere golfas ni viejas arpías —dijo Gertie, resiguiendo las líneas con el dedo y leyendo para sí con dificultad. Apenas conocía las letras y envidiaba la facilidad con la que Kate podía devorar cualquier cosa escrita—. Tú cumples sus requisitos y alguno más. No especifica que no se puedan tener hijos. Eso es bueno. Hay gente que cree que las viudas con hijos tienen que retirarse del mundo y que solo sirven para buscar a otro hombre que las mantenga. Aprovecha y escríbele con tu bonita letra antes de que se arrepienta —añadió, señalando el anuncio con tanto ímpetu que le arrancó el diario de entre las manos.

Kate bufó, no demasiado convencida. Su amiga Gertie asentía, tan entusiasmada que, si seguía así, la cabeza se le descoyuntaría y saldría rodando por el suelo. Su propia madre había pensado que no podría sobrevivir sin otro marido y se había casado con un hombre al que no amaba y con el que apenas hablaba, como no fuera de la

próxima comida. Pero ella no era su madre y habían pasado años desde que la había perdido. Quería pensar que ella tenía más oportunidades en la vida que su mamá. Era cierto que el anuncio no hablaba de hijos, ni tampoco del estado civil de la candidata en cuestión. ¿Quién decía que no pudiera acceder al puesto una viuda con una niña a su cargo? Ella tenía buena disposición y mejor ánimo, y con el tiempo tendría buena salud, en cuanto se recuperase de su accidente en la lavandería.

—¿A qué se referirá con «acomodado hacendado»? ¿Será rico o solo uno de esos tipos que creen que por tener cuatro bichos y un jergón donde caerse muerto ya es ser el rey del mundo?

Kate se removía por la habitación, dando largos pasos de un extremo a otro, cubriéndola en tres o cuatro, dado su diminuto tamaño. Aunque el anuncio parecía la respuesta a todos sus problemas, no podía evitar ver sombras detrás de cada una de las palabras.

Habían leído demasiadas historias sangrientas como para que la imaginación no se les disparase.

—¿No será uno de esos que atraen a las mujeres para seducirlas y luego asesinarlas? Hemos leído cosas terribles, y sabemos que existen los hombres así, Kate. No podría soportar que te ocurriera algo semejante. ¿Qué sería de Jack? Esa pobre niña indefensa se quedaría a merced de un salvaje y no podría hacer nada por ella. Aunque, claro, tampoco me iba a enterar, porque para entonces tú estarías enterrada en las montañas de Wyoming, o tal vez engullida por ese montañés, y yo jamás sabría lo que os ha ocurrido. ¡Imagínate!

Gertie frunció el ceño y miró a Kate, que daba vueltas y más vueltas, agitando las manos alrededor de la cabeza con cada suposición de su amiga. Era una suerte que la pequeña Jack no estuviera allí y hubiera salido a jugar con los vecinos, porque, de lo contrario, estarían de lo más apretadas en la habitación.

Desde que la habían despedido de la lavandería, Gertie las había acogido en su pequeña habitación, haciendo caso omiso a los rezongos de su casera. Solo tendrían que apretarse y compartir el

jergón, el espacio, los utensilios y el aire. Nada a lo que ninguna no estuviera acostumbrada desde niñas.

Se habían conocido hacía años, cuando habían coincidido en una cantina, cuando Gertie le había derramado el café encima del libro a Kate. Ella, lejos de enfadarse, se había reído y le había dicho que era una pena tener que esperar para conocer el final. Gertie le había dicho que, para compensarla, le invitaría al café y le contaría el final de la historia de Los terribles ladrones de caballos, porque lo había leído justo la semana anterior. Más tarde habían empezado a trabajar juntas en la lavandería, lo que solo había hecho que su amistad se hiciera más fuerte, porque solo la verdadera amistad podía resistir un trabajo tan horrible.

Gertie era lo más cercano a una hermana que había tenido Kate.

Las dos decían que una amistad creada así sería irrompible y nada hasta el momento les había demostrado lo contrario.

—Pues supongo que si fuera un asesino no podrías hacer nada, porque ya estaría… bien… muerta —dijo Kate, fingiendo naturalidad, aunque por su cabeza volaban las historias que habían compartido en sus momentos de descanso y las tardes en los parques, con la niña jugando a sus pies—. Al menos tú te acordarías de mí para siempre y seguro que cuidarías de Jack.

—Pero Jack estaría contigo, querida…

Kate levantó la cabeza de golpe, como dándose cuenta de la lógica aplastante de ese hecho.

—Le escribiré. Si es mala persona lo sabré al instante al ver su respuesta. Mi mamá siempre decía que el alma de una persona se ve en su forma de escribir.

Gertie asintió con un nuevo cabezazo que hizo que todo su pelo postizo, en el que se había gastado la paga de una semana, se adelantase hasta colocarse en su frente. Lo devolvió a su sitio de modo mecánico y lo aseguró con las horquillas.

—Muy bien, amiga. ¡A la aventura! ¿No llevamos años envidiando a las heroínas de las novelas? Ya es hora de que alguna se anime a probar a salir de este agujero. Ojalá fuera tan valiente como tú.

Kate levantó un puño y sintió que las mejillas se le coloreaban de emoción. No iba a decir que no sintiera miedo, por supuesto, pero estaba convencida de que a la gente buena siempre le ocurrían cosas buenas.

—¡A la aventura!

Martha tiró sobre la mesa la docena de cartas que habían recibido en respuesta al anuncio de Graeme en el periódico y resopló.

—No debiste decir que tienes dinero. Todas estas mujeres parecen cazafortunas. A quién se le ocurre poner un anuncio diciendo que eres un rico hacendado, por Dios Santo. A veces creo que no estás bien de la cabeza, y el hecho de estar en este país de salvajes es un ejemplo de ellos. ¡Un par de ellas hasta preguntan si estás casado!

Graeme sonrió y tomó una de las cartas para releerla.

—¿Y qué tiene de malo eso?

Martha siseó como una víbora rabiosa.

—¿No estarás pensando en serio desposarte con una de estas mujeres?

Él se encogió de hombros. Hacer rabiar a su madre no era muy recomendable si pensaba quedarse en su casa al menos unas semanas más, pero era demasiado sencillo y divertido verla echar espuma por la boca y fuego por los ojos.

Martha había adorado a Anne, con su carácter tranquilo, tan apacible como un arroyuelo en verano. Anne, elegante y educada, capaz de tocar el piano y recitar poesía ante sus amistades de la alta de sociedad, sonriendo durante horas sin mostrar ni por un instante su malestar, como si ninguna nube se pasara jamás por su mente. Solo que esa era la Anne que ella quería mostrarle a su madre. En privado su esposa podía ser tan voluntariosa y protestona como ella misma.

—Reconoce que lo haría todo mucho más sencillo. El matrimonio con una mujer trabajadora, cooperadora y con experiencia me ahorraría muchos problemas. Y creo me saldría más barato. Además,

llevas años diciéndome que me case. Deberías estar encantada con todo esto —añadió con socarronería.

Martha lo miró con preocupación evidente.

—De verdad que creo que no estás bien, Graeme. Todo este asunto puede parecerte una broma, pero lo de meter a una mujer desconocida en tu hogar puede ser peligroso. Los dos solos, allí en las montañas… Podría ser una ladrona, una criminal, cualquier cosa, hasta una perdida, Dios no lo quiera. Si vas anunciando a los cuatro vientos que posees una fortuna, va a haber una carrera con todas las mujerzuelas de este país para disputarse ese puesto. Y créeme, hijo mío, no todas las mujeres son como tu madre.

Él ocultó su sonrisa tras una tosecilla, porque lo último que le gustaría tener en su casa sería a alguien como ella. Porque su madre, no podía negarlo, era una mujer maravillosa, fuerte e inteligente, pero no era el ejemplo de mujer con la que le gustaría pasar el resto de su vida, aunque fuera en forma de ama de llaves.

Sin embargo, Graeme se preguntó hasta qué punto no tendría razón su madre con sus sospechas, por mucho que la imagen que había pintado la señora Murray de las mujeres estadounidenses y del país que los había acogido en general era más bien terrible.

Porque, para ser sincero, algunas de las respuestas recibidas no disimulaban sus intenciones.

«… ¿No ha pensado usted, como adinerado hacendado, que lo que más le conviene es encontrar una buena esposa que cuide de usted...»

«… No crea usted, mi buen señor, que se encuentra ante una mujer descarada, pero he pensado que tal vez se sienta solo y…»

«… Casémonos, señor mío. Como ve, soy una mujer directa…»

Por supuesto, no todas las respuestas eran así, pero sí la mitad de ellas, aproximadamente, o tal vez más.

Tal vez, como su madre había dicho, había sido un error insinuar que poseía una cierta fortuna. Había creído que eso animaría a las posibles candidatas mucho más que si creían que era un pobre campesino que vivía en un peñasco aislado. Lo del peñasco aislado

no dejaba de ser cierto, o casi, pero tenía que incentivar a las pobres mujeres de algún modo.

—Todavía estás a tiempo de olvidarlo. Si has podido apañártelas solo hasta ahora, puedes seguir haciéndolo. O puedes instalarte en la ciudad, conmigo.

Graeme miró a su madre, que había bajado la vista hacia el montón de cartas, disimulando que era allí hacia donde había querido llevar el tema todo el tiempo.

Se dijo que no debería molestarse. Al fin y al cabo, suponía que su madre solo se preocupaba por él y por su bienestar, como hacían todas las madres.

—No sé cómo se tomarían tus tapicerías y cortinas que metiera en tu salón a mis rebaños de vacas Longhorn, porque sus cuernos, ya sabes… —estiró los brazos, indicando el calibre de los cuernos de las vacas, famosas por la largura de sus cuernos, que les habían dado su nombre—, pero te agradezco la invitación —añadió con una sonrisa torcida.

Martha se sonrojó por debajo de los polvos.

—Este empeño tuyo de ser granjero va a acabar conmigo, Graeme.

Él se acercó y le dio un beso en la mejilla. No tenía sentido volver a explicarle a la señora Murray que no había viajado desde Escocia ni había construido una granja solo para fastidiarla.

—Este empeño mío en ser granjero es lo que me hace feliz, y tendrás que comprenderlo algún día. Y ahora, ayúdame a escoger entre las que no quieren convertirse en tu futura nuera. Seguro que debe de haber alguna que parezca… no sé… normal.

—¡Ha respondido!

Kate tardó en comprender lo que decía Gertie, que sostenía un sobre en lo alto y lo agitaba como si se tratara de una bandera.

La respuesta había tardado nada menos que dos semanas, así que ya no la esperaba. Había pasado los últimos días buscando un nuevo trabajo, pero no había habido suerte. Su aspecto, paliducho y

evidentemente desmejorado, no ayudaba. Todavía no se había recuperado de la herida y la cicatriz en el costado hacía que tuviera que caminar un poco encogida hacia la izquierda, como si estuviera cargando siempre con el dichoso cesto de carbón. Al final el doctor había tenido razón y tendría que acostumbrarse.

Por suerte, Gertie les había asegurado que no tendría que preocuparse por el tiempo que pasaran con ella ni por perder los pocos ahorros que le quedaban. Limpiaba la habitación y cocinaba para ella, además de realizar pequeños encargos para agradecerle que las acogiera.

Su amiga podía agitar la cabeza como una muñeca rota y hablar a veces como si le hubiera dado demasiado el sol, pero era buena y generosa, y agradecía mucho su compañía. Además, le gustaba tener la comida y la cena preparadas al regresar de trabajar, y la casa limpia y recogida. Siempre decía que no conocía a nadie tan limpia como Kate. Por no hablar de que adoraba a la pequeña Jack, que era tan lista como una ardilla, y ya leía y escribía de corrido, si no se fijaba una demasiado en sus faltas de ortografía.

—Quiero abrirla yo. Déjame, por favor. Creo que me lo merezco —dijo Gertie, guardándose la carta contra el pecho, como si fuera un tesoro, con los ojos brillantes y grandes como los de un cachorro.

Kate pensó que, en efecto, Gertie se merecía tener el privilegio de abrir la carta del rico hacendado, como habían dado en llamarlo.

Habían pasado noches enteras bien tapadas en la cama, con las caras pegadas, con Jack dormida entre las dos, imaginándolo bien gordo, sentado a una mesa llena de manjares deliciosos como cochinillo asado, cordero a la brasa, pasteles de manzana y cerezas, bien pringosos, rezumando con sus salsas de frutas y nata cremosa y ácida, patatas gordas y humeantes con crema agria, puros y vinos, licores y cientos de manjares que eran incapaces de inventar. Iría vestido de punta en blanco, con un chaleco bordado, un reloj de oro con la esfera tan brillante como el sol y una cadena larga y gruesa como su pulgar, botines de charol y un sombrero de copa bien alto, que rozaría el techo, por lo menos, se peinaría los bigotes puntiagudos con cera y lo miraría todo con superioridad desde

detrás de un monóculo. La pequeña Jack había contribuido también con su imaginación de niña, creando imágenes absurdas que las habían hecho reír como crías hasta que las lágrimas les habían corrido por las mejillas.

Se habían reído tanto haciendo listas enormes de platos deliciosos y manjares que luego habían tenido dolor de tripa y habían soñado con comida que volaba por encima de sus cabezas.

Kate sintió una punzada de miedo al mirar el sobre color crema y tratar de descifrar la letra, no tan elegante como cabría esperar en un marajá con miles de anillos de oro que colgaban de sus dedos y orejas, pero la desdeñó como hacía siempre con todos los sentimientos feos que se pasaban por su cabeza y por su corazón. Había hablado de tratar de descifrar el carácter de una persona con el mero hecho de ver su letra, pero ¿qué podía decirse de esas t torcidas hacia la izquierda, vocales sin cerrar del todo y mayúsculas decoradas? No sabría decirlo. Parecía tener prisa cuando le respondió, y eso no era necesariamente malo.

¿Qué era lo peor que podía pasar? Que el rico hacendado no quisiera aceptarla como ama de llaves y se tuviera que buscar otro trabajo en la ciudad, por supuesto. Entonces, tendría que posponer sus sueños de tener sus rosas y sus gordas patatas, y lo de trabajar al aire libre. ¿Cuántas fábricas y casas donde servir había en esa ciudad? Y si no era en esa, ¿cuántas ciudades había en ese país? Cientos, miles. Bien, no había problema. Era joven, podía esperar. Si no era en esa ocasión, sería en veinte años, pero alcanzaría su sueño, eso no lo dudaba.

¿Y si él la quería en su hacienda?

Vio cómo Gertie abría la carta, haciendo tantos aspavientos como si se tratase una invitación del presidente a un baile. Si se podía contar con alguien para que no calmase los nervios de punta de una, esa era Gertie.

De pronto la vio abrir los ojos como platos y agitar la cabeza. Su penacho de pelo postizo rizado subió y bajó al ritmo de su cráneo, pero la dueña no tuvo a bien decir ni una sola palabra que aclarase el misterio, así que Kate no supo si las noticias eran buenas o malas.

Luego de leer el contenido de la carta, Gertie plegó el papel y lo volvió a introducir en el sobre.

—¿Y bien?

Gertie miró a Kate casi con sorpresa de encontrársela ahí.

Un nuevo cabezazo estuvo a punto de lanzar su postizo sobre la punta de su nariz, pero Gertie lo contuvo con unos reflejos impresionantes.

—Quiere conocerte, por supuesto. No lo había dudado ni por un instante.

Kate sintió que una burbuja de algo que no se atrevía de calificar como felicidad llenaba su pecho y le impedía hablar.

—Habrá que celebrarlo —dijo Gertie, que ya daba por sentado el éxito de su amiga como ama de llaves del riquísimo y orondo hacendado de las montañas de Wyoming.

—Claro —respondió Kate con un hilo de voz.

El entusiasmo de Gertie era contagioso, pero ella no podía evitar sentir vértigo ante las posibilidades.

Jack y ella dejarían atrás la ciudad, dejarían atrás la suciedad, el gentío, el exceso de voces y gritos, los humos y el hollín.

La excitación empezó a correr por sus venas ante las expectativas y los sueños que se abrían ante ella y la pequeña Jack.

No debía tener miedo, se dijo.

Su mamá no había parido a cobardes.

III

El hotel Arlington de Denver no era tan elegante como Graeme había supuesto cuando su madre se lo había propuesto como lugar de encuentro con las únicas tres candidatas a las que habían salvado de la quema. Tal vez la señora Murray no quería toparse con ningún conocido que fuera con el chisme de que su hijo, el loco que había decidido dejarlo todo para irse a vivir con el ganado en las montañas en lugar de afincarse entre sus iguales y hacer fortuna junto a su madre creando una próspera fábrica, montando un bufete de abogados o dedicándose a los negocios.

Graeme, en definitiva, podría ser como los demás cachorros de familias adineradas, pero se empeñaba en ser distinto.

Le encantaba sermonearlo acerca de cómo los hijos de sus conocidas se hacían ricos en sus tareas, aunque era incapaz de decirle a qué se dedicaban. Ella, en cambio, no podía presumir de él en sus tés y reuniones. ¿Qué iba a decirles, que adoraba hablar de ganado y que ahora andaba a la busca de una mujer para llevársela con él a su cabaña para vivir como los salvajes?

Era muy consciente de que Martha Murray, esposa y madre de los mejores abogados de Edimburgo, se avergonzaba de él, pero no podía hacer nada pare evitarlo. Había tratado de que comprendiera que prefería su nueva vida a la anterior, pero era inútil.

Aunque, algo tenía que reconocerle a su madre, y era que todo aquello era bastante extraño. Si él mismo no fuera el protagonista de esa situación, no dudaba que le parecería el argumento de una mala novela.

Nada más trasponer el umbral del comedor del hotel localizó a la primera de las damas, y también a su madre, observándola a una

discreta distancia con mal disimulado disgusto.

Martha se había calado su sombrero de viuda y una capa de lana que se había traído de su país natal, tratando de ocultar sus rasgos, pero la habría reconocido entre un millón. Si en algún momento había pensado que no seguiría en ese asunto hasta el final, era que no la conocía.

Al verlo irguió la barbilla, como desafiándolo a que dijera algo o tal vez a echarla de allí, pero él se limitó a saludarla con un leve gesto de la cabeza y a caminar hasta el centro del salón comedor, decorado con lámparas de latón y encantadores manteles blancos. Quizá, si veía que sabía apañárselas solo, dejaría de tratarlo como si todavía tuviera diez años.

Su primera candidata mordisqueaba una pasta y daba sorbos a una taza de café mientras echaba vistazos nerviosos a su alrededor, lo que le dio la oportunidad de observarla con atención. Debía de ser ella, porque llevaba una rosa blanca en el sombrero, como le había indicado que llevaría.

Lo primero que pensó fue que había mentido en su edad, pero eso no tenía por qué ser malo necesariamente. Que tuviera al menos diez años mayor de lo que decía tener no quería decir nada. Cincuenta años no era una mala edad para un ama de llaves. Eso, de hecho, explicaba que no le hubiera insinuado nada sobre el matrimonio.

Nada más sentarse frente a ella, se dio cuenta de que en el salón restaurante del hotel Arlington todo era diminuto.

Era consciente de que era alto, pero era la primera vez que se sentía como un gigante al sentarse en una silla y que las rodillas golpeaban el tablero de la mesa. Incómodo, se alejó un poco arrastrando la silla, lo que hizo que la mujer que estaba sentada al otro lado lo mirase con algo cercano al terror.

—¿Señora Robinson?

La mujer dio tal respingo que la taza se volcó y el café se le derramó por la falda. Además, las migas de la pasta se le atragantaron y le provocaron un ataque de tos que le llenó los ojos de lágrimas.

Una camarera apareció de la nada y la ayudó a limpiarse como pudo y le dio unas palmadas suaves en la espalda, hasta que la pobre señora Robinson, diminuta como un ratón y temblorosa como un ave, se calmó lo suficiente como para poder mirarlo.

—Lo siento, señor…

—Murray, Graeme Murray.

—Señor Murray. Me temo que soy algo asustadiza. Siempre tuve los nervios algo delicados y cualquier ruido me hace saltar, ¿sabe?

Graeme sintió que la risa se le congelaba en el rostro. Pensó en Anne y su melancolía, en la soledad de la montaña, en los largos inviernos, en la nieve que caía durante meses, en los aullidos de los coyotes, en los días que tenía que pasar fuera de casa, en los pastos altos, con el ganado aislado por los temporales, en lo lejos que estaban los vecinos si es que ocurría algo… No siempre había tenido esos miedos, pero eso había sido antes de la muerte de Anne.

Miró a su madre a través del salón.

—¿Y no ha pensado usted en que le convendría más a sus nervios entrar a servir en una casa en la ciudad, señora Robinson? —La primera candidata se limitó a mirarlo como si fuera a saltar sobre ella. —¿Ve usted a esa mujer de allí? —añadió, señalando hacia Martha.

No supo quién de las dos se mostró más sorprendida, si su madre o la señora Robinson, pero Graeme se sintió más tranquilo cuando vio que la buena mujer se levantaba, después de mirarlo con aire dubitativo, y comenzaba a caminar hacia su madre, que le lanzaba chispas de rabia por los ojos.

Graeme no sabía si su madre necesitaba a alguien en su servicio, pero seguro que le buscaría a esa mujer un buen lugar, uno adecuado a sus delicados nervios. Sin duda, se lo debía por cotilla.

—No puede ser él. Un ricachón no actuaría así.

—No está gordo, ¡pero es un gigante! Debe de comer mucho, toneladas y toneladas de comida —puntualizó la pequeña Jack

sorbiendo de su taza de chocolate hasta que se le dibujó un bigote marrón en el labio superior.

Kate, y Jack habían contemplado la escena anterior desde una de las esquinas del comedor del hotel Arlington, adonde habían llegado, acompañadas de Gertie, que había pedido un cambio de turno a una compañera para no perderse ese asunto de crucial importancia.

—Creo que es el hombre más alto que he visto en mi vida, en eso te doy la razón, pequeña. Y tiene una buena mata de pelo también —comentó Kate, sin comprometerse.

La pequeña Jack asintió, como si a sus nueve años supiera de la importancia de aquellas cosas.

Kate entrecerró los ojos y observó al que creían que era el rico hacendado del anuncio, tratando de hacerse una idea de su carácter.

El hecho de poseer una buena altura y un cabello hermoso y abundante podían ser unas buenas cualidades cuando una buscaba un marido, pero no decían mucho de un hombre en cuanto a su carácter. Sin embargo, el modo en que había tratado a esa mujer, su paciencia y su dulzura, eran otra cuestión.

Aunque también le gustaría saber por qué la había descartado.

¿Era porque se había atragantado? ¿Porque era torpe y había derramado el café? ¿Porque no le agradaba su aspecto? O tal vez porque era una mujer mayor y parecía débil. Una mujer así no podía serle muy útil a un hombre fuerte como él, que debía ser muy enérgico en sus quehaceres y debía de exigir lo mismo a todos los que estaban a su servicio.

Se miró y se dijo que tal vez podría haber escogido su otro vestido bueno, porque este ahora le quedaba demasiado holgado, y que también se podría haber peinado mejor.

Aunque ahora era demasiado tarde.

Además, ¿no debía escogerla, si es que lo hacía, por sus méritos, que no cabía duda de que los había, y no por su aspecto?

—¡Oh, ahí llega otra!

Kate observó a la competencia con ojo crítico.

¡Por los clavos de Cristo! Esa chica sí que sabía lo que quería.

Cuando esa despampanante rubia se plantó ante él, Graeme pensó que tal vez hacía demasiado tiempo que no veía a una mujer hermosa, envuelta en una nube de perfume y plumas.

Ahogó un quejido cuando se volvió a golpear la rodilla contra el canto de la mesa, pero disimuló el dolor con una mueca que pretendió amable, aunque a ella debió de parecerle algo distinto, porque se detuvo y mostró algo más de carne, si eso era posible.

—¿Es usted el montañés?

Su acento no era el más hermoso del mundo, pero ¿qué importaba eso cuando se tenían esos ojos, esas curvas y esos pechos?

Se obligó a alzar los ojos para mirarla a la cara, aunque era indudable que ella había escogido ese atuendo para destacar entre cualquier posible competencia.

Carraspeó y se levantó para ayudarla a sentarse.

—Murray, Graeme Murray.

—Encantada, *mon cher*. Yo me llamo Lulú.

Graeme no recordaba ese nombre de la carta, pero pensó que daba igual, porque esa mujer no era adecuada en absoluto para el puesto. Ni para ningún puesto, si lo pensaba bien.

Intentó evitar mirar hacia su madre, que gesticulaba en su dirección por encima de la cabeza de la diminuta señora Robinson, que parecía todavía más encogida sobre sí misma que antes, si eso era posible.

Podía imaginar lo que pensaba de esa mujer: era justo el ejemplo de perdición y cazafortunas que ella había señalado para disuadirlo de hacer aquello, e incluso él podía ver que tenía razón.

—¿Y qué la ha atraído de la propuesta, Lulú?

La belleza rubia se arrebujó un poco entre sus plumas y le lanzó una mirada que, Graeme no lo dudó ni un solo segundo, fue pura seducción.

—Usted, querido mío. Una amiga le echó un ojo por la calle y me dijo que estaba buscando compañía en las montañas. A mí no es que me apetezca viajar tan lejos, pero pensé que a lo mejor le

apetece pasar el rato mientras todavía está por aquí, bombón. Después de eso le desearé muy buen viaje, mucha suerte y hasta la próxima —dejó la última palabra tan abierta que Graeme se temió que llegase hasta los pocos presentes en el salón.

Solo por si acaso, no osó apartar la vista de los ojos de Lulú. Los mantendría allí y nada más que allí.

Graeme se sonrojó y se preguntó hasta qué punto había corrido la voz de lo que estaba haciendo, pese a los esfuerzos de su madre. No era que se avergonzase de sus planes, pero su intención de ser discreto, sin duda, se había ido al garete.

Miró a la hermosa dama y se dijo que aceptar su invitación sería de lo más agradable. Y caro.

El dinero no era una de sus mayores preocupaciones, pero lo cierto era que, para su sorpresa, caer en las redes de una bella sirena de acento indefinido no le apetecía, por muy atractiva que Lulú pudiera parecer.

—Sería un placer, y se lo digo muy en serio, señorita Lulú, pero me temo que no voy a tener tiempo para citas durante esta visita. Tal vez la próxima vez.

Ella suspiró un tanto teatralmente y se llevó una mano al pecho, atrayendo su atención hacia los encantos que se estaba perdiendo.

Graeme estuvo a punto de arrepentirse, pero luego se mantuvo firme y le besó la mano perfumada.

—Le tomo la palabra, querido. Y tranquilo, sabré encontrarlo. Con esa altura no será difícil distinguirlo entre la multitud, muchachote —añadió con un guiño de su ojo azulísimo.

La vio desaparecer con su contoneo hipnótico, dejando tras de sí un aura de perfume pecaminosa. Lo inspiró hondo. Al menos se llevaría un pequeño recuerdo de lo que no había podido ser.

Tal vez cerró los ojos un instante. Al abrirlos, vio ante él a la que pensó que podría ser la tercera candidata. Luego se dio cuenta de que la había visto antes. Al entrar en el salón la había visto sentada en una esquina con otra mujer y una niña.

Ahora estaba frente a él con cara de pocos amigos. Llevaba un vestido que parecía casero, a juzgar por el tejido basto y descolorido con el que estaba cosido. Le quedaba corto y dejaba ver parte de sus pantorrillas, le iba ancho en la cintura y le colgaba de un modo extraño en los brazos y los hombros. También llevaba un sombrero, si es que podía calificarse como tal, que parecía haberle caído del cielo de cualquier modo sobre la cabeza y el pelo de tono pajizo.

Estaba pálida y tenía ojeras, como si no se sintiera del todo bien o viviera en un estado perpetuo de agotamiento.

Eso ya la habría hecho rechazarla al instante, pero era su última candidata y no tenía demasiadas opciones, a no ser que quisiera repescar a la temblorosa señora Robinson.

Además, aunque hubiera querido echarla para acabar cuanto antes con todo aquello, ella no le dio muchas opciones al respecto. Había algo en su mirada y su postura que no le dejaba otro remedio que escucharla:

—Buenas, señor. Soy Katherine Kelly y soy su hombre, señor.

IV

Kate se dio cuenta al instante de que había dicho una tontería, porque el rico hacendado la estaba mirando como si fuera estúpida o como si estuviera loca.

Estaba acostumbrada porque el viejo Frank la miraba así a menudo. Cuando regresaba de la obra del ferrocarril, cansado y con ganas de dormir durante un mes, según decía, no estaba para tonterías de chiquillos ni para escucharla parlotear durante horas sobre sus hermanos ni sobre los libros que leía.

El viejo Frank trabajaba como dinamitero en los ferrocarriles y a veces pasaba mucho tiempo lejos de casa, sobre todo cuando tenían que horadar una montaña para que las vías la atravesaran y la Union Pacific pudiera seguir construyendo vías y más vías hasta llegar hasta el fin del mundo. Solía trabajar en duras jornadas, casi sin descanso, y solo de vez en cuando lo enviaban una semana a casa para descansar. A veces, al segundo día ya la miraba así, como si echara de menos picar piedra y cargar rieles de hierro.

Jamás se lo había dicho, pero tenía la sensación de que, cuando se la había quitado de encima al señor Harrison, aquello no había sido lo que había esperado. Pero, bien, ¿qué iba ella a saber sobre cómo ser una esposa? Tampoco había tenido mucha idea sobre cómo sobre ser una mamá cuando había muerto su madre. En los dos casos se las había apañado cada día, sin que nadie le dijera si lo que hacía estaba bien o mal. Era una pena que su marido no comprendiera que solo quería hablar con alguien que no gateara, balbuceara o se pasara el día tirándole de la falda para llamar su atención.

Eso no quería decir que el viejo Frank no la quisiera a su modo, y también a sus hermanos. Pero la paciencia no era una de sus virtudes. Por eso sus visitas solían ser cortas. Ni siquiera se quedaba la semana entera, lo que hacía que Kate se sintiera triste y cada vez más sola. Se despedía de ella con un beso en la frente, casi paternal. Le daba un apretón en la mano y la dejaba en la puerta, rodeada por sus hermanos, haciéndola sentir muy pequeña.

Hasta que un día el viejo Frank no regresó más.

Kate se sintió igual de pequeña cuando se dio cuenta de que, de cerca, el hacendado parecía todavía más grande que desde su mesita, en una esquina del comedor.

Aunque no podía dejarse amilanar por su expresión de irritación.

—Yo soy su hombre, señor —repitió, irguiéndose todo lo que podía, pese al dolor en el costado—. Soy trabajadora, tengo aguante y no le tengo miedo a los bichos. Debería haber visto la cabaña donde nací, había unas cucarachas como mi pie de grandes. Sí, señor. Y perros salvajes que se llevaban a los niños a poco que una se descuidara. Y ratas. Y otras cosas feas. —Hijo un gesto indeterminado con la mano que él siguió con la mirada, aunque no pudo leer su expresión—. No era un sitio agradable para vivir, no, señor, eso se lo puedo asegurar. Sé ordeñar, sé ayudar en los partos, sé algo sobre enfermedades y un poco de todo, como cualquiera que se haya criado en una granja.

El gigante parpadeó como toda respuesta.

—¡Oh, ya sé lo que piensa usted, señor hacendado! —Kate se señaló y sacudió la cabeza, haciendo que su sombrero amenazara con caerse—. Cree usted que soy la candidata perfecta, es evidente, pero quiero que sepa que no me quedaré con usted para siempre. Mi intención es buscar mi propia tierra y construirme una casa. Si está usted dispuesto a aceptar que me perderá en unos años, o en unos meses, si es que todo va mejor que bien, aceptaré entrar a su servicio.

El gigante volvió a parpadear, probablemente apabullado ante la suerte que había caído justo ante sus pies.

—Señora… señorita…

—Katherine Kelly, señor.

—¿Por qué no se sienta?

Kate se dejó caer con torpeza en la silla que él le ofrecía. Para ella no era diminuta, sino del tamaño justo. Una camarera que parecía haber estado agazapada tras ella le sirvió una taza de café y un trozo de tarta enorme. También la miró con cierta lástima, aunque se había puesto uno de sus mejores vestidos y el que sin duda era su mejor sombrero. Aun así, la camarera era mucho más guapa e iba más elegante que ella.

Kate jamás se había preocupado por los vestidos ni por los peinados, porque jamás le habían servido de nada. De hecho, en la mayoría de los sitios donde había vivido ni siquiera había habido espejo y, hasta que se había casado con el viejo Frank, ni siquiera había sabido qué aspecto tenía. Había estado demasiado preocupada cuidando de los niños, de la casa y trabajando. Todo eso de ser guapa y elegante era algo ajeno a su vida, tanto como lo de salir de baile o ser una dama fina.

—¿Está usted enferma, señorita Kelly?

—Kelly es el apellido de mi marido —respondió automáticamente, apartando la mirada de la tarta, que estaba buena pero algo seca, como si no la hubieran hecho ese día. Se había estado preguntando si podría llevarse las sobras para Jack, pero él había tenido que tocar justo ese tema. Volvió a levantarse de la silla, en la que apenas había apoyado la punta del trasero—. Ya estoy casi recuperada, señor. Tuve un pequeño accidente, pero soy fuerte, le digo. Aguantaré lo que me echen.

El gigante carraspeó y la miró desde abajo. O no tan abajo. Hasta sentado se lo veía grande.

No parecía tan mayor como para ser un rico hacendado.

Por unos momentos recordó las sospechas de Gertie sobre él. ¿Y si era todo una enorme mentira y solo pretendía llevársela a un sitio apartado para… lo que fuera? ¿A qué venía esa curiosidad por su salud?

Volvió a sentarse y lo miró con ojos entrecerrados, apoyando los codos en la mesa.

—¿Y qué hay de usted? ¿Cuál es su nombre y qué quiere de mí?

Él se recostó en la silla y carraspeó.

—¡Por todos los diablos, mujer! ¿Qué iba a querer yo de usted? A fe mía que empiezo a arrepentirme de esta locura…

Un gritito triunfal sonó desde un lugar a su espalda y Kate se giró. Una mujer pálida y rubia se afanaba en ocultarse tras una especie de capelina peluda, como si no tuviera nada que ver con lo que estaba ocurriendo. Ante ella, la diminuta primera candidata al puesto de ama de llaves del hacendado parecía a punto de diluirse, encogida sobre sí misma.

Kate frunció el ceño todavía más.

—¿Esa bruja de ahí está metida en esta pantomima? —preguntó, señalando a la de la capelina peluda —¿Son socios en este negocio? Que sepa que no van a sacar nada de mí. Soy pobre como una rata, aunque honrada.

El gigante se sonrojó y negó con la cabeza.

—¡Por supuesto que no soy un estafador! ¿Por quién me toma? Soy de verdad un hacendado y le juro que soy muy capaz de escoger por mí mismo a mi personal.

Ella lo miró con desconfianza.

No cabía duda de que era un hombre bien plantado. Era alto y fornido, con su buen pelo y su buena barba, pero eso no quería decir nada. El fondo del corazón era lo que hacía a un hombre de verdad, y no un buen traje y un rostro apuesto.

—Entonces —siguió Kate, partiendo un trozo de bizcocho y metiéndoselo en la boca. Apenas había comido por los nervios y estaba hambrienta. Además, jamás había sido capaz de resistirse a un dulce—, busca usted a un ama de llaves que le lleve la casa. ¿Vive usted solo? —De pronto dejó de masticar y lo miró con los ojos abiertos de par en par—. Soy una viuda decente. Le aviso de que no soy como la fresca esa de antes.

—No hace falta que lo jure…

Kate pareció no escucharlo o tal vez solo lo fingió, porque dio un respingo que hizo que su horrible sombrero de paja diera un brinco

sobre su cabello claro. Se había levantado con el plato de bizcocho y se lo había llevado a la mesa donde estaba sentada antes. La otra mujer que estaba sentada allí sacudió la cabeza un par de veces y el postizo sobre su cabeza quedó peligrosamente cerca de caer sobre la taza de café, aunque se salvó en el último instante. Mientras las dos mujeres hablaban, la niña cogió un trozo de bizcocho y se deslizó de la silla sin que la vieran y se acercó a Graeme.

—¿Es usted un gigante de verdad? Me gustan las historias de gigantes.

La niña todavía estaba masticando y se había manchado los labios de azúcar, así que él le tendió su pañuelo para que se limpiara. Ella lo cogió y se lo pasó con suavidad por la boca antes de devolvérselo y agradecérselo con una reverencia.

—Soy escocés. Antiguamente había gigantes en la tierra de donde provengo, así que, quién sabe, a lo mejor hay sangre de gigantes corriendo por mis venas —respondió Graeme siguiéndole el juego, sin saber por qué.

Ella giró la cabeza hacia un lado, como si se lo estuviera pensando.

—Digamos que sí —respondió la niña con aire magnánimo—. ¿Vamos a vivir mi mamá y yo con usted a partir de ahora?

Graeme no pudo evitar mirar a Katherine Kelly, que ya no hablaba con su amiga, sino que parecía a punto de saltar como una gata sobre él si le hacía algún daño a su hija. En ningún momento había insinuado que fuera madre, pero tal vez temía ser rechazada si lo decía.

—¿Te gustaría vivir en las montañas?

La niña se encogió de hombros.

—Me gustaría vivir en cualquier sitio que no fuera este. La ciudad es fea y mamá trabaja demasiado. Tengo miedo de que le pase algo otra vez. En su último trabajo se hizo daño y la echaron por ello. Aquí la gente es mala. Seguro que usted la trata bien.

Graeme evitó mirar a la mujer. Después de aquellas palabras, ¿cómo podía decepcionar a esa niña? También evitó mirar a su

madre por temor a lo acusara otra vez de estar siendo demasiado blando.

Se suponía que necesitaba ayuda, no hacer de enfermero. Otra vez.

Ya sabía lo que era cuidar de una mujer débil en un entorno hostil, devastador. Aquella tierra no estaba hecha para los espíritus débiles.

—Jack, deja de molestar al señor hacendado.

Graeme miró a la señora Kelly y se le escapó una sonrisa a la que ella respondió con un fruncimiento de ceño.

Esa mujer parecía enferma y ya le había avisado de que lo dejaría para afincarse en sus propias tierras, obligándolo a buscar a alguien más en poco tiempo. Además, no estaba demasiado convencido de que su carácter fuera compatible con el suyo.

Sin embargo, ahí estaba, acercándose a ella con la mano extendida, como si se tratase de un animal salvaje.

—Entonces, señora Kelly, ¿tenemos un trato?

Ella miró su mano como si le estuviera ofreciendo un regalo envenenado. Y de pronto pareció comprender que le estaba dando el trabajo y dio un salto. Se colgó de su cuello y le dio un beso seco en los labios, aunque lo más probable era que ni siquiera se diera cuenta de lo que estaba haciendo.

—No se arrepentirá, señor gigante, ya lo verá. Ni siquiera se enterará de que estoy ahí. Bueno, sí, pero para bien. Nos irá bien, señor mío. Nos irá muy muy bien juntos.

V

—Dilo ya, madre, y así nos ahorraremos días de malos gestos, portazos y de temblores de la pobre señora Robinson. Porque supongo que querrás que sobreviva algo de tu vajilla preferida.

Martha apretó los dientes y miró a su hijo por encima del delicioso asado que había preparado su nueva empleada. No iba a admitir que la idea de Graeme de aceptar en su servicio a la señora Robinson era buena, porque eso haría que su hijo se sintiera todavía más satisfecho de sí mismo, pero las dotes culinarias de la buena señora habían sido todo un descubrimiento.

Como camarera era un riesgo por culpa de sus excitables nervios, pero en la cocina la diminuta y frágil dama se sentía como en el paraíso. Las salsas y los asados no tenían ningún misterio para ella y era capaz de hacer milagros con cualquier cosa comestible que tuviera a mano. En una semana a su servicio, se había convertido en la envidia de sus amistades, que no hacían más que preguntarle dónde había encontrado a semejante joya.

Por lo visto, la señora Robinson había enviudado y se había quedado en la calle, sin familia ni hijos, y no le había quedado otro remedio que buscar un empleo para poder sobrevivir. Tras probar en varias casas, donde su poca resistencia a la presión y las órdenes habían estado a punto de terminar con ella, había pensado que viajar en busca de aventuras sería la solución.

Al enterarse de ello, Martha la había mirado con extrañeza. Si no era capaz de soportar un buenos días por sorpresa, ¿cómo iba a resistir siquiera el viaje hasta las montañas, por no hablar de vivir a solas con su hijo en una cabaña sin las más mínimas comodidades? Por suerte para ella, había encontrado un refugio en la cocina de la

señora Murray, que no le exigía nada más que tener la comida lista a las horas indicadas. Los platos que preparaba eran tan deliciosos que había decidido no meterse en lo que hacía. Hasta se había resignado a perder parte de su vajilla con tal de comer las delicias que preparaba.

Graeme había tenido que reconocer que su madre sabía ser justa en ocasiones y que había sabido leer el talento de la señora Robinson después de un solo día en casa.

Estaba claro que no podía dejar que esa mujer, con sus infinitos talentos, escapase de entre sus garras. Incluso estaba dispuesta a caminar de puntillas por su propia casa a cambio de ser la envidia de todas sus amigas.

—Todavía estás a tiempo de arrepentirte.

Graeme sonrió y le guiñó un ojo, como cuando era un jovencito rebelde recién salido de la universidad y su madre todavía pensaba que tenía un futuro brillante por delante. Después había venido la locura por las tierras salvajes, el ganado y el aire libre, y ella jamás se lo perdonaría. Él, que procedía de una de las familias más poderosas de Gran Bretaña y había sido el abogado más prometedor de Edimburgo, había perdido su camino. Por culpa de sus delirios, ella no sería jamás la dama que siempre había deseado ser, y presumir de él, más que nada porque no podía abandonar a su hijo menor en ese país todavía por domesticar del todo. Por lo visto, no le bastaba con presumir de ser la viuda y madre de otros dos abogados de éxito. Siempre consideraría que Graeme había sido un fracaso, aunque no perdía la esperanza de que volviera al redil.

—Gracias, madre. Y ahora, disfrutemos de la cena. Recuerda que en dos días ya no me tendrás aquí para recordarme a cada instante lo imperfecto que soy y lo maravillosa que podría haber sido mi vida si me hubiera quedado en Escocia.

Martha frunció los labios, como si la salsa que había estado saboreando hubiera tomado un sabor amargo de pronto.

—Crees que no quiero que seas feliz, hijo, pero solo pienso en tu futuro y en el de la familia, ya lo sabes.

—La familia está más que acomodada, y tú podrías estar acomodada con ellos. Recuerda que mis hermanos también te necesitan. O lo harían si tú insistieras en lo mucha falta que les haces, como haces conmigo. Pueden ser ricos y poderosos abogados y magistrados, pero siempre te necesitarán, y yo ya te he acaparado durante demasiado tiempo.

Martha dejó los cubiertos sobre la mesa y lo miró sorprendida.

—¿Y quién cuidaría de ti aquí, Graeme?

Él sonrió y se llevó a la boca un bocado del exquisito asado de la señora Robinson.

—Parece que la señora Kelly lo hará, al menos hasta que encuentre su propia tierra y construya su granja para hacerme la competencia —añadió, sin poder evitar una sonrisa burlona al recordar el aspecto descuidado de la mujer—. Ya no tienes que preocuparte por mí, madre. Creo que es hora de que vuelvas a Edimburgo. Seguro que mis hermanos te echan de menos —añadió con una inesperada nota de cariño.

Martha lo miró como si no pudiera creer lo que estaba escuchando.

—En serio que a veces no comprendo lo que pasa por tu cabeza, hijo mío. Me costó entender que no quisieras seguir siendo abogado como tu padre y tus hermanos, aunque tenías el éxito asegurado.

—¿A qué le llamas éxito, madre? ¿A pasarme la vida encerrado entre cuatro paredes, atendiendo asuntos que no me interesan? Y eso sin contar que esos asuntos no eran míos, sino recomendaciones de familiares, de amigos… No, ese éxito no era mío, sino que lo era gracias a ser un Murray.

—¿Y qué tiene eso de malo? Eres un Murray y eso es un honor, muchacho.

Graeme se encogió de hombros. Habían tenido esa misma charla al menos cien veces y su madre seguía sin comprenderlo. De hecho, el ceño fruncido de la señora Murray acreditaba que su extrañeza, lejos de atenuarse, iba en aumento. Un día llegaría a considerar un insulto el hecho de que no quisiera ser un Murray más, aburrido, soso y con papada, como sus hermanos mayores.

—Nada. No voy a negar que gracias al dinero de la familia pude hacerme con mis tierras, así que jamás voy a renegar de mi apellido. —Levantó su copa, aunque no llegó a beber de ella—. Ser un Murray es un honor, y siempre lo será, pero con mis condiciones.

Su madre chasqueó la lengua contra el paladar, pero decidió desviar sus tiros, como si hubiera decidido que esa batalla estaba perdida por el momento.

—En cuanto a la idea de contratar a esa mujer desequilibrada, que además tiene una hija… ¿qué te garantiza que haya estado casada? Porque no es que quiera desconfiar, pero hoy en día, y más en las ciudades, una se topa mucho con este tipo de mujeres desvergonzadas, que pretenden que los hombres honrados se hagan cargo de sus engendros y…

Graeme dio una palmada en la mesa para acallar a su madre. Los platos y los vasos tintinearon durante unos instantes hasta que volvió el silencio al comedor.

—Te agradecería que respetases a mi empleada, madre.

—Pero…

—Pero nada. No hay nada que me haga dudar que la señora Kelly estuvo casada. Y, si no lo estuvo, te aseguro que me importa un comino.

—¡Graeme!

—¡Madre! Deja de ser una mojigata y recuerda que las bondades de las personas no se miden por la cantidad de gente con la que se hayan acostado.

—¡Por Dios bendito! ¿Cómo te atreves a hablar así en mi mesa?

—La señora Kelly va a ser mi ama de llaves y no hay marcha atrás en este asunto. En las montañas necesito a alguien que lleve fuego en las venas y no cabe duda de que ella lo tiene. Me gustaría que me apoyaras en esto, pero no sería la primera vez que no entiendes nada de lo que hago, así que podré vivir con ello.

Vio cómo su madre boqueaba como un arenque fuera del agua. Quizás estaba pensando en qué responder, pero le dio igual lo que

tuviera que decir. Siguió comiendo, aunque el asado había perdido todo su sabor y la rabia de su madre era palpable.

Tras dos bocados, vio cómo ella se levantaba y abandonaba el comedor. Pensó en seguirla para disculparse, pero en realidad descubrió que no quería hacerlo.

En general, disfrutaba sus visitas a la ciudad, pero en esa ocasión no veía el momento de regresar a casa.

—Deja de llorar, Gertie. Si sigues así, vas a inundar la habitación.

En respuesta a sus palabras, Gertie no solo no dejó de llorar, sino que dejó de disimular sus lágrimas y empezó a gimotear todavía más fuerte, haciendo que Jack, que dormía en un hatajo de mantas en el suelo, emitiera un quejido y se revolviera. Por suerte, se dio media vuelta y siguió durmiendo como si nada.

Bendita inocencia, pensó Kate, que no pegaba ojo desde hacía dos días, y no solo por culpa del llanto de su amiga.

No era que se arrepintiera de su decisión de atravesar medio país para irse a vivir a un lugar desconocido y recóndito con un extraño. Había leído las suficientes novelas como para saber que las mejores oportunidades empezaban así, con un viaje inesperado. Luego tendría que pasar por peligros, desesperanza, dolor… pero al final llegaría el final feliz. Estaba convencida de ello. En los libros siempre ocurría así y no podía desconfiar de ello.

Solo había que tener fe, esperanza, inspirar hondo y no tenerle miedo a nada. No era tan complicado.

Serían unos años más de trabajo. Cinco, diez, quince. Ahorraría para registrar una buena tierra. Solo había que encontrar la apropiada. Una que tuviera agua, un pinar que diera buena sombra, que no fuera ni sombrío ni ventoso, adecuada para plantar maíz y patatas, y la suficiente comida para ella y Jack, y también como para tener un poco de ganado, que no estuviera alejada de la gente, vecinos que fueran amigables y simpáticos, porque ella, en el fondo, no estaba hecha para vivir sola. Ese sitio tenía que existir, y ella lo encontraría. Y entonces tendría su casa con rosas de todos los colores plantadas junto a la puerta.

—Es solo que te echaré mucho de menos —dijo Gertie entre hipidos—. Y también a la pequeña. Es tan lista como un ratoncillo.

Kate abrazó a su amiga y tragó el nudo que se le había formado en la garganta. Gertie era su amiga más cercana y tan generosa como la que más. De haber tenido una hermana, no habría sido más querida que ella.

—Nosotras también te echaremos de menos, Gertie. Pero recuerda, te escribiremos tantas veces que será casi como si estuvieras con nosotras. Y podrás venir a vernos siempre que quieras, ¿sabes? Siempre serás bienvenida.

Pudo sentir la mejilla húmeda de su amiga contra la suya y escuchó su suspiro cuando al fin se calmó. Lo más probable era que se hubiera agotado y quedado dormida al fin de tanto llorar.

Kate, en cambio, tuvo todavía mucha noche por delante para pensar en lo que le esperaba al día siguiente.

—Si fuera un error, el Señor me enviaría una señal, estoy segura de ello —murmuró para sí, cerrando los ojos con fuerza, como si, en efecto, estuviera esperando una señal. —Mamá, por favor, cuídanos desde el cielo. Sé que tú jamás permitirías que nos ocurriera nada malo ni a Jack ni a mí.

Pero no cayó ningún rayo, ni tampoco le habló ninguna voz sonora, así que supuso que tanto Dios como su mamá estaban de acuerdo en que tomara el tren al día siguiente con destino a Wyoming.

VI

Kate no tuvo dificultades para distinguirlo entre la multitud en la estación de ferrocarril, y no solo porque le sacaba al menos una cabeza a la mayoría de la gente que lo rodeaba, sino porque la dama que lo acompañaba lo estaba sermoneando como si fuera un niño de pecho y la gente a su alrededor había formado un círculo respetuoso a su alrededor que los contemplaba con más o menos disimulo, lo que hacía que destacasen todavía más.

Reconoció a la mujer de la pelliza de lana del hotel Arlington incluso de espaldas. Al lado del señor Murray no abultaba demasiado, al menos a lo alto, pero él parecía ciertamente intimidado ante el rapapolvo que le estaba soltando.

—…Y no creas que porque he callado hasta ahora…

—¿En serio ha sido eso lo que has hecho, madre?

Kate no pudo evitar sonreír ante el franco cansancio que traslucían las palabras de su nuevo patrón.

De modo que esa mujer era su madre. Debía haberlo imaginado desde el principio. Solo una mujer fuerte y decidida podía haber traído al mundo a un gigante como ese.

—Creo que la señora le va a dar una buena azotaina en el trasero al gigante —dijo Jack, que viajaba cómoda, sentada en lo alto de la montaña de equipaje que llevaba un mozo en un carrito que chirriaba como el mismísimo diablo.

El señor Murray lo había mandado a la casa de Gertie esa mañana y había insistido que no debía cargar nada ella misma, que él se encargaría de todo.

Kate lo había mirado con desconfianza, pero no había tenido nada que objetar cuando el chico le había dicho que el escocés le había

dado una propina más que generosa por llevar a cabo esa tarea.

A primera hora se habían despedido de Gertie, que había partido hacia su trabajo en la lavandería con lágrimas y más lágrimas en los ojos y la promesa de que le escribiría cada día.

Por suerte para todos, la estación no estaba lejos de su alojamiento, así que no habían tenido que sufrir los chirridos de las ruedas durante mucho tiempo.

Kate se había sorprendido, como siempre que se mudaba, de lo que era capaz de acumular en cada lugar donde vivía, por poco tiempo que fuera, aunque era pobre y apenas era capaz de ahorrar con su penosa paga.

Tres vestidos viejos, un par de zapatos buenos y otro más de peor calidad, un abrigo de buena lana para el invierno, que le haría falta, y unos cuantos libros, algunos de ellos heredados de su madre. Con ellos les había enseñado a ella y a sus hermanos a leer y escribir sus primeras letras y Kate los había utilizado para hacer lo propio con Jack.

La mayoría eran de mala calidad, pero los disfrutaba igual. Tenía muchos más, pero se los había dejado a Gertie para agradecerle su ayuda y el haberlas acogido. Se llevaba sus favoritos, porque no sabía si tendría acceso a buena literatura en lo que ella consideraba un enorme y salvaje desierto. Porque era capaz de vivir sin vestidos bonitos y hasta sin un peine y un espejo, pero jamás podría vivir sin algo que alimentase sus sueños de aventuras.

La ropa de la niña la iba improvisando, porque Jack crecía tanto que era inútil acumular nada para ella, salvo cuatro cosas que habían pertenecido a su padre y quería que conociera. En una cajita de madera que oía a tabaco, había guardado su retrato de boda, donde el viejo Jack, sentado en una silla y mirando muy serio hacia el fotógrafo, sostenía su mejor sombrero sobre la rodilla y parecía a punto de saltar. Kate, con su manita sobre su hombro, parecía contenerlo a duras penas. También había metido allí su biblia y una camisa que le había pertenecido y había cosido ella misma.

No parecía gran cosa, sin embargo, esos pocos objetos sin valor ocupaban una estúpida cantidad de espacio, a su parecer.

Incómoda, ordenó al mozo que se detuviera a unos metros de la pareja que discutía en el andén. No quería que pensaran que estaba escuchando, aunque era imposible no hacerlo, porque la dama gritaba a tal volumen que las palomas habían salido volando hacía rato.

—¡Si haces esto, no sé si podré perdonarte, Graeme! Estás tirando el nombre de nuestra familia por el barro.

Kate se removió incómoda a su pesar. Fuera cual fuera la causa de aquella disputa, y se temía que aquello estaba relacionado con ella misma, no soportaba la idea de que un hijo y su madre se peleasen de ese modo.

—Madre…

—Disculpen, señores míos, pero ¿puede saberse qué ocurre aquí?

Los dos Murray la miraron, mudos de pronto. Kate se había plantado ante los dos, con las manos en la cintura, con el ceño fruncido. Tras ellos, Jack, todavía encaramada a la montaña de equipaje, aplaudía como si fuera el público de la obra de teatro más divertida del mundo. El mozo, a su vez, se había sacado la gorra y parecía preguntarse si podía largarse o si era de esperar recibir alguna moneda más de aquella gente tan extravagante.

—Señora Kelly, me temo que esto es un asunto familiar —dijo el señor Murray, amable a pesar de su rostro tenso.

Kate pensó que era evidente que sufría. ¿Y para qué estaba ella allí si no era para ayudarlo? Al fin y al cabo, él ya le estaba pagando un buen sueldo, y estaba demostrando ser un jefe de lo más atento. Qué otra cosa, si no, podría considerarse el que hubiera mandado a un mozo a recoger su equipaje.

Por su parte, podía devolverle el favor solventando aquella trifulca. Aquel podría considerarse su primer servicio.

Sonrió, pero no supo si a él le tranquilizaba su gesto, porque vio que tensaba todavía más el rostro barbudo.

—Ahora yo soy parte de su familia, o casi, señor Murray.

—¿La has oído, Graeme? ¡A esto me refería cuando te dije que esta mujer no era recomendable! ¡Ha dicho que es de la familia!

¡Ella!

Kate se giró hacia la vieja dama como un gato salvaje.

—¿A qué se refiere con lo de que no soy recomendable, señora? ¿Me está llamando buscona, acaso? ¿Qué habría de malo en que alguien como yo entrase a su familia, si yo quisiera hacerlo, que no es el caso? —Se acercó un poco más, hasta que su nariz casi tocó la nariz empolvada de la señora Murray, que trató de retroceder un poco, pero tal vez no se atrevió, por miedo a perder terreno ante esa temible mujer—. Sepa usted que mi mamá murió bien joven y tuve que sacar a mi familia adelante casi sola, y que jamás hice nada de lo que tuviera que arrepentirme. ¡Jamás! Mi hija nació bajo el sacramento sagrado, ¿me oye? Además, ¿qué le hace pensar que me voy a meter en un berenjenal semejante, llevando a mi hija a cuestas, solo para encamarme con su hijo? Si quisiera caer en el vicio, no lo haría de un modo tan rebuscado, ¿no cree? En esta ciudad hay oportunidades de sobra de buscarse la perdición. —Se giró para echar un vistazo a Graeme, que se retorcía sobre sus pies, visiblemente incómodo—. No voy a negar que su muchacho es una buena pieza de hombre, grande como pocos y bien parecido, pero no es ninguna tentación para mí. Yo solo quiero mi tierra para mí y para mi niña, ¿me entiende? Y ahora que creo que está todo claro, supongo que querrá despedirse usted de su criatura como una mamá amorosa. Dios sabe que a mí me gustaría despedirme de la mía si pudiera. Aproveche mientras pueda, señora. Nunca se sabe cuánto tiempo nos queda en la tierra —acabó su discurso en un tono tan solemne que todos los presentes permanecieron en silencio.

La señora Murray parpadeó un par de veces, tan sorprendida ante sus palabras que no pudo más que dar un respingo.

Después la esquivó con cuidado y se acercó a su hijo y, sin una sola palabra, le dio un abrazo y un beso en la mejilla antes de desaparecer sin pronunciar una sola palabra, pero con los ojos llenos de lágrimas. Graeme no tuvo tiempo de retenerla ni un segundo entre sus brazos.

Después, se detuvo junto a Kate y suspiró, emocionado.

—Veo que la sutileza no es lo suyo.

Ella lo miró y se encogió de hombros.

—Se equivoca, señor mío. La sutileza está para cuando está. Y el resto del tiempo es mejor utilizar la artillería pesada.

Graeme miró la espalda de su madre, tiesa como si llevara un molde de escayola. La multitud se abría a su paso como si fuera la mismísima reina Victoria, y no era para menos.

—El enfado le durará el resto del siglo, como poco.

Kate se encogió de hombros y le dio una palmada en el hombro, a modo de consuelo.

—No se preocupe, señor mío. Es una madre, y todas las madres acaban perdonando los defectos de sus retoños. La suya le perdonará en cuanto sepa el bien que voy a traer a su vida, ya lo verá.

Graeme la miró como si hubiera perdido la chaveta, pero no dijo nada.

Justo en ese momento un silbato anunció la pronta salida de su tren y no tuvo tiempo de echarse atrás. De todas formas, sería impensable tener que darle la razón a su madre.

VII

—¿Había viajado usted en ferrocarril antes, señora Kelly?

Ella dio un respingo, como si no esperase que él le hablara. Había pasado un buen rato acomodando a la niña, que se había removido, excitada, comentándolo todo y señalando casi cada cosa que se movía tras el cristal durante una hora hasta caer rendida sobre el hombro de su madre. Con las cabezas juntas, Graeme comprobó que, aparte del cabello rubio y ondulado, apenas se parecían. Los ojos de la señora Kelly eran azules y expresivos, jamás parecían quietos, mientras que los de la niña eran oscuros y reflexivos, aunque también más alegres. Era como si alguien mayor viviera dentro de su cuerpecito, dispuesto a soltar discursos apabullantes.

—¡Oh, sí! Mi marido murió aquí —respondió la señora Kelly al fin, tras unos segundos de silencio tras los que pensó que no iba a seguir hablando. Debió de notar la extrañeza causada por sus palabras, porque emitió una sonrisa triste y señaló hacia el exterior. El paisaje no era demasiado espectacular, pero era una alegría para la vista comparado con la ciudad—. Quiero decir que trabajaba en la construcción del ferrocarril Union Pacific. Siempre decía que era un trabajo para animales de carga y para estúpidos, pero jamás intentó buscar otra cosa. Supongo que era más cómodo seguir haciendo lo que conocía. Viajábamos con los raíles a medida que se tendían, como quien dice. No era una mala vida, si te gusta cambiar de aires cada poco tiempo, y también si no te disgustan el polvo y el ruido.

—¿Y es por eso por lo que deja usted la ciudad? ¿No le gustan el polvo, el ruido y no quiere morir haciendo lo que conoce?

La señora Kelly acarició el pelo rubio de la niña, que le dio un manotazo para apartarla, molesta. Otra vez pensó que no

respondería. De todas formas, era una pregunta demasiado personal y no debería habérsela hecho. Era algo que no le preguntaría ni siquiera a un amigo íntimo, cuanto más a una mujer que iba a trabajar para él y a la que acababa de conocer hacía unos días.

Graeme se sorprendió por la belleza súbita de su sonrisa. Era posible que no fuera una mujer hermosa ni elegante, como lo había sido Anne, que su ropa fuera vieja y no le sentara bien a su cuerpo, que sus rizos cayeran desmadejados alrededor de su rostro y que hubiera pequeñas arrugas en su ceño de tanto fruncirlo, pero aquella era, tal vez, la sonrisa más hermosa que hubiera visto en toda su vida, porque era sincera y no estaba hecha para contentar a nadie.

—Perdóneme que le sea sincera, señor Murray, pero me he cansado de servir a los demás. Es posible que, durante unos años, meses, o el tiempo que sea, tenga que servirlo y obedecer sus órdenes, pero un día seré mi propia señora y me sentaré en mi mecedora, en el porche de mi casa, en mis tierras, y entonces sabré que he cumplido con mi deber en esta tierra. Porque creo sinceramente que Dios no nos creó a las mujeres para servirlos a ustedes, los hombres, sino para ser iguales y caminar a su lado, compartir sus alegrías y sus tristezas, si es que así lo deseamos. O para estar solas y disfrutar por nosotras mismas, si queremos. ¡Oh, sí, estoy convencida de ello!

Graeme la miró y miró a su hija que dormía en su regazo, tan feliz y segura, sabedora de que al lado de su madre no podría pasarle jamás nada malo.

—Entonces, supongo que será feliz de saber que en Wyoming las mujeres tienen los mismos derechos que los hombres, señora Kelly. Incluso pueden votar. No seré yo quien le diga qué puede o no puede hacer con su vida, aparte de sus labores en la casa.

Ella lo miró con gesto dubitativo, como si no confiase demasiado en lo que decía.

—¿Quiere eso decir que me ayudará a conseguir mis tierras?

Graeme le tendió una mano firme que ella volvió a mirar con desconfianza.

—Vamos, señora Kelly. Le juro por mi alma que la ayudaré. ¡Y si le fallo, que me parta un rayo!

La señora Kelly esbozó una sonrisa que era un mero reflejo de la que había esbozado antes, pero Graeme se sintió satisfecho. Al fin, tras unos segundos de vacilación, le tendió la mano y se la estrechó.

Sus dedos eran ásperos y sorprendentemente fuertes y no lo soltó durante varios segundos. No era la mano de alguien que hubiera tenido una vida fácil. Mientras apretaba la suya, lo miraba a los ojos, tratando de encontrar fisuras en su promesa.

—No debería pronunciar ese tipo de juramentos en voz alta, señor mío, porque el Señor siempre está escuchando.

Se preguntó cuánta gente le había fallado a lo largo de su vida, cuántas veces se había encontrado sola.

De pronto descubrió que quería cumplir aquella promesa. Tal vez la había hecho de un modo algo despreocupado, pero se sintió satisfecho al notar que era un reto para él que ella triunfara en sus propósitos, aunque en un futuro cercano tuviera que buscarse a otra ama de llaves.

—Deja de mirar al señor. Mirar a la gente así es de mala educación, Jack.

—Pero es tan gracioso, mamá. Fíjate, es como un oso. ¡No, como dos osos!

Kate gruñó, aunque dejó de hacerlo al ver que el señor Murray murmuraba en sueños. Se había dormido hacía un rato y su enorme cuerpo, encajado de mala manera en el incómodo asiento de madera, parecía a punto de caer sobre ellas en cualquier momento.

—¿Y cómo sabes tú que es como un oso si no has visto uno en tu vida?

La niña chasqueó la lengua contra el paladar y lo señaló con un dedito impertinente.

—¡Pues porque es como en el libro aquel que me regalaste en mi cumpleaños! Es grande como un oso, peludo como un oso y tiene

las manos enormes como las de un oso. Solo que tiene la voz bonita y es amable. Y seguro que su pelo es suave también.

Kate retuvo a su hija a tiempo, antes de que se lanzara a acariciar la barba crecida del señor Murray. Era muy posible que fuera amable, pero dudaba que se tomara bien que una niña curiosa lo acariciara como si fuera un cachorro mientras dormía.

Kate miró al gigante durmiente y se dijo que, en efecto, el señor Murray podría tener un aspecto bastante salvaje si no fuera vestido con un elegante traje y no llevara el cabello bien peinado. No quería ni imaginarse qué aspecto debía de tener allá en sus montañas, rodeado de ganado, sin vecinos a la vista. Tal vez entonces sí que se pareciera a un oso de verdad.

A lo mejor allí, a solas, cuando no tenía que contentar a su madre ni tenía que parecer un caballero civilizado para contratar a un ama de llaves, caminaba por el bosque desmelenado, con ramas en la barba, oliendo a bosque y a animal salvaje. Y podía jurar que entonces su pelo no parecería suave como en ese momento.

Se le escapó una risita que Jack sorprendió.

—¡Te he visto, mamá!

Kate siseó para hacerla callar. Por suerte, el señor Murray no se enteró de nada y siguió durmiendo hasta la siguiente parada del ferrocarril, donde se detuvieron para comer y estirar las piernas.

Ni Kate ni Jack estaban acostumbradas a los viajes tan largos, así que era difícil contener el entusiasmo de la niña, que les contaba a todos los que se cruzaban en su camino que iba a convertirse en una aventurera pionera y que iba a tener sus propias vacas, toda la comida que quisiera y una mecedora. También les decía a todos los que quisieran escucharla que viajaba con un oso enorme que era muy rico y que podían visitarla para conocerlo, porque era muy amable.

Por suerte, su energía se había agotado para cuando llegó la noche, así que los dejó descansar de su cháchara y sus preguntas.

—Todavía nos queda un día entero de viaje en tren y otro más en carreta hasta mi casa. Y le aseguro que el viaje no será tan cómodo como este. ¿Por qué no descansa?

—Estoy bien, gracias.

Él se inclinó hacia la niña y le apartó un mechón rubio de la frente. Pudo notar cómo la señora Kelly contenía el aliento y lo soltaba poco a poco al ver que Jack sonreía y seguía durmiendo, tranquila y feliz.

—Déjeme darle la que será mi primera orden como jefe suyo. Y sí, ya sé que dijo usted que no toleraría órdenes, porque todos somos iguales, y yo estoy de acuerdo, pero en este caso seré un poco egoísta. La quiero descansada y fuerte para cuando lleguemos a casa. —Pudo ver cómo ella se erguía en el incómodo asiento y fruncía el ceño, aunque no dijo nada—. Descanse, señora Kelly.

Ella no respondió, pero, tras unos segundos de debatirse consigo misma, debió de llegar a la conclusión de que no merecía la pena discutir, así que se arrebujó en su fino abrigo de paño gris y cerró los ojos.

Graeme no sabía si se había dormido, porque tanto su rostro como su postura seguían tensos. Se dijo que lo más probable era que no hubiera respondido, no había argumentos posibles contra lo que había dicho.

Miró hacia la ventana, por donde el paisaje seguía corriendo, aunque ya no se veía nada.

Cuando volvió a mirarla, minutos más tarde, la cabeza de la señora Kelly había caído hacia un lado y las arrugas de su frente habían desaparecido. Su boca estaba un poco abierta y de entre sus labios salía de vez en cuando un susurro incomprensible. Sintió deseos de acercarse para escuchar lo que decía, pero se contuvo.

Se recostó contra su propio asiento y cerró los ojos también. Como le había dicho a la señora Kelly, el trayecto que restaba hasta su hogar sería duro y largo, así que tenía que aprovechar para descansar todo lo que pudiera.

VIII

—¿Qué le ocurrió?

Kate trató de disimular, pero supuso que era complicado fingir durante más tiempo. De todas formas, ya le había confesado en la entrevista en el hotel que había tenido un accidente, así que ahora era demasiado tarde. Se había despertado durante la noche con una punzada en el costado, como si le clavaran un puñal. Pasar tanto tiempo sentada, más el traqueteo incesante, le estaban pasando factura.

La molestia inicial había pasado a ser un dolor sordo, y ahora era una agonía que semejaba un rumor constante en los oídos, como el de las olas del mar en la playa que había visitado una vez de niña. Por entonces le había parecido terrible y apabullante que alguien quisiera vivir escuchando ese rumor cada día de su vida, porque a ella le parecía el de un animal enorme a punto de atacar, acercándose y alejándose, pero que jamás llegaba, lo cual lo hacía todo más aterrador. Y ahora tenía ese animal pegado a las tripas, royéndola por dentro.

—Me caí por boba, como suele ocurrir. La gente lista no se cae, o eso solía decir mi marido.

Graeme rio por lo bajo.

—Entonces me temo que todos somos bobos, señora Kelly, porque todos nos caemos en algún momento.

Ella se encogió de hombros, como si lo que hubiera dicho fuera una enorme tontería. Al hacerlo, gimió de dolor.

—Supongo que todos somos bobos a nuestro modo, y en eso tengo que darle la razón, pero unos somos más bobos que otros, y de eso no cabe ninguna duda, señor mío. Y si no, fíjese en el viejo

Frank. Él no se cayó jamás, pero murió de todas formas, como morimos todos, por culpa de un error de cálculo, y eso que todos en el campamento del ferrocarril decían que era el mejor con la dinamita.

Graeme miró a los ojos a la señora Kelly, y encontró un lejano rastro de tristeza en ellos, pero ella apartó la mirada rápido, avergonzada de que viera su debilidad.

Quiso decirle que sentir dolor no era ningún pecado, y que tampoco lo era el sentir pena por los seres queridos, pero temió que despreciara esas muestras de cercanía por su parte.

—¿Por qué no me deja a la niña? Así usted podrá estirarse en el asiento y descansar mejor. En un par de horas llegaremos a Cheyenne.

La señora Kelly miró a Jack, que dormía, encogida sobre sí misma como un cachorrito. No se inmutó cuando Graeme se levantó y la cogió entre sus brazos. La niña se acurrucó en su regazo con tanta naturalidad como si aquel fuera su lugar natural en el mundo.

—No tiene usted ninguna obligación de cuidar de nosotras.

Graeme se dijo que su gesto de desafío estaba fuera de lugar en un empleado, pero comprendió que ella desconfiara de él, teniendo en cuenta que apenas se conocían.

Acomodó a la niña, la tapó con los faldones de su abrigo y se obligó a mostrarse serio.

—Y usted parece de verdad sorprendida de que alguien se preocupe y sea amable con usted. Créame, no soy ningún ejemplo de buen samaritano. El lugar al que vamos es hermoso, pero no le pone las cosas fáciles a la gente débil. Si no está preparada ni recuperada de su accidente, no me servirá usted de nada en casa. Si la ayudo, es por puro egoísmo. La necesito fuerte. ¿Se siente mejor si le digo esto, Katherine?

Ella levantó la barbilla, pero su gesto ya no fue desafiante, sino más bien de orgullo y satisfacción.

—Puede llamarme Kate, todo el mundo lo hace. Y sí, me siento mucho mejor, gracias.

Graeme sonrió y asintió con la cabeza.

—Descanse entonces, Kate. Todavía nos queda un largo camino por delante.

Ella se estiró como pudo en el asiento de madera. No se durmió, sino que fijó la mirada en el techo primero y luego miró al hombre que velaba por su descanso.

Estiró una mano y tomó uno de los rizos rubios de su hija, que caía sobre el brazo de él. Comenzó a enroscarlo y a desenroscarlo alrededor de su dedo, una y otra vez.

Graeme podía sentir los movimientos contra su pierna, aunque lo más probable era que no fuera consciente siquiera de que lo rozaba.

—Solo quiero que Jack no tenga que pasar por lo que yo pasé. Que tenga al menos una oportunidad de vivir otro tipo de vida. No parece gran cosa, pero estaría bien que pudiera escoger.

Las palabras de Kate, dichas en un tono tan bajo que casi no las escuchó, lo sorprendieron. Pensó que a lo mejor no era consciente de que las había dicho en voz alta, pero entonces la miró y vio que lo estaba mirando fijamente. Sus ojos azules parecieron traspasarlo y Graeme fue consciente de que había hecho una promesa, tal vez la más importante de su vida, a una mujer que había perdido mucho en su vida, y que ella no se lo perdonaría si le fallaba.

Aunque era absurdo, porque no sabía nada de Kate Kelly y no le debía nada, notó que el corazón le palpitaba como no había hecho en mucho tiempo.

Quiso apartar la mirada, pero no podía.

Quiso decir algo, pero no sabía qué decir.

Y entonces ella cerró los ojos, liberándolo.

—No soy una mujer débil, señor Murray. Mi mamá se avergonzaría si me viera así.

Graeme se llevó la mano al ala del sombrero a modo de gesto burlón, pero Kate no pareció entender el gesto. O tal vez sí, porque se llevó las manos a las caderas y señaló con un gesto de la cabeza

las mantas que él había ordenado colocar en la parte trasera de la carreta.

Habían llegado a la estación de Cheyenne, donde habían descendido como si fueran víctimas de un naufragio, apenas hacía unos minutos.

El resto de los pasajeros se habían desperdigado como insectos y se habían quedado prácticamente solos allí, entre el humo negro del carbón de la locomotora, rodeados del escueto equipaje de Kate y la niña. Graeme solo llevaba un maletín, que se perdía entre los bultos de su empleada.

Ella había mirado a su alrededor, como si se preguntase qué hacían allí, hasta que un mozo había aparecido desde el interior del edificio de la estación, manchado de hollín, para decir que el carruaje que había pedido ya estaba preparado.

Al salir, Kate había notado al instante, como no podía ser menos, que habían preparado un lecho para ella en el carro. Había enviado un telegrama a Cheyenne en una parada durante el camino para que todo estuviera listo. Se había planteado detenerse a pasar la noche en la ciudad, pero ahora más que nunca tenía deseos de regresar a casa.

—Créame, Kate, me he dado cuenta de ello.

—No necesito que me lleven en un lecho de plumas como si fuera una reina o un bebé.

Graeme recordó que unas simples mantas no habían sido bastante para Anne cuando habían llegado allí, pero no dijo nada. Era injusto comparar a Anne con Kate Kelly. No era solo que fueran como la noche y el día, sino que Anne jamás le había dado la más mínima oportunidad a ese lugar, no en el fondo, por mucho que Graeme hubiera intentado crear las mayores comodidades para ella. Claro que ese país tampoco se la había dado a ella. Sin embargo, esa mujer herida, agotada y cabezota era incapaz de admitir que no aguantaría un viaje de un día en carreta por una carretera, si es que se la podía calificar así, casi infernal.

—Hágalo por Jack —dijo él, tratando de zanjar la discusión utilizando su punto débil—. Además, si seguimos discutiendo aquí,

tendremos que parar de noche en mitad del camino, donde podremos toparnos con coyotes, osos, y a saber qué más.

Si pensaba que así conseguiría desanimarla, se dio cuenta de que había cometido un terrible error, porque vio que sus ojos se iluminaban.

—¿Quiere decir que hay animales salvajes por aquí? ¿Y lobos?

Notó que le tomaba la mano, tal vez sin ser siquiera consciente de ello, pero no por miedo, sino porque estaba excitada ante la perspectiva de toparse con todo tipo de bichos.

Se dijo que no debería reírse, pero no pudo evitar que se le escapase una sonrisa divertida al ver tanto a la madre como a su pequeña casi saltando sobre sus pies por la emoción y la sed de aventura.

—¿Tengo acaso ante mí a un par de aventureras? —preguntó con tono socarrón.

Notó que los dedos de ella le apretaban la mano con más fuerza.

—¡No se ría, desvergonzado! No se puede imaginar hasta qué punto es aburrida la vida en la ciudad.

—¡Oh, claro que puedo! No creerá usted que nací aquí. Si ha visto a mi madre, podrá imaginarse que mi origen no son estas montañas. —Los ojos de Kate se iluminaron todavía más, presa del interés. —Pero si quiere usted saber cómo llegué aquí, tendrá que subir a la carreta como una chica buena y quedarse quietecita… —añadió, con un guiño pícaro.

Kate se apartó y le dio una palmada escandalizada en el brazo.

—¡Es usted un tramposo y un ser maquiavélico, señor Murray! De haberlo sabido, no habría aceptado venir hasta aquí con usted —añadió, aunque había un indudable toque de humor en su voz.

Pese a sus protestas, la señora Kelly no se hizo de rogar y trepó a la carreta como pudo, sin aceptar su ayuda. Graeme pensó que debía de sentirse cansada de verdad, porque dejó que Jack se sentara a su lado en el pescante, tras asegurarse de que iba bien segura y de que no la dejaría caer. Después se acomodó en la parte

trasera y rezongó un rato, diciendo que no era una inválida y que se lo demostraría muy pronto.

Graeme se sorprendió pensando que, pese a lo extraño de la situación, casi podría decirse que era feliz por primera vez en mucho tiempo, con el sol calentándole la cara, la alegre risa de Jack en los oídos y las protestas de su nueva ama de llaves detrás.

—¿Cómo acabó aquí?

Kate había tratado de dormir, pero era imposible hacerlo con el traqueteo y el ruido de fondo de las voces del señor Murray y las risas de Jack.

Al principio, se había sentido como en su boda, cuando el viejo Frank le había dado un vaso de vino y le había dicho que bebiera. Se había sentado en una silla en el porche y había visto pasar las nubes y a la gente, y había bebido hasta que le había parecido que se emborronaban ante ella. Lo mismo le había parecido cuando se había subido a la carreta.

Emborronadas las nubes. Emborronadas las copas de los árboles. Emborronadas también las voces.

Pero el efecto se le había pasado pronto. Entonces llegó la voz de su jefe, grave y teñida de añoranza. Sin embargo, no había tristeza en ella.

—Imagínese una ciudad antigua y lluviosa, señora Kelly. Una ciudad de sabios y de fantasmas. Una ciudad de escritores y poetas. La ciudad más hermosa del mundo.

Kate se encaramó en el montón de mantas para poder mirarlo. Sentado en el pescante junto a su hija, el señor Murray parecía enorme y ni mucho menos capaz de tales florituras.

—¿Si tanto le gustaba su vieja ciudad, por qué la abandonó?

—¿Mató usted a un hombre, señor gigante? ¿Es usted un bandolero? ¡O un pirata!

—¡Jackeline Frances Kelly! Estoy segura de que el señor Murray no es ningún criminal…

Kate contempló su espalda y esperó la respuesta de su nuevo jefe. No cualquiera aguantaría una acusación tan directa, aunque proviniera de una niña curiosa.

El señor Murray, en cambio, miró a la niña con una sonrisa divertida.

—Curiosamente, señoras mías, podría decirse que mi oficio es el contrario al de bandido. Antes de salir de Edimburgo era abogado. ¿Qué les parece? Y uno bastante bueno, por lo que decían. Toda mi familia se dedica al respetable oficio de la ley.

Kate se imaginó a un señor Murray engalanado, vestido con sus mejores trajes, serio y circunspecto, asistiendo a juicios y metiendo en la cárcel a los criminales. Por algún motivo, aunque esa imagen cuadraba con él, le parecía mucho más feliz tal y como lo veía ante ella, con el pelo ondeando al viento y vestido con ropa de viaje.

—¿Tuvo que salir corriendo de su tierra por algún asunto de faldas?

Graeme se giró hacia ella con una mirada de incredulidad.

—Para ustedes es imposible que uno escoja libremente su futuro, ¿verdad?

Kate se encogió de hombros y apoyó la barbilla en los brazos.

—Usted mismo ha dicho que su ciudad es preciosa y que lo tenía todo. Sin embargo, se ha venido a un país donde hay que luchar por todo. Nadie en su sano juicio escogería esto en lugar de un salón calentito y de una comida caliente y segura.

La sonrisa de Graeme fue como un relámpago.

—Si usted se hubiera criado con esa comida caliente ya segura, con el futuro escrito y dictado por su familia y con gente que le señalara cada paso, créame, a lo mejor le gustaría buscar la primera salida que se encontrara a su paso. —Se encogió de hombros y suspiró—. Ya ha conocido a mi madre. Imagínese lo que es criarse con alguien así y sabrá que mi vida no fue tan fácil como cree.

Kate pensó en su sempiterna falta de tiempo, de comida, sus sueños de lograr algo casi imposible. No podía imaginarse a sí misma en las mismas circunstancias que las del señor Murray,

porque ella, simplemente, era ella misma. Había tenido que vivir su vida según habían ido sucediendo las cosas, lo mejor que había podido.

—¿Y vino aquí para convertirse en bandido, señor gigante?

Kate no pudo evitar sonreír. Jack era una franca admiradora de cualquier historia de bandidos que cayera en sus manos desde los horribles hermanos Dalton hasta la banda de los James, aunque su favorito era Billy el Niño, a quien imaginaba como poco menos que un Robin Hood con pistola y sombrero. Para ella eran poco menos que héroes incomprendidos, aunque Kate le explicase que eran delincuentes. No podía evitar envidiar su inocencia infantil, aunque también temía que se confiara demasiado al creer en casi cualquiera que le sonriera y le pellizcara la mejilla.

Graeme le acarició el pelo rubio a la niña e inspiró, mirando a su alrededor.

—La idea era esa, Jack, pero me temo que soy muy torpe y demasiado alto como para ser un buen bandido, porque los setos de por aquí no son capaces de ocultarme y mi cabeza sobresale siempre, así que decidí convertirme en ganadero, que es mucho más seguro para alguien de mi tamaño.

Kate pudo ver la cara de decepción de su hija, que habría preferido sin duda la primera opción.

La niña siguió preguntando durante lo que parecieron horas. A su nuevo patrón parecía gustarle la charla, porque contestaba con paciencia y una sonrisa, pero Kate notó que había cosas por las que pasaba de puntillas.

Pensó que no debía de haber sido sencillo instalarse tan lejos de su hogar, sin conocimientos, en un lugar donde los vecinos más cercanos estaban siempre demasiado lejos. Ahí el poder de una familia rica no le servía a uno de nada, eso estaba claro.

Pudo ver que de vez en cuando se deslizaban nombres en la charla, pero no sabía bien si se trataba de vecinos, amigos, socios o tal vez de una esposa. Aunque hubiera querido preguntar, el agotamiento podía con ella y no podía poner tanta atención como hubiera deseado.

El aire se iba enfriando a medida que avanzaba el día. Las aves pasaban por encima de ellos, camino a sus nidos mientras la luz iba menguando. El suelo era liso, sin cuestas, y los caballos avanzaban con calma, como si tuvieran todo el tiempo del mundo por delante y el horizonte fuera eterno.

El cielo la asustaba por su amplitud. En la ciudad apenas se veía ese tono de azul de su infancia. De vez en cuando asomaba una loma rojiza, no demasiado alta, pero el horizonte era más bien llano.

A veces, en la lejanía, asomaba algún penacho lejano de humo, resto de presencia humana. Y también manchas de ganado que se movían como enjambres. Le habría gustado preguntar si conocía a los dueños de esas tierras, pero lo cierto era que no tenía mayor interés, más allá de una ligera curiosidad.

En algún punto del camino perdió la cuenta de lo que decían, aunque escuchaba los rumores de las voces del señor Murray y las preguntas de su hija de fondo, como una nana. El agotamiento por el viaje y por el dolor hicieron mella en ella y se tumbó. Ahora el meneo del carruaje no fue molesto, sino que la meció como si fuera un bebé en su cuna.

IX

—¿Ahora mi mamá es su novia, señor gigante?

Graeme se detuvo justo ante el umbral de la casa con la señora Kelly en brazos.

Sabía que respiraba, porque podía sentirlo contra su cuerpo, pero su inmovilidad lo había asustado hacía un rato, cuando la había levantado del arrullo de mantas en la parte trasera de la carreta y la había cargado para introducirla en la casa. No tenía sentido despertarla cuando por fin se había dormido, después de un viaje tan agotador.

Agradeció la oscuridad para que la niña no viera su sonrojo. Aunque, pensó, era absurdo. ¿Qué podía saber una niña sobre lo que significaba llevar a una mujer en brazos?

Él no había llevado a Anne en brazos la primera vez que habían cruzado ese umbral. Ella no había querido. Según ella, eso no tenía ningún sentido, porque ya llevaban tres años casados. Anne Murray había cruzado el umbral de su nueva casa americana como la dueña y señora de sus tierras, sintiéndose segura, valiente, feliz, atrevida, sonriente.

Casi podía ver su fantasma ante él, inspirando el olor de la madera con restos de resina perfumando la madera, girándose hacia Graeme, con los ojos todavía brillantes por la sensación de aventura.

Su sonrisa por entonces era inquebrantable.

—¿Señor gigante?

Graeme dio un paso hacia el interior.

La temperatura había descendido varios grados y anunciaba ya el otoño. Las heladas no tardarían en llegar.

—No, Jack, no es mi novia.

La niña se encogió de hombros, como si su respuesta no tuviera ninguna importancia. Y lo más probable es que para ella fuera así. A sus ocho o nueve años, nada era más importante que poder salir a jugar y, tal vez, tener toneladas de mermelada disponible para las tostadas en los desayunos, se dijo. A su edad, al menos, la vida era así, una vez que lograba escapar de las lecciones de su tutor con sus hermanos.

Volvió a mirar a Kate, que seguía sin moverse.

Un agotamiento semejante le parecía impensable.

¿Qué tipo de vida había tenido para necesitar dormir así? ¿Y qué alivio sentía para permitirse relajarse de esa forma?

Era demasiada responsabilidad.

La dejó en la mecedora frente a la chimenea y se estiró. Era tarde, pero quería ir a ver si todo estaba bien en la casa y en los establos. Aunque confiaba en sus hombres como en sí mismo, quería comprobar que no había novedades.

La casa no estaba demasiado fría, pero aun así se quitó la chaqueta y se la colocó por encima.

Kate siguió sin moverse.

Su hija se sentó a sus pies y colocó la cabeza contra su pierna.

—Volveré en un rato. Y después cenaremos.

La niña asintió, pero pensó que no era consciente de lo que le decía. Sus ojillos oscuros ya se estaban cerrando cuando cerró la puerta a sus espaldas.

De lo primero de lo que Kate fue consciente al despertar fue de que no había movimiento. Y después, de que olía a madera y un poco a polvo y a humo.

No era un olor desagradable ni mucho menos, sino que le recordaba a un hogar. A su primer hogar, antes de que mamá muriese y el viejo Frank se los hubiera llevado a ella y a sus hermanitos.

La casa que había tenido con el viejo Frank, poco menos que una habitación en una caseta por la que habían pasado antes varias familias, no había olido así. Allí siempre se mezclaban los olores de las comidas que preparaban las demás mujeres, de la ropa lavada y del polvo de hierro del ferrocarril que se traían los hombres entre las costuras. También a pañales sucios. Y a humo de las chimeneas que no tiraban bien, aunque ellos no tenían una, sino un fogón ante la puerta. Cuando llovía Kate se plantaba allí con un cucharón muy largo para no mojarse entera y removía lo que hubiera el puchero, notando cómo la manga se le iba mojando hasta el hombro. Y si hacía viento no había nada que hacer, todos comían frío.

Era parte de un barracón separado por tablas tambaleantes. Bastaba con pegar la oreja a una para saber todo lo que ocurría al otro lado. Y también parecía que al quitar una de ellas el resto fuera a caerse.

Después, cuando ocurrió lo del viejo Frank y tuvo que mudarse, supo que en la ciudad jamás olía bien. Había demasiados olores mezclados como para que eso fuera posible, y los malos siempre ganaban a los buenos. Había que salir de allí para poder respirar un poco de aire limpio, y eran pocas las veces que podían escapar.

En la casa del señor Murray, en cambio, había un lejano aroma a animales, pero no le importaba. De niña, una vecina tenía una vaca y a veces les dejaba ordeñarla a cambio de limpiarle la casa. Era un animal tranquilo y enorme, con la boca siempre en movimiento, algo que le fascinaba. Era como si el bicho estuviera a punto de decir algo, así que Kate se la quedaba mirando durante horas, esperando. Solo que, cuando al fin la vaca hablaba, ella no comprendía lo que decía, porque hablaba en su propio idioma.

Sentada en la mecedora ante la chimenea apagada, se preguntó cómo había llegado hasta ahí.

El conocido peso contra la pierna le dijo que también Jack estaba ahí, así que se tranquilizó.

Sin apenas moverse, recorrió la habitación con la mirada.

El señor Murray no estaba cerca, pero era evidente que era él quien la había llevado hasta esa cabaña, si es que podía llamarse así

a una casa que era muchísimo más grande que cualquier alojamiento que hubiera ocupado antes. Apartó su chaqueta y se incorporó en la mecedora, que crujió un poco cuando se movió.

La habitación era grande y de techos altos, capaces de albergar el tamaño de su dueño. La chimenea estaba apagada y fría, pero estaba limpia y sin restos de cenizas. Por aquí y por allá había detalles personales, como pequeñas figuras de porcelana, jarrones delicados que contrastaban con las escopetas de caza que reposaban en el aparador junto a la puerta de entrada. Una zona eminentemente femenina y una masculina que clamaban bien alto que allí había vivido una mujer en algún momento.

Sus ojos, ya acostumbrados a la penumbra, siguieron su recorrido hasta un rincón junto a la chimenea.

Parpadeó al reconocer lo que se apilaba en la alacena donde cualquiera habría esperado encontrar una colección de jarras de cerveza o las pipas del dueño de la casa. Sin embargo, allí, bien ordenados y apilados con cuidado, había tal vez un centenar de libros, quizás más.

Libros.

Kate sintió que le faltaba el aliento al verlos, porque jamás habría esperado algo semejante.

La luz proveniente de lámpara que el señor Murray había dejado encendida para ellas tembló cuando la puerta se abrió.

—Vaya, veo que ya ha despertado. Puedo acostar a la niña y preparar algo para cenar, si quiere. No es que sea un gran cocinero, pero no me he muerto de hambre hasta el momento, así que supongo que puedo hacer algo comestible para todos. Ha sido un viaje muy largo y puede descansar usted hasta mañana.

Kate lo miró, avergonzada.

El señor Murray tenía las mejillas sonrojadas por el aire fresco de la noche y llevaba una pelliza enorme y fea que colgó de un perchero hecho con cuernos de ciervo que había tras la puerta.

—Nada de eso, señor mío. Se supone que he venido hasta aquí para encargarme de todo eso. Además, ocuparme de mi hija es mi

tarea, no suya.

Supo que su tono había sido desagradable cuando lo vio bajar la mirada.

—Lo siento, no he querido meterme donde no me llamaban, Kate. He pensado que podríamos empezar de cero desde mañana.

Kate lo miró desde la mecedora, como si ella fuera la dueña de todo aquello y él fuera una especie de invasor que le estuviera pidiendo refugio en una noche tormentosa. De pronto se dio cuenta de que tal vez debería haberse levantado. El señor Murray era su jefe y ella una empleada y ahí estaba, sentada como una señora mientras él se ofrecía a hacerle la cena y acostar a su hija para que ella pudiera descansar.

Al final, asintió y levantó a Jack, que protestó cuando la movió.

—Discúlpeme usted a mí. No estoy acostumbrada a tratar con gente educada, es evidente. Debo de parecerle una salvaje y una maleducada.

Él se encogió de hombros y le quitó a la niña de entre los brazos.

—Yo tampoco estoy acostumbrado a la gente, ya sea educada o no. Y tampoco vaya a pensar que esto es un palacio. Tenía muchos planes para la casa, pero al final… —el señor Murray se calló de pronto y volvió a encogerse de hombros—. Su habitación está al fondo, es la parte más cálida de la casa. Lo agradecerán en unos meses. Además, por la mañana podrá ver también que tiene unas vistas preciosas. Hay un bosquecillo maravilloso justo enfrente, un poco alejado, y en primavera y verano da gloria verlo. En otoño los colores de las hojas son preciosos, ya lo verá.

Kate pensó en su último alojamiento, antes del accidente con la caldera. No tenía ventana y Jack y ella apenas tenían espacio para moverse. Se oían tantos ruidos noche y día que tenía que dormir con tapones de algodón. Sabía que, si quería, podía tener una charla pared con pared con sus vecinos.

Ahí, sin embargo, su jefe le reservaba una habitación con vistas y cálida en invierno. Se pellizcaría si no le diera vergüenza que él pudiera verla.

No sabía si era a causa del cansancio o del hambre, pero sintió ganas de llorar.

—No me voy a quedar tanto tiempo como para verlo, o eso espero —dijo, antes de darse cuenta.

Él se giró para mirarla. Todavía llevaba a su hija en brazos. Parecía diminuta en comparación con su corpulencia.

Pensó que él se molestaría por sus palabras, pero sonreía.

—¡Oh, sí! Usted será dueña de sus propias tierras, lo recuerdo. —Para su sorpresa, su tono no sonaba burlón, sino casi tierno. —Tendremos que buscar un sitio para usted y su bonita casa, entonces. Intentaremos que tenga unas vistas al menos igual de buenas que esa ventana, ¿qué le parece?

Antes de que ella pudiera replicar y decirle que no tenía ninguna obligación de ayudarla más de lo que lo estaba haciendo, él ya le había dado la espalda y había seguido andando.

Lo siguió durante unos metros hasta que él se detuvo al fin.

La habitación estaba al final de la casa. Era grande. Enorme, a los ojos de Kate. Estaba amueblada con una cama cubierta por una colcha bordada preciosa y un armario donde cabrían las pertenencias de varias vidas como la suya. También había un escritorio desde donde podría escribir a Gertie, girado hacia una ventana enorme. Desde allí podría contemplar las vistas de las que tanto había hablado, sentada en una silla con cojines, bien cómoda mientras lo hacía. Las cortinas eran las más hermosas que había visto en su vida, ligeras como una tela de araña. Incluso había un espejo donde podría ver todo su rostro de una vez.

Escuchó al señor Murray decir que haría traer un camastro para la niña si lo quería, aunque también habría una habitación para ella sola, si así lo quería, y todos los muebles que necesitara. Kate lo escuchaba como de fondo, maravillada de pensar que todo aquello fuera solo para ellas.

Kate no recordaba haber estado en una habitación tan grande en toda su vida. O tal vez no era tan grande y a ella solo se lo parecía porque estaba impresionada.

Todo aquel espacio a su disposición…

Podría respirar, podría correr, podría saltar, si quería. Por primera vez en su vida, desde que era niña, podía estirar los brazos y notar las paredes a mucha, mucha distancia.

Se descubrió sonriendo sin poder evitarlo. Y de pronto supo el motivo: aquello se parecía mucho a la libertad.

X

Querida Gertie,

Te sorprendería verme ahora mismo, sentada como una dama en mi propio dormitorio, frente a mi propio escritorio, mirando por mi propia ventana, mientras respiro el fresco aire de la mañana.

No tengo mucho que contar acerca del trayecto que me ha traído hacia aquí. Me ha parecido muy largo, y más teniendo en cuenta que todavía no me he recuperado de mis heridas, pero el señor Murray ha sido muy amable con Jack y conmigo y nos ha facilitado todo tipo de comodidades. Es un hombre de lo más atento. Siento decirte que mi agotamiento no me ha permitido disfrutar de esta aventura tanto como habría deseado, pero te juro que intentaré compensarte en el futuro, como te prometí, y te contaré detalles acerca de cómo va vestida la gente por aquí y cómo son las casas, y también si hay algún bandolero en acción. Por el momento, poco te puedo decir al respecto, porque no he visto a nadie desde que llegamos anoche, aparte de a mi jefe.

Todavía no me he podido hacer una idea de la propiedad, pero, si he de juzgar en función del tamaño de esta casa, creo que tendré mucho trabajo para tenerlo todo en orden. Está construida principalmente con madera y piedra, y pocas veces he visto una cabaña, si es que puede llamársela así, tan grande y bien distribuida. Las habitaciones son espaciosas y a todas y a cada una llega el calor de la hermosa chimenea que hay en el salón, aunque no sabría decirte cómo. Solo sé que me parece una idea magnífica. Además, el señor Murray es todo un literato y tiene libros por todas partes, ¿te lo puedes creer? Además, visto que te estoy escribiendo esto y sigo

viva, podemos descartar que sea un asesino, al menos por el momento.

Por suerte, el señor M no es un hombre sucio ni desordenado, y está más que claro que en algún momento hubo una mano de mujer en este hogar, aunque por ahora no ha nombrado a una esposa ni la he visto, así que, o ha fallecido, o ya no está por aquí. Es una auténtica lástima que no pueda disfrutar de un lugar como este. Cada rincón está salpicado de detalles deliciosos, como unas cortinas preciosas en nuestro dormitorio y cositas pequeñas y delicadas que da miedo tocarlas por todas partes. Y, hablando de nuestro dormitorio, es tan preciosísimo que no te lo puedes ni imaginar. Jamás había visto algo semejante. Tendría que usar la paga de todo el año en la lavandería para costear algo semejante solo a esas cortinas, y aún dudo de que pudiera pagarlas. ¿Qué mujer se gastaría tanto dinero en unas cortinas? Sin duda, la señora Murray era una mujer delicada pero poco práctica. Dios me libre de pensar mal de una persona a la que no conozco y que tal vez ya no exista entre nosotros, pero tirar demasiado oro en algo que solo sirve para impedir que entre la luz del sol en una habitación es indecente, habiendo tanto necesitado en el mundo.

En todo caso, estoy especulando, y no es algo en lo que me guste perder el tiempo.

Por cierto, ¿puedes creer que el señor M ha dicho que Jack y yo no tendremos que compartir el dormitorio si no queremos? Jack podría tener su propio cuarto, como una señorita. Así de grande es esta casa, Gertie…

Yo quería tranquilizarte con respecto al señor M y es lo que he hecho, aunque, por supuesto, nadie es perfecto. Porque ya puedo escuchar tu voz en mis oídos diciendo que, sin duda, debe serlo. Pues no, querida Gertie, y te habrías dado cuenta de ello si hubieras sido testigo de mi despertar de esta mañana, que ha sido de todo menos perfecto y tranquilo.

El más horrible de los sonidos me ha hecho saltar de la cama como si una tribu entera de indios hubiera entrado a saco en mi habitación, dispuesta a arrancarme la cabellera y el corazón.

¿Qué crees que era, querida?

¡Una gaita atronando como mil demonios!

Por lo visto, el señor M toca ese instrumento infernal cada mañana al amanecer y a veces también por la noche, porque dice que es costumbre en su país saludar al sol en su salida y despedirlo cuando se acuesta, como si se tratase de una criatura que necesita una nana. Por lo visto, la mismísima reina Victoria tiene un gaitero a su servicio para que toque para ella cada día mientras desayuna. Con sinceridad, debo decirte que esa buena mujer debe de estar sorda para apreciar tal horror al despertar. Pero ¡quién soy yo para juzgar las locuras de los ricos!

También puede ser, Gertie, sin ser una experta en tal objeto, que la gaita del señor M tenga algo estropeado en su interior, porque parece que estén torturando a una cabra mientras toca.

Al escuchar esa especie de chirrido, he salido en camisón de mi nuevo dormitorio, asustada con motivo, como podrás imaginar, olvidando que ya no estaba contigo en nuestra pequeña habitación. Pero tranquila, lejos de considerar algo excitante el hecho de verme en paños menores, él se ha asustado más que yo cuando he aparecido de esa guisa, con mis trenzas al viento y el camisón que tanto te gusta, ese que tiene un lazo justo en la garganta y un poco de encaje en los puños. No era una imagen nada atractiva, por mucho que sea, con diferencia, una de mis mejores prendas, ya que costó el salario de todo un día.

Según el señor M, la horrenda canción que tocaba se llama Que vienen los Campbell*. Con franqueza te digo que espero que esos señores lleguen pronto o que el señor M deje de llamarlos con tanta insistencia, porque no sé si podré soportar despertarme así cada día.*

A Jack, en cambio, le ha encantado y le ha pedido al señor M que le enseñe a tocar. Por suerte, él la esquivado diciéndole que todavía es muy pequeña y que debe desarrollar los pulmones para poder llenar las bolsas de…

Kate dejó la carta a un lado y miró por la ventana.

Ahora se encontraba a solas en la casa con Jack, que jugaba en el salón. El señor Murray se había marchado con los peones de la granja hacía rato, después de desayunar. Se había despedido con cordialidad y le había dicho que no volvería hasta la noche.

—Puede explorar todo lo que quiera. Mis secretos ahora son suyos —había dicho con un guiño burlón.

Sin embargo, Kate no se había atrevido a salir de su habitación, como si le atemorizara todo lo que la rodeaba. A ella, que jamás había sido una cobarde ni una pusilánime. A ella, que se había atrevido a cruzar dos estados con un desconocido asegurando que lo dejaría pronto para construir su propia casa sin temor a lo que pudiera pensar de ella.

En la loma que se veía desde su ventana había un pequeño grupo de árboles, plantados muy juntos, o eso le parecía. Supuso que ese debía ser el bosquecillo al que se había referido el señor Murray el día anterior. Desde que los había visto, nada más despertar, había pensado que quería ver eso cada mañana. Cuando construyera su casa, tendría que ser en algún lugar donde hubiera árboles cerca.

Si había algo que odiaba de la ciudad era la sensación de suciedad, de opresión. Nadie debería crecer en un sitio así, siempre entre cuatro paredes, corriendo todo el tiempo de un sitio a otro, aguantando órdenes y con los pulmones sucios.

Si había algo que significara la tristeza para ella, era la sensación de levantarse cada día sabiendo que nada cambiaría.

—Mamá, tenemos visita.

Kate dio un respingo.

Durante un instante miró a su alrededor sin reconocer el lugar donde se encontraba. Luego recordó. Sí. Las montañas. Su nuevo hogar, al menos durante un tiempo.

—¿Visita?

Jack tenía las mejillas manchadas y el frente del vestido de algo de color rojo. De algún modo, en el rato en que la había perdido de vista, había dado con uno de los tesoros secretos del señor Murray.

Tal vez, a juzgar, por el olor, con un tarro de mermelada de frambuesa.

—Son una vieja y una chica que lo mira todo así —respondió Jack, levantando la nariz con aire impertinente, sin darse cuenta de que era muy posible que las dos mujeres la estuvieran escuchando—. Ya les he dicho que el señor gigante no está, pero no se han querido largar.

Kate pensó que los modales de Jack dejaban mucho que desear y que el señor Murray, tan fino él, tan señorito europeo, sería una buena influencia para ella.

Le dio su pañuelo a la niña para que se limpiara y la mandó de vuelta al salón.

—Diles que voy enseguida. Y no seas maleducada. Ofréceles asiento.

Mientras se miraba en el espejo, se colocaba los mechones rubios en su lugar y se quitaba el delantal inmaculado, ya que en realidad no había comenzado siquiera a trabajar, quitando el momento en que había preparado el desayuno, pensó que estaba fallando estrepitosamente en su primer día como ama de llaves de la casa.

Y tal vez por eso estaban esas mujeres allí, para pillarla en falta. Quizás el señor Murray no era tan bueno como había creído. Tal vez había mandado a esas mujeres para vigilarla, porque no se fiaba de ella. O a lo mejor era solo que eran unas cotillas y habían ido allí para ver cómo era la nueva criada de su vecino.

Inspiró hondo y se dijo que le daba igual. No estaba allí para contentarlas, sino para cuidar de esa casa y del señor Murray.

Con el ceño ligeramente fruncido y preparada para la batalla, se plantó en el salón, donde Jack trataba de acomodar a la que había denominado como «vieja», aunque no debía de tener más de cuarenta años, en la mecedora, aunque fuera a la fuerza.

—Tiene usted una hija muy insistente, señora mía —dijo la mujer al verla, con una risa contagiosa y un acento alemán tan pronunciado que a Kate le costó comprender lo que decía—. Graeme nos ha pedido que vengamos a saludarla por si se sentía sola.

Supongo que quiere que vea usted que no es la única mujer en todo el estado. Es un hombre tan encantador.

Kate no pudo evitar pensar que la manía protectora del señor Murray empezaba a ser preocupante. Por supuesto, no dejaba de ser encantador, como decía la señora alemana con aquella sonrisa tan abierta y deliciosa, como si buscara una confirmación en su mirada, pero debía entender que ella era una empleada y aquello no era natural. O no lo era para ella.

—Graeme no comprende que a las criadas hay que mantenerlas en su sitio y que no hay que darles jamás demasiadas confianzas para que no se crean parte de la familia.

La joven pronunció las palabras que se habían cruzado por la mente de Kate sin que se atreviera a decirlas. Ella no dejaba de estar a su servicio, al fin y al cabo.

La mujer mayor chasqueó la lengua contra el paladar y le dio una palmada en el brazo a la que evidentemente era su hija. Sus facciones eran similares, aunque las de la hija poseían una dureza que la hacían más inaccesible.

—Tonterías. La señora Kelly, porque se llama así, ¿verdad, querida?, será una de nosotras antes de que cante un gallo. Y pondremos todo lo que esté en nuestra mano para que nos coja tanto cariño que no desee irse jamás de aquí.

Kate no pudo evitar un chispazo de simpatía por ella, aunque no tenía ningún plan de quedarse para siempre. Aunque era bueno saber que tendría una amiga. Había que tener a una, aunque fuera en el infierno, como decía su querida mamá.

—Puede llamarme Kate —dijo, tendiéndole una mano, que la otra ignoró con un chasquido de la lengua contra el paladar.

La mujer la apretó entre sus brazos. Olía un poco a berza hervida y a carne cocida, pero era un aroma agradable, a hogar.

—Yo soy la señora Heller, pero puede llamarme Helga. Y esta señorita tan desabrida es Deborah. No se deje engañar por su gesto. A veces sonríe. Tal vez un día al mes.

Deborah frunció los labios ante la broma de su madre, pero no besó ni dio un solo paso hacia su nueva vecina. Quería dejar claro que, en su caso, no era bienvenida.

Ni a Helga ni a Kate pareció importarles. Pocos minutos después de su llegada, las dos compartían confidencias como si se conocieran de toda la vida y conversaban con las cabezas unidas acerca de sus planes de futuro.

XI

Helga hablaba y hablaba, pero a Kate no le molestaba en absoluto, porque, en cierto sentido, quitando su acento alemán, le recordaba a Gertie.

Sin necesidad de que se lo pidiera, la acompañó en sus labores, ayudándola a sacudir edredones y mantas, a quitar el polvo y a airear estancias. Por lo visto, lo había hecho en más de una ocasión, aunque no había querido el puesto fijo, porque tenía que ocuparse de su propia casa.

—Graeme tardó en comprender que necesitaba a alguien que se cuidara de la casa a tiempo completo. Es demasiado grande para una sola persona —dijo Helga, mirando las cortinas del salón con el ceño fruncido, como si estas tuvieran la culpa del tamaño del edificio —. Es preciosa, eso no puede negarse, pero ni Anne ni Graeme pensaron en las cosas prácticas cuando la construyeron. Supongo que él pensaba en una familia enorme y en el futuro, y ella… — la mujer calló y apretó los labios, como si no quisiera decir nada desagradable. Después sonrió con tristeza—. Después, ocurrió lo que ocurrió y ella murió, y él dejó de pensar del todo en la casa.

—Lo que Graeme necesita es una esposa que se encargue de él y de todo lo demás, solo que todavía no se ha dado cuenta.

Kate miró a Deborah, que se había instalado en la mecedora, junto a la chimenea, en silencio, ojeando un libro, y murmurando para sí de vez en cuando las escuchaba hablar. De no estar ella allí, tal vez habría aprovechado la ocasión para sacar a colación a la esposa de Graeme y lo que fuera que había ocurrido, porque era evidente que Helga la había conocido bien, pero no quiso hacerlo delante de la joven.

Jack había intentado que jugara con ella, pero Deborah la había ignorado desde el primer instante, como si la niña no le resultara en absoluto interesante, aunque estaba más cerca de su edad que de la de Kate.

Sentada allí, con la luz del fuego iluminando sus facciones, parecía una princesa triste y enfurruñada, aburrida de todo.

Miró su vestido, para nada apropiado para una visita a una nueva vecina, ni para una cabaña en mitad de las montañas, por muy lujosa que esta fuera. Sus zapatos estaban tan brillantes que se preguntaba cómo conseguía mantenerlos así. Su pelo suelto, a excepción de un par de mechones sobre las orejas, recogidos con un par de peinetas plateadas para enmarcar su rostro, parecía el de una de esas muñecas que había visto cientos de veces en los escaparates de las tiendas caras de la ciudad, amarillo como el vilano del maíz. Seguro que tendía el mismo tacto, suave y delicado como la seda a fuerza de pasar el cepillo una y otra vez por los mechones. Era una chica guapa, pero su expresión le daba un aspecto tan hermoso e inexpresivo como el rostro de porcelana de cualquiera de esos juguetes.

Jack rondaba a su alrededor como si fuera una estrella, pero Deborah Heller solo la miraba cuando la niña la rozaba o se dirigía a ella directamente, y lo hacía para apartarla.

Con su actitud quería dejarles claro que no eran bienvenidas, pero Kate pensó que aquello no se podía deber a ellas. No a ellas como personas, más bien. Era solo que su presencia parecía haber despertado algún tipo de fantasma en esa niña y lo estaba pagando con Jack.

Quizás, como la señora Murray, las Heller pensaban que Graeme Murray necesitaba una esposa, y seguro que Deborah tenía cierta idea de quién debía ser esa mujer y de ahí su animadversión, como la de la madre de Graeme.

Kate ahogó una risa divertida.

—¿Por qué no se quedan a comer y les cuento mis planes? Tal vez puedan ayudarme a escoger un lugar donde construir mi granja.

Seguro que, con todos los años que llevan aquí, podrán darme muchos consejos.

Por primera vez vio un verdadero interés en los ojos de la joven, poco más que una niña. No se acercó a ella, pero sí la vio más atenta a su charla una vez que supo que no tenía intención de permanecer en esa casa para siempre.

Kate no era una rival, eso le había quedado claro, pero eso no quería decir que fuera a mostrarse más amigable ni con ella ni con su hija. Deborah siguió en la mecedora y solo se levantó para cambiar de libro, como si fuera la dueña de la casa. De ese modo demostraba conocer cada rincón mucho mejor que la nueva ama de llaves y también que Graeme le permitía tomar prestado todo lo que había en ese lugar y quería que Kate se diera cuenta.

Helga se mostró encantada de quedarse. Su esposo estaba con Graeme y el resto de los hombres y tampoco regresaría hasta la noche, así que podía quedarse a comer con la nueva vecina. Y, por supuesto, estaría encantada de ayudar en todo lo que pudiera.

Aunque solo la mitad de la compañía era agradable, a Kate le gustó volver a tener alguien con quien hablar y también saber que habría alguien cerca con quien podría contar, en caso de tener algún problema.

—He estado pensando en usted, Kate. En sus tierras, más bien.

Graeme fue consciente cuando ella se lo quedó mirando fijo, con el ceño fruncido, de que no había comenzado bien.

Había perdido la costumbre de hablar con mujeres, ya que no había demasiadas por allí, salvo las mujeres e hijas de sus trabajadores o vecinos, y no tenía demasiado claro cómo plantear lo que había pensado.

—He estado hablando con los chicos, ya sabe, pensando en el mejor sitio para usted. —Graeme sabía que hablaba con tono agudo y hasta desagradable e incluso Jack lo notaba, pero no podía evitarlo —. Espero que no le importe que me haya tomado la molestia de comentar con ellos su problema.

Ella no decía nada.

Se había detenido junto a él, revolviendo lo que parecía ser un guiso de ternera en salsa, una y otra vez, con un cucharón de madera.

Parecía delicioso y él tenía hambre después de pasar todo el día fuera comiendo poco más que carne seca, pan, café y galletas, pero no quería volver a abrir la boca y fastidiarlo todavía más.

—¿Me ha buscado un sitio? ¿Tan pronto?

Graeme podía escuchar la salsa salpicar dentro de la sopera, pero no se atrevió a decir nada. Su madre les había regalado esa vajilla a Anne y a él cuando se habían casado, pero no recordaba que Anne la hubiera usado jamás. Se preguntaba dónde la había encontrado Kate.

—Pensé que querría usted emprender su nueva vida cuanto antes —dijo en el tono más neutro que pudo encontrar—. Ya lo verá, le encantará el lugar que hemos encontrado para usted. Es llano y tiene agua suficiente para todo lo que pueda necesitar. Hay un buen pasto para el ganado y un bosquecillo cerca por eso que hablamos de las vistas… —se calló al ver la ligera sonrisa en los labios de Kate —. Aunque, si no le gusta, siempre podemos esperar y buscar otro lugar.

Graeme siguió hablando, aunque era muy consciente de que ella no parecía feliz al escuchar las múltiples ventajas del terreno que habían pensado que le convendría.

—Tiene usted que pensar que es una mujer sola, sin experiencia, sin dinero…

Kate dejó caer la sopera sobre la mesa y la salsa salpicó la camisa y la chaqueta de Graeme, y también el mantel y el vestido de Kate, pero a ella pareció darle igual.

—Usted prometió ayudarme, pero en ningún momento acepté que me guiara usted como si fuera una niña estúpida, señor Murray. Le agradecería que no tome decisiones a mis espaldas y que no comente mis asuntos con otras personas sin consultarme antes.

—Kate…

—Y, ya que estamos… el dinero o experiencia que tenga en la vida no son de su incumbencia, señor mío. Le aseguro que no soy una criatura tan desamparada como usted parece pensar. Como usted mismo ha dicho, es mi problema y quizás me gustaría resolverlo por mí misma. Es posible que no tenga mucha idea, o ninguna, de ganado, de plantar, o de nada, pero, si quisiera que un hombre lo hiciera todo por mí, me buscaría un marido. —Con un gesto magnánimo, levantó la barbilla y le sirvió una ración generosa de guiso, que volvió a salpicarlo todo—. Y, ahora, cene usted antes de que se enfríe. Debe de estar usted agotado de tanto pensar.

Graeme miró su plato y después la miró a ella, que le dio la espalda y ocupó su asiento y comenzó a comer como si no hubiera ocurrido nada.

Durante la cena, Kate no volvió a abrir la boca, como no fuera para ordenarle a su hija que le diera las buenas noches al señor Murray y se pusiera el camisón para ir a lavarse y rezar sus oraciones. Su rostro podía parecer tranquilo, pero Graeme podía notar la furia bajo la superficie.

Después de cenar, justo antes de que se escurriese junto a él para acostar a Jack, la tomó del brazo con suavidad.

—Lo siento mucho, Kate. Perdóneme por ser un imbécil. De ahora en adelante, solo tiene que hacérmelo notar y yo recordaré que ya no debo mirar solo por mí.

Ella no relajó su gesto, pero su voz fue amable al responder.

—Usted solo ha actuado como creyó que debía, no se preocupe. —Pareció dar por zanjado el asunto con esas palabras, pero dijo algo más, con la barbilla levantada y los ojos azules un poco brillantes en la penumbra, algo que hizo que Graeme se sintiera desamparado, aunque fuera ella la que estaba a punto de llorar—. En realidad, debería darle las gracias por buscar esas tierras por mí, pero odio que me hablen como si no fuera capaz ni de atarme los zapatos sola. Ya sufrí todo eso durante muchos años y creo que ya es suficiente. Así que gracias, señor Murray, pero… —suspiró, como si fuera a decir algo más, pero al final se fue tras dedicarle un leve cabeceo de despedida.

Graeme la vio desaparecer por el pasillo a oscuras y gruñó. Se dijo que no debería sentirse molesto, porque, al fin y al cabo, él había intentado ayudarla, como había prometido. ¿Para qué estaban los hombres si no era para facilitarles la vida a las mujeres? Toda su vida lo habían educado para ser un caballero, para ceder el asiento a las damas, para hacer cumplidos que casi nunca sentía y para ser amable. Su madre le arrancaría la cabeza si supiera que esa mujer le había respondido así cuando había sido tan amable con ella, que no dejaba de ser una empleada y una desconocida. Sin embargo, Kate Kelly le había hecho sentirse mezquino y hasta miserable, como si esperase una recompensa por el favor que le hacía.

Caminó un poco hacia su dormitorio.

La señora Heller le había ayudado a ordenar aquella habitación para que una mujer se sintiera a gusto allí. Era una suerte que pudiera contar con ella para no sentirse perdido. Desde la muerte de Anne, Helga era la única persona que había tocado sus cosas. Graeme no había vuelto a tocar algunas de ellas. Helga las había recogido y las había metido en los baúles que habían traído desde Escocia. Después los había guardado en una habitación por donde él solo pasaba de paso, sin fijarse. De ahí había sacado la señora Heller las cortinas para las ventanas y el edredón para su cama, y también alguno de los muebles. En esa mesita que ahora estaba junto a la ventana escribía Anne su correspondencia y también la usaba como tocador, hasta que ya no se sintió con fuerzas de escribirle a nadie. Todos los botecitos, frascos llenos de delicadas esencias y objetos que había sobre esa mesita ahora estaban guardados en esos baúles, igual que su ropa y el resto de sus cosas. Solo había sido incapaz de guardar sus libros. Esos seguían junto a los suyos.

Desde el quicio de la puerta vio a Kate y a Jack arrodilladas ante la cama, rezando sus últimas oraciones antes de acostarse.

Después, Kate la ayudó a meterse en la cama. Mientras la niña se dormía, su madre le cantaba una canción de cuna, tal vez algo desafinada, pero eficiente, porque Jack cerró los ojos y se quedó dormida en unos instantes, como si la hubiera tocado una varita mágica.

Supuso que también habría sido así si su hijo no hubiera muerto al nacer y no se hubiera llevado con él el alma de Anne.

Las dejó a solas, sintiéndose un extraño en su propia casa.

—Ni se le ocurra volver a tocar ese instrumento infernal.

Kate miró a su jefe desde la entrada del salón, envuelta en un enorme chal y con el cabello todavía sin peinar. Él, en cambio, estaba vestido, aunque no llevaba puesta la chaqueta, quizás para poder soplar mejor. Tenía un aspecto a la vez imponente y cómico, con los carrillos hinchados y el pecho lleno de aire, con los labios pegados a una de aquellas cosas de madera con aspecto de flautas. La gaita era enorme, y parecía algo vivo entre sus manos. Era como una criatura llena de patas y daba repelús pensar que se parecía a una araña que gritaba en busca de auxilio.

Graeme no sopló. Tal vez porque ella le había dado tal susto que empezó a toser hasta ponerse rojo como un tomate.

Kate se acercó a él y le dio unas palmadas sorprendentemente fuertes en la espalda.

—Ya pasó. Ya está… —murmuraba a la vez que palmeaba, como si fuera un bebé expulsando los aires después de tomar la papilla.

Graeme la miraba con cierto aire de indignación, pero no se atrevió a decir nada. No después de lo de la noche anterior.

Se habían despedido sin dedicarse ni una frase amable ni decirse un mísero buenas noches. Que en su segunda noche en la casa hubieran discutido, o casi, era un mal augurio.

Kate no podía evitarlo, pero todavía se sentía molesta por el paternalismo del señor Murray. Llevaba desde niña buscándose la vida mientras los hombres le hacían ver que le salvaban el pellejo, cuando lo cierto era que sus hermanos no hacían más que buscarse problemas desde que habían crecido lo suficiente como para salir de debajo de sus faldas y ahora solo aparecían cuando necesitaban dinero. Y su viejo Frank… Bien, había sido su marido y le había dado a Jack.

—No me gusta discutir —dijo Kate con tono animoso—. Mi mamá siempre decía que hay que arreglar todo lo que se tenga pendiente, porque nunca se sabe cuándo nos puede llamar el Señor a su lado. Y en su caso fue cierto, porque era poco mayor que yo cuando se nos fue.

La palmada que acompañó a aquellas palabras fue, si cabe, algo más fuerte, pero ella no fue consciente de ello.

Graeme se apartó un poco, dando a entender que no necesitaba más de sus delicados cuidados.

—A mí tampoco me gusta discutir, y no se puede negar que su mamá tenía razón —dijo entre toses—. Me gustaría que fuéramos amigos, señora Kelly.

Kate miró su mano enorme tendida hacia ella, firme, aunque su voz no lo había sido por culpa de la tos.

—Seremos amigos siempre y cuando no se meta usted en mis asuntos, señor mío.

Graeme sonrió.

—Se lo prometo. Pero piense usted en ese terreno del que le hablé. Es perfecto y está cerca. Seríamos vecinos.

Kate bufó y le dio una palmada a la mano que todavía seguía extendida.

—¿Está usted seguro de que no le echaron de ese precioso país suyo por tramposo?

Él le guiñó un ojo sin pudor.

—Recuerde que sigo siendo abogado. Hay cosas que no se olvidan. Tendrá tiempo para pensarlo, porque pasaré un par de días fuera en los pastos altos con el ganado. Prométame que lo hará, por favor.

Kate apretó los labios y miró a aquel hombre tan insistente con resignación. Ella podía ser testaruda, pero él no le iba a la zaga.

Bien, podía prometerle que lo pensaría. Aquello equivalía más o menos a nada. Asintió con la cabeza y pensó a qué podía dedicar esos dos días de inesperada libertad. Jamás en toda su vida había tenido dos días libres, si no contaba cuando había estado ingresada

en el hospital, después de su accidente en la lavandería, y aquello no podía contar como vacaciones, precisamente.

Pensó que podía preparar una cesta con comida y llevarse a Jack de excursión por los alrededores.

Mientras se despedía de su jefe esa mañana y volvía a prometerle que se pensaría su propuesta, solo podía imaginar lo maravilloso que sería explorar las montañas de Wyoming a lomos de un caballo, como dos verdaderas aventureras expuestas a los elementos.

XII

—Este caballo es el más vago e inútil de todo Wyoming, señora. ¿Está segura de que se lo quiere llevar? Hay animales mucho mejores y apropiados en la cuadra para usted y la niña.

Kate luchó por mantener su sonrisa y asintió.

Desde luego, no iba a decirle a ese hombre que hacía años que no montaba y que le venía de perlas el lomo ancho y ligeramente hundido del animal que había escogido. En definitiva, que ese caballo vago era el ideal para ella. De todas formas, ¿quién tenía prisa cuando tenía dos días enteros libres por delante para hacer lo que quisiera?

—Mi hija y yo solo queremos conocer los alrededores. Nos vale con este caballo. No queremos molestarles.

El hombre metió los pulgares en el cinturón y sacudió la cabeza.

—No es ninguna molestia preparar otro caballo que valga más que Paddy. Y tampoco es que no me fíe de usted, señora Kelly, pero la gente de ciudad no suele distinguir entre norte y sur ni entre una roca y un pedrusco. No debería salir sola por ahí. Si se pierde, al señor Murray no le hará gracia.

—Le aseguro que estaré de vuelta en unas horas. Además, creo que a nuestro jefe le gustará que vaya a echar un ojo a los alrededores. Precisamente ayer me habló de una tierra que le interesaría que yo viera.

Él la miró con los ojos entrecerrados y luego miró hacia el sol que acababa de nacer con una desconfianza que puso nerviosa a Kate. Al final chascó la lengua contra el paladar y asintió, levantándose el ala del sombrero para señalar con la barbilla a algún lugar hacia la izquierda.

—Evite usted el oeste. Parece que va a llover y por allí el terreno está muy mal. No me gustaría estar en su pellejo si la pilla una tormenta por ahí, señora. El agua cae como un torrente y podría atraparlas a traición a usted y a la pequeña.

La dejó sola antes de que pudiera preguntar dónde estaba el oeste y a qué se refería con eso de que el terreno estaba mal. ¿Acaso había desprendimientos o había arenas movedizas? ¿Bestias salvajes? ¿Indios? Su mente empezó a imaginar todo tipo de posibles catástrofes, pero se negó a perseguir al mozo de la granja para no parecer inexperta. Al fin y al cabo, había tratado de aparentar que sabía lo que hacía. No podía demostrarles a todos los vaqueros y peones que era una mujer de ciudad, algo que todos sin duda despreciaban. No podía permitirse quedar en ridículo haciendo ese tipo de preguntas, y más cuando ella había crecido en un lugar no tan distinto a ese, si una quitaba la riqueza, la limpieza, la cantidad de empleados y el tamaño de las instalaciones.

Se había levantado temprano y le había preparado el desayuno al señor Murray, que había partido de buena hora, tras recordarle por enésima vez que pensara en el asunto de las tierras y recomendarle descansar para recuperarse de su lesión.

No podía decirle que descansar era lo último en lo que pensaba. La piel todavía le tiraba en la zona de la cicatriz, pero no podía desaprovechar esa ocasión tan divina para conocer todo lo que la rodeaba.

Solo llevaba dos días en Wyoming y el olor de la tierra y la libertad la llamaban.

Aunque apenas había visto lo que se apreciaba desde las ventanas, la extensión del paisaje era abrumadora.

Se sentía como una criatura, incapaz de contener los pies cuando la llamaban a jugar. Simplemente necesitaba salir para respirar el aire lejos de esas cuatro paredes, por lujosas y amplias que fueran en comparación con lo que había conocido hasta ese momento.

Nada más salir el señor Murray por la puerta, había preparado una cesta con pan, fruta, algo de carne seca y pollo frito que había sobrado de la noche anterior. También había metido unos pastelillos

de manzana que había horneado para el desayuno. Había manzanos cerca de la casa y la mañana anterior la señora Heller le había enseñado a cocinar esas pequeñas delicias típicas de su tierra natal entre cotilleos sobre los vecinos de la zona. El señor Murray los había devorado casi todos, mano a mano con Jack, pero todavía habían quedado unos pocos para poder deleitarse con ellos durante el camino.

También había descubierto una caña de pescar desmontada en un aparador, cubierta de polvo y con el sedal enredado. Lo había desenredado con cariño y había pensado que sería bonito comer alguna trucha pescada con sus propias manos, como cuando era niña y se llevaba a sus hermanos de aventura.

Durante sus preparativos, Jack, a la que no le había dicho nada para que no le fuera con el cuento al señor Murray, la miraba con el ceño fruncido. Lo más probable era que supiera que planeaba algo, porque la conocía demasiado bien, pero calló por una vez, sospechando, tal vez, que su plan se chafaría si abría la boca.

La niña se había despedido del señor Murray colgándose de su abrigo peludo y había tenido el descaro de pedirle que le trajera un regalo al volver, como si él tuviera la obligación de hacer algo semejante.

Kate estuvo a punto de reprenderla, pero él la sorprendió al besar la frente de la niña.

—Te traeré un regalo, por supuesto. Pero tendrás que prometerme que cuidarás de nuestra casa. No me gustaría que nos invadieran los indios ni los osos. Porque no sé si sabes que hay miles de osos rondando esta zona, esperando a que nos descuidemos para robarnos todas las delicias que guardamos en la despensa.

Jack lo miró muy seria. Estiró la mano y le acarició la barba.

—Mamá les dispararía, tranquilo. Ella sabe disparar como cualquier hombre, señor gigante. Mi mamá puede hacer cualquier cosa que quiera.

Kate se apresuró a despedir a su jefe, nada dispuesta a responder preguntas incómodas acerca de cómo y por qué había aprendido a disparar.

Antes de salir, el señor Murray la había mirado con una mirada llena de preguntas, pero una llamada desde el exterior la libró de un interrogatorio.

Así que ahora estaban las dos libres, listas para la aventura, ante un caballo de lomo ancho y peludo que las ignoraba como si le fuera la vida en ello.

—Es el bicho más feo que he visto en mi vida.

Jack se acariciaba la mandíbula, pensativa, mientras miraba al cuadrúpedo al que el trabajador de la granja había llamado el caballo más vago de Wyoming.

Kate pensó que Jack no exageraba. El jaco no tenía la pinta más atractiva del mundo, precisamente. Tenía el lomo arqueado y ancho, y el pelo parduzco y áspero, pero su mirada estaba alerta y parecía inteligente. A juzgar por sus orejas erguidas, en ese momento pareció comprender que Jack le había llamado feo, porque la miró con claro aire de ofensa y relinchó.

—A ti tampoco te gustaría que alguien dijera que no eres una belleza, Jackeline Kelly, así que no menosprecies jamás el aspecto de ninguna criatura. Este corcel nos va a llevar de excursión, así que deberías de estarle agradecida.

Jack pareció reflexionar y arrugó la frente como si tratara de comprender sus palabras. Acto seguido se acercó al caballo y lo abrazó.

—Muchas gracias, caballito. Eres guapo y amable. Y nos llevarás de aventuras, así que te quiero mucho, Paddy.

Kate suspiró y pensó que la capacidad de su hija para la sobreactuación sería un problema si a la gente y a las criaturas no las pillara tan de sorpresa que fueran incapaces de reaccionar de otra forma que aceptándola.

Cargó a la montura con la cesta y la caña de pescar y luego ayudó a Jack a montar.

Hacer lo propio fue más complicado, pero, por suerte, no había nadie allí para ser testigo de su torpeza.

Hacía años que no montaba, desde que se había casado con el viejo Frank, o tal vez antes, pero, de alguna manera, su cuerpo recordó cómo debía moverse y cómo usar los talones para hacer que el caballo se moviera.

El caballo al que llamaban Paddy, sin embargo, obedecía con retraso y a desgana. Entonces comprendió aquello de su vagancia.

Aun así, lo agradeció, y no solo porque ni ella ni la niña estuvieran desacostumbradas a la montura, sino porque así podía apreciar todo lo que la rodeaba. La textura del terreno seco bajo los cascos del caballo, las matas de plantas que rozaban sus piernas al pasar, los aromas de las hojas que pisaban, ahora que el sol comenzaba a salir con fuerza.

Avanzaban despacio, al paso que el caballo dictaba y de vez en cuando se detenían, cuando el bicho quería degustar un arbusto o una mata. Kate se descubrió disfrutando de la sensación del sol en el rostro y del aire limpio en los pulmones.

Lo primero que notó fue que no había viviendas en una buena distancia alrededor de la casa del señor Murray, o al menos no las había en la dirección en la que ellas habían partido.

En un momento dado se giró y miró en la dirección de donde habían partido. Desde allí se veía la propiedad del señor Murray, formada por la casa, no tan grande desde esa distancia, rodeada de pequeñas construcciones, más de las que habría podido imaginar. Y a la izquierda un pequeño manojo de manchas de color caramelo oscuro que se movía. Imaginaba que habría más en algún otro lugar, que el ganado sería mucho más numeroso, pero le parecía increíble que una sola persona pudiera poseer todo aquello.

El sentimiento que la embargaba no era el de envidia, sino el de miedo al pensar en las condiciones necesarias para poder levantar y manejar algo semejante.

No había llegado hasta esa edad sin saber que, la mayoría de las veces, para triunfar, no solo era necesaria una buena cantidad de dinero y trabajo, sino también una maravillosa porción de suerte. Y de eso ella jamás había ido sobrada.

Dio la espalda a la visión del rancho y continuó cabalgando, tal vez de un modo un tanto atolondrado, tratando de dejar atrás todo aquello, junto con las preocupaciones, al menos por un día. Una hora después el paisaje había cambiado por completo, El sol estaba en lo alto y apretaba de lo lindo. Cada vez había más rocas a su alrededor y a la vista aparecía una montaña que podría ser la que veía desde su ventana cada mañana. Si era así, se había alejado más de lo que había pensado y era hora de detenerse y dar media vuelta.

—¡Por aquí cerca suena agua, mamá!

El grito de Jack la sacó de su ensimismamiento y el caballo más vago de Wyoming tomó otra vez sus propias decisiones al seguir el grito de su hija y comenzar a trotar a paso ligero hacia una hondonada tapada por unos arbustos. Tras unos minutos cabalgando quedó a la vista un estanque pequeño, rodeado de plantas, sombrío y alejado de la luz del sol.

Kate desmontó y ayudó a bajar a su hija del lomo de Paddy.

No era mala hora para un descanso, pescar la comida y olvidarse de las decisiones complicadas. Además, el trote y la postura sobre el caballo habían hecho que volviera a dolerle el costado, así que agradecería reposar un rato.

La charca era ideal para la pesca.

Los arbustos dejaban pasar poca luz, y el agua estaba fresca y transparente. Kate no tardó en cebar el anzuelo con los gusanos que encontró debajo de una piedra y en atrapar cuatro buenos ejemplares de trucha, que parecía que habían estado esperando a saltar a su caña. Las limpió y preparó con la sal y las hierbas que había envuelto en casa. Reservó el pescado a la fresca y preparó el fuego mientras Jack se descalzaba y metía los pies en la charca, esperando a que la comida estuviera lista.

Kate enterró unas cuantas patatas pequeñas entre las brasas, esperando que estuvieran listas pronto, porque tanto ella como Jack adoraban las patatas asadas, y nunca les habían sabido mejor que

cuando salían de excursión. Almorzaron los restos de pollo de la cena y contemplaron cómo las llamas lamían la leña seca.

Poco más podía hacer que esperar a que el fuego cobrara fuerza y pasara el tiempo hasta que la comida estuviera lista, así que decidió dar una vuelta por los alrededores.

Tanto la niña como el caballo descansaban plácidamente junto al agua, protegidos del sol, y cualquiera diría que no había ni un solo ser humano más en la tierra aparte de ellas.

Trepó por unas rocas oscuras, rodeadas de matojos secos, para poder contemplar el paisaje.

Desde allí ya no se veía la casa ni tampoco el ganado del señor Murray.

Hacía tiempo que se habían alejado de la propiedad y, para ser sincera, ni siquiera sabía dónde se encontraban. Pero siempre había sido optimista y contaba con que el caballo más vago del mundo conociera el camino de regreso.

Levantó la vista hacia el cielo.

El sol brillaba con tanta fuerza que la obligaba a entrecerrar los ojos para poder ver algo. Además, empezaba a hacer demasiado calor y había empezado a sudar. Por desgracia, se había dejado el sombrero junto a la charca, o tal vez junto a la hoguera. Si seguía mucho tiempo bajo el sol directo le saldrían pecas o se le quemarían las mejillas, pero era tan agradable sentir tanto espacio libre a su alrededor que siguió al sol unos minutos más, aunque notara cómo la piel empezaba a arderle.

Cuando regresó junto a Jack, descubrió por qué la niña había estado tan callada y quieta. La encontró dormida, con uno de los piececillos blancos todavía en el agua y el ruedo de la falda empapado.

La sacó del agua y la colocó más cómoda, sin que ella se inmutase siquiera. Después, colocó el pescado en el fuego para que se fuera asando despacio, limpio y envuelto en hojas para que no se quemase.

Se preguntó cómo se llamarían todas esas plantas que la rodeaban, y también los pájaros que volaban sobre su cabeza. Sería bonito saberlo. Con suerte, con los años, cuando fuera una habitante más de esas tierras, conocería todos y cada uno de los nombres, y ellos la conocerían a ella.

—Sigo sin comprender que contrates a una mujer para cuidar de tu casa cuando podrías casarte con una y todo sería mucho más sencillo. Y además te saldría mucho más barato.

Graeme dio un trago al café amargo y frío en la taza de peltre y miró a su empleado y amigo, Otto Heller.

Otto había llegado desde su Alemania natal para instalarse primero en Cheyenne junto con su esposa. Después de finalizar la construcción del ferrocarril hasta la ciudad se había encontrado con un puñado de dólares en el bolsillo y pocas ganas de quedarse en una ciudad en expansión, llena de gente que pululaba de un lado a otro en busca de oportunidades, pero donde las cosas no eran sencillas para una familia. Él y Helga habían pasado demasiado tiempo rodeados de desconocidos, querían asentarse en un sitio tranquilo, en un suelo que les perteneciera.

Él ya había conocido varias ciudades en Europa y no era lo que deseaba para él, su esposa y su hija, por entonces una criatura de apenas nueve o diez años, así que había decidido probar fortuna en su propia tierra. Sin embargo, su ganado no era lo bastante próspero como para sacarlo adelante por sí mismo, así que trabajaba por temporadas para Graeme, excepto en época de cosecha y de cría, cuando necesitaba de todos sus esfuerzos para sacar adelante tanto su granja como su hogar.

Graeme pensó que Otto era un buen hombre y que era normal que le deseara tanta felicidad como la que él tenía en su vida, pero no estaba dispuesto a que nadie le señalase qué debía hacer, por mucho que lo apreciase.

—Si deseara una esposa, la buscaría. Como lo que necesito es un ama de llaves, es lo que he buscado —dijo en el tono más lacónico posible, mirando los lomos de las vacas que se movían como una

marea interminable—. Por cierto, no sabía que estuvieras en contacto con mi madre. Habláis los dos exactamente igual.

Otto rio, sin dar señales de haberse tomado mal sus palabras. Eso no quería decir que no fuera a insistir, pero sí que el tema quedaba zanjado, al menos por el momento.

En apenas un mes tendrían que mover todo el rebaño a un terreno más bajo, porque el frío helaría toda aquella zona y las nevadas convertirían en impracticable casi todo el terreno. En cualquier momento las primeras nieves los sorprenderían, aunque todavía estaban a finales del verano, el sol calentase de un modo agradable y tanto ganaderos como reses se sintieran confiados como un cachorro al abrigo del pecho de su madre.

El clima en Wyoming era algo así como un invierno perpetuo con apenas tres meses de temperaturas agradables, y eso con suerte. Cuando había llegado a esas tierras, durante un hermoso verano de hacía cinco o seis años, Graeme pensó que había encontrado un paraíso en la tierra. Pronto se había dado cuenta de que ese lugar no era tan diferente de su lugar de nacimiento. Sin embargo, amaba su nuevo hogar tanto como a Escocia, a pesar de que a veces pensara que quería expulsar de ella a todos los humanos.

Otto, que había permanecido en silencio durante unos instantes, pensando en sus palabras, chasqueó la lengua contra el paladar.

—Pues sigo sin comprenderlo.

Graeme rio y se levantó.

Al hacerlo se dio cuenta de que le dolía el trasero. Habían pasado horas a caballo y todavía tardarían más de un día en regresar a casa.

Una casa donde ahora habría alguien esperando.

—No hay nada que comprender, Otto. La señora Kelly es una empleada, como cualquiera de los chicos. No hay diferencia. Y recuerda que un día se marchará. Dejó muy claro que no tiene planes de quedarse en mi casa para siempre. De hecho, es posible que ahora mismo esté pensando cuándo nos deja y tenga que ir a buscar a otra ama de llaves muy pronto. Y, si ya me costó convencer a mi madre con esta, imagínate lo que será contratar a otra.

Otto gruñó y miró el fondo de la taza, buscando la respuesta que se le perdía allí.

—No te ofendas, Graeme, pero ¿tan fea es?

Graeme comprendió al fin por dónde iban los tiros.

Se preguntó cuántas veces habían hablado los chicos sobre él y sobre su necesidad de contacto femenino desde que Anne había muerto. Y ahora había una mujer en la casa.

Se irguió sobre la silla y se masajeó el trasero, fingiendo indiferencia.

No quería mirar a su amigo, que ahora sí lo miraba a él.

Evidentemente, Helga le había hablado de Kate y probablemente se la había descrito, así que a esas alturas sabía que la señora Kelly no era fea. La señora Kelly era, de hecho, bastante atractiva, a su modo.

—¿Graeme? —insistió Otto.

Graeme gruñó y se rindió.

—No es fea, por cien mil diablos. Pero no me preguntes más por ese asunto. Y volvamos a trabajar o no podremos regresar en una semana.

No quiso mirar a Otto, pero supo que sonreía.

¿Por qué no iba a hacerlo, si se había salido con la suya?

XIII

El viento cambió tan de repente que Kate se preguntó si el mundo había girado de pronto.

En un momento dado estaba enseñándole a cebar la caña a Jack, aunque iban más que servidas con las truchas que había pescado para el almuerzo, que habían resultado estar deliciosas junto con las patatas asadas, y al siguiente estaba sujetándose la falda porque el aire frío se le colaba por debajo.

Había decidido enseñarle a Jack a pescar, porque, como bien había aprendido desde bien pequeña, nunca estaba de más aprender a procurarse alimento, ya estuviera una en medio de una calle concurrida o en mitad de un bosque.

De pronto notó en la nuca una brisa fresca, como si alguien le estuviera soplando justo ahí, entre el final del cuello del vestido y el nacimiento de los pelillos que siempre quedaban sueltos del moño.

Incluso había mirado hacia atrás, pero no había nadie allí. No era un espíritu en pena vagando ni un animal salvaje, solo el viento, aunque no el viento suave y dulce que las había acompañado durante toda la tarde, sino uno mucho más frío y húmedo.

Miró hacia el cielo y lo vio cubierto de unas nubes gordas y oscuras, innegablemente preñadas de agua. Entonces recordó lo que le había dicho el hombre que le había preparado al caballo para la excursión. Había dicho que creía que iba a llover, pero le había parecido que no lo había dicho demasiado convencido. Para ella, cuando alguien hablaba con ese tono, era como si lo hiciera para rellenar el tiempo. Sin embargo, ahí estaban esas feas nubes, amenazando con estropearles una tarde maravillosa.

Corrían raudas hacia las montañas, mucho más arriba de donde ellas estaban, y era poco probable que descargaran allí, donde, ya se lo había dicho el señor Murray, apenas solía llover en esa época del año. Esas dichosas nubes no osarían llevarle la contraria a un hombre tan rico y seguro de sí mismo.

Kate miró con desconfianza hacia el cielo, con los labios prietos y el pelo volando ya en todas direcciones.

—Esto tiene mala pinta.

Dejó la caña a un lado y corrió a apagar el fuego. Algunas de las ascuas ardientes habían escapado del círculo de piedras que había creado para proteger la hoguera, pero las aplastó con la bota. Lo último que quería era que su fogata provocara un incendio en la maleza reseca de esas montañas. Le pidió a Jack que recogiera los restos de la comida y los guardase para la cena.

Trabajó lo más rápido que pudo, con las ráfagas de viento arrancándole las cosas de las manos a cada paso. La electricidad estática que producía la tormenta que se avecinaba le puso el vello de punta y una alarma animal se instaló en su estómago.

Jamás le habían dado miedo las tormentas, pero no era lo mismo contemplarlas desde el otro lado de la ventana, resguardada en casa, con un buen fuego cerca y envuelta en un chal, que encontrarse a la intemperie con una niña pequeña y teniendo que confiar en un caballo que no quiere caminar. Y eso sin tener en cuenta que no sabía la distancia exacta que los separaba de casa ni la dirección que debía tomar para regresar.

Mientras el aire frío y rápido arrastraba los restos de la fogata y lo poco que habían dejado en la orilla de la charca, cogió por la cintura a Jack y la montó en el caballo, que relinchó por el disgusto.

—Lo siento, amigo, pero espero que al menos tú recuerdes el camino a casa, porque parece que Dios quiere castigarme por mi vagancia.

Como respuesta a sus palabras, un relámpago rompió el cielo y la hizo gritar, más por la sorpresa que por el miedo.

El caballo relinchó y trató de salir galopando con Jack a cuestas. Kate lo retuvo con fuerza, clavando los talones contra el suelo. Sintió

que las botas se le llenaban de piedrecillas y que la gravilla le arañaba los pies, pero logró retener al animal, que de pronto parecía tener mucha prisa por regresar a casa. Por suerte, el jamelgo no tenía verdadera intención de huir de ella o no poseía el suficiente ímpetu para ello, porque se detuvo al notar su resistencia. Se la quedó mirando, esperando sus instrucciones.

—Eres un bicho precioso y vas a llevarnos a un lugar seguro, ¿verdad, Paddy? —dijo Kate, acariciándole el espacio mullido entre las orejas, temiendo que él le mordiera la mano en cualquier momento.

Tenía claro que no era tiempo para carantoñas, pero sin la colaboración del caballo todo sería mucho más complicado.

El animal volvió a relinchar con suavidad, y Kate sintió que había comprendido sus palabras. Era posible que fuera un bicho de granja y que no fuera un animal mimado como algunos que había visto paseando en la ciudad, pero no se lo veía maltratado ni triste, sino gordo y con el pelo lustroso, así que lo más probable era que quisiera volver a casa con tanta fuerza como ellas. Lo más seguro era que estuviera deseando regresar a cubierto para poder comerse una buena ración de avena y zanahorias.

Unos goterones pesados empezaron a caer sobre la tierra seca, levantando un aroma delicioso que Kate no se detuvo a aspirar, por mucho que le hubiera gustado hacerlo. Esa lluvia que ella habría jurado hacía tan solo una hora que no llegaría estaba a punto de alcanzarlos, y ya no había tiempo para demorarse en tonterías.

Se encontraba en un sitio que no conocía y cerca de una poza. Que ella supiera, aquello podía ser el desaguadero de todas las aguas de la zona, lo que significaba que podían estar en riesgo si empezaba a llover en serio. Por suerte, por el momento el cielo no parecía tener ninguna intención de abrirse en dos, aunque tampoco tenía ninguna intención de quedarse para comprobarlo.

Montó tras Jack y consiguió guiar a Paddy hacia el camino poco marcado por donde creía que habían llegado. Cuando ya estaban en marcha se dio cuenta de que se había olvidado junto a la charca la caña de pescar del señor Murray, pero pensó que, teniendo en

cuenta dónde la había encontrado, llena de polvo, lo más probable fuera que no la echara de menos.

Sin sentirse culpable por no volver atrás, salió de entre los protectores riscos, que las salvaban de lo más potente del viento frío y de los goterones de lluvia, y salieron a un terraplén barrido por las ráfagas desapacibles y húmedas.

Tal vez llevaban quince o veinte minutos en marcha, resbalando con las rocas sueltas, sintiendo el azote del viento y de las hojas, las ramas que volaban, la tierra suelta y las piedrecillas, cuando al llegar a la pequeña cima Kate se dio cuenta de que no habían pasado por allí al bajar a la charca. El sitio era similar, porque en las montañas todo lo era, pero juraría que no era el mismo.

Se detuvo, montada a lomos del caballo, con Jack recostada contra ella, y rezongó.

La niña estaba emocionada, porque aquella era su primera aventura real. No era consciente de lo que significaba perderse en un lugar tan solitario como aquel, sin que nadie supiera adónde habían ido, y más en medio de un temporal y sin ningún tipo de refugio a la vista.

Pensó que una posible solución sería deshacer el camino y regresar a la charca, donde al menos tendrían agua y comida, y algún tipo de cobertura entre las ramas, pero todavía quedaba luz y creyó que sería mejor intentar encontrar el camino de regreso a la casa, así que siguió adelante. Además, recordó lo que había dicho el peón acerca de que el agua podía caer con fuerza e inundar algunas zonas como un torrente. Tenía la sospecha de que esa charca podía haberse formado de ese modo. No podía arriesgarse, y menos estando con la niña.

No había llegado hasta ese lugar ni en ese momento, cuando casi había alcanzado su sueño, para morir ahogada por una estúpida tormenta.

Espoleó al caballo para seguir avanzando, aunque la lluvia la cegaba.

Paddy tardó en comprender la orden de sus talones, pero al fin siguió adelante, no sin antes relinchar para dejar claro que lo hacía

bajo su responsabilidad.

Kate pensó que sí, que era mayorcita, que no había nada que perder. Que aquello era una tierra civilizada, al fin y al cabo. Hasta allí ya había llegado Dios, aunque le hubiera costado un tiempo indecente instalarse en serio. ¿Qué podía pasarles, aparte de mojarse un poco, con el riesgo de pillar un buen catarro?

—Seguiremos un poco más, sí, señor. Y veremos hasta dónde nos lleva el destino.

Poco les faltó para darse de bruces con la cabaña. La lluvia se había hecho tan espesa que apenas veía por dónde caminaba. Justo la distancia de un brazo extendido o poco más. Detrás de eso, todo era un misterio. Casi esperaba dar un paso y caer por un precipicio en cualquier momento.

En cierto punto, después de que Paddy trastabillara y todos estuvieran a punto de caer, Kate había desmontado y ahora llevaba al caballo, cada vez más renuente, de la brida. Jack luchaba por mantenerse sobre su grupa, prácticamente tumbada sobre el lomo del animal, con el vestido empapado y las trenzas cayéndole a cada lado de la grupa del caballo como si fueran unos arreos extraños.

De vez en cuando Paddy se paraba y la miraba, preguntándole con los ojos enormes tras el flequillo empapado si todavía quedaba mucho.

Kate lo comprendía.

Ella también sentía deseos de pararse en medio del camino y dejar que el viento la arrastrase y se la llevase muy lejos, porque era más cómodo que luchar. Pero eso era de cobardes, y no estaba dispuesta a rendirse.

Las piernas le dolían por caminar contra la corriente del viento y por trepar por las rocas. La pendiente no era mucha, pero sí constante, y estaba machacando poco a poco sus músculos poco habituados a las largas caminatas. Y eso sin contar que todavía estaba en baja forma después del accidente.

No era lo mismo, no cabía la mínima duda, trabajar de pie durante largas horas cargada de cestos llenos de ropa mojada o de

carbón, que caminar durante kilómetros contra un viento criminal y tirando de un caballo vago que se detenía y protestaba cada pocos metros.

Aunque también era cierto, y eso no dejaría de agradecérselo al Señor, que hubiera dejado de llover, tan de repente como había empezado, así que tampoco debería quejarse tanto, porque sabía bien que, cuando alguien llama a la desgracia, el Señor se la presenta, para que aprenda la lección. Y ella ya había tenido suficiente sufrimiento para una temporada.

Y, de pronto, entre unas rocas un poco más altas, rodeadas de unos árboles frondosos un poco tumbados por la intemperie, apareció una cabaña.

Era pequeña pero recia, construida con tablones blanqueados por el sol, lo que le hizo ver que llevaba allí bastantes años.

De una chimenea a la izquierda emanaba un penacho de humo que el aire endiablado se llevaba en todas las direcciones posibles. Kate casi lloró de alegría al comprender que, después de todo, no se habían quedado los tres solos en el mundo.

Dio un nuevo tirón al caballo, esperando que él también se sintiera feliz ante la perspectiva de un buen balde de avena y tal vez alguna delicia más, pero el bicho se había plantado y decidió que había tenido bastante por ese día.

Jack saltó de la grupa de Paddy y cayó de culo en la tierra, sin miedo a que se la llevara el viento en el trayecto hasta el suelo. Se levantó, ágil como una liebre, y se acercó a la puerta de la cabaña, pequeña y un poco torcida, pero con la madera tan pulida como si fuera la de una mansión de la ciudad.

Antes de que Kate pudiera hacer nada, la niña levantó un puñito y llamó.

Las dos esperaron con una calma aparente, como si las ráfagas de viento frío no amenazaran con llevárselas a México en cualquier momento.

—Vete, señor Diablo. Ya te he dicho mil veces que no lograrás tentarme con tus mañas. Tengo aquí mi rifle bien preñado de plomo y te regalaré un par de balas si no te largas.

Kate reculó al escuchar bien claro cómo alguien amartillaba un rifle.

Fuera quien fuera, sureño en todo caso, porque aquel acento era inconfundible, debía de estar al otro lado de la puerta, porque su voz se oía alta y clara pese al viento. Y más alto y claro todavía se había escuchado el sonido del seguro de su rifle cuando lo había quitado.

—¡No somos el diablo, señor! Mi mamá ha venido a servir al señor gigante, pero hemos aprovechado que ha salido de viaje para ir de excursión y nos hemos perdido. Si no nos abre, creo que nos llevará el viento. ¡Y el señor gigante se enfadará mucho con usted por no ayudarnos, que lo sepa!

Kate tomó a Jack de la mano, porque estaba a punto de volver a llamar.

Imaginó al sureño al otro lado de la puerta, dispuesto a volarlas en pedazos por amenazarlo en su propia casa.

Si salían con bien de esa, debería tener una charla con su hija acerca de sus modales y acerca de dónde había aprendido a comportarse como si todo el mundo le debiera algo.

De pronto escuchó cómo algo parecía rozar la puerta al otro lado y vio una diminuta oquedad en el tablero, a modo de mirilla. Un pequeño ojo azul, vivaracho y rodeado de arrugas, las recorrió de arriba abajo antes de que la mirilla desapareciera como si nunca hubiera existido. De no haberla visto, Kate no sería capaz de apreciar ninguna marca en la madera.

—¿Ese señor gigante no será un escocés estrafalario que construyó una casa muy grande allá por el norte?

—El señor Murray, sí —respondió Kate, pensando que era muy probable que no hubiera muchas casas del tamaño de la que poseía el señor Murray, y que también era posible que con lo de estrafalario se refiriesen a su costumbre de tocar ese instrumento infernal por las mañanas—. Un buen hombre.

El silencio al otro lado de la puerta le hizo sospechar durante unos segundos que tal vez el sureño no pensaba lo mismo. ¿Quién sabía qué tipo de rencillas podían existir entre ganaderos y los colonos que habían llegado antes a esas tierras? Había leído que, en algunos

territorios, habían llegado a matarse por asuntos absurdos para ella, como unas lindes o el derecho de uso del agua de un riachuelo.

Empezó a preocuparse cuando el mundo pareció oscurecerse otra vez y nuevos goterones empezaron a mojar la tierra.

—Un buen hombre, ese Murray —escuchó desde dentro de la cabaña, cuando ya había perdido la esperanza—. Y sí que es un gigante, en efecto. El hombre más grande que he visto en mi vida. El Señor usó una buena porción de barro en él.

La puerta se abrió de golpe, dejando a la vista una estancia ordenada y limpia, y también a un tipo pequeño y acicalado, que todavía sostenía el rifle, aunque sonreía con su boca desdentada.

—Pero pasen, no vayan a mojarse, queridas damas. Justo ahora iba a preparar la cena. No me extrañaría nada que tengan que quedarse esta noche, porque no tiene pinta de escampar. Cuando el cielo se abre, es cosa de tener paciencia hasta que se vacía el depósito de los ángeles, sí, señora. Aunque no se preocupe, que no nos faltará de nada. No todos los días recibe Sweet Joe la visita de unas damas tan bonitas, así que procuraré esmerarme.

Kate se apartó los mechones mojados de la cara y sonrió a su vez. No tuvo que decirle a su hija que pasara, porque ya lo había hecho, husmeando todo a su paso como un cachorro curioso.

—Muchas gracias, señor…

—Llámeme Sweet Joe. Todo el mundo lo hace. Pasen y asiéntense. Yo me ocuparé de ese dichoso bicho. No entiendo por qué el señor Murray no se deshace de ese penco. Es lo más inútil que he conocido en toda mi vida…

Kate no pudo responder, porque Sweet Joe ya había salido a la lluvia para hacerse cargo del caballo más vago del mundo, que, por lo visto, era más que conocido por la comunidad. Estaba dispuesta a decirle que Paddy era cariñoso y dócil, y que, pese a todo el esfuerzo que le había costado que las llevara hasta su puerta, cumplía con su deber como el mejor de los corceles. Solo había que tener paciencia con él. Y que eso era más de lo que podía sacarse de algunas personas.

Entró en la cabaña, formada por una sola habitación, separada en distintas estancias por telas colgadas o biombos pintados, y se sintió agotada de golpe. Se detuvo ante el fuego y miro el charquito que formaba el agua que caía de su falda a sus pies.

Pensó que hacía tan solo unas horas se sentía orgullosa de sí misma al imaginarse como una aventurera, dispuesta a pasar todo tipo de penurias, y que al final apenas había podido resistir una mísera tormenta. Sin embargo, pese al viento, la lluvia, y también al miedo que había pasado por haberse perdido, no se arrepentía. De haberse quedado en casa, se habría aburrido y no habría sabido de lo que era capaz.

Además, incluso había hecho un nuevo amigo, pensó, al ver regresar a Sweet Joe, que le hizo una carantoña a Jack y las instó a contar cómo habían llegado hasta allí mientras les preparaba algo caliente. A los pocos minutos, charlaban como viejos amigos.

XIV

—Parece que este año se van a adelantar las nieves.

Graeme miró a Otto con una sonrisa burlona. El alemán estaba arreando el ganado para protegerlo de la tormenta. No querían que ocurriera como hacía dos años, cuando se habían confiado demasiado y una tromba de agua había arrastrado a al menos dos docenas de cabezas hasta un barranco. La fuerza del agua les había impedido salvarlas antes de caer.

Era cierto que no era habitual que cayese tal cantidad de agua por allí, pero a veces Dios soltaba la mano un poco de más y uno no podía confiarse en que no volviera a suceder. Era posible que las nieves se adelantasen y también era posible que no fuera así. Nunca se podía saber cómo iba a comportarse el invierno.

Desde la catástrofe con el ganado, Graeme y sus hombres corrían a sacar a los animales del camino por donde había circulado el agua en aquella ocasión. Era muy posible que justo por ahí hubiera corrido un río en otros tiempos, por mucho que ahora el camino estuviera reseco como el cuero de sus botas. Se decía que, no lejos de allí, en las Badlands, se podían encontrar restos de conchas incrustados en las rocas y que científicos de Nueva York y de otras instituciones acudían a estudiarlos.

—¿Y cuándo no se adelantan las nieves? Creo que dices lo mismo cada año —respondió Graeme con los ojos entrecerrados para evitar que le cayese agua en el interior.

Otto rezongó, pero no dijo nada. O no dijo nada que Graeme pudiera comprender, al menos. Su acento alemán era mucho más suave que el de su esposa, sobre todo porque se relacionaba más con gente fuera de casa, con los otros vaqueros y el resto de los

peones del rancho. Poco a poco se había ido borrando hasta que se había convertido en un mero carraspeo, pero a veces lo descubría rezongando en su lengua, probablemente maldiciéndolo. Lo comprendía, porque a él también le gustaba chapurrear el poco gaélico que sabía para perorar contra el destino, las nubes de tormenta, el viento que le cortaba las mejillas, o contra cualquier revés que se le presentase. Era curioso lo que aliviaba expresarse en una lengua sabiendo que nadie más alrededor podía comprender lo que uno decía.

Siguieron arreando al ganado hasta que lograron congregarlo en un cercado que habían construido para mantenerlo a salvo. Durante los meses templados, desde marzo o abril, hasta septiembre, más o menos, las reses vagaban a sus anchas, seguras de que habría pasto en abundancia y que apenas había peligro. Allí no había animales salvajes que los acosaran, como allá en Escocia, porque normalmente eran más peligrosos los de dos patas que los de cuatro. Los lobos no llegaban hasta los pastos altos, y las alimañas preferían las tierras más bajas, donde abundaban las presas más fáciles.

Últimamente, con el mayor número de colonos, estaba aumentando el número de disturbios entre ellos. Aunque no era común que se llegara a las manos como en Texas u otras regiones, asuntos como las pequeñas guerras entre ovejeros y vaqueros no eran tan extraños. Hacía unos años la avaricia y el odio entre ellos había llegado al extremo del asesinato y se temía que algunos hombres jamás aprenderían que había límites. De todas formas, como en cualquier lugar, ya fuera en Europa o en Estados Unidos, lo más habitual eran las incursiones de ladrones de ganado, y en Wyoming, también de caballos, un delito que se castigaba con la muerte.

En general, el clima era estable y seco y no solía haber sustos. En muy pocas ocasiones caía alguna tormenta, y por eso habían construido ese cercado, pero las lluvias eran tan escasas que casi eran bienvenidas porque refrescaban el pasto y alimentaban los arroyos.

Los meses de verano, a pesar del trabajo, eran tranquilos, hasta que llegaba el frío y tenían que bajar al ganado hasta tierras más bajas. En unas semanas más, sobre finales de septiembre o principios de octubre, empezarían las primeras heladas fuertes y era muy posible que la nieve cubriese el suelo hasta bien entrada la primavera. De dejar a las vacas en las montañas, morirían de hambre en unos pocos días por culpa de la escasez de pastos. Mover a semejante masa de criaturas suponía un trabajo agotador. Y, por supuesto, todo el equipo tenía que estar preparado para ello. Los errores se pagaban caros y los accidentes eran habituales cuando uno se despistaba. Por suerte, tenía a buena gente a su cargo y no solía haber problemas.

Graeme solía dejar al ganado al cargo de los vaqueros durante casi todo el verano, pero cuando se acercaba la época del traslado, justo antes de la venta de la carne en los grandes mercados en Cheyenne, le gustaba supervisar que todo hubiera ido bien durante los meses de engorde, que no hubiera animales enfermos y para apartar a los que quería conservar para dedicarlos a la cría.

—Hablando de frío, habrá que ir pensando en la celebración navideña de este año, ahora que hay mujeres en tu casa. Cuando hay mujeres y criaturas siempre es todo mucho más divertido.

Graeme miró a Otto sin poderse creer que todavía siguiera con ese asunto.

¡Cielo santo, todavía estaban a principios de septiembre! ¿Quién pensaba en fiestas navideñas a esas alturas?

¿Por qué se empeñaban las familias felices en querer convertir a los solteros y a los viudos en hombres casados tan felices como ellos? ¿Acaso tenía mal aspecto? ¿Acaso lo veían triste, desnutrido, mal vestido o sucio? ¿Había necesitado durante esos dos últimos años a una mujer en su vida? ¡No! De no haber necesitado a alguien que se encargase de la casa, ni siquiera estarían hablando de esas tonterías.

Era cierto que en ocasiones se sentía solo y que necesitaba hablar con alguien, pero no al punto de pensar en casarse. Nadie en el mundo se casaba solo por tener una compañera de conversación.

Y, por lo poco que conocía a Kate, estaba convencido de que a ella ni siquiera se le había pasado esa posibilidad por la cabeza. De hecho, juraría que su matrimonio no había sido feliz y que lo último en lo que pensaba era en repetir la experiencia.

Una mujer que hablaba tan alto y claro acerca de poder tomar sus propias decisiones no se casaría a no ser que sintiera algo muy fuerte por el hombre indicado. Y, desde luego, él no sería jamás ese hombre, por mucho que Otto se empeñara en unirlos. Era una mujer admirable, pero no había nada que pensar al respecto.

Iba a responder cuando sintió que una racha de viento le arrebataba el sombrero de la cabeza. De no haberlo tenido bien ceñido en la barbilla, habría salido volando y estaba convencido de que jamás lo habría vuelto a ver.

—Creo que ni siquiera Nuestro Señor se siente cómodo hablando de banquetes navideños en una fecha tan temprana, Otto —dijo, pasando por alto temas más peliagudos—. ¿Qué tal si dejamos el tema para más adelante?

Pensó que esa ráfaga de viento había sido una bendición, porque había cortado de cuajo unos pensamientos que no eran nada bienvenidos. No quería pensar en Kate como en más que en su ama de llaves. No estaba esquivando las ideas matrimoniales de Otto para luego estar pensando él mismo en cosas absurdas.

Sonrió para sí al ver el gesto de fastidio de su empleado, derrotado en su nuevo asalto.

Graeme se sintió satisfecho de haber sabido controlar su mal humor. Otto era un buen amigo y sabía que lo más probable era que solo estuviera preocupado por su bienestar. Se preguntó cuántas charlas habían tenido en su casa acerca de él y su soledad, sobre su enorme cabaña y su gran bañera, tan vacías sin un ama. Era casi lógico que pensaran que el hecho de haber contratado a Kate tuviera un doble objetivo.

Era una mujer joven y era atractiva, sobre todo cuando se deshacía de esos vestidos harapientos y poco favorecedores. Y era viuda como él. ¡Sobre cimientos mucho más débiles se habían construido civilizaciones enteras, por todos los diablos!

Una ráfaga de viento cargada de lluvia le empapó el rostro, como si quisiera que esos pensamientos no se afincaran en su cabeza.

En efecto, era mejor que no pensara en cosas así.

Ella no había viajado hasta allí para quedarse en su casa y él no necesitaba a nadie en su vida, al menos no de forma permanente.

XV

—Espero que le gusten las cabras, señora. A los bichos no les gusta mojarse.

Kate supuso que no era una pregunta, pero tampoco se atrevió a objetar nada, teniendo en cuenta que ese hombre les había abierto las puertas de su casa en un momento de necesidad y les había cedido su lugar ante el fuego, les había colocado una manta calentita sobre los hombros y hasta les había dado una escudilla llena de delicioso guiso.

Las cabras, que eran dos, entraron en la cabaña como si se encontraran en su hábitat natural, golpeando el suelo de arena pisada con sus pezuñas fuertes y graciosas. Luego se las quedaron observando a Jack y a ella con naturalidad, como si ellas también pertenecieran a aquel lugar.

Una de ellas era blanca con leves manchas color caramelo en el lomo y la otra, mucho más oscura y grande, lucía unos cuernos que deberían haber aterrorizado a Jack, pero que, sin embargo, la niña acarició mientras reía.

El animal se dejó hacer con paciencia mientras miraba a la cría humana con sus ojos de pupilas horizontales.

Con los dos bichos de olor almizcleño dentro, la cabaña parecía infinitamente más pequeña, pero Kate no dijo nada. Al contrario, había una especie de aura hogareña y acogedora y se le escapó una sonrisa sin querer.

De pronto se sintió otra vez como cuando su mamá vivía, en la vieja cabaña donde ella y sus hermanos compartían cama, sin saber que muy pronto todo cambiaría para siempre.

—En casa teníamos cabras, pero tuvimos que venderlas. No vea usted lo que lloró mamá ese día. Creo que las quería más que a alguno de nosotros.

Sweet Joe asintió, como si no dudase de tal cosa ni un solo segundo.

—A las cabras se les puede sacar mucha más utilidad que a los chiquillos, sin ofender a la suya, aquí presente, que parece más lista que el diablo, señora mía. Te dan leche, calor, compañía, carne y su pellejo cuando el Buen Señor se las lleva a pastar a su sagrada pradera. Y eso ya es más de lo que podemos ofrecer aquí nosotros, los humanos.

Kate asintió a su vez ante su aplastante lógica, masticando con gusto aquel guiso que, ahora lo supo, estaba hecho con carne de cabra y que también llevaba verduras, patatas y hierbas que supuso recogidas de los alrededores. Era fuerte, especiado y las calentó por dentro como si fuera medicinal.

Se preguntó si le dolería mucho comerse a sus compañeras de años, pero no pronunció las palabras en voz alta. Al fin y al cabo, a ella no le gustaría que la pusieran en el brete de responder a algo semejante.

—¿Eso es un oso?

Jack, que había dejado por fin de acariciar a la cabra, que se había dejado hacer con una paciencia infinita, había encontrado un nuevo entretenimiento. Sin pensar en la intimidad de su anfitrión, había traspasado los límites marcados por los biombos y había llegado al rincón más oscuro de la cabaña. Ahora señalaba algo que parecía poco menos que un amasijo oscuro y peludo que cubría un pequeño catre.

Sweet Joe, en lugar de reprenderla por su curiosidad, se agachó a la altura de la niña y tiró de lo que señalaba y lo arrastró hasta la luz del fuego, mucho más brillante a medida que descendía el sol en el exterior.

Afuera ya había anochecido casi por completo por culpa de la tormenta, aunque no debían de ser más de las cuatro de la tarde.

—¿Has visto un oso alguna vez, pequeña? —preguntó Sweet Joe, con su acento sureño todavía más marcado al dirigirse a la niña—. ¿Has notado alguna vez su mirada hambrienta sobre ti? ¿Has sentido alguna vez su aliento pesado en tu cara? ¿Has visto sus dientes afilados y amarillos cerrándose a unos centímetros de tus ojos?

Jack había abierto los ojos de par en par y miraba al viejo, que jugaba con su audiencia como si se tratase de la mismísima Sherezade, acelerando y disminuyendo el ritmo de su narración para ganar su atención.

Kate había escuchado a muchos narradores en su vida, a unos pocos buenos, a alguno decente y a muchos mediocres, pero pocos de ellos sabían crear magia como ese anciano que vivía en una cabaña diminuta en medio de la nada, rodeado de cabras y sentado en un taburete tallado de un tronco seco.

¿Cómo era posible que supiera mantenerlas en vilo con tan poco?

—¿Has visto alguna vez a un oso tan cerca que podías ver cómo saltaban los piojos en su pellejo? Porque te juro que yo vi los de este.

Sweet Joe acarició la piel del oso muerto mientras Jack contenía el aliento.

—¿Y te pegó los piojos?

Kate no pudo evitar que se le escapara la risa.

Notó la mirada del viejo cabrero sobre ella durante solo unos instantes, lo suficiente como para saber que debía contenerse.

No debía romper el encanto de su narración.

Sweet Joe mantenía la mirada de Jack como si se encontrase ante el mismísimo oso, dispuesto al ataque. Se había sentado en el suelo, casi a su altura, con la piel del animal dispuesta entre ellos, las manos de ambos entrelazadas en el pelaje, acariciándolo.

Kate esperaba que ya no tuviera piojos, o tendría que desinfectar a Jack y toda su ropa al llegar a casa.

—Le dije al oso: «soy tan fuerte como tú». Y él gruñó, como dándome a entender que no me creía. Y yo le repetí: «soy tan fuerte como tú».

Jack contuvo el aliento durante unos segundos.

—¿Y él volvió a gruñir?

Sweet Joe asintió, muy serio, las arrugas tan marcadas en el rostro que era complicado hacerse una idea de cómo había sido de joven, si guapo o feo, o, todo lo contrario. Era complicado también calcular su edad. Vivir alejado de todo podía haber hecho que envejeciera antes, pero hablaba con una cadencia antigua, como de otra época.

—Parece que conoces el carácter de los osos, jovenzuela —dijo, con voz ronca pero dulce—. En efecto, el oso volvió a gruñir. Así que tuve que ponerme firme.

—¿Y qué hiciste, Sweet Joe?

Sweet Joe bajó un poco más la cabeza hacia la niña. Tras él, una de las cabras baló y en la chimenea un tronco crujió, creando una atmósfera ideal para mantener el misterio.

—Le dije que, si no se iba, uno de los dos moriría allí mismo.

Jack emitió un gritito que hizo que todos se sobresaltaran, desde las cabras, hasta los troncos de la chimenea, pasando por su madre, que pegó un salto en su asiento.

—¿Mataste al oso? ¿Lo hiciste?

Kate volvió a sentir sobre sí la mirada de Sweet Joe, como preguntándole si tenía permiso para dar detalles escabrosos. Ella habría deseado conocerlos, pero Jack era demasiado joven para saber ciertas cosas, así que negó con la cabeza.

El buen hombre se encogió un poco de hombros y suspiró.

—Maté al oso y ahora ese bicho tan protestón es una buena colcha para la cama —concluyó, con una sonrisa que no daba lugar a más preguntas.

Por suerte, la excitación de Jack por el tacto de la piel y la historia hizo que se conformara con eso y no dijo nada más. Tal vez en otro momento se habría cuestionado ciertas cosas, pero no esa noche.

—¿Puedo dormir con ella hoy?

El buen hombre asintió y ella volvió a gritar, emocionada.

—Siento mucho causarle tantas inconveniencias. En cuanto amanezca nos marcharemos y… —Kate miró a su hija, envuelta en la piel de oso y hablándole a la cabeza como si la retara a morderla mientras dormía.

Sweet Joe chasqueó la lengua contra el paladar y negó con la cabeza, señalando a la niña.

—Se lo ruego, señora, no se disculpe. Le aseguro que esta noche está siendo la más feliz en mucho tiempo. Su hija es adorable y seguro que Murray por fin siente algo de alivio en su alma teniéndolas cerca, después de lo que ocurrió con su señora y el niño.

Kate frunció el ceño.

—¿Disculpe?

No supo si Sweet Joe no la había escuchado o era un genio del disimulo, porque no respondió y siguió preparando los lechos donde dormirían aquella noche como si nada.

Kate se dijo que la vida del señor Murray antes de su llegada, o incluso con ellas allí, no era de su incumbencia. Al fin y al cabo, ella solo era su empleada y, con suerte, pronto se marcharía a sus propias tierras, pero no pudo evitar sentir curiosidad ante aquellas palabras que sugerían que su jefe había sufrido una tragedia en el pasado. Gracias a Helga, conocía la existencia de Anne. Además, había visto sus objetos en las estanterías, y hasta había visto su letra en las notas que había escrito en los libros. Sospechaba que dormía rodeada de sus cosas y a veces casi le parecía oler su perfume, pero no tenía ni idea de que había existido un niño.

Todavía estaba rumiando acerca de ello cuando Sweet Joe, que se había asomado por la ventana, las llamó con voz alegre.

—¡Miren, queridas señoras! La primera nevada de esta temporada. ¡Y viene bien temprano!

Kate sacó una mano por la ventana, alargó la palma y notó cómo los suaves copos se le posaban en la piel. Al introducirla en la cabaña para contemplarlos, se derritieron al instante por el cambio de temperatura.

¡Nevaba! Y apenas empezaba septiembre.

¿Qué lugar era aquel? ¿Cómo serían los inviernos si todavía estaban en verano y ya estaba nevando?

Sin embargo, no podía negar que era hermoso.

Hermoso y terrible.

—Usted no es de aquí.

Kate dio un respingo al escuchar la voz de Sweet Joe.

Hacía al menos media hora que nadie había hablado en la cabaña y pensaba que estaba dormido, aunque no debían de ser más de las ocho.

Fuera de aquel refugio solo soplaba el viento y caía la nieve, y todo parecía muy muy lejos de aquellas cuatro paredes.

Jack se había dormido envuelta en la piel de oso después de engullir con un apetito digno de un animal salvaje otro cuenco tallado en madera lleno de guiso de cabra con unas patatas cortadas y fritas en manteca y aderezadas con hierbas que no había logrado reconocer. También habían compartido el pescado, los restos de pollo y las patatas asadas que habían sobrado a mediodía que habían rescatado de las alforjas de Paddy. Ella misma había comido con ganas y hasta había repetido ante la mirada encantada de su amable anfitrión, que las había entretenido con más historias llenas de aventuras.

Kate no tenía ni idea de si sus historias eran inventadas o solo las exageraba, pero el anciano le otorgaba a todo un encanto tan particular, con aquel acento y su forma de gesticular, que era imposible no sentirse parte de todo lo que contaba. Tanto ella como su hija acabaron creyéndose todas y cada una de sus anécdotas, y matarían a cualquiera que llamara mentiroso a Sweet Joe.

Sin embargo, poco a poco, la charla había ido languideciendo.

Era posible que, poco acostumbrado a las visitas, y más aún a los desconocidos, se hubiera cansado ya de la obligación de entretenerlas. Kate había acostado a la niña, que se había aferrado a la piel de oso, y se había quedado mirando al fuego, cansada y

pensando en qué pensaría el señor Murray si supiera que había aprovechado la mínima ocasión para escapar a sus obligaciones.

Estaría en su derecho de echarla sin pensárselo dos veces.

Y entonces, qué haría ella.

—Fíjese que yo creo que nadie es de ningún sitio, en realidad. Solo pasamos de camino a algún otro lugar. Ahora estamos aquí y mañana quién sabe —murmuró Kate, incapaz de pensar en un lugar más allá de esa cabaña, del calor de esa chimenea.

Sweet Joe emitió un gruñido ante sus palabras. Lo más probable era que se arrepintiera de haber mostrado curiosidad.

Su mamá siempre decía que su mente funcionaba de una manera extraña y que jamás se conformaba con lo que tenía, sino que se empeñaba en mirar más allá, y que eso la convertía en una niña infeliz y la haría una mujer infeliz durante toda su vida.

Aunque eso no era cierto, quiso decirle a la imagen que tenía de ella en su cabeza, con su pelo un poco rubio y un poco castaño y la bonita sonrisa que quería ver siempre en ella. Había sido feliz, y seguro que lo sería allí. Estaba convencida de ello. Tener menos no la había hecho infeliz, pero querer más no era malo.

El sureño se levantó y se acercó a una alacena. A los pocos instantes volvió con una botella y dos tazas de estaño en las manos.

—Una vez pensé en afincarme en un lugar y formar una familia, pero no se pudo, más que nada porque yo creía que las cosas debían hacerse de cierta manera y la vida me enseñó que no podía ser. Ella era muy guapa y yo era muy tonto. Podríamos haber sido felices, aunque entonces todo habría sido muy distinto y le juro que no puedo imaginarlo, por mucho que a veces lo intente. Luego llegó la guerra y lo cambió todo, ya sabe, señora. La guerra es una de esas cosas que hace que uno se dé cuenta de que lo que creía no son más que pamplinas. —Sweet Joe sirvió un poco de líquido en cada taza y le pasó una de ellas a Kate, que lo olisqueó con prevención. No era ni whiskey ni coñac, pero olía fuerte—. Es licor de hierbas que fabrico yo mismo con lo que encuentro por aquí. No la matará, tranquila. Le calentará las entrañas e impedirá que coja un resfriado.

Kate asintió y lo probó. Sintió cómo el licor la quemaba por dentro y se le llenaban los ojos de lágrimas, pero fingió que no sucedía nada. Al rato agradeció el calor que la invadió.

—Mi papá murió en la guerra —dijo, notando que ni Sweet Joe la miraba ni ella era capaz de mirarlo a él. Era algo que solía ocurrir cuando surgía ese tema. Por algún motivo, era como si todos fueran incapaces de superarlo, por mucho tiempo que hubiera pasado.

—Muchos hombres murieron allí, tanto buenos como malos —respondió Sweet Joe, dando un trago al licor de hierbas y mirando el fondo de la taza—. Y la verdad es que los que volvimos no lo hicimos del todo. Todos dejamos una parte de nosotros mismos en los campos de batalla, supongo. —De pronto Sweet Joe sonrió y levantó la taza para beber hasta vaciarla del todo—. Pero no es una noche para las historias tristes, señora. Tal vez en otra ocasión. Será mejor que durmamos, mañana será un largo camino de vuelta a casa.

Kate asintió. Terminó el contenido de la taza y notó cómo el licor se le subía rápido a la cabeza. Las llamas de la chimenea se volvieron un poco más borrosas y brillantes a la vez, como en un sueño, y también la voz de Sweet Joe comenzó a sonar desde un poco más lejos.

No supo si le contaba la historia de su amor perdido y cómo se había arruinado todo, algo que le daba mucha curiosidad, porque no podía imaginárselo enamorado, como una no puede imaginarse a la gente muy mayor cuando era joven y alocada. Una los ve viejos y cree que ya nacieron así.

Los ojos se le cerraron sin que se diera cuenta y su cuerpo se fue deslizando hasta que quedó tendido junto al de su hija.

No fue consciente del momento en que Sweet Joe las tapaba a las dos con la piel de oso y colocaba uno de los biombos para que tuvieran más intimidad.

XVI

—Por mucho que azuces al caballo, no vas a conseguir que corra más, teniendo en cuenta cómo está el terreno.

Graeme fingió no haber escuchado a Otto, pero relajó la postura sobre la montura y aflojó un poco las riendas.

A pesar de que Otto se había pasado semanas anunciándolo, a todos les había sorprendido la nevada del día anterior. No sería la primera vez que una nevada tan temprana anunciara un invierno especialmente frío y luego no ocurriera tal cosa, pero desde luego era preocupante. Tenían que hacer muchos preparativos para el traslado de las reses hasta los pastos bajos y quizás tuvieran que adelantarlo.

Al ver que la nevaba persistía, por una vez Otto se había callado y se había limitado a guarecerse bajo la manta, justo frente a la abertura de la tienda. Desde donde estaba le llegaba el calor de la fogata y miraba la nieve caer, como si no pudiera creer que aquello estuviera ocurriendo de verdad. Una cosa era amenazar con la nieve y las más terribles catástrofes, y otra muy distinta cuando Dios demostraba tener el oído presto a escucharte y castigarte cumpliendo tus peores temores.

Tras una nevada intensa, que lo había cubierto todo de un manto algodonoso y espeso que reflectaba la luz de la luna, en algún momento de la noche había dejado de nevar. Por suerte, la temperatura todavía no era tan baja como para que todo se helara, así que por la mañana ya se estaba empezando a fundir, por lo que las vacas tendrían alimento si la nevada no se repetía. De todas formas, se levantaron a medianoche y esparcieron pasto seco para ellas por si acaso.

Si lo pensaba, esa nieve era beneficiosa porque hidrataría la hierba y estaba llena de minerales. Eso, siempre y cuando se mantuviera la temperatura relativamente templada y el tiempo no empeorase. Si el invierno se adelantaba demasiado, todo lo bueno de ese año podía irse al infierno.

—No sé por qué crees que voy más aprisa que en otras ocasiones.

Graeme sabía que sonaba quisquilloso, pero es que estaba harto de insinuaciones y de frases llenas de dobles sentidos acerca de él y su ama de llaves.

Había una mujer en su casa, de acuerdo. Hasta había admitido, aunque hubiera sido obligado a ello, que tenía cierto atractivo. ¿Y qué?

¿Acaso la gente era incapaz de comprender que un hombre y una mujer podían vivir bajo el mismo techo sin tener que acabar sintiendo algo que no fuera más que cierto respeto el uno por el otro?

—Amigo mío, si corrieras un poco más, llegarías antes incluso de haber salido.

Graeme se preguntó si la risa de Otto siempre había sido así de irritante o solo se lo parecía porque estaba empapado, tenía frío, estaba deseando quitarse las botas y tomarse algo caliente.

—De entre las cosas absurdas, esa es la más absurda que has dicho jamás —refunfuñó, sin mirar en su dirección.

Otto no dijo nada, sino que empezó a silbar, como si el paisaje nevado y el mal humor de su jefe hubieran mejorado su día de golpe.

—Tranquilo, muchacho, en un rato habremos llegado.

Graeme puso los ojos en blanco.

¿Muchacho? Otto era apenas unos años mayor que él. Sin embargo, no dijo nada, porque estaba claro que sus respuestas malhumoradas no hacían más que incitarlo.

Siguió camino en silencio, pensando en todas las tareas que tenía pendientes todavía y en lo que tendría que adelantar por culpa de la

nieve.

Poco a poco su mente se distrajo con la belleza del paisaje.

Era posible que Wyoming no fuera el más bonito de los estados, siempre seco, con zonas áridas y sin vegetación, pero la nieve lo hacía todo curiosamente más hermoso, más silencioso también, como si Dios lo acabara de crear.

Podía ver a los animales salvajes mucho más confiados asomándose por entre la maleza, a los ciervos con sus pisadas redondas ahí, a la distancia de un disparo, si así lo quisiera, a las aves planeando en el aire frío y limpio buscando su próxima comida. No cabía duda de que había escogido un buen rincón para construir su hogar, si no el mejor.

Le encantaría saber qué pensaría Kate sobre aquello, si todavía querría irse después de verlo.

—Qué raro, ya deberíamos ver humo en la chimenea de tu casa. Parece que a tu señora la ha asustado el frío.

Graeme gruñó por lo bajo y miró su casa desde las alturas. Se había detenido allí miles de veces para contemplarla, unas veces orgulloso, otras cansado, otras satisfecho, a veces triste, dependiendo de lo que fuera a encontrarse al llegar.

Aquella casa había sido su sueño durante muchos años, y también el de Anne, o eso había pensado. Había sido ella la que había escogido casi todo lo que había en su interior y durante mucho tiempo la sensación de tristeza que sentía al trasponer el umbral casi lo había hundido en la desesperación. Le había costado superar la muerte de su primer hijo al poco tiempo de nacer y después el repentino declive de su esposa, que había perdido la ilusión por lo que la rodeaba, hasta que había llegado un momento en que había olvidado dónde se encontraba.

Cuando pensó que la recuperaría si regresaban a Europa, a lo que siempre habían conocido, ya era demasiado tarde. Un día su esposa había muerto y ni siquiera se había dado cuenta de cómo había ocurrido.

Durante meses, regresar a casa había sido una agonía. No había nadie que lo esperase allí. Ya no estaba la mujer a la que había

amado y a la que había arrastrado al otro lado del mundo en busca de aventuras. Probablemente ella solo lo había seguido por amor, pensando que el capricho se le pasaría con el tiempo. Pero su sueño había muerto cuando el hijo al que habían esperado con tanto amor solo estuvo con ellos el tiempo justo de contemplarlo y despedirse de él.

Durante meses, en efecto, aquella casa que casi lo había significado todo para él había dejado de ser su hogar. Ahora, en cambio, la sensación era extraña. Tras la muerte de Anne, había estado a punto de renunciar, pero había seguido adelante por pura cabezonería. Ya no sentía aprecio por los muebles que había hecho traer desde Nueva York o Londres, ni por los lujos que había le procurado a su esposa para que no añorase su casa en Edimburgo. Él se habría conformado con mucho menos. Sin embargo, desde que Kate y su hija estaban allí, volvía a mirar su hogar como pensaba que no volvería a hacerlo. Casi diría que estaba deseando regresar a casa, y juraría que hacía mucho tiempo que no sentía aquello.

Espoleó al caballo casi sin darse cuenta de que Otto lo llamaba.

Graeme reconoció lo que sentía al llegar a la puerta. Para entonces, tenía la vista casi nublada y la sangre le latía en los oídos. Ni siquiera se dio cuenta de que desmontaba y le daba una palmada al caballo, que salía galopando hacia el establo. Los mozos del rancho salieron de donde se guarecían del frío, extrañados de verlo regresar tan pronto, y se hicieron cargo de su caballo.

—¡Kate! —llamó, abriendo la puerta de golpe y dándole igual, por una vez, que rebotara contra la pared.

—¡Señor Murray! —respondió ella. Solo que no lo hizo desde el interior de la casa, sino desde algún lugar a su espalda, a lo lejos.

Graeme se giró, tan aliviado que se le escapó todo el aire de los pulmones de golpe y se le emborronó la vista.

Miedo, eso había sentido. Un miedo tan feroz a que ya no estuviera allí o le hubiera ocurrido algo a ella o a la niña que le asustó.

No comprendió lo que veía. Kate y Jack iban montadas a lomos de Paddy, esa bestia inútil, y Sweet Joe cabalgaba sobre una mula y

lo saludaban desde una loma al oeste de la finca.

¿Qué diablos hacía ese viejo loco con su Kate y la pequeña Jack?

Mientras tanto, Otto había llegado junto a él y contemplaba la escena con una estúpida sonrisa, entre beatífica y divertida.

—Entonces, dices que no sientes ningún interés especial por la viuda…

Graeme refunfuñó, pero supo que no tenía sentido replicar.

Además, se sentía demasiado aliviado al ver a las dos mujeres sanas y salvas como para protestar, aunque no tuviera ni la más mínima idea de qué podía haber ocurrido para que no estuvieran en casa.

—¡Joe! Se me hace raro verte tan lejos de tus montañas y de tus bichos.

Sweet Joe guiñó un ojo y sacudió la cabeza casi pelada en dirección a Otto, que era quien le había hablado, y hacia Graeme, que se había obligado a no interrogar a su nueva ama de llaves delante de su amigo y su invitado.

Fuera como fuera que Kate y la niña habían acabado con el viejo cabrero, él fingía una total normalidad mientras tomaba el fuerte café que Kate les había preparado, como si esa escena, allí en su propio salón, fuera de lo más común. De hecho, juraría que Otto jamás había pasado de la puerta, como no fuera en alguna celebración, y desde luego, Sweet Joe no había abandonado nunca su vieja cabaña en la montaña desde que lo conocía, como no fuera para cazar o recolectar hierbas. Siempre decía que las cabras le guardaban rencor cuando las abandonaba durante mucho tiempo, como si olieran en él la presencia de otra gente y otros animales. Él no lo dudaba, pero era cuanto menos curioso que llevara allí más de una hora y todavía no mostrase signos de querer largarse.

No preguntaría, se dijo, ajeno a la charla y a los halagos de sus invitados hacia las galletas y las delicias que había puesto Kate en la mesa.

Era posible que ella estuviera esperando una reprimenda, incluso gritos. Si lo pensaba, estaba en su derecho de despedirla, teniendo en cuenta que había dejado sus labores a la primera ocasión que se le había presentado. Y eso no hablaba demasiado bien acerca de su responsabilidad. Podía escuchar la voz satisfecha de su madre en su cabeza diciéndole con tono lleno de suficiencia que ella ya se lo había avisado y que él no había querido escucharla. Y no podría negárselo.

¡Cielo santo! Podría haberse perdido en las montañas, o haberse despeñado por un barranco. Podían haberse topado con cuatreros o con animales salvajes. De hecho, la tormenta podría haberla arrastrado y ahora podría estar muerta.

¡Y encima se había llevado a la niña con ella!

—Hemos pescado truchas en una charca, casi se nos lleva el viento y luego hemos dormido envueltas en una piel de oso que nos ha prestado Sweet Joe, ¿sabe, señor gigante?

Graeme se sorprendió al sentir a Jack sentada en el suelo, con la espalda apoyada contra su pierna. Había cogido un libro de uno de los estantes y acariciaba la portada con letras doradas como si se tratase de un tesoro.

Se agachó un poco para comprobar de qué libro se trataba, pero también para que su charla fuera más íntima. Sonrió al ver que se trataba de La isla del tesoro, tal vez no el más recomendable para una niña de su edad, pero sin duda sí apropiado para alguien con su espíritu aventurero.

—¿Y has pasado miedo? —preguntó, acariciando el pelo rubio y entreverado de ramas y pequeños restos de suciedad.

Más tarde, cuando todo el mundo se fuera, podrían llenar la enorme bañera para Kate y la niña. En alguno de los baúles de Anne debían de estar todavía sus jabones y aceites perfumados. Estaría bien que alguien los aprovechara antes de que se echaran a perder. Seguro que su ama de llaves sabría darles buen uso.

Jack se giró hacia él, haciendo que sus trenzas casi deshechas se agitaran.

—¡Por supuesto que no, señor gigante! ¡Yo soy muy valiente! Y mi mamá tampoco ha pasado miedo, que lo sepa. Ella es capaz de todo, aunque no se lo crea —añadió, en tono desafiante, retándolo a insinuar lo contrario.

Graeme apoyó la barbilla en la mano y miró a Kate, que se había sentado junto a la chimenea y, aprovechando que pensaba que nadie la miraba y los caballeros charlaban y comían, ajenos a su presencia, se había quitado las botas y se masajeaba los pies. Estaba despeinada por el viento y tenía las mejillas enrojecidas. Tal vez se había hecho daño con alguna rama arrastrada por el viento, pero no se lo diría. A contraluz, sus ojos estaban brillantes por el agotamiento. También tenía los párpados un poco caídos, como si se fuera a caer dormida en cualquier momento.

Todo su enfado y miedo al ver que no estaba en casa al llegar se había evaporado y lo único que deseaba era que Otto y Sweet Joe se largasen de una vez.

—Señores, me temo que la señora de la casa necesita descansar —dijo, poniéndose en pie.

Su sonrisa era amplia, pero su tono no dejaba lugar a dudas de que los estaba echando.

Otto, con la boca llena de migas de galleta, miró de reojo a Kate, que había enrojecido de golpe y luchaba por ponerse otra vez las botas, aunque fue incapaz porque los pies se le habían hinchado y los zapatos ya no le entraban.

—No, no, por favor, no se vayan. Quédense, por favor.

Sin embargo, los dos hombres sabían bien lo que debían hacer. La mirada de Graeme era inapelable, por mucho que su sonrisa no se hubiera rebajado ni un ápice.

—Seguro que mi señora se está preguntado dónde estoy —murmuró Otto—. A Helga le gusta tenerme en casa a la hora del desayuno.

Graeme se contuvo a la hora de decirle que ya había desayunado al menos por tres hombres, así que Helga se ahorraría el esfuerzo de alimentarlo por ese día.

—Mis bichos necesitan comer y no les gusta estar solos tanto tiempo. Son temperamentales y celosos como las damas —dijo Sweet Joe, sacudiendo la cabeza.

—Bien, entonces no los haremos esperar más —respondió Graeme, satisfecho—. Por supuesto, sabéis que sois bienvenidos cada vez que queráis y que mi puerta está abierta para vosotros.

—Claro, claro, de eso no nos cabe duda, amigo. —Otto miró en dirección a Kate y la saludó con una mano—. Un placer, señora Kelly. Espero volver a verla pronto y me alegro de que no le haya ocurrido nada ni a usted ni a la niña durante su paseo. Seguro que se siente usted como en casa y que verá que este es su lugar, como nos sucedió a muchos.

Graeme cortó todo posible comentario o insinuación al empujarle a la salida.

Sweet Joe, a quien jamás habría tomado por alguien que comprendiera las indirectas, se acercó a Kate y le besó la mano para despedirse, y después hizo lo propio con Jack, que dio un salto, feliz, después de escuchar algo que le dijo el viejo al oído.

—¿En serio me la darás?

—Por supuesto. Un día será tuya, pequeña damisela.

Después, tras un leve saludo con la cabeza, el cabrero sureño salió por la puerta, montó en su mula y volvió a las montañas.

—¡Me regalará su piel de oso, señor gigante! ¿Te lo puedes creer? ¿No es increíble, mamá?

Kate, sonriente pero agotada, abrazó a su hija y lo miró por encima de la cabeza de la niña, agradecida.

XVII

Mi queridísima Gertie:

No te puedes ni imaginar la aventura que vivimos Jack y yo hace unos días. Fue como en una de esas novelas de Jack London, llenas de peligros y locuras. Por suerte, aunque podríamos haber sufrido todo tipo de daños, y hasta acabar despeñadas por un barranco, las cosas salieron bien y acabaron, aunque no te lo creas, ¡en una bañera!

¡Y qué bañera!

Jamás has visto una semejante.

Al regresar a casa después de pasar la noche con un hombre encantador y sus cabras, te juro que más adelante te lo contaré todo en detalle, estábamos tan agotadas que apenas podíamos mover un pie delante del otro.

El señor M parecía furioso, pero luego se le pasó y fue entonces cuando me sentí culpable en serio por lo que había hecho, porque fui muy imprudente y estuvimos en un serio peligro de que nos pasara algo brave. De verdad te digo que este hombre debe ser un santo, porque podría haberme puesto de patitas en la calle por haberme ido de excursión con Jack en lugar de quedarme trabajando. Ahora lo pienso y no me siento nada orgullosa por lo que hice, pero juro que lo compensaré.

El caso es que, en lugar de despedirme, se comportó de un modo maravilloso con Jack y nos preparó un baño, ¿te lo puedes creer?

Estábamos muy sucias y seguro que olíamos a alimaña después de haber luchado contra los elementos durante horas, aunque es posible que la culpa de eso la tenga el hecho de dormir envueltas en una piel de oso. Entonces, cuando ya no podíamos con nuestra alma

y los ojos se nos cerraban solos, aunque ni siquiera era mediodía, el señor M me preguntó que si no me apetecía darle un baño a Jack y tomar uno yo misma.

Se lo agradecí mucho, porque desde que llegué nos hemos ido apañando con una palangana y un paño.

Entonces, me llevó a su cuarto, que yo ya había visto al entrar a limpiar. El dormitorio en sí es austero, aunque hay señales de que en otro tiempo hubo más muebles allí. Supongo que el señor M los sacó de allí porque no los necesita, aunque es posible que le traigan recuerdos tristes de su esposa, que murió. Lo que no había visto es una estancia tapada con un biombo pintado. Y detrás…

—Llenarla y vaciarla no cuesta tanto como parece, créame. Hay un sistema para hacerlo con agua de lluvia filtrada, y ¿ve estos tubos? Es el desagüe. Le enseñaré a usarlo. De no poder usarla así, no la habríamos traído hasta aquí.

Kate miró la enorme bañera de porcelana con patas doradas. Jamás había visto algo semejante, no solo por el tamaño, sino por lo incongruente del artículo con el entorno.

¿Cómo se le había ocurrido a ese hombre llevar una bañera tan lujosa a una casa en las montañas? O tal vez había sido idea de su esposa… Sí, eso era lo más probable.

—Es preciosa.

—Puede usarla todas las veces que quiera. No tiene más que decírmelo. Aparte de la gaita, eso que tanto le disgusta, y leer, es mi forma de relajarme preferida.

Kate parpadeó y se obligó a cambiar de idea. Tal vez sí había sido idea suya lo de llevar la bañera allí. Sobre todo, si se fijaba en el tamaño.

—¿Se puede nadar en ella?

Graeme rio ante la pregunta de Jack, que se había metido en la bañera vacía y la estaba midiendo con sus pasos. Kate corrió a sacarla de allí.

—No es tan grande como para eso, pero puedo asegurar que entran dos personas con holgura. —Sus palabras quedaron en el aire hasta que se dio cuenta de que podían ser interpretadas de varias maneras—. Quiero decir que se pueden bañar las dos juntas, en el caso de que quisieran hacerlo.

Kate asintió y fingió no haber comprendido otra cosa desde el inicio.

—Por supuesto. Iré a preparar agua caliente.

—¡Kate! —la detuvo él, dejando en su mano un paquete envuelto en tela. Ella no lo miró, sino que se giró para mirarlo, con los labios apretados y expresión atenta que alguien podría confundir con una de enfado, así que se calló—. Espero que lo haya pasado bien en su excursión.

Ella sonrió y sus ojos cansados casi se cerraron, como les solía ocurrir a los niños pequeños.

—No era mi intención perderme ni que nos pillara la tormenta, créame. Podría haber pasado sin esa parte de la aventura.

Graeme se rascó la barba y volvió a mirar la bañera.

—¿Me contará un día cómo acabó en la cabaña de Sweet Joe?

Kate levantó la barbilla y carraspeó.

—Creo que iré a por el agua. Jack está molida y yo también. No se puede ni imaginar lo que es dormir abrazada por un oso. Déjeme guardar un poco de misterio, al menos por hoy. ¿De qué hablaremos, si no, durante las largas noches de invierno?

Solo entonces pareció mirar lo que él había colocado en su mano. En los dos años transcurridos desde su muerte, el jabón de rosas de Anne apenas había perdido aroma, tal vez porque lo había conservado bien guardado en su baúl, como muchos de sus recuerdos acerca de ella.

La vio llevárselo a la nariz y aspirar.

—No le habría gustado que se desperdiciara…

Kate se limitó a asentir. Apretó la pastilla de jabón y emitió una sonrisa cansada.

—Claro. Gracias

No preguntó de quién hablaba ni mostró ningún tipo de lástima por él, aunque supuso que, a esas alturas, ya sabía de la existencia de Anne y que había muerto. Tal vez incluso sabía los motivos. Helga no era la persona más discreta del mundo. Agradeció su discreción, porque llevaba mucho tiempo sin hablar de hablar de Anne. O de Angus.

Sin embargo, hubo algo en su actitud que le molestó. Cualquier otra persona habría mostrado curiosidad por saber de dónde había sacado algo tan delicado.

Durante unos instantes casi deseó que le preguntara por su esposa, y le sorprendieron sus ansias de hablar de ella, de contarle cómo Anne había escogido ese jabón en persona.

Pronto fue demasiado tarde, porque ella había desaparecido tras la puerta del cuarto de baño.

El resto del mes de septiembre transcurrió sin que volviera a nevar, aunque el primer aviso de que el verano estaba a punto de terminar aceleró los trabajos en la granja del señor Murray, y también en las de la zona, y Kate, que apenas se había fijado en lo que la rodeaba desde que había llegado, fue testigo del ingente trabajo que conllevaba vivir en un sitio tan agreste como las montañas de Wyoming.

El trabajo aumentó cuando los hombres bajaron al ganado a los pastos más cercanos a la casa. Para ello, tanto el señor Murray como la mayoría de los mozos se ausentaron durante días para buscar a las reses a las tierras altas. Después dedicaron días a revisarlas una a una para comprobar su estado y separar a las que querían mantener para la cría de las que venderían cuando llegara el momento.

Incluso a una casa con todas las comodidades como era aquella había que llevar agua, leña y suministros cada día, aunque la leñera y las alacenas tuvieran un tamaño considerable. La granja podía abastecer a la casa y a los empleados de muchas de las materias primas, como carne, leche, mantequilla, huevos, y algunas verduras,

pero no podía hacerlo de harina, levadura, medicamentos y otro tipo de mercancías tanto o más necesarias.

Así, a finales de octubre, el señor Murray le dijo que le hiciera una lista de todo lo que necesitaba para la casa, porque iba a ir a Cheyenne a por todo lo necesario para pasar los meses de invierno.

Kate sabía que aprovecharía para vender sus reses, comprar o intercambiar materiales y maquinaria y, probablemente, para pasar un buen rato en alguna taberna, así que el viaje duraría unos cuantos días.

Le divirtió imaginárselo recién salido de la barbería, con un traje limpio y planchado, como el día que lo había conocido. Se sentaría en una mesa sucia, con un vaso de zarzaparrilla o güisqui, tan formal como siempre, tratando de mantener el tipo en algún cuchitril sucio y lleno de vaqueros peligrosos. No pudo evitar imaginarse también a su vigilante madre con gesto reprobador, aunque, por algún motivo, dudaba que la señora Murray se hubiera alejado jamás tanto de su casa en la ciudad. Sabía que ella no aprobaba la aventura montañera de su hijo. Esa imagen le alegró la tarde mientras repasaba las cantidades de café y té, harina y dulces que tanto les gustaban a él y a Jack, de alubias y otras legumbres, harina y de levadura que quedaban en las alacenas.

En el tiempo que llevaba allí se había acostumbrado a una rutina diaria que comenzaba mucho antes del amanecer y que terminaba con ella exhausta, con la sensación de que aquella casa era demasiado grande para una sola mujer. Porque no era solo el edificio lo que había que mantener, sino los edificios anejos, los animales, el pequeño huerto con verduras y algunas hierbas medicinales y hasta un diminuto jardín que había descubierto en la parte trasera. Estaba descuidado y algo triste, pero recuperaría su buen aspecto en cuanto ella descubriera cómo plantar bonitas flores y hacer que crecieran con fuerza. Había sacado unos esquejes de rosas de un arbusto medio seco de ese jardín para colocarlos en la entrada, cerca de la puerta, y esperaba que agarraran, porque la tierra era buena. Y, mientras tanto, tenía la sensación de que, entre batir mantequilla, recoger huevos, cocer galletas y pan, guisar comidas y

cenas, limpiar, tejer calcetines, zurcir ropa desgarrada y miles de pequeñas tareas más, no había un minuto de descanso hasta que se sentaba junto al fuego por la noche, con un libro entre las manos y Jack sentada junto a ella.

Dada la insistencia de Helga, se había deshecho de sus viejos vestidos, gastados y descoloridos, y había cosido varios vestidos nuevos con su ayuda para ella y para Jack. Graeme le había facilitado tela de un baúl donde habían encontrado cortinas sin utilizar, ropa de cama e incluso ropa interior de caballero. Helga y ella se había reído mucho al ver los enormes camisones que, evidentemente, jamás había usado.

—Dudo mucho que Anne comprara esta tela para hacerse vestidos —dijo Helga—. Seguro que era para regalársela a alguno de los trabajadores por Navidad.

—¡Pero es preciosa! —exclamó Kate, acariciando una bonita tela. Jamás había utilizado nada semejante. Era un algodón de primera calidad en tonos rojos y verdes, alegre y elegante. Estaba segura de que no se desteñiría con los lavados y que aguantaría muchos años.

—¡Oh, sin duda! Pero Anne no usaría algo así jamás.

Kate prefirió no seguir con ese tema. Tomó las telas, algunas estampadas con flores, rayas, y otras lisas, y guardó lo que no iba a utilizar. Dedicó varias noches a coser los vestidos, después de que Helga la ayudara a cortarlos. Al terminarlos, supo que jamás había llevado nada tan hermoso y favorecedor.

También Jack estaba encantada con sus nuevos atuendos. Probárselos había sido una lucha, porque no se estaba quieta y quería dar vueltas y jugar a hacer reverencias. Se sentía una princesa y a Kate se lo parecía de verdad.

—Seguro que no hay nadie más guapa que mi mamá en el mundo. ¿Verdad, señor gigante?

Graeme, que estaba tomando una taza de café, sentado junto a la chimenea, mientras fingía leer, estuvo a punto de atragantarse al verla aparecer desde su dormitorio. Sabía que Kate se estaba probando uno de sus vestidos nuevos, algo que, a priori, no debía de resultarle nada emocionante, pero había sido incapaz de leer una

sola línea en los últimos quince minutos, más o menos desde que ella y Jack habían desaparecido tras la puerta del dormitorio. Luego, al oír que la puerta se abría, se había dicho que no debía mirar, o Kate pensaría que… bien, a saber qué pensaría… pero no había podido evitar hacerlo.

Entonces, se había obligado a no quedarse mirándola como un idiota, pero no estaba seguro de haberlo conseguido del todo.

Había visto a Kate trabajando en ese vestido durante días, pero verla con él puesto era muy distinto. Era posible que no fuera un diseño a la última moda, pero daba igual. Es más, era sencillo y funcional, con bolsillos, nada apropiado para un salón de baile, pero le sentaba mil veces mejor que los andrajos que había llevado durante esas últimas semanas. El color azul añil la favorecía y el corte se adaptaba a su cuerpo.

—Está usted muy… —carraspeó y volvió a beber un sorbo para poder aclararse la garganta—. Muy bien.

Kate se pasó una mano por la falda y sonrió. No parecía acostumbrada a los halagos, así que se limitó a asentir con gesto nervioso y a sentarse en la butaca que había ocupado desde que había llegado a la casa. Su presencia allí frente a él era tan habitual para él que no sabía qué iba a hacer si algún día se iba.

La vio coger un libro y enfrascarse en la lectura, como cada noche, después de cenar.

Graeme sintió que se le escapaba una sonrisa de satisfacción y la borró al instante por temor a que ella la viese.

Kate fijó la mirada en el libro que tenía entre las manos, pero no antes de ver de reojo la sonrisa que se le había escapado al señor Murray. Por mucho que quisiera, ese hombre era incapaz de fingir ser un ogro. De hecho, no podía fingir peor que le encantaban esos momentos, cuando se sentaba junto a la chimenea después de cenar, con un libro entre las manos, con Jack a sus pies como un cachorro y el señor Murray con su propio ejemplar al otro lado del salón. Jack y ella habían agotado hacía tiempo las lecturas que se habían llevado en el equipaje, así que Kate había tenido que explorar

entre las estanterías de su jefe para ver si había algo que pudiera leer una niña de nueve años. Por suerte, había encontrado libros de aventuras que podían compartir y disfrutar. También había ojeado los libros de poesía de Robert Burns o de Walter Scott que prefería el señor Murray, aunque el lenguaje le parecía tan enrevesado que se perdía la mitad de las frases. Él, en cambio, parecía disfrutar de los poemas y de las canciones de su tierra. Podía ver su sonrisa soñadora cuando se sumergía en ellos cada noche. A veces les leía alguna obra en voz alta, con su acento cantarín acentuado por la nostalgia. Cuando les preguntaba qué leían ellas, Kate lamentaba a veces no poder disfrutar y sentir como él esos hermosos poemas, pero no se avergonzaba por no haber podido recibir una mejor educación. Había trabajado como una mula desde que tenía memoria y había aprovechado cada momento que tenía para leer lo que caía entre sus manos.

Lo que sí quería era que Jack la recibiera. Y sospechaba que Graeme Murray la ayudaría con eso.

Por eso había incluido libros en la lista de compras de pertrechos para el invierno, y esperaba que su jefe no se lo tomara como un exceso de confianza.

Por suerte, aparte de los libros, no tendría que pensar demasiado para hacer esa lista, porque conocía lo que había en las alacenas como la palma de su mano.

Mientras redactaba la nota, se le volvió a escapar una risita al imaginar a su jefe en el bar, vigilado por su madre, no fuera a ser que se dejara tentar por las malas compañías.

No era tan inocente como para imaginarse que un hombre joven como él, que no debía de llegar a los treinta y cinco años, no se buscaría también a una mujer en ese viaje. Había vivido en campamentos ferroviarios y en la Denver el tiempo suficiente como para saber que lo extraño era que las personas permanecieran solas durante largos períodos de tiempo. Ella tenía la suerte de tener a Jack, pero quién sabía si, con el tiempo, no habría acabado buscando a alguien. Por suerte, gracias a su hija, nunca había estado sola.

Cuando le presentó la lista de todo lo que necesitaban a Graeme, él la repasó con la mirada, como analizando cada uno de los elementos.

Al cabo de unos instantes, al ver su expresión seria, Kate se sintió en el deber de justificar algunos de los artículos que había incluido.

—Se preguntará usted por qué he puesto ahí un par de libros para Jack —dijo, señalando el final de la lista—. Es que no quiero que se atrase con la lectura, y los que tiene aquí son demasiado complicados para ella, ¿sabe? ¿Verdad que no le importará buscar algo para la niña? Se los pagaré después, descuide.

Graeme gruñó y siguió repasando la lista con cuidado.

—Por favor, no le diga a Helga que le he pedido que compre mermelada. La suya es deliciosa, pero demasiado dulce. No quiero que Jack coma tanto azúcar. Hasta que haya fruta suficiente en el huerto para hacer la mía, podríamos probar alguna de la ciudad, si no le importa.

Él dejó la lista a un lado y la miró desde lo alto.

—La verdad es que había pensado que usted viniera con nosotros.

Kate dio un paso atrás, impresionada.

En ningún momento había pensado en algo semejante.

—¿Por qué? —preguntó, sintiéndose muy estúpida.

—¿No echa usted de menos la ciudad, Kate?

—Sí… ¡No! ¿Es una pregunta trampa?

Graeme se acercó un poco y Kate lo miró desde abajo, sorprendida. Nunca lo había visto desde tan cerca. Olía un poco a vaca, lo cual no era ni agradable ni desagradable, pero lo más impresionante de todo era su expresión, que la habría aterrado si no lo conociera bien y no supiera que era incapaz de dañar a una mosca.

—Solo quiero saber si se siente usted a gusto aquí, nada más.

Kate podría decirle que había llegado a acostumbrarse al silencio, al sonido del viento contra la casa, a veces aterrador, al frío de las mañanas que iba en aumento, a los aullidos de los animales en la

distancia, a la soledad… A veces no podía evitar quedarse mirando a la distancia, sin darse cuenta de que los minutos transcurrían, obnubilada por la belleza del paisaje, hasta que Jack le tiraba de la falda para llamar su atención. El agua jamás le había sabido tan bien y el aire jamás le había resultado tan delicioso.

—Me siento bien aquí, señor Murray. Si no fuera así, usted lo sabría.

Él asintió y se alejó.

—Quiero enseñarle algo camino a Cheyenne —dijo antes de darle la espalda.

Kate lo miró, esperando que dijera algo más, pero él se fue.

En el tiempo que llevaba allí pensaba que había llegado a conocerlo algo mejor, pero estaba claro que ese hombre podía llegar a ser muy misterioso cuando quería.

Se encogió de hombros y pensó en lo que necesitaría para el viaje a Cheyenne.

Sería un viaje largo y molesto, pero la sacaría de la rutina, y eso siempre era bienvenido. Además, no había vuelto a salir de excursión desde que Jack y ella se habían perdido y habían acabado en la cabaña de Sweet Joe. Echaba de menos hacer algo más que no fuera limpiar, cocinar o pensar en las labores del hogar.

Sin poder evitarlo, dio un par de pasos de baile por el salón y rio como una chiquilla.

XVIII

Cuando el señor Murray le había anunciado el viaje a Cheyenne para comprar provisiones, Kate había supuesto que viajarían solos y que podría dejar a Jack unos días con Helga, pero pronto vio que el viaje a la capital era algo así como un acontecimiento en la zona y que no solo los Heller, sino que varios de los empleados de la granja se sumaban, hasta que comprendió que formarían una pequeña caravana. Además, lo más probable era que aquella fuera la última visita a la ciudad antes de que quedaran copados por la nieve, así que el entusiasmo era mayor del habitual.

—Ya verás, querida. Para la mayoría es una fiesta.

Helga, que se había convertido en su amiga más cercana en todos los aspectos, ya que la mayoría de los empleados estaban casados, y los solteros estaban muy ocupados y no tenían el más mínimo interés por entretenerla, o eso le parecía. Las pocas mujeres que había en la zona estaban atareadas en sus hogares o eran las hijas de los peones y tenían demasiadas tareas, o vivían demasiado lejos como para mantener una relación asidua. La alemana había aparecido una mañana, como solía hacerlo, de improviso y cargada de comida, para ayudarla a preparar el viaje.

Deborah, parca y tan mohína como siempre, se sentó en la mecedora junto a la chimenea encendida y abrió uno de los libros del señor Murray, sin ofrecerse a ayudar y sin saludar apenas.

Kate había asumido que no le era simpática y había dejado de intentar entablar conversación con ella. Su mamá le había dicho que a los cactus era mejor no acercarse, y esa era una de las lecciones que mejor había aprendido. Así que, cada vez que se veían, que por suerte no eran muchas, se limitaba a saludarla, a servirle un café o

un té con alguna golosina y a dejarle vía libre a la biblioteca del amo de la casa. Además, también había aprendido a hacer caso omiso a sus comentarios desdeñosos y a su mirada vigilante, porque, aunque Deb se esmeraba en hacer ver que no le interesaba nada de lo que pudiera comentar con Helga, siempre parecía estar muy atenta a sus charlas y no dudaba en dedicar un comentario hiriente hacia cualquier cosa que tanto a ella como a Jack les gustase o entusiasmara.

Para la jovencita, todo lo que a ella le parecía hermoso o divertido era o aburrido, pasado de moda y feo. Con el tiempo había aprendido a verla como a una niña antipática que, por algún motivo, le tenía ojeriza, tanto a ella como a su hija.

Ignorándola, se volvió hacia su madre, que parecía tan llena de energía y alegría como siempre.

—¿Es bonita la ciudad? Apenas pude ver nada cuando llegué. Siempre he oído que está llena de gente de mal vivir por culpa del ferrocarril. Aunque yo viajé bastante tiempo con algunas de esas personas a las que llaman gentes horribles del infierno sobre ruedas y tengo que decir que hay de todo. No todos están perdidos.

Helga la miró con las cejas enarcadas y se escuchó un bufido impertinente procedente de la zona de la chimenea. Kate lo ignoró como había ignorado otros desplantes antes.

—No vamos a mezclarnos con ellos para comprobarlo, querida. Nadie mejor que tú debería saber que son gente peliaguda, pero no suelen meterse con las mujeres decentes si una evita la zona donde suelen juntarse —respondió Helga con una palmada, ignorando su comentario—. Además, ¿qué más da si es bonita o no la ciudad? La cuestión es cambiar de aires, poder husmear un poco en las tiendas y probar alguna delicia nueva, ¿no te parece?

Kate se preguntó qué tipo de vida había llevado Helga antes de llegar a Wyoming y si de verdad era tan inocente como para creerse algo así. Por su experiencia, lo mejor era no acercarse a los campamentos donde pasaban su tiempo libre los trabajadores del ferrocarril pero que también era cierto que no solo se quedaban en su zona de la ciudad. Pensar eso era de locos. Eran hombres libres y

con dinero, así que lo lógico era que fueran allá donde estaban las diversiones. Había hombres decentes entre ellos, pero en general, sus pasatiempos favoritos eran beber, jugar, las mujeres y pelearse, y también todo aquello que involucrase todo eso junto, y eso hacía que los problemas se acumulasen allí adonde iban. Y eso por no hablar de los odios entre las distintas razas.

El viejo Frank le había dicho más de una vez que no había nada más despreciable que un negro o un chino, que eran como animales que trabajaban por poco menos que un techo y comida, que echaban por tierra todo el esfuerzo de los blancos. Como irlandés, decía que los que habían nacido en ese país lo odiaban a él casi tanto como a los otros dos, pero eso no hacía que comprendiese que lo que decía era injusto y absurdo. En esas ocasiones Kate callaba, sabiendo que no podía replicar. Su mamá le había enseñado que todos los hombres eran iguales ante Dios y ella no veía diferencias entre ellos.

¿Qué podía decirle a Helga acerca de los trabajadores del ferrocarril y su respeto, o falta de él, hacia las mujeres decentes, cuando ni siquiera consideraban humanos a otros hombres por su color de piel?

Se limitó a escucharla. Los ojos de la alemana lucían brillantes cuando hablaba de la ciudad y casi podía imaginarla con un vestido elegante, cargada de paquetes y levantando la nariz mientras señalaba el pastel que se tomaría con su té, ajena a todo lo feo que la rodeaba, como las damas que había visto pasear en Denver.

—No quisiera ser impertinente, pero ¿cómo llegasteis aquí Otto y tú? Tengo la sensación de que te he contado todo acerca de mí, pero tú nunca me has hablado de tu vida.

Helga no perdió la sonrisa y se limitó a sacudir la cabeza, como si hablar de lo que había ocurrido hacía veinte años fuera una pérdida de tiempo.

—¿Sabes cuando lo tienes todo y crees que puedes tener más? Pues eso nos pasó a nosotros. Llegamos desde Alemania con todo lo que teníamos, que no era demasiado, y lo apostamos todo en una tierra que no valía nada. Así que decidimos volver a apostar, solo

que esta vez teníamos mucho menos que la primera vez —dijo, encogiéndose de hombros, como si fracasar hubiera sido inevitable —. Es complicado cuando la suerte no está de tu parte. Pero conocimos a Graeme y es un buen hombre, así que no estamos tan mal. Aquí la vida es dura cuando estás solo… —Helga se calló durante unos instantes, con la mirada perdida en el vacío, aunque pronto volvió al presente con una sonrisa—. Pero no le hagas caso a esta chiflada. Vayamos a preparar una buena merienda y hablemos de la lista que has preparado. En la mayoría de las tiendas me conocen y te harán un descuento si vamos juntas.

Kate asintió, pero no se le pudo olvidar la expresión de su amiga cuando había hablado de la soledad.

Si a Helga y a Otto, que estaban juntos, que eran una familia unida, trabajadores, que tenían amigos, no les había ido bien por sí mismos, ¿qué podría hacer ella sin dinero, con una niña pequeña, y sin idea de cómo se cultivaban las tierras o se criaba el ganado?

Se obligó a sonreír mientras escuchaba la charla de su amiga y hacía planes para el viaje a la ciudad, pero no pudo evitar sentir un temor por el futuro que no había sentido hasta ese momento.

El día de la partida llegó y la pequeña caravana partió con una algarabía digna de una manada de búfalos.

Aunque cada dos meses alguien acudía a la ciudad en busca de suministros, en esta ocasión viajaba más gente de lo habitual.

De ese modo, el señor Murray, su ama de llaves con su hija, los Heller con su hija, varios de los trabajadores con sus esposas, y alguno de los vecinos de haciendas más cercanas se habían unido para viajar más seguros.

Con el retraso consiguiente.

Si el viaje a Cheyenne se podía realizar en una jornada a caballo, los hombres calcularon unos tres días, si es que todo iba bien.

Por suerte, no se temía que faltara de nada durante ese tiempo. Las carretas se habían cargado de comida, bebida y las charlas eran amenas. Los que tocaban algún instrumento lo habían llevado para amenizar las noches y Kate le había dado al señor Murray el permiso de llevar su horrible gaita consigo.

—Puede servir para espantar a las alimañas por el camino —le dijo, con un tono tan serio que él pensó que, en verdad, debía ser el peor gaitero del mundo.

Jack, que había olvidado el instrumento por completo hasta que volvió a tenerlo ante sus ojos, lo tomó entre los brazos como si fuera una criatura fantástica y maravillosa.

—¿Puedo aprender a tocar?

Graeme se agachó a su lado, encantado de que la gaita tuviera otra admiradora en aquel hogar.

—Es complicado y tendrás que esforzarte, pero yo te enseñaré, si quieres.

La niña dio un saltito, llena de entusiasmo, mientras las distintas partes de la gaita se desparramaban a su alrededor y la tripa emitía un gemido lleno de angustia.

—Yo diría que esa cosa ya lo está lamentando —dijo Kate con una sonrisa divertida antes de darles la espalda.

Ahora, en la carreta, Jack seguía soplando y soplando, tratando de arrancar algún sonido a la gaita, con las mejillas cada vez más rojas, hasta el punto de que Kate temía que se desmayara.

Graeme no tenía ningún tipo de compasión con la niña. Su primera lección había sido que tenía que ensanchar los pulmones y tratar de que sonara algo. Cualquier cosa. Que entonces pasarían a la segunda lección. Y había funcionado para mantenerla quieta y tranquila durante horas.

Sin duda, ese instrumento creado por algún demonio debía de estar maldito o tener algún truco para sonar, y él no se lo había dicho.

¿Acaso no sentía pena por una niña de solo nueve años?

Pero no, ahí estaba, muy satisfecho de sí mismo, montado en su caballo, cabalgando entre sus hombres.

—¿Todavía sigues pensando en buscar tus propias tierras, Kate? Ya sé que no hemos vuelto a hablar de ello desde que llegaste, pero pensé que después de vivir todo este tiempo con… —Kate notó que la barbilla de Helga, con la que compartía carreta en ese momento,

señalaba hacia Graeme—. A él no le importaría que te quedases. Y también adora a la niña, y eso no es algo que una encuentre todos los días, te lo puedo asegurar.

Kate reconoció para sí que sería complicado que pudiera vivir en mejores condiciones que en ese momento, en una casa más amplia y cómoda, sin tener que preocuparse de la comida ni del frío, pero no iba a cambiar sus planes solo por un hombre que la trataba bien. Su objetivo al salir de la ciudad había sido tener su propia tierra y construir una casa para ella y para Jack. Siempre había sabido que sería duro. Si se acomodaba, jamás lograría lo que soñaba.

—Empezaré a buscar una tierra apropiada muy pronto.

Pudo ver cómo Helga apretaba las riendas con más fuerza.

—¿Para qué, si no tienes necesidad de ello?

Kate sintió dos cosas al mismo tiempo: una especie de gemido combinado con un chirrido agudo y amargo proveniente de la parte trasera de la carreta seguido de un grito de triunfo de su hija, y un chispazo de decepción hacia su amiga.

A esas alturas, pensaba que había quedado claro que no buscaba un marido ni que alguien la mantuviera.

Kate había viajado hasta allí para ser libre, para ganarse su propio pan y el de su hija. Quería hacer lo que quisiera, cuando quisiera, quería pensar por sí misma y poder decidir.

Podía tener una vida más cómoda, o tal vez lo que podía parecerlo, si se quedaba con el señor Murray, pero siempre dependería de otra persona y tendría que obedecer órdenes. No era lo mismo recibir un sueldo que depender de ella misma, y nunca lo sería.

—Las necesidades de cada uno son distintas, supongo —respondió, con un tono cortante que hizo que Helga callase.

Pensó que tal vez había sido demasiado seca, pero luego notó la mano de su amiga en la rodilla, y se sintió aliviada al notar que no parecía enfadada.

—Es solo que me gusta tenerte cerca y quiero que seas feliz.

Kate sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas y le apretó la mano con la suya.

—Gracias. A mí también me gusta tenerte cerca. Eres una buena amiga.

Apenas llevaban un par de horas de marcha cuando Graeme se colocó al lado de la carreta donde viajaban Kate y Helga con la niña, que arrancaba sonidos horrísonos a su gaita que hacían resoplar a los caballos.

—Lo siento mucho —dijo, señalando hacia la parte cubierta—. Eso que dijo de que espantaría a las alimañas era bien cierto. Estoy convencido de que no debe de quedar ningún animal salvaje en millas de distancia. Han debido de huir todos a otro estado.

Kate rio y le ofreció un bollo horneado esa misma mañana. Graeme no tenía hambre, pero fue incapaz de rechazarlo.

Sabía que Helga los observaba con atención, como Otto, pero se dijo que era absurdo intentar controlar cada gesto y cada palabra. Eran dos personas normales y adultas que vivían en la misma casa y tenían una relación laboral. No existía nada extraño entre ellos.

—¿Recuerda que le dije que le mostraría algo en el camino?

—Claro.

—Venga conmigo y se lo enseñaré.

Aunque estaban en plena marcha, era muy lenta a causa de las carretas y las mulas de carga, así que ella le tendió una mano y él se la tomó, y la pasó de la carreta a su caballo tras un ligero tirón.

—¡Esto está muy alto! —exclamó ella, con un ligero sobresalto.

Helga rio y azuzó al tiro de caballos para que la carreta avanzara.

—Me temo que necesito un caballo acorde con mi tamaño —respondió Graeme, como justificándose.

Kate se removió para acomodar las faldas y para hacerse espacio en la silla de montar, que por suerte era lo bastante ancha para los dos. Viajaban juntos, pero no tanto como para tener que ir pegados. Aun así, los movimientos del caballo la obligaban a recostarse contra él.

—No está lejos. No tardaremos en regresar, no se preocupe.

Kate no sentía ningún tipo de inquietud por encontrarse a solas con él.

Habían vivido bajo el mismo techo durante más de un mes, había lavado su ropa interior, había hecho su cama y hasta había usado su bañera sin sentir ningún miedo. Al menos, ninguno que quisiera confesar.

Lo había visto leer cada noche a la luz de la chimenea y escribir largas cartas a su madre, lo había visto reñir a ese dichoso caballo, Paddy, tan vago que había que convencerlo de hacer la más mínima tarea, lo había visto reír con sus amigos y cantarle bajito en lo que luego había sabido que era gaélico a una vaca enferma hasta que había conseguido que se levantara en el establo.

Lo había visto hablar con su hija y contarle viejas historias de su país, cuentos de dragones y grutas encantadas. De lo verdes que eran las colinas y de lo profundos que eran los lagos. Tanto, que el agua parecía negra y era imposible ver el fondo, donde se decía que habitaban monstruos enormes que se alimentaban de doncellas. Y también le había oído hablar de lo deliciosa que sabía el agua de la lluvia.

Conocía tan bien el sonido de su voz que estaba convencida de que la reconocería entre un millar.

No tenía ningún motivo para sentirse inquieta, salvo por su corazón.

Se dio cuenta de que no estaba mirando lo que la rodeaba, sino que tenía la mirada fija en sus manos, fuertes y grandes, hasta que él habló.

—Hemos llegado.

Kate tardó en comprender lo que debía mirar.

Ante ellos había un bosquecillo, no demasiado grande, pero había árboles, como ella siempre había deseado. También había agua. Apenas un riachuelo que moría en un pequeño estanque a la sombra de los árboles. Una extensión de tierra enorme en todas direcciones, al menos ante los ojos de Kate.

Allí, en medio, con las montañas a lo lejos, le pareció un pequeño paraíso.

Notó la tensión del cuerpo del señor Murray contra la espalda. Esperaba su respuesta. Sin embargo, no sabía cuál era la pregunta.

—Es hermoso —dijo con cautela, con una voz tan suave que pensó que, si hubiera habido brisa, la más ligera, él no la habría escuchado siquiera.

Graeme se relajó un poco, lo bastante como para que ella sintiera que su peso descansaba ligeramente sobre su espalda.

—El agua es buena y abundante, no se deje engañar por el caudal. Llega desde las montañas y nunca se seca. Y los pastos no están lejos. Son buenos y abundantes. También hay caza y no estaríamos demasiado lejos, un par de horas a caballo o menos, si va al trote. Le hablé de un lugar que había pensado para usted hace tiempo y usted me prometió pensarlo, pero no hemos vuelto a hablar de ello. Pensé que pasaríamos cerca de camino a la ciudad y que podría ver este lugar. —Graeme se detuvo unos segundos, como si esperase una respuesta, pero Kate no dijo nada, así que siguió hablando con voz atropellada—. La tierra está sin adjudicar. Podría solicitarla en la oficina de registro de Cheyenne, si lo desea. Si no tiene el dinero suficiente, yo podría prestárselo.

Él hablaba rápido y su acento escocés, casi imperceptible muchos días, se iba haciendo más y más profundo a medida que hablaba.

Kate pensó la posibilidad de tener aquello. En ver a su hija creciendo allí. Cerró los ojos, incapaz de decir nada.

Casi sin darse cuenta, asintió con la cabeza.

Notó que él suspiraba, aunque tampoco habló.

Apenas tuvo tiempo de volver a echarle un vistazo a la tierra antes de que él diera media vuelta para regresar junto a los demás.

Graeme pensó que se sentiría más tranquilo cuando Kate diera el visto bueno a la tierra, pero no había sido así. Mientras cabalgaban de regreso con el resto del grupo, se dijo que era absurdo creer que ese lugar no era lo bastante bueno para la señora Kelly y la niña.

Estaba demasiado lejos de cualquier vecino. Si les ocurriera algo, si caían enfermas o tenían un accidente, nadie podría socorrerlas a tiempo.

Sin embargo, era ella la que debía elegir.

Inspiró hondo y le llegó el leve aroma del jabón de Anne, aunque en Kate olía distinto, más herbal, con una mezcla de mantequilla y harina. Era delicioso y a la vez excitante.

Hacía mucho tiempo que no olía nada semejante y sintió que la sangre le corría un poco más deprisa por las venas.

–A Jack le encantará.

Graeme se sorprendió al escucharla hablar. No había hecho ningún comentario al ver la tierra, y ni siquiera en ese momento hablaba de sus sentimientos. Su hija era lo primero para ella.

–Estoy seguro de ello –respondió.

Kate colocó una mano sobre las suyas y la apretó ligeramente. Nunca lo había tocado como no fuera para darle algo o por accidente y Graeme irguió la espalda, sin saber muy bien cómo reaccionar.

Le dio una palmadita torpe y se sintió muy estúpido porque, de haber seguido sus impulsos, la habría besado.

Ese pensamiento se cruzó por su mente como un relámpago.

Kate estaba ahí, a apenas unos centímetros de su cuerpo y, al menos por el momento, no se iba a alejar. La rodeaba con los brazos y ella se recostaba contra su cuerpo con una confianza suprema. Y a él solo se le ocurría que deseaba besarla. Si supiera en lo que estaba pensando, probablemente lo lanzaría del caballo de un empujón.

XIX

Kate se dio cuenta de la cantidad de gente que eran cuando la caravana se detuvo para comer.

Un enorme grupo, bullicioso y alegre, formado por gente de todas las edades y diversas procedencias, junto a un riachuelo, como un coro de Babel, trabajando y riendo, compartiendo viandas, bebida y buscando leña.

Mujeres, hombres, niños, ancianos. A algunos los conocía, porque vivían cerca de la propiedad del señor Murray o incluso trabajaban para él, pero a otros no los había visto jamás, así que suponía que vivían más alejados y aprovechaban para unirse a la caravana y viajar más seguros hasta Cheyenne. Hacía tiempo que no había ataques de indios en la zona, y que hasta los mormones se habían instalado cerca de allí, pero nunca se sabía si podía ocurrir algo. Aunque se suponía que con el ferrocarril había llegado la civilización a esa región y se esperaba que llegara el progreso hasta el último rincón de aquellas tierras, no podían evitar sentirse más seguros de ese modo.

Si afinaba el oído, podía discernir las diversas lenguas y acentos con los que hablaban entre ellos. Estaban los Heller, que hablaban en alemán, pero también había una pareja que suponía que hablaban en francés, y también una mujer india acompañando a un matrimonio de ancianos. Había ingleses, y estaba Graeme, que era escocés, y personas de diversos estados. El resultado era una cacofonía deliciosa, similar a la que se escuchaba en el campamento de los trabajadores del ferrocarril. Por más extraño que pudiera parecer, tenía la sensación de que nadie había nacido en ese país, y

le parecía fascinante que todas esas personas se hubieran reunido allí para trabajar juntos.

Era agradable formar parte de aquello, que le ofrecieran un dulce o un poco de guiso y que ella hiciera lo mismo, a su vez. Era maravilloso compartir las tareas entre todos. La hacía sentirse parte de algo por primera vez desde niña.

Supuso que el secreto de la supervivencia en un lugar que hace muy poco era poco más que rocas y arena estaba en olvidar que eran todos distintos pero que, a la vez, formaban parte de un todo. En el fondo, solo unidos podían salir adelante en una región inhóspita donde el peligro estaba a flor de piel, por muy hermosa que fuera.

—He estado pensando que estamos a tiempo de buscar otro lugar, si lo prefiere. No hace falta que nos precipitemos.

Kate apretó la taza de café de peltre con ambas manos. Estaba muy caliente, pero no le importó. El viento había arreciado y las nubes corrían raudas por encima de sus cabezas. Todo el mundo decía que no iba a llover, pero ella no conocía todavía lo bastante bien el clima como para estar tan segura de ello. Hacía poco que se habían detenido, pero a su alrededor había gente que parecía sentirse como en su hogar y habían montado pequeños campamentos por doquier. Solo ella parecía sentirse inútil y no sabía muy bien qué hacer, aunque se esforzaba por ayudar en todo lo que podía.

Graeme traía un trozo de lo que parecía tarta de manzana en la mano y el relleno se caería en cualquier momento si no se lo comía o lo sostenía mejor. Sin embargo, él parecía demasiado distraído como para darse cuenta de ello, así que Kate dejó la taza de café en el suelo, se sacó el pañuelo limpio del bolsillo y envolvió la tarta para que no se desperdiciase.

Él se sonrojó y tomó el paquete de entre sus manos como si fuera algo precioso.

—Helga me mataría si dejase caer al suelo su tarta.

Kate pensó que exageraba, así que rio.

—Es una suerte que hayamos evitado esa pérdida —respondió con un guiño divertido—. La tarta de Helga es un tesoro nacional, o debería serlo.

Graeme gruñó, como si considerase un insulto que le preocupase más la tarta que su propia vida, pero luego se relajó y pasó el peso de un pie al otro. Teniendo en cuenta su tamaño y su fortaleza, era un hombre sorprendentemente tímido.

No habían vuelto a hablar desde que habían regresado al campamento. Y tampoco es que hubieran hablado demasiado en el trayecto.

Era extraño, porque el señor Murray jamás se había mostrado tímido con ella desde que lo había conocido. Lo había notado incómodo tras ella sobre la montura, pero pensó que era porque ella no montaba bien. Tenía que sostenerla para que no se cayera y, además, estar pendiente del terreno. Mientras tanto, ella pensaba en que, así, tan cerca, era todavía más grande. Su cuerpo era confortable y cálido. La idea de olvidarse de todo y seguir con él para siempre, como había dicho Helga, era tan apetecible cuando lo sentía así…

Sin embargo, él no se lo había pedido y ella no iba a renunciar a sus planes solo porque su jefe fuera un hombre grande y guapo. No podía pensar solo en ella, sino en Jack. La atracción por el señor Murray podía ser pasajera, mientras que la tierra siempre seguiría permanente y fiel.

Su sueño estaba ahí, casi alcance de la mano, fuera en ese pequeño rincón o en otro.

—No quiero que parezca que la presiono, Kate. Otto y yo pensamos que esa tierra podía ser apropiada para usted, pero si no le gusta, podemos esperar. Dios sabe que no quiero que se vaya.

Kate no pudo evitar dejar escapar un pequeño suspiro. Notó una ligera presión en el pecho, pero se dijo que solo se trataba de alivio por saber que el señor Murray no la echaría por su incompetencia.

Él no la miraba, sino que tenía la mirada clavada en el trozo de tarta envuelto en su pañuelo. El relleno había empañado su pañuelo y muy pronto sería incomible, pero él no parecía darse cuenta.

—Supongo que sabe, señor mío, que, aunque apalabrase esa tierra hoy mismo, no podría irme, a no ser que quiera dormir sobre la tierra. Aunque Sweet Joe nos legara su vieja piel de oso, no sería posible hacerlo todavía. Además, no sería justo ni para mí ni para Jack. Hay cosas que quiero para ella, y no estoy preparada para irme, aunque quisiera. Así que creo que tendrá usted que soportarnos todavía durante un tiempo.

—Bien. Eso está bien —murmuró él, con un carraspeo nervioso.

Kate le rozó la mano.

—Tendrá usted tiempo de buscar a otra ama de llaves. Y yo podré ayudarlo a encontrar a una buena mujer si se siente mejor así, ¿qué le parece?

Él levantó la mirada durante apenas unas décimas de segundo y al fin sonrió.

—Claro. Ahora que me he acostumbrado a tenerlas zascandileando por la casa, supongo que no puedo prescindir de ello. Tendré tiempo de ir haciéndome a la idea.

Se alejó de ella tras dedicarle una sonrisa tímida y llevarse la mano al sombrero.

Kate lo vio acercarse a Otto y las Heller.

Vio cómo Deborah le quitaba la tarta envuelta en el pañuelo de la mano y le servía un nuevo trozo en un delicado plato de porcelana, totalmente incongruente con el ambiente, acompañado de un tenedor tan diminuto que en la mano de Graeme resultaba ridículo.

La chica, a la que jamás había visto sonreír ni un gesto amable, era como una abeja, dando vueltas alrededor del jefe de su padre, solícita y amorosa. Entonces comprendió Kate por qué no la soportaba. Por algún motivo absurdo, debía de pensar que era una rival.

Volvió a coger la taza de café del suelo y la abrazó con las manos heladas.

Se preguntó si Helga y Otto sabían lo que Deborah sentía por el señor Murray, aunque lo dudaba. Y, en el caso de saberlo, tampoco sabía cómo reaccionarían. Graeme era un buen partido y ella una

joven hermosa que lo miraba con ojos tiernos. Algunos considerarían que estaba en edad casadera. Si el señor Murray sintiera lo mismo por ella, no pocos padres se sentirían encantados ante la perspectiva de un matrimonio tan provechoso.

Después de comer, todo el campamento se puso en marcha con una celeridad sorprendente. Querían avanzar la máxima distancia posible por si el viento traía la nieve, aunque nadie se ponía de acuerdo en si esa noche descenderían tanto las temperaturas como para que nevase o no.

Al final, el viento se calmó y el cielo se despejó, así que los ánimos se calmaron.

Algunos de los hombres se separaron del grupo para buscar algo de caza para la cena y los demás aprovecharon las horas de luz restantes para avanzar todo lo posible y poder llegar a Cheyenne al día siguiente.

A esas alturas, por suerte, Jack ya se había cansado de arrancar sonidos horrendos a la gaita del señor Murray y el instrumento yacía, abandonado como una bolsa vieja de tela de cuadros, en un rincón de la carreta. La niña, aburrida, dormía casi todo el rato, agotada por el traqueteo.

Kate notaba dolor en todos los músculos del cuerpo, incluso en algunos de los que no conocía su existencia. Era una suerte que su herida ya se hubiera curado, porque se habría resentido con el movimiento. No recordaba que viajar en carreta fuera tan duro. Claro que su último viaje lo había pasado tumbada y dormida en la parte trasera, como ahora su hija, gracias al señor Murray.

En esta ocasión no tenía tanta suerte. Tenía que estar pendiente del tiro, de mantener la distancia, de no perder el camino, de alternarse en la conducción de la carreta con la señora Heller, de no dejar que la mente se le distrajera con planes de futuro u otras tonterías, como el porte de Graeme a caballo y lo bien que le sentaría una buena taza de café.

Ah, y en lo a gusto que estaría metida en la bañera, llena de agua caliente hasta la barbilla, quitándose todo ese polvo molesto.

—Cuando una lee sobre aventuras, nunca dicen lo sucio que es, verdad, ¿querida?

La señora Heller había empapado un pañuelo con agua de colonia y se lo estaba pasando por la frente y las muñecas, dejando unos regueros de piel blanca y limpia entre la suciedad que hicieron que Kate riera a carcajadas.

Helga la miró con aire ofendido y se guardó para ella tanto su colonia como su pañuelo.

—¿Te ha lamido un becerro, mujer?

Helga se giró hacia su marido, que la miraba con los ojos abiertos de par en par, como si no comprendiera lo que le había ocurrido para presentar semejante aspecto.

—Os creéis todos muy graciosos —rezongó ella, empezando a pasarse el pañuelo húmedo por todo el rastro, sin conseguir otra cosa que empeorar el asunto.

Otto rodeó la carroza y le quitó el pañuelo de la mano para empezar a limpiarle el rostro con delicadeza mientras le susurraba algo que Kate no comprendía.

Helga no se ablandó al instante, pero sí acabó haciéndolo al cabo de un par de minutos, hasta que volvió a sonreír.

—No creo que tardemos mucho en detenernos. Ya casi es noche cerrada.

Kate se había preguntado cuándo lo harían. Hacía rato que le costaba distinguir el camino y estaba convencida de que le sería imposible continuar si no fuera porque seguía el rastro de otra carreta. Además, estaba agotada y tenía ganas de estirar las piernas. Le dolía tanto el trasero que tenía ganas de gritar.

—¿Ha estado usted alguna vez en una fiesta de campamento, señora Kelly?

Kate no podía decirle a Otto que lo último que le apetecía en ese momento era una fiesta.

Tenía sueño, le dolía todo el cuerpo y también tenía mucha hambre. Tanta, que se comería cualquier cosa que hubiera disponible, aunque estuviera cruda.

Sabía que habría todavía mucho trabajo hasta que pudieran irse a descansar, y que tendría que colaborar cocinando y en las preparaciones, como todo el mundo.

—Ya verás, Kate. No has visto algo tan divertido en toda tu vida.

Kate asintió, aunque la idea de irse pronto a dormir le parecía cada vez más lejana.

Un silbido, repetido por otros, levantó un murmullo a lo largo de la fila de carretas y caballos.

—¡Es la señal! Hora de parar, señora Kelly.

Kate pensó que jamás había sido tan feliz de detenerse a descansar, aunque fuera en mitad de la penumbra, rodeada de extraños. Le dolían tanto las muñecas y las manos de sujetar las riendas que apenas podía moverlas.

Se quedó un momento al pescante, sin saber muy bien qué hacer.

A su alrededor, por increíble que pareciera, el resto ya había empezado a montar el campamento.

Hogueras, pucheros hirviendo y alguna tienda de campaña habían aparecido en muy poco tiempo. Algunos habían desaparecido en busca de leña y agua y también habían regresado los que habían ido a cazar con buenas presas.

—¡Eh, Billy Joe! Tócanos algo, muchacho.

Un violín algo desafinado, pero alegre como pocos, desgarró el claro con una tonada que animó a todos a trabajar.

Incluso Kate sintió el influjo de la música y consiguió bajar de la carreta. Se asomó para contemplar a Jack, que seguía durmiendo en la parte trasera, abrazada a la gaita del señor Murray, y no se había inmutado por el jaleo. Se unió a uno de los grupos de trabajo para preparar la cena. Muy pronto olvidó el cansancio y era una más entre la animada charla.

Mientras los hombres limpiaban las piezas de caza y aseguraban el campamento, las mujeres trocearon verduras, patatas y llenaron pucheros de agua para preparar sabrosos guisos.

Kate contempló cómo algunos excavaban hoyos cerca de las hogueras y enterraban ollas de hierro y luego las llenaban con carne,

agua, verduras, hierbas aromáticas y sal. Siguiendo instrucciones de Helga, después los ayudó a taparlos con piedras y cenizas.

—Por la mañana tendremos la comida lista y apenas sin esfuerzo —dijo el señor Murray, que apareció de entre la muchedumbre tarareando una de sus tonadas escocesas con su voz profunda.

Graeme llevaba una brazada de leños entre los brazos y los dejó caer junto al fuego antes de inclinarse para servirse una taza de café caliente.

Su aspecto no tenía nada que ver con el del caballero atildado y bien peinado al que había conocido en el hotel Arlington, en Denver. Desde entonces, tanto la barba como el cabello le habían crecido y la ropa que vestía era mucho más recia. También se movía de un modo distinto y, en cierto modo, más libre.

A pesar del largo camino, se lo veía relajado y feliz. No podía imaginárselo allá, en su vieja ciudad, rodeado de papeles, arreglando asuntos ajenos en un juzgado.

Miró a su alrededor y suspiró.

La noche había caído hacía rato. En casa del señor Murray ya habría terminado de recoger la cocina y lo más probable es que estuvieran leyendo junto al fuego, Jack estuviera dormida ya y los dos empezaran a cabecear sobre sus libros.

—Si está cansada, puede retirarse. Comprendo que viajar en carreta puede ser duro cuando no se está acostumbrado.

Kate sacudió la cabeza y sonrió.

—No, es solo que, igual le parezco un poco ridícula, pero que echaré de menos su chimenea y sus libros cuando… —se calló y lo miró.

Graeme estaba de espaldas al fuego y no podía ver su expresión, pero no se movió al escuchar sus palabras.

—Usted también tendrá su propia chimenea. Y sus libros de aventuras.

Kate apenas escuchó su voz, oculta tras la taza de peltre. Estaba convencida de que no bebía, sino que solo la usaba para ocultar todavía más su expresión.

—Sí —respondió, con el tono más neutro posible—. Pero, en el caso de que me quede esas tierras, todavía faltaría tiempo para construir la casa y hacerla habitable. No podría creerse lo exigentes que somos Jack y yo. No nos conformamos con cualquier cosa.

Él rio al fin.

—¡Oh, me lo creo! Nos aseguraremos de que tengan ustedes lo mejor. Sí, señor. ¿Cómo dijo? Con rosas, patatas. Y libros, por supuesto. Todo lo que necesiten. No se marcharán hasta que tengan todo eso.

—Estoy segura de que lo lograremos.

Kate no pudo evitar sonreír, y lo hizo todavía más cuando él dejó la taza y escapó, incapaz de decir nada.

XX

—¿Le ha gustado la tierra a tu mujer?

Graeme gruñó y siguió revolviendo los rescoldos, aunque la fogata estaba más que alimentada y lo único que estaba consiguiendo era levantar chispas y que Helga lo mirase con el ceño fruncido y refunfuñase en alemán.

Otto, sin embargo, no podía dejar de reírse para sí y de bromear.

Debería haberlo sabido antes de acercarse a la carreta de los Heller con esa expresión de toro embravecido. Lo conocían bien y desde hacía años, sabrían al instante que algo le ocurría.

Lo malo era que él mismo no comprendía lo que lo rondaba. O sí, pero no quería dejarse arrastrar por sus sentimientos.

No era un chiquillo y reconocía la lujuria y el deseo.

Hacía dos años que Anne había muerto y que no tenía a otra mujer. Kate era atractiva y agradable, y tenía aquella sonrisa que lo ponía tan nervioso. También le gustaban los libros y charlar sobre ellos, aunque tuvieran gustos distintos. A los dos les encantaba contemplar el paisaje desde el porche o desde la ventana al anochecer, después de cenar, con una taza de café en la mano, aunque el viento fuera demasiado frío. Amaba esas tierras y se notaba, y también a su hija. Esa chiquilla había traído una alegría a su vida que jamás habría esperado.

No iba a negar a esas alturas que había deseado tocarla, besarla y algo más. Algunas noches se había acostado a una hora indecentemente temprana, aunque no estaba cansado, solo para no ceder a la tentación. Sin embargo, la escuchaba hablar con Jack a solo unos metros de distancia y era imposible ignorar sus risas y lo mucho que le gustaría unirse a ellas.

Y era peor cuando escuchaba el agua de la bañera mientras chapoteaba en su interior.

Trataba de recordar la voz de su madre diciéndole que era un caballero. Pero era complicado ignorar que Kate estaba desnuda en su bañera y que solo los separaba una pared.

En esas ocasiones aferraba las mantas o el libro que tuviera en su mesilla de noche y se obligaba a concentrarse en cualquier cosa que no fuera el agua caliente y aromática corriendo por su piel blanca y su pelo claro rozando sus hombros y su espalda.

Había intentado mantener las conversaciones en planos neutros como las provisiones para la casa o la poesía, que a ella no le agradaba porque no comprendía la mayoría de las metáforas. Siempre decía que prefería las novelas de aventuras porque le parecían sencillas. Sin embargo, era una apasionada de una buena historia de intriga, de las novelitas que narraban las vidas de criminales del oeste como si fueran héroes, o la cría de ganado, algo en lo que ella había mostrado un interés inusual.

—Piense que en un tiempo no demasiado lejano eso será también mi día a día.

Graeme se había reído al principio, pero lo que había comenzado como una broma había resultado ser una forma de descargarse de parte del trabajo diario y echaba de menos sus charlas cuando ella se acostaba pronto por culpa del cansancio.

Habían pasado muchas veladas compartiendo una taza de café con los restos de un bizcocho o una tarta, después de bañar y acostar a la niña. En ocasiones Kate aprovechaba para compartir la bañera y él no podía evitar distraerse al ver cómo su cabello rubio oscuro se iba ondulando al secarse al calor del fuego. Ella sacaba de uno de sus bolsillos una botellita de aceite y echaba unas gotas en la mano y después se la frotaba contra la otra. A Graeme le llegaba un aroma a flores y hierbas que no podía identificar del todo, pero que le parecía más sensual que el más exótico de los perfumes. Después, sin grandes aspavientos, se lo esparcía por el cabello.

—Lo usaba mi mamá —le había dicho un día—. Es aceite de oliva con pétalos de rosa, romero y jazmín. Me recuerda a ella.

Graeme había asentido, aunque no era necesario decir nada.

Kate le había hablado de su madre y de cómo la había perdido, así que el hecho de que mantuviera ese ritual para recordarla le pareció tierno y le dio ganas de abrazarla, aunque se contuvo.

Al contrario que Anne, Kate no ponía apenas cuidado en su aspecto, pero no había sido necesario para llamar su atención. Quizá por eso le había pillado por sorpresa el hecho de sentirse traicionado por el hecho de que ella quisiera irse de verdad. Era cierto que se lo había dicho cuando se habían conocido, pero había pensado que… Bien… Era tan estúpido como para admitir que había pensado que Kate querría quedarse después de ver su casa, su rancho, de conocerlo bien. ¿Cómo iba a encontrar a otra mujer como ella, que parecía olvidar su lugar y no dudaba en llevarle la contraria, hablar de política, derechos femeninos o de las condiciones penosas en las que vivían los trabajadores en las fábricas, olvidando el hecho de que se suponía que una mujer jamás debería hablar de esas cosas con su jefe, y menos con los ojos brillantes y las mejillas coloradas por la pasión?

Graeme tenía que obligarse cada día a recordar que su plan de vida, si es que tenía alguno en el que hubiera alguna mujer de por medio, no incluía a Kate y a su hija. O más bien, los planes de ella no lo incluían a él, y se lo había dejado muy claro desde el momento en que se habían conocido.

—Creo que todavía se lo está pensando, pero le ha gustado el lugar.

No se dio cuenta del tono en el que había dicho aquellas palabras hasta que Otto le dio una palmada en el hombro que amenazó con tirarlo.

—Y a ti te ha roto el corazón al decirte que se quiere ir, ¿verdad, muchacho?

Graeme gruñó otra vez.

¿Muchacho? ¿Con quién se pensaba Otto que estaba hablando?

No era ningún niño enamorado.

Era un hombre de treinta y tres años, viudo, dueño de su propia tierra, su propio ganado y de su propia vida. Hacía mucho tiempo que sabía lo que deseaba, y no iba a consentir que un idiota alemán con no más de diez años más que él lo mangoneara como si fuera su padre y se riera de él.

De pronto sintió una mano pequeña y fría contra la suya.

—Cuando esa irlandesa horrible y su cría se larguen yo seré tu ama de llaves, Graeme. Te cuidaré tan bien que no querrás que me vaya jamás de tu lado.

Miró a Deborah, que había apoyado la cabeza contra su pecho. Ni siquiera se había dado cuenta de que la chica andaba por allí, aunque debía de haberlo supuesto, porque siempre andaba cerca, dispuesta a hacer que se sintiera a gusto.

Le dio una palmada cariñosa en la cabeza. Había visto crecer a esa niña desde la llegada de sus padres allí hacía unos años y la había sentido enredarse entre sus piernas como un cachorrillo, como si fuera incapaz de mantenerse alejada. Cuando no le estaba leyendo un poema, le estaba preparando un pastel especial que sabía que le gustaba, u ofreciéndose a recortarle el cabello demasiado largo. Su padre la había malcriado como hija única que era y tenía la mala costumbre de pensar que podía salirse con la suya siempre que lo deseaba.

Inexplicablemente, Anne había sentido una enorme antipatía por Deborah, porque decía que era malévola y que, cuando él no estaba, la trataba con desprecio. Sin embargo, cuando murió, nadie había llorado más que esa niña. Fue casi como si algo se hubiera desgarrado en su interior. Su emoción había sido tan intensa que su madre se había preocupado y había llamado al doctor, que la había mantenido en reposo durante semanas, aunque, según él, todo su malestar era debido a las emociones exaltadas de la juventud.

Había notado que también con Kate su trato era tirante, pero suponía que era porque estaba acostumbrada a tener el amor de su madre solo para ella y no quería que otra mujer se lo disputara. Además, con Jack Kelly allí, ya no era la única niña mimada de la

casa. De hecho, se dijo, mirándola de reojo, en muy poco tiempo Deborah dejaría de ser una niña.

—Jamás podría tenerte sirviendo en mi casa, Deb Heller. Tú naciste para ser una reina —le dijo, acariciándole la mejilla con afecto.

—O una esposa —replicó ella, rápida como la picadura de una serpiente y los ojos azules brillantes a la luz del fuego.

—Claro. Un día verás a un chico guapo como el sol y no tendrá otro remedio que rendirse a tus encantos.

Ella se apartó un poco y lo miró con los labios apretados.

Se parecía a su madre, pero le faltaba la dulzura y la alegría de Helga, lo que hacía que su belleza no conmoviera como la suya. Su cabello rubio, siempre brillante y bien peinado, era como el de una muñeca, y sus labios fruncidos le otorgaban un aspecto de perpetuo enfurruñamiento. Graeme siempre se había dicho que no hacían mal al consentirla tanto, pero tal vez se equivocaba.

—¿Y quién quiere a un chico cuando puede tener a un hombre?

—¡Deborah! Deja en paz a Graeme y haz algo útil.

Graeme pudo ver el fastidio en el rostro de la jovencita, pero ella no osó protestar antes de dejarlo. Sin embargo, para su sorpresa, se inclinó hacia él y lo besó en los labios, sin que le importase que todo el mundo lo viera.

La sensación, lejos de ser excitante, resultó extraña e incómoda. Los labios de Deb, duros e inexpertos, chocaron con los suyos sin ningún tipo de pasión, como en una especie de desafío, mientras sus manos lo tomaban del cabello para sostenerse. Juraría que, en los breves instantes en que duró el beso, le arrancó algún mechón.

Antes de poder reaccionar de algún modo, ella se apartó y lo miró con aire triunfante, siseando entre los labios y jadeando. Sus mejillas estaban tan rojas como si tuviera fiebre. Todavía sujetaba su cabeza entre sus manos, manteniendo el equilibrio en las puntas de los pies a duras penas a causa de la diferencia de altura, pero lo soltó de golpe al escuchar que algo se caía con estrépito tras ella.

Helga lanzó una exclamación que hizo que Graeme se avergonzara, temiendo haber provocado aquella situación. Si había pensado que el incidente había pasado desapercibido, estaba claro que no había sido así. Alzó la vista por encima de la cabeza de Deb, que todavía se apoyaba contra él, y miró a Otto y a Helga. Lo miraban con desconcierto y espanto, sin saber muy bien cómo reaccionar.

Él mismo no sabía qué hacer.

¿En qué momento había actuado de modo que la pequeña Deb había pensado que sentía algo por ella? ¿Había sonreído de más? ¿Había sido demasiado cariñoso?

Deborah era una niña todavía. No debía de tener más de dieciséis o diecisiete años. Él podía ser su padre, por Cristo Bendito. La había visto crecer. Era imposible que la viera como una mujer.

Miró a Otto, esperando una mirada de odio, e incluso desprecio, pero se topó con una de disculpa y hasta de vergüenza.

—No sabes cómo lo siento, Graeme. Entiende que solo es una niñita confundida. No sabe lo que hace.

Ante las palabras de su padre, Deborah bufó de rabia y salió corriendo hacia la carreta de los Heller. Su madre la siguió con una agilidad sorprendente.

Graeme se quedó allí parado, pensando que debería hacer algo, mirando a Otto, sin saber cómo explicarse, mientras trataba de ignorar las miradas curiosas de sus vecinos, que no se molestaban en fingir no haber visto nada de lo que había ocurrido.

Pensó que tal vez debería decir algo, aunque todo lo que le venía a la cabeza eran palabras absurdas y ridículas. ¿Qué le podía uno decir a un padre en una circunstancia semejante que no lo pusiera furioso?

Tras Otto, que seguía sin moverse pero que se encogía a cada instante, le llegaba el sermón de Helga y las protestas airadas de Deborah desde la carreta cubierta, aunque no comprendía una sola palabra. Se preguntaba otra vez si en algún momento le había dado pie a la jovencita con su actitud. ¿Había sido demasiado amable? ¿Había sido demasiado generoso con sus regalos? Y también recordó

las palabras de Anne. Quizás había intuido los sentimientos nacientes de la muchacha y de verdad había estado ciego.

—No quiero que pienses que yo jamás… No osaría… —empezó a decir, aunque no acertaba a explicar lo que sentía.

No quería ofender a Otto ni a su familia ni que pensaran que rechazaba a su hija por ser indigna de él. Conocía matrimonios de edades semejantes e incluso más dispares, sobre todo entre los mormones, que seguían practicando la poligamia allá en las montañas, aunque técnicamente estaba prohibida por la ley. En el fondo nadie se atrevía a meterse con sus costumbres, siempre y cuando no fueran demasiado visibles y siguieran poblando una tierra que lo necesitaba.

No dudaba que para los Heller sería un matrimonio beneficioso, y parecía que la niña sentía una ridícula fascinación por él, pero para él era casi como su hija. No quería que pareciera que se estaba aprovechando de ella.

Tras unos segundos de silencio, Otto lo tranquilizó con un suspiro de pesar.

—Hablaremos con ella y tendrá que comprender que las cosas no son como ella sueña. Ahora creo que será mejor que vuelvas con tu señora Kelly.

Graeme no protestó.

Le tendió la mano a Otto, aliviado al saber que aquella situación no había roto su amistad, y regresó junto a su carro arrastrando los pies.

Para cuando el señor Murray regresó, los rumores corrían por el campamento como la pólvora.

Pronto habría boda, si tenía que hacer caso a los cuchicheos.

Lo observó a la luz tenue del fuego, pero no vio especial alegría en su jefe. Aunque pensó que en los hombres esas cosas no eran como para ellas. A las mujeres las criaban con el objetivo de casarse, de tener hijos, de cuidar de sus casas, así que comprometerse era una victoria que celebrar. Para ellas un

compromiso, y más si era con un hombre de fortuna, como lo era el señor Murray, suponía dejar de preocuparse por el futuro para siempre.

Para ellos, en cambio, era poco más que un trámite. Y hasta una obligación para perpetuar un linaje.

El viejo Frank solo había asentido cuando ella había aceptado casarse con él, y eso que había pasado meses pidiéndoselo hasta que al fin había aceptado, cansada de verlo rondar por la casa de su padrastro y de mirarla fijamente con aquellos ojos cansados y tristes.

Cualquiera diría que al menos sonreiría, pero no lo había hecho. Se había limitado a asentir y a llevarse la mano al sombrero, como si una boda fuera, en efecto, algo que le ocurría todos los días.

Sí había sonreído el día de su boda, cuando todos lo habían felicitado por llevarse a una mujer tan joven y guapa, que le daría muy buenas noches y muchos hijos varones. Se había sentido orgulloso por su premio y por las felicitaciones de sus amigos y vecinos, y por la de su padrastro. Y, sobre todo, feliz por la envidia de los demás.

A ella nadie la había felicitado.

Sí, para ellas era muy distinto.

La joven Deb había tenido mucha suerte si lo que decían era cierto.

Se dijo que debería felicitar al señor Murray, pero no tenía ninguna gana de hacerlo.

A lo mejor era una mujer egoísta, pero no creía que la chica de los Heller fuera una buena esposa para el señor Murray.

¡Oh, sí! Había que estar ciega para no darse cuenta de cómo lo miraba, pero eso no quería decir que lo amara de verdad. No cabía duda de que era hermosa y cuidaba de sus vestidos y de sus zapatos. Llevaba siempre el pelo brillante y tenía los ojos azules más brillantes que hubiera visto jamás, pero todo eso era un mero envoltorio, lleno de paja. Puede que creyera que podía compararse con la anterior esposa del señor Murray, una auténtica dama, y que

incluso creyera que lo amaba de verdad, pero ni siquiera el amor verdadero la convertía a una en una buena esposa.

—¿Sigue durmiendo la niña?

Lo había visto venir, saludando a sus vecinos como si nada, haciendo caso omiso a los rumores a sus espaldas.

Graeme no era de esos a los que se les daba bien fingir y traía el rostro tenso y los labios apretados, como si tuviera ganas de maldecir, pero no se atreviera por temor a que pudieran escucharlo.

En el tiempo que hacía que lo conocía no lo había visto perder el control y eso habría resultado divertido si no supiera lo dañino que era aquello para el corazón de los hombres buenos. Los carcomía por dentro hasta destrozarlos. Ese hombre aparentaba ser siempre un caballero, calmado, educado, amable, pero por dentro quería rugir.

—Sí, no la voy a despertar —respondió, envolviéndose en el chal de lana que había llevado, con buen tino. A pesar de las fogatas, hacía frío y era probable que helara esa noche.

Graeme asintió y se inclinó sobre el conejo espetado que había puesto a asar nada más plantar el campamento para darle la vuelta.

—Voy a comprobar que está bien, si no le importa.

Kate asintió y lo vio asomarse a la parte trasera de la carreta. En la penumbra no podía verlo apenas, pero sí escuchó un susurro que no pudo comprender. Jack no respondió, así que supuso que su hija seguía dormida.

Al menos no podía dudarse que sería un buen padre cuando la joven Deb le diera hijos. Así podría compensar el amor que no había podido darle al bebé que había muerto al poco de nacer.

Había visto su pequeña tumba junto a la de su madre en la parte trasera de la casa, protegida por una cerca, a la sombra de unos arbustos. No la habría visto de no ser por Jack, que la había encontrado jugando con uno de los cachorros de la granja. Cerca de las lápidas había flores y era evidente que alguien se encargaba de cuidarlas con mucho cariño. Esa ubicación no había sido escogida al

azar. El señor Murray no quería que los animales y los elementos dañaran las tumbas.

Y del mismo modo cuidaba a Jack.

Mientras Graeme comprobaba que Jack estaba bien, una especie de silencio apacible se adueñó del campamento, solo roto por el ruido de los cubiertos que golpeaban el fondo de los platos y las escudillas y de las voces que pedían más raciones o que les pasaran el pan o la sal.

La cena estaba lista y por el momento se abandonaron los instrumentos, las charlas y las canciones. Y también se expandió la noticia de una posible boda entre el mayor ganadero de la zona y la joven hija de los Heller, como se expanden los rumores siempre.

Al regresar, después de comprobar que Jack dormía, Graeme comió sin saber, o quizás ignorando adrede, que era la comidilla de sus vecinos. Le extrañó, eso sí, que su ama de llaves no hablara a no ser que él le tirase de la lengua, aunque adujo su silencio al cansancio.

Al final Jack emergió la cabeza rubia entre las lonas y pidió comida como un cachorro hambriento. Devoró patatas, conejo y una buena porción de guiso, con el pelo desgreñado y los ojos todavía llenos de legañas, hablando sin parar de las aventuras que había vivido durante el día y las que le esperaban durante la jornada siguiente.

—¡Y conseguí tocar su gaita, señor gigante! Seguro que mañana podré llamar a los Campbell para que vengan a tomar el té con nosotros.

Graeme rio y no la sacó de su engaño.

—No cabe duda de que eres mejor gaitera que yo, señorita.

Pudo ver cómo Kate ponía los ojos en blanco, pero no decía nada. Bocado tras bocado, golpeaba el plato con fuerza con la cuchara y apartaba la vista de él, del fuego, y la fijaba en cualquier lado, evitando mirarlo. Ni siquiera fue consciente de que Jack se quedaba dormida contra ella nada más terminar de cenar.

—¿Está usted molesta por algo, señora Kelly? Si no le gusta la comida, puedo pedirle a Helga una porción de la suya. No sé cómo se las apaña esa mujer, pero siempre consigue preparar comida para un regimiento, vaya adonde vaya.

Kate dejó la comida a un lado y lo miró con una sonrisa que no le llegó a los ojos. A la luz del fuego su cabello parecía más cobrizo que rubio y sus ojos estaban un poco enrojecidos.

—Intentaré dejar la casa pronto, no se preocupe usted por eso. Y sea usted paciente con ella. Es joven y le costará adaptarse, se lo digo por experiencia… Pero, si eso es lo que usted quiere, seguro que serán muy felices. —Kate apartó la mirada y empezó a juguetear con el guiso, aunque era probable que ni se diera cuenta de lo que estaba haciendo—. Creo que incluso podría volver a Denver si…

No era consciente de que había dejado de hablar a mitad de una frase y que miraba hacia el fuego.

Graeme esperó a que dijera algo más, pero fue en vano.

Entonces, dejó el plato casi vacío, se acercó a ella y se agachó justo enfrente. Su sombra la tapaba por entero.

La cabeza de su hija, apoyada contra su muslo, contrastaba contra la tela oscura de su falda.

—Corríjame si me equivoco, querida señora Kelly. ¿Cree usted que voy a casarme? ¿Y con quién, si puede saberse?

Trató de no sonar demasiado burlón, porque ella parecía afectada de verdad. No quiso pensar que era por celos, porque la verdad era que Kate jamás había mostrado ningún signo de interés amoroso por él, pero su corazón latía de un modo que no había sentido en mucho mucho tiempo.

Kate no lo miraba. Ahora parecía avergonzada de haber hablado y fingía un nuevo interés por la comida, aunque no se llevaba ni un solo bocado a la boca.

Le quitó la cuchara y la escudilla de la mano y la obligó a mirarlo.

—Todo el campamento ha visto la escena entre usted y la joven Deb. Aunque a usted no le parezca más que una chiquillada o un

capricho, no es tan sencillo. No lo es para nosotras.

Ella se calló de pronto, como si pensara que había hablado demasiado o más bien como si pensara que él no lo fuera a comprender. De hecho, era así.

Deborah era una chica demasiado joven como para que Kate hablara de lo que había ocurrido como de una catástrofe.

Él se imaginó lo que debían de haber pensado sus vecinos: un hombre cortejando a la hija de su mejor empleado y hombre de confianza. De ahí a pensar que iban a casarse, solo había un paso. A sus ojos, de haber un villano en esa historia, ese era él. En todo caso, la muchacha no salía perjudicada en ningún aspecto.

Se dejó caer hacia atrás, hasta sentarse en la tierra, frente a ella, con los antebrazos apoyados en las rodillas.

Suspiró y se rascó la frente.

—Una situación extraña, cuando uno siente que no entiende nada de lo que está ocurriendo ante sus ojos, ¿verdad? —la miró desde abajo con una tenue sonrisa en los labios, como si supiera algo que ella sería incapaz de imaginar, por mucho que lo intentase—. Solo le diré una cosa, Kate: el día en que tenga ganas de casarme otra vez, usted será la primera en enterarse.

Kate frunció los labios, como si sospechara que le estaba tomando el pelo y esa sensación no le gustase en absoluto.

—Con que me avise con tiempo para irme será suficiente, señor Murray. Y en unos meses eso ni siquiera será necesario.

Graeme siguió sonriendo, aunque el tono en el que había pronunciado aquellas palabras no había sido agradable, precisamente.

La vio recoger a Jack y llevarla a la carreta para acostarla.

No volvió a ver a ninguna de las dos en toda la noche.

XXI

Querida Gertie,

Tal vez te sorprenda ver que esta carta te llega tan pronto desde la última vez, pero aprovecho que nos hemos acercado hasta Cheyenne para comprar suministros para el invierno para contarte las novedades.

¡No te puedes ni imaginar la caravana que formábamos todos los vecinos, casi como si fuéramos a colonizar toda una nueva tierra! Me imagino que algo así debían de sentir hace no mucho las familias de pioneros cuando viajaban desde las ciudades para empezar una nueva vida en el oeste, aunque salvando las distancias, porque esta vez nos alojaremos en un hotel con todas las comodidades.

Nos hemos sentido muy seguras en todo momento, porque aquí no hay indios salvajes y el mayor peligro es el dolor de trasero, conseguir algo de intimidad para hacer tus necesidades, el polvo, el cansancio y el aburrimiento.

Jack se lo ha pasado en grande, aunque ha llegado agotada a la ciudad. Como te imaginarás, ha aprovechado para comportarse como un potrillo salvaje y la he dejado, porque quiero que disfrute todo lo que pueda, por no hablar de que he estado de lo más ocupada aprendiendo a guiar una carreta y a guisar con todo lo que encontrábamos por el camino. Aquí las mujeres, y también algunos hombres, son auténticos artistas de la improvisación. No te puedes ni imaginar de lo que son capaces de hacer con un conejo, un palo y unas pocas hierbas silvestres.

¡Y Cheyenne! Esta ciudad es enorme y dicen que crecerá todavía mucho más a causa del ferrocarril, aunque ya hace un tiempo que acabaron de construir el tramo que pasa por aquí. El campamento

de los trabajadores ya fue levantado, pero algunos decidieron quedarse por las oportunidades que ofrece siempre una gran ciudad en crecimiento. Además, la Union Pacific tiene un enorme depósito para sus locomotoras y eso siempre ofrece puestos para los hombres dispuestos a trabajar.

Hace apenas dos años que se convirtió en la capital del estado, pero eso no es mucho decir en un lugar como este. Supongo que es una ciudad hermosa, pero todavía no he tenido tiempo de ver apenas nada. Dicen que hay teatros y más tabernas de las que cualquier persona decente podría visitar en los días de un mes. Almacenes, tiendas, peluquerías, y, creo, alguna iglesia. En definitiva, lugares de sobra donde meterse en problemas, si es que los buscas.

Espero tener la oportunidad de visitar alguno de todos esos lugares durante los días que permanezcamos aquí, pero, por lo pronto, apenas he tenido tiempo de pensar ni de probar el colchón del hotel en el que nos hemos instalado, porque, nada más llegar, mi jefe me dio un empujón y me dijo que tenía algo más importante que hacer que descansar. ¿Puedes creértelo?

No voy a negarte que me enfadé un poco, pero la verdad es que, por una vez, tenía razón, así que dejé al señor M encargado de la lista de provisiones, a Jack al cuidado de la señora Heller, y me dirigí bajo sus indicaciones, a la oficina de registros.

¡Sí, como lo oyes! Es posible que en unas horas me haya convertido en una pionera auténtica.

Supongo que, al menos en eso, puedo confiar en él, ya que en otras cosas no es como yo pensaba, aunque eso no tiene por qué ser malo, necesariamente. Digamos que un hombre puede ser de lo más listo en algo y un tonto redomado en verdades de la vida que para los demás son de lo más evidentes. Pues así es el señor M en cuanto al matrimonio…

Kate pensó que debería haber aceptado la taza de té y el trozo de tarta que le había ofrecido la señora Heller, pero reconocía para sí

que las últimas horas a su lado en la carreta habían sido de lo más incómodo.

Por algún motivo, Helga no hacía más que tratar de evitar hablar de lo que había ocurrido entre la joven Deb y el señor Murray, pero era como si, al hacerlo, el asunto se hiciera más y más grande a cada minuto. La situación era todavía más terrible cuando una notaba que el resto de la caravana murmuraba a su alrededor. Cuando Kate trataba de escuchar lo que decían, no acababa de comprender qué era lo que había ocurrido en realidad.

¿Había pedido su jefe matrimonio o no a la muchacha? Si tenía que hacer caso a lo que él había insinuado la noche anterior, aquellos rumores no eran ciertos. Sin embargo, cuanta más atención ponía a los rumores, más se convencía de que había ocurrido algo embarazoso entre ellos y que la boda era inevitable.

Además, Helga, que siempre se había mostrado tan abierta y sincera con ella, ahora era tirante y se quedaba callada, como si temiera hablar de más.

¿Acaso creía que se iba a interponer de algún modo a la boda? ¿Quién era ella para evitarla en el caso de que el señor Murray quisiera a esa chica como esposa?

Kate sintió deseos de decirle que no pasaba nada, que a ella le daba igual si el señor Murray se casaba, y que también le daba igual si no lo hacía. Era su jefe, y un hombre libre. Estaba en su derecho de hacer lo que le daba la gana y sin darle ninguna explicación. Era posible que pensara, eso sí, que esa chiquilla no era la esposa ideal para él, pero eso era distinto. En todo caso, no iba a decírselo a su madre.

Para cuando llegaron a Cheyenne los rumores de que la niña poco menos que se le había echado en brazos al señor Murray y que él la había rechazado habían llegado hasta ella y tal vez ese era el motivo de que Helga fuera incapaz de hablar con ella durante una hora y de hacerlo sin parar de pronto. Lo mismo le daba de memoria la receta del guiso de la noche anterior, cuyas sobras habían degustado esa mañana al amanecer, de pie junto a los restos de las hogueras, o de los bollos que se hacían allá en su tierra, con manzanas tan dulces y

sabrosas que eran inigualables, que clavaba la vista en las riendas, con los ojos azules fijos en los lomos de los caballos y los labios apretados.

Kate habría deseado decirle a Deb que no se acababa el mundo por el rechazo del señor Murray, que encontraría a otro hombre y que sería feliz, pero era incapaz de hacerlo, porque no sabía si era cierto. Al fin y al cabo, mirando su propia vida, ¿cómo podía asegurar algo semejante? De todas formas, tampoco estaba segura de ser bienvenida. No podía olvidar el desdén de la joven cada vez que las Heller visitaban la casa del señor Murray. Seguro que, de desear el consuelo de alguien por el rechazo de su jefe, no sería el suyo.

Pero tampoco quería que su amiga se sintiera avergonzada por el capricho amoroso de su hija. Era lógico que, de entre todos los hombres, Deb se hubiera fijado justo en el señor Murray. Era guapo, alto y fuerte. Además, era amable y la trataba con dulzura, casi como a una hija. Sin embargo ¿no trataba así a todo el mundo?

Al final, sin decir nada, le tomó la mano a Helga y se la apretó.

Helga debió de entender que era suficiente, sonrió y calló el resto del trayecto, salvo cuando le ofreció tomar algo antes de ir a la oficina del registro en Cheyenne.

En el pequeño hotel en la ciudad debían de conocerlos, porque los recibieron como si fueran de la familia. Mientras los hombres entraban el equipaje y se ocupaban de los animales, las mujeres se adueñaron de la cocina como si se encontraran de su propia casa.

La dueña, lejos de sentirse invadida, agradeció la ayuda. En esa época no eran los únicos que llegaban a la ciudad para comprar provisiones y para vender el ganado, así que el trabajo se multiplicaba, de modo que cualquier mano de más era bienvenida.

—¿Puedes hacerte cargo de la niña mientras acompaño a la señora Kelly al registro, Helga?

—¿No debería comer algo antes?

No había escuchado lo que había respondido el señor Murray. Había tanta gente en el salón del hotel que era incomprensible que él y Helga pudieran escucharse el uno al otro. Apenas habían dejado

el equipaje en las habitaciones y su jefe la había tomado del brazo diciéndole que tenían algo importante que hacer. Ni siquiera había tenido tiempo de protestar ni le había dado la oportunidad de decirle que, a lo mejor, no era el momento oportuno de dejar a Jack con las Heller.

De modo que, antes de darse cuenta, se había encontrado ante las puertas de un edificio sobrio y con aspecto imponente y porche de madera. La puerta estaba abierta y a un lado había un pequeño escritorio desde donde la miraba un hombre con cara de acelga.

—Deme la mano —le dijo el señor Murray de pronto.

No había hablado apenas hasta ese momento. En la ciudad, pese a su aspecto, su pelo demasiado largo y la barba, volvía a ser el hombre al que había conocido en Denver. Otra vez estaba allí esa formalidad que rozaba el ridículo, a pesar de su pinta de montañés. Estaba serio y no había ni rastro en él de la sonrisa burlona de la noche anterior.

No había escuchado su voz entre las de los que cantaban y charlaban junto a las hogueras. No sabía si se había acostado temprano como ella, pero de lo que sí estaba convencida era de que no comprendía por qué estaba tan molesta al retirarse. Al saber lo que había ocurrido con Deb, no podía culparlo por no entender lo que sentía la joven y por no darles importancia a los rumores de sus vecinos, pero no podía evitar sentirse decepcionada.

A pesar de eso, Kate le tendió la mano en un gesto mecánico, sin dudar ni un solo instante. Él le puso en la palma un papelito y un par de billetes de banco.

Ella se sonrojó sin poder evitarlo. Solo en ese momento se daba cuenta de que estaba ahí para registrar una tierra, pero que no tenía el dinero suficiente para hacerlo. Había ahorrado, pero no lo suficiente. 18 dólares. No era tanto, pero para una mujer pobre y sola con una niña era una pequeña fortuna. Y todavía tenía que conseguir construir una casa, crear una granja y ponerla en marcha en menos de cinco años, o lo perdería todo. Ese era el plazo que daba el gobierno para poner en funcionamiento las explotaciones de tierras que concedía a aquellos que las solicitaran.

¿Cómo iba a hacerlo?

¿Cómo, por Dios?

No se dio cuenta de que debía de haber pronunciado aquello en voz alta hasta que vio que él enarcaba una ceja.

—Mire, Kate, a mí me sobra el dinero, pero a usted le sobra el espíritu. Cuando llegué a este país, me habría gustado que hubiera alguien a mi lado dispuesto a enseñarme y a darme un empujón en la dirección correcta, porque me habría facilitado mucho las cosas. Déjeme hacer eso por usted. Adelante, mujer —añadió, dándole una palmadita torpe en el hombro—. Y ahora, obedezca sin rechistar por una vez. Entre ahí y entréguele a ese hombre lo que le acabo de dar. Son las coordenadas de las tierras que le enseñé ayer. Y no se preocupe de nada más. A partir de primavera, cuando podamos empezar a construir la casa, pensaremos en lo demás.

Se llevó la mano al ala del sombrero y la dejó allí sola, a las puertas del registro, como si todo fuera tan sencillo.

Tras cinco minutos de dudas, Kate escuchó un carraspeo desde el interior de la oficina. El señor con cara de acelga la miraba con poca curiosidad, atento a cada gesto y palabra.

—Queda media hora para la hora de la comida, señora —dijo, alzando la voz lo justo para que la escuchara—. Si va a entrar, adelante. De lo contrario, tendrá que esperar hasta la tarde o hasta mañana.

Kate subió los peldaños que la separaban de la puerta y sintió un golpe en el pecho cuando traspuso el umbral.

Dos pasos más y estaría hecho.

Sin embargo, pronto se dio cuenta de que ese tipo que no la miraba a la cara, sino a su ropa arrugada y sucia por el polvo del camino, era solo el secretario del agente del registro. Le tomó los datos, hizo un ruidito de desconfianza y enarcó una ceja cuando le hizo jurar que era viuda. Serlo era uno de los requisitos para poder optar a una de las adjudicaciones. Comprobó una y otra vez sus documentos, mirando de reojo la alianza de boda colocada en el dedo anular de la mano derecha. Después, con gesto ampuloso, sin sonreír en ningún momento, recogió y contó y recontó su dinero.

—Supongo que conoce las condiciones para el registro de una propiedad, señora Kelly. Y también que cualquier irregularidad será perseguida por las leyes federales. Si después de jurar que cumple todos los requisitos se demuestra que ha mentido, perderá los derechos a la propiedad e irá a prisión. Hay hombres que se dedican a comprobar que las leyes se cumplen, ¿sabe?

Kate podía sentir sus ojos acuosos sobre ella, tratando de leer cualquier ilegalidad que planeara cometer por anticipado.

Sin embargo, ella cumplía los requisitos: era la cabeza de su familia, viuda, y había pagado la cuota necesaria. Del resto, es decir, la obligación de construir una casa y una granja en el plazo de cinco años, el tiempo diría si era capaz de cumplirlos o no.

Cinco años eran mucho tiempo. O muy poco.

En ese momento, la cabeza le daba vueltas y era incapaz de asimilar lo que estaba ocurriendo.

Tras su interrogatorio, hecho con un tono de voz inmisericorde pero apática, dejó claro que se limitaba a cumplir un mero trámite y en realidad le daba igual. Sin embargo, Kate tenía la sensación de que su único objetivo era espantarla, aunque no hizo el menor gesto que le hiciera pensar que le molestase su actitud.

Después de indicarle que se sentara en una silla que crujió bajo su peso, el secretario guardó los documentos y el dinero en una caja fuerte, haciendo que la puerta y las ruedecillas metálicas sonaran tan ostensivamente como si fueran las mismísimas puertas de averno. Solo entonces se giró hacia ella y le dijo que el agente la recibiría.

No dijo cuándo, solo que la recibiría.

Tras decir aquello, se levantó y se fue a comer. La saludó con la cabeza, se puso el sombrero y cerró la puerta con llave tras él. La dejó sola en la oficina de registros, sentada en una silla de madera que se bamboleaba al más mínimo movimiento, incómoda, nerviosa y hambrienta.

No sabía qué era peor, no haber hecho nada o quedarse a medias y sin ninguna opción de escapar de allí.

Cerró los ojos y llevó la cabeza hacia atrás hasta dar con la pared de madera. Al hacerlo, se dio cuenta de que todavía llevaba el sombrerito de paja. Se lo quitó y lo miró. Se dijo que quizás, si tenía tiempo en esos días, podía comprar uno nuevo a juego con sus vestidos nuevos.

—Por Dios que acabaré odiando las aventuras —murmuró, tirando de una de las hebras de paja que sobresalían del borde.

—Entonces, ha venido usted al sitio equivocado, señora mía.

Kate abrió los ojos y se topó con un hombre sonriente, bajito y atildado. Llevaba un traje a cuadros de lo más estrambótico y unos anteojos sujetos a la nariz en precario equilibrio. El pelo, pegado al cráneo con una especie de fijador grasiento, dejaba ver calvas mal disimuladas.

A su lado, Kate parecía recién salida de un estercolero. Pensó que apenas se había lavado la cara y las manos al llegar al hotel y que, con las prisas, ni siquiera se había cambiado el vestido para acudir allí. El señor Murray la había arrastrado al registro sin darle tiempo a pensar.

Se levantó y empezó a pasarse las manos por la falda arrugada.

—No se preocupe por eso, mujer, y vayamos a lo interesante. Pase, pase… Y dígame si puedo ofrecerle algo para beber o comer.

El que Kate supuso que era el agente del registro resultó ser un cotilla de primera, deseoso de conocer las historias de todos y cada uno de los pioneros que llegaban a aquella tierra. Según él, aquel trabajo solo tenía un aliciente, y era ese, el de poder absorber las vidas de los demás.

—Imagínese estar todo el día detrás de este escritorio, señora mía, firmando documentos y sellando escrituras. Pero ustedes… ¡Ustedes! Ustedes viven de verdad, y atesoran historias. Y a mí me encanta escucharlas. ¡Pero coma, querida, y cuénteme! —Le había servido un bocadillo de carne fría y una taza de café de una abundante bandeja y la miraba con algo que cualquiera calificaría de avaricia.

Mientras masticaba, Kate comprendió lo que el agente sentía, porque se reconocía en él. No quiso decirle que ella había tenido la

valentía de vivir lo que había soñado mientras que él solo vivía por medio de los demás.

Le contó su experiencia, sus sueños de poseer su propia casa para ella y su hija, y lo vio sonreír, repanchingado en su silla, feliz de seguir así.

Pensó que tal vez para él aquello era suficiente. Y si él era feliz así, quién era ella para cuestionarlo. Además, a juzgar por su satisfacción infantil al escucharla, estaba claro que debía ser así.

Si lo pensaba, era parecido a lo que ella sentía cuando leía sus novelas de aventuras, allá en Denver, bajo la manta, a la luz de las lámparas de gas, segura y lejos de los lobos y los indios, sabiendo que su cabellera no estaría en riesgo jamás, o que ni ella ni Jack serían vendidas como esclavas por unos piratas malvados.

El agente de registro vivía por medio de los demás y le bastaba con eso. Al despedirse de él, después de poner a su nombre la parcela que Graeme le había enseñado, sintió que el entusiasmo de ese hombre era tan auténtico como el de los hombres y mujeres que cruzaban su umbral para registrar sus tierras.

Cuando salió de la oficina, con su propiedad registrada, se sintió un poco mareada por la emoción. Se plantó en medio de la calle, miró al cielo e inspiró, sin importarle que la gente chocara con ella y que algunos la mirasen como si creyeran que se había vuelto loca.

Cheyenne no olía como Denver y desde luego tampoco olía como las montañas, pero necesitaba inspirar muy hondo para no ponerse a gritar de alegría.

XXII

Cada vez que pisaba una ciudad Graeme trataba de convencerse de que no echaba de menos todo aquello. El ruido, el ajetreo, las comodidades, la gente…

Y también cada vez que volvía a Cheyenne, aunque solo transcurrían unos meses entre cada visita, encontraba la ciudad más grande y parecida a las grandes ciudades del este. Por supuesto, jamás sería una de las viejas urbes como Boston o Nueva York, pero los recién llegados ya no se limitaban a construir chamizos donde dejar su ganado y pasar unas semanas antes de decidir si instalarse o seguir su camino. Ya había varios edificios de piedra que imitaban los estilos en boga en todo el mundo, con fachadas neoclásicas calcadas a las que podrían encontrarse en el mismísimo Londres. A veces tenía la sensación de que llegaría un momento en que daría igual en qué lugar del mundo se encontrara, porque apenas podría distinguir una ciudad de otra.

Los hoteles ya no tenían una sola categoría ni eran poco más que burdeles y salones de juego encubiertos para los trabajadores de los ferrocarriles donde uno se arriesgaba a perder la vida en una pelea. Cada día era más habitual encontrarse con familias llegaban para asentarse en lugar de usarla como mero lugar de paso camino a otros lugares más prósperos.

—¿Un apurado completo?

Graeme miró su reflejo en el espejo y dudó unos instantes ante la pregunta del barbero.

Parte de su melena oscura había desaparecido bajo sus tijeras y el impaciente hombre vestido con una chaquetilla manchada de

espuma de afeitar y sospechosas gotitas rojizas parecía dispuesto a hacer desaparecer el resto de su pelo por un módico precio.

Reconocía que le había cogido cariño a su aspecto de gigante barbudo. El cabello no solo daba calor cuando llegaba el frío, sino que era cómodo no tener que afeitarse cada mañana.

Como su madre decía cada vez que lo veía llegar a Denver con su aspecto de hombre salvaje de las montañas, no comprendía cómo recordaba quién era el tipo que lo miraba desde el espejo, si es que usaba algo de eso en la cabaña donde vivía.

Anne siempre lo había preferido bien rasurado y vestido, pero de pronto, cuando ella había muerto, todo eso había resultado ser demasiado trabajo, además de innecesario. Y de pronto ya habían pasado dos años sin ella y su hijo, Angus.

—Que vivamos aquí, en este país sin cultura ni modales, no quiere decir que perdamos nuestra esencia. Recuerda que eres un caballero y yo una dama, Graeme, aunque no haya nadie aquí para verlo —decía siempre Anne, pasando una mano por su barbilla antes de besarlo, cada mañana.

Lo decía con una sonrisa divertida mientras batía la mantequilla, con las manos enrojecidas porque el batidor se le escurría si se ponía los guantes.

Al principio Anne siempre sonreía y todo le parecía una aventura, hasta batir la mantequilla. Él le decía que podían permitirse comprársela a Helga y que no era necesario que trabajara tanto, pero ella decía que quería ser una auténtica pionera y no una señora aburrida de ciudad. Así que fabricaba su propia mantequilla, o al menos lo intentaba, y salía cada mañana a buscar los huevos que ponían las bonitas gallinas que había hecho traer desde Utah, porque había leído que eran más resistentes al frío. Luego había resultado que no era cierto y habían tenido que comprarle a los Heller parte de las suyas. También se había hecho con un viejo manual de cocina y había conseguido unos guisos bastante aceptables, sobre todo desde que había aceptado la ayuda de Helga.

Desde que ella no estaba solo se afeitaba cuando iba a visitar a su madre a Denver, y porque ella le soltaba un sermón acerca de la

inconveniencia de que se mostrara con ese aspecto delante de sus conocidos. Sin embargo, sabía bien que a sus amigos les daba igual su aspecto, siempre y cuando pagara unas cuantas rondas, invirtiera en sus negocios y se mostrara hablador. Y más todavía si les contaba algunas anécdotas graciosas acerca de lo que ellos consideraban una vida estrafalaria y desaprovechada entre vacas y campesinos. Después de reírse un poco de su locura transitoria podían hablar de negocios.

Era posible que sus conocidos y, sobre todo, algunos de los amigos con los que su madre quería que se relacionase, pensaran que estaba loco, pero sabían que era un tipo de fiar y que tenía ojo para las inversiones. También era muy posible que les diera igual que acudiera a sus salones vestido con una zamarra de piel y con una barba larga hasta la cintura, siempre y cuando abriera la cartera cuando se lo pidieran.

Asintió en dirección al barbero, que todavía esperaba tras su silla y observó con cierta curiosidad cómo su rostro iba apareciendo bajo el pelo.

Anne siempre decía, y coincidía con su madre, en que su principal virtud era su altura. No era un hombre tan apuesto como sus hermanos, pero sí había heredado la cualidad atlética de sus antepasados montañeses, algo que el resto de la descendencia de los Murray no aprovechaba, salvo cuando acudía a alguna cacería o practicaba algún deporte de moda.

Era alto y tenía unos ojos bonitos y amables. Incluso podría decirse que su sonrisa lo hacía parecer atractivo, pero no poseía ningún tipo de don musical, como Kate podría atestiguar.

Algún día podría decirle que, en realidad, su empeño de tocar la gaita obedecía a una broma de Anne. Ella le había regalado el instrumento en Navidad, el año en que se habían casado. Siempre decía que un hombre como él, que leía a Burns con tanto sentimiento cuando se tomaba una copa de más, que hablaba con ojos llorosos de la lluvia en Edimburgo y que cantaba baladas cuando bebía más güisqui de la cuenta, debería saber tocar la gaita. Así que se había encontrado el instrumento envuelto en una manta

bajo el árbol y no le había quedado más remedio que prometerle que un día sabría tocar algo.

—Que vienen los Campbell, por ejemplo. Es algo acorde con tu espíritu. Vivaz y tan escocés que destila lluvia y olor a turba por todos los costados —había dicho Anne con tono divertido, incapaz de aguantar las carcajadas.

Graeme estuvo a punto de lanzar la gaita a la chimenea al escuchar su risa, pero después, al llegar a América, y sobre todo cuando Anne ya no estuvo a su lado para reírse de él, pensó que era buen momento para aprender a tocar el maldito instrumento.

Era complicado hacerlo sin un maestro y usando un viejo manual del que no comprendía la mitad del texto, pero era una de las cosas que lo unían a su esposa y a veces, cuando tocaba, aunque sonase como si estuviera destripando a una manada de ovejas, todavía podía sentirla a su lado, con las orejas llenas de lana, sonriendo para sí con un libro entre las manos, como si estuviera escuchando al mismísimo Mozart.

—Pues ya está usted listo, caballero. Ni su madre lo reconocerá sin todo ese pelo.

Graeme le lanzó una moneda y se pasó una mano por la cara lampiña, sintiéndola extraña al tacto.

—Seguro que aprovecharía para buscarme esposa, ahora que se me ven los ojos, así que es una suerte que no esté cerca.

El barbero rio y agradeció la propina antes de despedirlo y de ponerse con el siguiente cliente.

Una vez en la calle, pensó en Kate y en si ya habría salido del registro. Conocía a los tipos que trabajaban allí y su manía de hacer esperar días enteros a los pobres diablos que se acercaban para registrar sus tierras. Al fin y al cabo, para ellos era una cuestión de rutina y de papeleo. Un sello aquí, un impreso allá. No eran conscientes, o les daba lo mismo, de que aquella gente viajaba durante semanas, a veces durante meses, y se lo jugaba todo. En ocasiones perdían sus derechos en cuestión de horas. Si alguien se les adelantaba y registraba un terreno antes que ellos, el viaje era en balde.

Él había tenido mucha suerte de haber sido de los primeros en llegar a esas tierras y de poseer el dinero suficiente como para permitirse registrar el terreno que había querido, pero no todo el mundo era igual de afortunado.

Pensó en la probabilidad de que su ama de llaves no tuviera esa suerte.

Tampoco sería tan grave si tenía que esperar y había que buscar otro pedazo de tierra. En primavera tendrían tiempo para buscar un terreno apropiado para ella, incluso mejor que el que habían visto, quizás más cercano a su casa. No había que tener prisa cuando el futuro esperaba a la vuelta de la esquina.

Si lo pensaba, solo llevaba con él un par de meses. Nadie que él conociera había conseguido sus sueños tan pronto, ni siquiera él, y eso que partía con ventaja.

En un cómputo comparable a la eternidad, dos meses eran una nimiedad.

Si los empleados del registro no la atendían y Kate se quedaba en su casa, podrían tomarse su tiempo para planear las cosas, pensar en los cultivos y escoger el ganado adecuado para que empezara una nueva vida.

Cuanto más lo pensaba, más se convencía de que se estaban precipitando.

Caminó por el costado de los nuevos edificios en construcción, con cuidado de que no le cayera ningún escombro desde las alturas. Sería triste acabar su vida así, ahora que se había deshecho de su barba y su pelo largo, se dijo con una risa ronca. Aunque su madre estaría orgullosa de poder presentar un cadáver bonito y de aspecto agradable y le estaría al menos agradecida por ello. No tendría que avergonzarse de él ahora que volvía a parecer un caballero.

Como solía ocurrir siempre que viajaba a la capital por aquella época, se cruzó con muchos conocidos que acudían como él en busca de provisiones. Se detenía con ellos para comentar las cosechas o los precios que se estaban alcanzando las reses en los mercados de ganado, aunque su mente estaba muy lejos de esos temas.

En general, no había sido un mal año, porque el tiempo había sido bastante cálido y no habían perdido muchas cabezas, pero cuando el año era bueno para él, lo era para todos, lo que significaba que los precios caían. Tanto Otto como él habían pensado que podían aprovechar el exceso de cabezas para cruzar las Longhorn con alguna otra variedad que se amoldara bien a la sequedad de la zona, tal vez las Angus, que daban buena carne y alcanzaban siempre buen precio en el mercado. Además, ambas especies aguantaban bien las bajas temperaturas del invierno, así que los dos creían que el resultado sería bueno a la larga.

Nadie se sorprendía de su nuevo aspecto, porque todos lucían uno similar. En esa época del año, los barberos y peluqueros trabajaban hasta la noche, a la luz de las lámparas de petróleo o de gas, pelando a los recién llegados a la ciudad en la época en la que los ganaderos acudían a vender el ganado o cuando iban a buscar provisiones antes del invierno. Los caballeros querían lucir bien para las damas de los burdeles o para sus esposas, si es que estas los acompañaban. Muchos de ellos solo visitaban a un profesional del cabello o se daban un baño caliente cuando visitaban la ciudad, así que para ellos era un lujo poco habitual oler a perfume y lucir sus mejores trajes.

Pensó en regresar al hotel para preguntar por Kate o para llevar a Jack a tomar un poco de pastel y enseñarle el almacén de trenes de la Union Pacific, pero vio de lejos a las Heller y aceleró el paso para acercarse a saludarlas.

La señora Heller llevaba a Jack de la mano y la arrastraba tras ella como si fuera un fardo. La niña no parecía demasiado feliz de estar sufriendo aquel trato tan poco delicado, pero se limitaba a mostrar su descontento con un mohín de la boca. Un par de pasos por detrás de ellas, Deborah las seguía como si no formase parte del grupo. Si no las conociera, no sabría que iban juntas. La mujer y las dos niñas vestían sus mejores galas y muchos hombres se giraban, con los sombreros en la mano, para dedicarle cumplidos a Deb. Lo más seguro era que no fueran demasiado amables, porque Helga tenía los labios apretados y aceleraba el paso cada vez que los oía.

Deb parecía mucho más satisfecha que su madre por la atención de los extraños y sonreía a los tipos que la seguían con la mirada, hasta que su madre la tomó también a ella de la mano para que todos los mirones vieran que su hija no era ninguna fulana y debían respetarla.

Notó el momento exacto en que lo vieron. La joven se detuvo apenas un segundo y después se pegó todo lo que pudo al costado de su madre. De pronto ya no le molestaba que la tratase como una cría. Debió de susurrarle algo, porque Helga hizo todo lo posible por no mirar en su dirección.

Y entonces se metieron en el primer negocio que apareció a su paso.

Graeme no podía decir que no lo hubieran visto, desde luego. De hecho, Jack había emitido un gritito de alegría en su dirección que el tirón de Helga había ahogado.

Entonces le vinieron a la cabeza las palabras de Kate cuando habían hablado sobre lo que había ocurrido con la joven Deb.

Estaba claro que había sido un iluso al pensar que estaba equivocada y que, en efecto, para las mujeres no era todo tan sencillo como había pensado.

La había ofendido, y también había ofendido a Helga, por lo visto. Y nada le dolía más que eso, porque consideraba a esa mujer una de sus personas más cercanas, y no solo porque fuera la esposa de su mejor empleado, sino porque además era su mejor amigo.

Por unos instantes, pensó seguirlas y disculparse. Esa chica tenía que comprender que su rechazo no se debía a nada personal, sino a que él, simplemente, no necesitaba… Su cabeza detuvo aquellos pensamientos. No podía decirle que no necesitaba a una mujer en casa cuando había contratado a una no hacía tanto y cada poco le insistía para que se quedara junto a él durante todo el tiempo que necesitara.

Quizás era tan sencillo como que no la quería a ella, pero no podía decirle aquello. Era más fácil mentirle o usar frases comprensibles como que era demasiado joven, demasiado hermosa, merecía algo más que él o que le quedaba mucho camino por

delante, que un día viajaría lejos, tal vez a una gran ciudad, no volvería a las montañas más que de visita, o tal vez ni eso, y que se olvidaría de que un día había puesto sus ojos en Graeme.

Se dio cuenta de que se había quedado mirando hacia la puerta por donde habían desaparecido, sintiéndose agotado de golpe.

Uno de sus hermanos siempre decía de él, con tono jocoso, que lo que no le gustaba de la carrera de derecho y de su trabajo como abogado era la posibilidad de perder. El solo hecho de pensar que no podía lograr lo que deseaba, de que se presentase un revés, le hacía torcer el gesto. Ante la disyuntiva de una derrota, siempre optaba por un nuevo camino sin obstáculos. Y a lo mejor por eso se había decidido por viajar hasta un lugar donde podría empezar de nuevo, porque allí nadie podría ponerle trabas jamás.

Quiso pensar que, una vez de vuelta en casa, la joven Deb olvidaría el disgusto y todo volvería a su cauce, como las aguas de los torrentes después de las tormentas, aunque pareciera imposible.

Y su tropiezo se olvidaría, como se olvidaban todos los tropiezos a la larga.

XXIII

Kate llegó al hotel alrededor de las cuatro de la tarde, hambrienta y cansada, con ganas de darse un baño y de descansar. Camino a su habitación vio con horror que las mujeres del grupo parecían haber formado una cuadrilla para ayudar a los dueños del hotel para servir a los miembros de una numerosa camarilla de vaqueros, sucios y ruidosos, provenientes de los alrededores de la ciudad para vender sus reses. Por lo visto, era costumbre que se organizaran competiciones de rodeo y otro tipo de retos para entretener a la multitud y agilizar las ventas de reses. Todos los hoteles estaban abarrotados y el personal desbordado.

No estaba ciega como para no haber notado que había una cantidad enorme de hombres en las calles, pero había pensado que aquello debía de ser lo habitual en la ciudad. Se oían gritos y risas masculinas por todas partes y la barahúnda era terrible. Era como si Cheyenne se hubiera convertido en una enorme taberna o en un mercado. Y, en cierto modo, así era. Los propietarios y los compradores de reses cerraban tratos y ventas en cada esquina de la ciudad, sellándola con un trago o un simple apretón de manos. Se contrataba a nuevo personal y había oportunidades en cualquier parte para aquellos que sabían buscarlas.

Había deseado regresar al hotel para descansar y comer algo, y encontrarse aquel guirigay le resultó abrumador después del cansancio de los últimos días. La emoción de saber que ahora poseía, o casi, sus propias tierras, estuvo a punto de irse al garete al pensar que no podría descansar al menos unos minutos.

Sin ningún tipo de pudor, se escabulló como pudo hasta el dormitorio que le habían asignado a su llegada. Jack y ella apenas lo

habían pisado para dejar su equipaje, porque el señor Murray la había arrastrado hacia el registro tras decirle que era posible que se encontrara con una cola enorme al llegar allí.

Al final no había habido ninguna cola, pero era cierto que había perdido en esa oficina casi todo el día. Su agotamiento, sumado al del viaje, era terrible.

Se dijo que debería buscar a Jack y también a su jefe, pero no sintió ningún tipo de remordimiento cuando se deshizo del vestido sucio y sudado y se encontró en ropa interior y descalza, aireando los dedos de los pies, libres por fin después de tanto tiempo presos.

Al recordar el ajetreo de las mujeres en el comedor, le dio vergüenza molestarlas para solicitar agua caliente para la bañera, así que se dijo que, por el momento, tendría que apañarse con la que tenía en la jofaina y una toalla limpia. También había una pastilla de jabón perfumado, lo cual era un lujo.

Aquello no era, ni de lejos, parecido a hundirse en la enorme bañera del señor Murray, pero ¿acaso había algo comparable a sentir la espuma rodeándola por todas partes, con la esencia de los aceites dignos de una princesa impregnando el aire? Seguro que ni la reina de Inglaterra poseía un lujo semejante así en sus cientos de castillos.

Se preguntó cuánto costaría tener una bañera así en su casa. ¿Cuántos años tendría que ahorrar para tener siquiera la décima parte de las comodidades que disfrutaba viviendo con Graeme?

Se descubrió sonriendo como una niña boba.

Quizás, cuando hubiera construido su casa, en su propia tierra, además de un campo con cientos verduras, patatas y flores, pudiera tener también una bañera enorme donde darse baños de espuma. De entre todas las cosas irrenunciables de la vida, una bañera enorme era algo que toda mujer debería poseer.

Inspiró hondo y se llevó la mano al estómago, que le rugía a pesar de que se había comido todo lo que el secretario del registro había compartido con ella.

—Y ahora deja de comportarte como una chiquilla y recuerda que eres una mujer adulta.

A pesar de sus palabras, Kate dio un par de pasos de baile por la habitación, algo que no había hecho desde que era muy joven. En su boda un viejo violinista que trabajaba en el ferrocarril con su marido había tocado hasta que había estado tan borracho que las melodías que tocaba no eran reconocibles.

Había bailado con el viejo Frank y también con su padrastro, que le había besado la frente por última vez, a modo de despedida, como si supiera que aquella era la última vez que la iba a ver.

Y había bailado y bailado, hasta que las caras de los que compartían los pasos con ella se habían convertido en borrones ante sus ojos.

Después de todo lo que había vivido, sabía que sentirse tan optimista era un poco ridículo. Ella no era ninguna mujer sin seso, inconsciente de todo el trabajo que le esperaba, pero, por una vez, quería permitirse disfrutar sin pensar en las dificultades, ni en qué haría si todo salía mal.

Cuando bajó a las cocinas, la barahúnda de vaqueros había desaparecido rumbo a las tabernas, dejando una resaca de platos sucios y restos de tierra seca entre las tablas del suelo.

Algunas de las mujeres de la caravana se habían sentado a tomar una taza de café y otras se afanaban en recoger los restos que habían dejado los hombres a su paso.

Nadie le reprochó su ausencia y, en cambio, la felicitaron y animaron cuando les dijo a sus vecinas que había logrado registrar su nueva tierra.

Su sincera alegría hizo que su malestar por no ayudarlas volviera con fuerza, pero ellas le quitaron importancia.

—No tiene usted obligación de quedarse, querida. Algunas han salido para adelantar sus compras —le dijo una de las esposas de los vaqueros, que se afanaba en pelar patatas a una velocidad de vértigo. Tenía tal pila de tubérculos pelados a su lado que cualquiera diría que iba a alimentar a un ejército. —Es normal que las más jóvenes corran a las tiendas de telas y sombreros cuando llegamos a la ciudad. Yo también lo hacía a su edad.

Kate no pudo evitar sonreír al escuchar la risa de la mujer, que le guiñó un ojo con picardía.

—¿Ha visto usted a la señora Heller, por casualidad? Dejé a mi hija con ella y creo que estoy abusando de su amabilidad.

La peladora de patatas dejó el pequeño cuchillo durante unas décimas de segundo para mirarla con un ligero fruncimiento de labios, aunque pronto retomó su tarea con su velocidad habitual.

—Normalmente se habría quedado con nosotras, pero esta vez se marchó en cuanto los hombres salieron por la puerta. Después de lo de su chica, ya sabe… —Se calló y miró la patata que había estado pelando como si el alimento guardase un secreto que no quisiera revelar—. Mi madre siempre decía que una puede correr todo lo que quiera, pero que la reputación siempre le sigue los pasos. Y qué quiere que le diga, nunca se dijo verdad más grande. Aunque, claro, no podemos echarle toda la culpa a la muchacha. No sabemos qué pudo hacer el señor Murray para que ella actuara así. Esa chica ya está en edad de merecer y él es un hombre, usted ya me entiende…

Kate notó las miradas de algunas de las mujeres sobre ella. Algunas seguían la conversación con más o menos disimulo, pero estaba convencida de que el tema del día al pie de los pucheros había sido lo que había ocurrido el día anterior.

Durante toda la mañana no había vuelto a pensar en el asunto del matrimonio, o más bien no matrimonio, del señor Murray y la joven de los Heller.

Y Graeme que había pensado que la gente olvidaría el incidente al instante y que no habría más problemas. Sin duda, ese hombre era un ingenuo y tenía muy poca idea acerca del mundo real.

No dudaba de que no era la primera vez que el asunto surgía. Y si no dudaban en hablar así con ella, ¿qué no dirían en su ausencia?

—¿Y sabe adónde fueron las Heller?

La mujer se encogió de hombros.

—Es normal que se quieran mantener alejadas. —Emitió un suspiro que hizo que su cuerpo se estremeciera de un modo muy teatral—. Esa niña siempre se creyó mejor que la mayoría, con ese

pelo tan bonito y esos vestidos de princesa. Nunca se mancha las manos ni se la ve trabajando la tierra. Debe de creer que ha nacido para algo mejor que lo que la vida le ha dado. Aunque hay que reconocer que, de haberle salido bien la jugada, podría haber llegado muy lejos. Imagínese a esa princesita caprichosa usted siendo su ama, señora Kelly… Aunque, quién sabe, los hombres son impredecibles y el señor Murray es un tipo decente. Es posible que todo dé un giro sorprendente y nos tengamos que tragar nuestras lo que hemos dicho…

Dejó las palabras ahí, colgando del aire.

Ella no acusaba ni juzgaba, querían decir sus ojos, pero la insinuación quedaba bien clara.

Kate sintió su mirada fija en ella, buscando pistas en su rostro que le dieran la razón. Al fin y al cabo, ese matrimonio no era solo un asunto entre la niña de los Heller y el señor Murray. Kate también vivía en esa casa y tendría que soportar que la nueva esposa de su jefe le diera órdenes, si es que llegaban a casarse.

Apartó la vista de ella, incómoda al descubrir su malestar ante esos pensamientos, y vio que el resto de las mujeres habían dejado de disimular que hacían otras cosas. Nadie se movía en la cocina y algunas hasta se habían acercado para escuchar mejor lo que decían.

Kate sintió que la alegría que había sentido antes por el registro de sus tierras se evaporaba.

Miró a esas mujeres, con las que había sentido camaradería durante unos días de viaje. Le habían ofrecido comida, ayuda y la habían felicitado hacía bien poco por haber logrado su sueño. Sin embargo, ahora no dudaban en pensar lo peor de una niña enamorada o encaprichada de su jefe. Era posible que él la hubiera la rechazado con brusquedad, pero lo había hecho de forma inconsciente. Y tampoco ella merecía ese trato. Era solo una cría y tenía derecho a equivocarse. ¿Acaso ellas no se habían enamorado jamás de alguien fuera de su alcance?

Aunque lo peor no era su malevolencia, sino sus sonrisas y lo que seguramente callaban. Y la certeza de que también sus maridos

debían de pensar lo mismo.

No conocía demasiado a la joven Deborah, y, para ser sincera consigo misma, ni siquiera sentía simpatía por ella, pero quién era ella para juzgar que hubiera intentado cazar a Graeme con artimañas solo para convertirse en la mujer más poderosa de la región. A juzgar por las palabras de esa mujer, no era eso lo que criticaban de ella, sino que hubiera sido tan poco sutil.

También era posible que estuviera pagando el hecho de ser desagradable y engreída. De no ser por eso, estaba convencida de que sus vecinas sentirían mucha más lástima por ella por el rechazo que había recibido. Incluso para ella, que apreciaba a Graeme, le parecía que el castigo estaba siendo demasiado duro para una chica tan joven.

Se obligó a sonreír y se acercó a una de las mujeres, a la que no conocía, y le pidió que le sirviera una taza de café. Con toda la naturalidad que pudo aunar, volvió junto a la peladora de patatas y alzó la taza en su dirección, en un brindis silencioso.

—¿Saben ustedes lo que más me llamó la atención cuando llegué de Denver y me asenté entre ustedes? —Miró a sus vecinas, que permanecían en silencio y la miraban a su vez con mal disimulada curiosidad. Por supuesto, sabía que corrían todo tipo rumores sobre ella y sobre su estancia en casa del señor Murray, pero jamás les había hecho ningún caso. Incluso era posible que pensaran que Graeme había rechazado a Deb por su culpa, lo cual era ridículo—. Pensé que aquí no se juzga a nadie por sus hechos, sino por su corazón. ¿Puede haber un corazón más puro que el de una joven enamorada? Deberíamos ayudar a Deborah a superar su dolor, y seguro que nos lo agradecerá.

La peladora de patatas bufó y volvió a su tarea, pero no dijo nada más en contra de la joven Deb.

Kate probó el café templado, sabiendo que había obtenido una pequeña victoria. Era posible que se siguiera hablando a sus espaldas, pero tal vez ya no se criticara a la chica con tanta dureza. Al fin y al cabo, quién no había cometido locuras por amor.

XXIV

La primera noticia que tuvo de que las Heller y Jack habían regresado al hotel fue la entrada de Jack en la habitación de Kate.

La niña, enfurruñada, se dejó caer en la cama, se quitó los zapatos y los lanzó contra la pared.

—¡Quiero volver a casa!

Kate pensó en ordenarle recoger los zapatos y en darle una lección acerca de los modales y el orden, pero algo en la expresión de infelicidad de Jack hizo que se sentara junto a ella. Al instante, su hija se apretó contra ella y suspiró. Al abrazarla, notó su cuerpecillo tenso y tembloroso. Así, pegada a ella, se le olvidaba que ya no era tan pequeña. En unos pocos meses había crecido lo que le parecía el doble de lo que era y su cuerpo sería el de una mujer antes de que se diera cuenta. Hasta su olor había cambiado y ya no era el de un bebé.

—¿Volveremos pronto?

Kate recordó que hacía solo unas horas había sido casi imposible contener su entusiasmo ante la posibilidad de recorrer la ciudad, probar nuevas golosinas y ver vestidos. Ahora apenas podía contener las lágrimas de añoranza por un lugar que solo había sido su hogar durante dos meses.

Acarició una de sus trenzas rubias, despeinada y un poco sudorosa.

—Se lo preguntaré al señor Murray cuando lo vea. Supongo que aparecerá en cualquier momento, intentando organizar nuestro futuro, como siempre —dijo con una sonrisa un tanto malévola.

Para su sorpresa, Jack se revolvió contra ella y se alejó. Lanzó un bufido de gato salvaje que hizo reír a su madre. Kate disimuló como

pudo su regocijo, por miedo a que la niña se enfadase todavía más.

—El señor gigante tuvo la oportunidad de rescatarme de esas horribles alemanas y no lo hizo. Creo que no es de fiar —añadió, enfurruñada.

Kate apretó los labios para contener la risa. Jack hablaba con una expresión tan seria, con las manos en las caderas, que no pudo menos que asentir con aire comprensivo. Pensó que Graeme debía de haber hecho algo muy grave para haber caído del pedestal en el que lo había colocado su hija. Ese hombre era lo más cercano a un dios que había conocido la niña. No había nadie mejor para ella y juraría que le arrancaría los ojos a cualquiera que se atreviera a decir algo malo de él, pero ahí estaba la pequeña, diciendo que había cometido un error.

—A lo mejor no podía hacerlo o no te ha visto, cariño. Recuerda que es un hombre muy ocupado.

Jack volvió a bufar.

—Me vio y hasta me saludó. Le hice un gesto, que cualquiera hubiera entendido que significaba que estaba en peligro, pero me dejó con ellas. Las Heller solo hablaban en alemán entre ellas y no entendía nada, y me moría de hambre, y no podía decirles que estaba cansada, porque no sé cómo se dice en su idioma, y quería pastel y tenía mucha sed y no había nada que beber. No te lo vas a creer, pero ¡Deb es muy mala conmigo!

Kate enarcó las cejas a medida que escuchaba a su hija. Era posible que el tono exaltado de Jack al hablar fuera algo exagerado y que el agotamiento hiciera que la voz de la niña fuera más aguda de lo normal, pero no podía negar que no había sido el mejor día para que las Heller se encargasen de ella. No después de lo que había ocurrido en el campamento.

Se levantó de la cama y se agachó frente a ella. Le puso las manos en los hombros y pudo sentirla temblar de agotamiento. Sus ojos, oscuros y enormes como los del viejo Frank, estaban brillantes por las lágrimas de cansancio. Aunque estaba convencida de que se debían más a la frustración que a un auténtico sufrimiento.

—¿Sabes? Yo tampoco he comido en condiciones y tengo tanta hambre que creo que podría comerme un búfalo entero, con cuernos y todo. Nos cambiaremos de ropa y saldremos a cenar tú y yo solas. ¿Qué te parece?

Jack la abrazó y hundió la cabeza en su cuello. En aquella postura vio por primera vez que su niña había vuelto a crecer. El vestido que le había cosido hacía un mes con una de las telas que había encontrado en los baúles de Anne ya le iba justo y le tiraba en las costuras. En unos pocos años sería más alta que ella. Ese pensamiento le dolió como una puñalada. Con suerte, los años serían lentos y podría disfrutar de ella todavía durante una temporada.

La niña se escabulló como un cachorro y apoyó la frente contra la suya.

—Tengo mucha hambre, mamá. Dime que vamos a comer filete con puré de patatas y tarta de manzana.

Kate sintió cómo las tripas le rugían en respuesta a las palabras de su hija y la niña rio.

—Más te vale que te laves y vistas deprisa, o puede que te devore, Jackeline Kelly.

Mientras Jack se preparaba, mucho más animada, y recuperaba los zapatos tirados hacía un rato, Kate pensó que la cena sería un buen momento para decirle que en unos meses tendrían su propia tierra y una casa. Era lo bastante mayor como para comprender que eso suponía mucho trabajo y también abandonar las comodidades que les había proporcionado el señor Murray. Las dos sabían que sería muy duro, mucho más que la situación actual, aunque tenían su buena ración de tareas cada día. No lo iba a negar, la casa del señor Murray era casi un palacio en comparación con los lugares que habían conocido hasta ese momento. Nada podría compararse jamás con el trabajo en la lavandería.

Aunque trataba de convencerse y animarse con que la casa nueva sería suya y podría construirla como quisiera, era lo bastante realista como para saber que iba a necesitar de todas sus fuerzas y muchas más.

Y, para ser sincera consigo misma, fuerza era de lo único de lo que disponía, porque no tenía ni dinero ni influencia ni tampoco mucha idea de cómo tenía que hacer las cosas.

El señor Murray se había ofrecido a ayudarla, pero ya le debía mucho y odiaba la idea de depender tanto de él.

Había llegado hasta tan lejos para ser independiente por fin, y en algún momento tenía que empezar a serlo.

Cuando Graeme regresó al hotel, supo que Kate había salido con su hija al menos media hora antes. Nadie supo decirle qué camino habían tomado, pero sí que querían cenar en un lugar más tranquilo, porque el hotel había vuelto a llenarse de vaqueros sucios y ruidosos.

Graeme comprobó que era cierto. Nada más cruzar el umbral del salón alguien le puso en la mano un papel donde se anunciaba un rodeo donde se retaba a todos los vaqueros hábiles presentes en la ciudad a probar sus habilidades. El premio no era gran cosa, pero sí lo bastante grande como para tentar a los chicos, aburridos tras meses de trabajo y más trabajo.

Se guardó el papel en uno de los bolsillos de la chaqueta por si a Kate y a Jack les interesaba acudir y volvió a salir para ver si tenía la suerte de encontrarlas. A esas alturas del día, él también tenía hambre y, para ser sincero, tampoco tenía ganas de encontrarse con las Heller. No había visto a Otto en todo el día, pero algo le decía que las cosas no serían sencillas durante una temporada.

Aunque solo fuera por esa noche, quería tener una charla agradable, tomar una buena cena y descansar, como cuando estaban en casa, si es que eso era posible, encontrándose en esa bulliciosa ciudad.

A medida que caía la noche, lejos de aquietarse, las calles empezaron a llenarse de gente, aunque no eran del mismo tipo que la que circulaba durante el día. Ya no había damas o parejas paseando, sino vaqueros y trabajadores del ferrocarril en busca de diversión, camino a las tabernas y a los salones de juego. Con su

altura, Graeme llamaba la atención de los que buscaban pelea, pero él los esquivó sin contemplaciones.

Se asomaba a los establecimientos donde servían comidas en busca de Kate y de Jack, hasta que dio con ellas en un comedor pequeño, aunque bastante limpio, donde hablaba una mujer con voz grave y pesada, subida a una caja de madera. La atención del público, casi toda femenina, estaba dividida entre la comida y su discurso. Algunos de los hombres presentes murmuraban y charlaban entre ellos y otros incluso la abucheaban, llegando al punto de resultar groseros, pero ella siguió hablando como si nada. Era evidente que estaba acostumbrada a hablar a pesar de tener la audiencia en contra. Inasequible al desaliento, la mujer hablaba con calma, pero con pasión, y su convicción resultaba contagiosa.

La mayoría de los presentes la escuchaban con educación y atención, asintiendo de vez en cuando ante sus palabras. De vez en cuando alguien aplaudía, ganándose un cabeceo de agradecimiento por su parte. La mujer, de mediana edad, vestida con un traje de viaje de tela gruesa de cuadros marrones, formal, pero algo anticuado, y un sombrero con llamativas plumas verdes, hablaba con una entonación que calaba en su público como a traición. Incluso los que no parecían de acuerdo la escuchaban, aunque fuera a regañadientes.

No sonreía, pero tampoco era adusta.

No se apoyaba en ningún papel escrito, pero tenía la mano derecha apoyada en una vieja biblia con la cubierta de piel tan desgastada que parecía tener casi tantos años como la oradora.

—Las mujeres, aunque haya algún varón aquí presente tal vez quiera negarlo, tenemos pensamientos, tenemos sentimientos, tenemos alma, tenemos corazón y tenemos sangre que circula por nuestras venas. Pero, por Dios que también tenemos manos, un cuerpo, piernas y pies. Y un cerebro para pensar y tomar nuestras propias decisiones. —Las palabras de la oradora levantaron murmullos entre los oyentes, casi todas mujeres, de todas las edades. Algún hombre de entre los presentes aplaudió, hecho que hizo que la oradora inclinara la cabeza y sonriera en su dirección,

aunque enseguida retomó sus palabras—. Somos como un hombre… más o menos —añadió con un guiño pícaro—. Y si somos como un hombre tanto por dentro como por fuera, díganme por qué no podemos tener sus mismos derechos. Dios bendijo esta tierra de Wyoming dando a las mujeres la posibilidad de votar, pero no les dio la misma posibilidad a las mujeres de otros lugares de nuestro país ni del mundo. Pero, y quiero que esto se escuche bien claro, antes o después, esto de decidir quién nos gobierna será tan natural como escoger nuestro almuerzo o si queremos tarta de manzana o de nueces de postre, señoras. ¡Y ojalá que nuestros ojos lo vean!

Los aplausos, tímidos al principio, pero cada vez más atronadores, hicieron que la mujer enrojeciera de placer. Las plumas de su sombrero se agitaron cuando bajó la cabeza para agradecer las ovaciones, haciendo caso omiso de algún que otro abucheo.

Graeme pensó que era más que probable que no fuera igual de bien recibida en todas partes.

Aplaudió mientras observaba de reojo a Kate y Jack, que se habían puesto en pie para ovacionar a la oradora, que era ayudada a bajar del estrado en forma de caja de madera y guiada hasta una mesa donde le habían servido una cena modesta. Pensó que su madre no habría estado de acuerdo en muchas de las cosas que había dicho, pero que le habría gustado conocerla de todas formas, porque parecía una excelente conversadora y justo el tipo de persona que no se mordía la lengua. Y uno de los entretenimientos preferidos de Martha Murray era discutir, sobre todo si creía que podía ganar.

Mientras caminaba hacia la mesa donde estaban sentadas su ama de llaves y su hija, observó que la oradora recibía a los asistentes a su discurso uno a uno y les firmaba pequeños libros. Algunos parecían tan emocionados como si se encontrasen frente a la mismísima reina Victoria.

—Una mujer interesante —dijo, ya junto a Kate, sin apartar la mirada de la mujer, que aceptaba con naturalidad el homenaje de los que la rodeaban.

—Me interesan más las ideas que las personas —respondió Kate, que se había vuelto a sentar y ayudaba a Jack a servirse la comida, que tenía una pinta deliciosa— ¿Sabe que hay una mujer que se dedica a recorrer tabernas y garitos soltando discursos parecidos y contra el consumo de alcohol con un hacha a cuestas? Los destroza y luego subasta las hachas para poder viajar y seguir haciendo de las suyas. —Rio y Graeme no supo si se reía de la extravagante mujer y su misión o solo le parecía admirable su carisma. Mientras hablaba, iba colocando en el plato los alimentos, la carne por un lado, las verduras y el puré por el otro, todo de un modo tan estudiado que el plato parecía un bodegón holandés como los que había visto miles de veces con Anne en los museos de Edimburgo.

Graeme se dio cuenta de que no había comido en todo el día y se le hizo la boca agua a la vista del filete con puré y verduras.

—¿Me harán ustedes un hueco en su mesa, señoras?

Contempló, de pie, con el sombrero en la mano, cómo Kate preparaba lo que él consideraba un bocado perfecto. Había visto cómo lo hacía un montón de veces, pensando que ella no lo había notado, pero esa noche, parado ahí como un imbécil, fue consciente de que ella, al menos en esa ocasión, lo hacía en su honor con una lentitud deliberada.

Vio cómo cortaba un trozo que él consideraba diminuto de carne con el cuchillo que no parecía demasiado afilado y cómo después tomaba una porción de puré con la punta y la colocaba encima, como si estuviera untando mantequilla en el pan. Luego la vio colocar una judía y un trozo de zanahoria hervida, un poco de puré en la punta y unos pocos guisantes espolvoreados, como si fuese la guinda de la tarta. Después vio cómo lo contemplaba todo como si fuera la obra de un artista. Solo entonces se llevó el tenedor a la boca y lo masticó con una lentitud endiablada.

Jamás hablaba mientras masticaba, de modo que, si le había preguntado algo, tenía que esperar un buen rato hasta recibir una respuesta. Al principio creía que no le había escuchado o que lo ignoraba adrede, pero luego había aprendido a esperar. Ella siempre respondía, aunque su respuesta no fuera siempre de su agrado.

Al cabo de lo que le pareció un tiempo eterno, Kate lo miró al fin. No sonreía, pero había cierto regocijo en su mirada. Llevaba un vestido que no le había visto nunca, mucho más formal de los que solía llevar, y también el cabello claro recogido, sin mechones desordenados. De no conocerla, le habría parecido una dama seria y atractiva, nada que ver con la esperpéntica mujer que lo había enfrentado con descaro en el hotel Arlington. Ni siquiera se había dado cuenta de cuándo se había producido el cambio en sus impresiones sobre su ama de llaves, aunque estaba convencido de que no se debían a lo que llevaba puesto ni a cómo iba peinada aquella noche.

—Supongo que comprende usted, señor Murray, que esta noche no es usted mi jefe y que no estoy obligada a soportar su compañía.

Graeme abrió la boca, sorprendido y ofendido por sus palabras. La cerró al darse cuenta de que, en realidad, aunque el tono empleado por su ama de llaves no había sido el más adecuado, ella tenía razón. Fuera de la casa, Kate no tenía la obligación de obedecer sus órdenes.

—Sí… por supuesto… —balbuceó, con las mejillas rojas de vergüenza, incapaz de mirarla—. Solo quería… Buenas noches, señora Kelly. Y buen provecho a las dos.

XXV

—¿Crees que ya lo hemos castigado lo suficiente por su terrible pecado? Porque yo diría que he sido bastante cruel con él, ¿no te parece? Casi casi tanto como Deborah Heller contigo. Por su cara, diría que le hemos hecho bastante daño.

Kate no miró a Jack, pero sabía que, a esas alturas, la niña tenía los ojos enrojecidos y que la nariz empezaría a gotearle de un momento a otro.

En el fondo, su corazón no estaba fabricado para la maldad, por mucho que quisiera castigar a Graeme por haberla abandonado con las Heller aquel día. Seguro que la niña había visto tan claro como ella la emoción en sus ojos al reconocerlas y su decepción cuando lo había despachado de aquella manera tan poco amable. Juraría que hasta se había tragado un par de juramentos pronunciados con aquel marcado acento escocés que se le escapaba cuando se golpeaba un dedo con el martillo o una vaca le pisaba un pie.

—Si vas a por él ahora os podré decir a los dos una cosa que he hecho esta tarde. Venga, corre.

Al levantarse a toda prisa, Jack arrastró el mantel de cuadros rojos y blancos y estuvo a punto de tirar la comida, pero Kate lo impidió a tiempo.

La oradora, todavía rodeada de su entusiasta público, miró con curiosidad a la niña cuando pasó junto a ella y luego miró a Kate, como si no le pareciera conveniente que la dejara correr de aquella manera por un lugar público. Kate pensó que debería aplicarse sus propias palabras. ¿Acaso no sería un día Jack una mujer con sangre, corazón y cerebro, o lo que fuera que había dicho? Y también tenía pies y manos, y estaba en su derecho de usarlos para alcanzar a

Graeme para traerlo de vuelta. No había nada de malo en correr, siempre y cuando no molestase a nadie. No siempre había que ser comedida, respirar por encima, como pidiendo permiso, y ella debería saberlo mejor que nadie. Ya le llegaría a Jack el momento en que todo eso le estaba vedado. O quizás, con suerte, no llegara a sufrir por ello y pudiera ser libre de verdad.

Graeme tenía la sensación de que el mundo había virado a su alrededor y de que ya no conocía a la gente con la que había compartido el pan y la mesa hasta hacía poco.

Se había equivocado al pensar que la joven Deborah no sentía por él más que un afecto paternal y ahora la señora Kelly lo echaba de su lado con cajas destempladas.

Al salir de la taberna se detuvo en el porche, incapaz de decidir qué camino tomar. Aunque había anochecido hacía rato, todavía era temprano y no quería ir a acostarse. Y menos aún con esa sensación royéndole en las tripas. Era como si los ratones del granero estuvieran bailando una cuadrilla en su estómago, y la sensación no tenía nada de agradable.

Tiró de los bajos de la chaqueta y dio un paso hacia la carretera sin asfaltar, aunque trastabilló con el pie en el aire cuando escuchó una voz justo a su espalda.

—Ha debido de hacerle algo terrible a Deb para que esté tan cabreada con usted, señor gigante. Aunque, si le soy sincera, cualquier cosa dicha en alemán parece una palabrota muy muy fea, ¿no le parece? Prefiero ese idioma suyo del país donde llueve siempre, aunque no entiendo ninguno de los dos.

Graeme pensó que sonrojarse por culpa de una cría de menos de diez años era ridículo, y menos aun cuando no había hecho nada malo y ella no comprendía lo que había sucedido, pero no pudo evitarlo. Si algo así le ocurriera a Jack, él se sentiría furioso con el tipo que se atreviera a despreciarla. Con razón Otto lo había evitado a lo largo de todo el día.

—No debí dejarte con ellas —respondió, todavía de espaldas a la niña, que no respondió—. Perdóname, por favor.

Al no recibir ninguna respuesta comprendió que lo había dejado solo otra vez y nuevamente se quedó allí, como un pasmarote, dudando si debía largarse o no.

—¿Va a entrar o no? —preguntó de pronto Kate desde la puerta. Llevaba la servilleta colgada del cuello y tenía un poco de puré de patata en una de las comisuras de la boca, pero no tuvo tiempo de decirle nada antes de que desapareciera otra vez.

Todavía sin comprender nada de lo que estaba ocurriendo, Graeme se quitó el sombrero y volvió a entrar en la taberna. Saludó a la conferenciante al pasar y ocupó la silla libre a la mesa de su ama de llaves. Comprobó que le habían colocado un cubierto y que, por lo visto, habían dado por sentado que volvería, porque nada más sentarse, le sirvieron un enorme filete con puré de patatas y verduras.

—Solo tenía que disculparse, señor gigante —dijo Jack con la boca llena.

Graeme asintió sin entender demasiado bien cuál había sido su pecado, más allá de dejar a la niña al cargo de las Heller, pero volvió a disculparse antes de tomar el primer bocado de carne ante la atenta mirada de Kate, que lo supervisaba como si lo hubiera cocinado todo ella misma.

—Lo siento —repitió, porque no estaba seguro de si lo había escuchado antes. De todas formas, no le importaba volver a decirlo, porque lo lamentaba de verdad—. No volverá a ocurrir.

Jack asintió, otorgándole su perdón con un magnánimo gesto de la cabeza que amenazó con embadurnar sus trenzas con puré de patata.

Mientras comían y hablaban de lo poco que habían visto de la ciudad y del rodeo del día siguiente, Graeme deseó preguntarle a Kate acerca del registro de la propiedad, pero no sabía si ya había hablado del asunto con Jack o si prefería charlar de ello con la niña antes, así que pensó que era mejor que ella sacara el tema.

—Estaría bien tener buenos filetes como este durante todo el año. Creo que es la carne más deliciosa que he probado en mi vida.

Graeme no tuvo más remedio que reír ante los ojos soñadores de Jack, que luchaba contra los restos de carne que le quedaban en el plato. La niña no quería despreciar nada, pero su madre insistía en que tenía que mostrar que tenía modales, aunque viviera en las montañas, así que se esforzaba en no tomar el trozo de carne y roerlo directamente.

—Si tuviera que escoger un bocado delicioso, sería el venado —dijo Graeme de pronto.

Jack lo miró con los labios brillantes de grasa, pensativa, mientras masticaba un trozo de carne en el que parecía haber perdido el interés de repente.

—Me gustaría probar el venado.

—Podríamos organizar una partida de caza. Así abasteceríamos de carne que no sea de ternera la casa y todas las de los alrededores para todo el invierno. Lo ideal es variar, si se puede, y hay buena caza en los alrededores. ¿Qué te parece?

Vio cómo la niña saltaba en su silla, olvidando por completo la carne de vaca que quedaba en su plato.

—¿Y podré acompañarlos?

Graeme miró de reojo a Kate, que dedicaba un tiempo inusualmente largo en preparar uno de sus bocados perfectos. Había dejado de comer hacía un rato, pero no decía nada. Tampoco había pistas en su aspecto que indicasen que estaba en contra de su idea, ni a favor.

—Podrá ir todo el que quiera. Y avisaremos a Sweet Joe también, por si quiere venir, porque pasaremos cerca de su casa. Será como una excursión.

Cuando empezó a nombrar lugares y a personas a las que jamás se le habría ocurrido invitar a una cacería, fue consciente de que ya no hablaba para la niña, sino que lo hacía para Kate. Sin embargo, ahí estaba él, invitando a un cabrero loco y aislado que jamás habría aceptado tomar un café en su casa a no ser por ella.

Kate se metió al fin el bocado en la boca y masticó durante lo que le pareció un tiempo eterno. Mientras tanto, él siguió hablando,

prometiendo cosas ridículas que dudaba que pudieran ocurrir durante una excursión semejante. ¿Acaso podrían ver osos polares y zorros? ¿Podría organizar bailes a la luz de las hogueras? ¿Y habría también muñecos de nieve? Tendrían suerte si no quedaban atrapados en una ventisca y nadie salía herido.

Sin embargo, ahí estaba, tartamudeando como un adolescente y soltando estupideces sin parar, tratando de convencer a una mujer para que lo acompañase a matar venados.

Cuando al fin ella dejó de masticar y sonrió, Graeme solo pudo corresponder a su sonrisa, sintiéndose muy estúpido.

—En algo tendremos que aprovechar el tiempo hasta que llegue la primavera y podamos empezar a construir nuestra nueva casa, ¿verdad? —dijo ella al fin, volviendo a meterse otro bocado perfecto en la boca y masticando con tanta naturalidad como si no hubiera dicho nada especial.

XXVI

Kate supo nada más hablar que había sido un error decirle a Jack lo de las tierras. Una vez se enteró de que muy pronto serían las dueñas de su propia casa y su propio rebaño con el que competir con el señor Murray, empezó a fabular de tal modo que supo que no callaría hasta caer rendida de sueño.

Para la niña, no había obstáculos tales como la nieve, la falta de dinero o de mano de obra. Todo sería sencillo y rápido. En un abrir de ojos ellas dos le harían la competencia al señor gigante en sus negocios y serían amas y señoras del territorio.

—Pero no tema, señor gigante. Seremos amigos y le ayudaremos siempre que lo necesite —añadió, tendiéndole la mano con condescendencia, con los labios manchados de crema de la tarta de manzana.

Graeme le tendió la mano, sin que le importara nada la bravuconería de Jack, ni tampoco, al parecer, que tuviera las manos pringosas, porque había pasado los dedos para rebañar todos los restos de la tarta y no dejar nada en el plato.

—Solo espero que tengas misericordia conmigo, Jack. No quiero que me dejes en la ruina.

La niña levantó la barbilla y lo miró con los ojos entrecerrados, como si de verdad se lo estuviera pensando. Al final asintió, magnánima.

Kate suspiró y se levantó, agotada de tanta palabrería.

—Sigamos haciendo planes para ser ricas hacendadas camino a la cama, señorita. Seguro que el señor Murray está cansado de tanta charla.

Después de que Kate insistiera en pagar la cena, todos caminaron hacia el hotel, donde todavía había un enorme bullicio, porque los vaqueros que iban a participar en el rodeo del día siguiente habían terminado de cenar, pero no parecía que tuvieran planes de irse a dormir temprano.

—Podemos dar un paseo. Todavía no es tarde.

Aunque estaba agotada, Kate aceptó, porque sabía que, de todas formas, sería imposible dormir con el bullicio que formaban todos esos hombres.

—Acostaré a la niña, si no le importa.

Graeme esperó en la entrada del hotel a que ella regresara. A su alrededor los gritos de los juerguistas aumentaban, aunque todavía no eran más de las nueve. A esa hora en casa estaban en la cama, ya que se levantaban muy temprano para emprender las labores con los animales, y no siempre tenían la oportunidad de pasear como esa noche.

Varios de los que iban a participar en el rodeo al día siguiente se tambalearon al pasar junto a él. Esperaba de veras que se recuperasen para la competición, o habría una buena ración de cabezas rotas que arreglar después.

Kate regresó pronto, con un chal grueso sobre los hombros.

—Se ha quedado dormida casi al instante —dijo—. No está acostumbrada a tanto ajetreo.

Graeme le ofreció el brazo y ella lo tomó tras un instante de duda. No era habitual que se tocasen, como no fuera por algo casual, como pasarle un plato o un libro. Kate tenía las manos frías y evitó su mirada. Pudo notar que se estremecía a su contacto. Al anochecer, la temperatura había bajado mucho y su ropa no era la más apropiada para un paseo nocturno. Sin embargo, no se había quejado. Caminaba junto a él, en silencio, probablemente incómoda y sin saber qué decir, tal vez sintiéndose obligada a acompañarle porque creía que le debía algo.

No le había comentado nada sobre su aspecto, y no se había dado cuenta de lo mucho que le molestaba hasta ese momento.

Pero ¿qué esperaba? Ella era su ama de llaves, una empleada. No tenía la obligación de decirle que estaba guapo u horrible sin la barba y el cabello arreglado. Ni siquiera sabía si lo encontraba atractivo. Tampoco debería importarle. Ella no era su prometida ni alguien de quien debiera importarle su opinión. Solo se había afeitado por una especie de deber social.

Incómodo, echó a andar hacia la derecha, sin saber muy bien qué dirección tomar. La noche era fría, pero los edificios impedían que circulase el aire helado. Aun así, ella se estremeció otra vez.

—Mañana será imposible hacer nada útil, porque todo el mundo acudirá al rodeo. Será casi como un día de fiesta. Hablaré con los chicos para que nos busquen un buen sitio, si le apetece ir, señora Kelly.

Kate asintió, con aire distraído. Nunca había acudido a un rodeo, pero estaba convencida de que a Jack le gustaría. Cuando la había dejado en la cama, casi dormida, la niña seguía haciendo planes para su nueva casa, el ganado que criarían y murmurando para sí sobre nuevos dormitorios infinitos, llenos de muebles bonitos, sin tener en cuenta la cantidad de dinero que hacía falta para llevar a cabo todo aquello.

Verla tan feliz debería hacerla sentir emocionada, pero de pronto sentía una especie de dolor en el pecho que no había sentido hasta ese momento.

¿Qué ocurriría si no era capaz de darle a su hija todo lo que Jack soñaba? Hasta ese momento, en que por fin todo se había puesto en marcha, en marcha de verdad, y tenía un documento que lo acreditaba, conseguir su propia casa y su propia tierra le había parecido muy sencillo. Pero el trabajo real comenzaba ahora.

¿Quién no había escuchado las historias de esas familias que lo habían perdido todo y habían tenido que regresar al Este, arruinadas? Algunos al menos habían logrado malvivir en puestos precarios como el que ella había perdido, pero muchos habían tratado de mantenerse en sus tierras hasta que las enfermedades, los ataques de los indios y el hambre habían acabado con ellos.

Caminaron en silencio durante un rato por las calles iluminadas con farolas eléctricas. Cheyenne había sido la primera ciudad en instalarlas en todas sus calles y a Kate todavía le fascinaba que tal derroche fuera posible.

A su alrededor los alborotadores cada vez eran más numerosos y también mucho más ruidosos. Kate apretó el brazo de Graeme sin darse cuenta, aunque a él no pareció importarle.

Pensó en decir algo, quizás en pedirle algún consejo, en volver a darle las gracias, cualquier cosa con tal de romper el silencio, pero no se le ocurrió nada.

No habían estado jamás a solas fuera de la casa, excepto cuando se conocieron, o en el porche o los corrales, con el ganado. Esa idea le resultó extraña. Siempre había habido alguien ahí, ya fuera Jack, los Heller, alguno de los mozos del rancho… incluso cuando estaban en el salón por la noche, cada uno con su libro en las manos, frente al fuego, era como si hubiera alguien más ahí. Solo ahora tenía la sensación de que no había nadie más, sólo él, tan grande, elegante, casi desconocido sin su barba, su melena desordenada y su pelliza, y ella, una viuda ignorante con las manos enrojecidas por el trabajo y aterrada por lo que se le venía encima.

—Deberíamos volver —se le escapó.

No era lo que quería decir, pero la traicionaron su boca y su miedo.

Graeme se detuvo al instante. No se habían alejado apenas del hotel. No llevaban andando más de diez o quince minutos, a paso tan lento que ni siquiera habían salido de la calle principal, larga y pisoteada por los centenares de carretas y personas que la atravesaban cada día.

—Claro. Es tarde y ha sido un día muy largo —respondió Graeme, aunque no lo sentía.

Kate estuvo a punto de desdecirse. Sería tarde si estuvieran en las montañas, pero no lo era allí, en la ciudad. Había tanta vida a su alrededor que a Kate le dieron ganas de decirle que se había equivocado, que podían seguir caminando o hacer algo más, pero ahora era demasiado tarde. Lo vio en la mirada del señor Murray.

Sin embargo, Graeme no se puso en movimiento. La miraba desde la ventaja de su altura y Kate no podía hacer otra cosa que esperar.

Bajo la luz anaranjada de las farolas, su barbilla empezaba a oscurecerse por la barba, y pronto volvería a ser el señor barbudo que ella había conocido. Y sería un alivio, pensó. El hombre que tenía ante ella tenía una boca demasiado suave y sensible para ella, era un señorito de ciudad, educado, rico, importante y jamás podría ser…

Kate cerró los ojos, cerrando el paso a esos pensamientos. No había consentido que se formaran en ningún momento y no iba a permitirlo ahora, que ya estaba todo en marcha para dejarlo.

Serían unos meses más y después… después…

Notó la mano de Graeme en el rostro. Apenas un roce.

Kate abrió los ojos. Tal vez fueron imaginaciones suyas, pero él también parecía estar pensando en cosas imposibles.

Lo vio sonreír. Su sonrisa era mucho más bonita cuando no llevaba esa barba de oso, sin duda. Sintió el impulso de tocarlo ella también. Era de noche y allí nadie los veía. ¿Qué problema había en ceder a la tentación? Además, la piel de sus mejillas parecía muy suave sin todo ese pelo.

Pero no cedió. Su mamá observaba allí arriba y no la habría mirado con buenos ojos desde el cielo. Apretó los dedos y ocultó la mano contra la falda, muriéndose de ganas de tocarlo y algo más.

—Será mejor que volvamos —dijo Graeme, como si leyera sus pensamientos—. Mañana será un día muy largo y todavía nos quedan muchas cosas por hacer antes de regresar.

Kate asintió y los dos caminaron de vuelta al hotel, mucho más deprisa esta vez. No hablaron y tampoco se tocaron. No parecían confiar en sí mismos, y, al despedirse, en la escalera, se limitaron a leves gestos con la cabeza, incapaces de mirarse a los ojos.

Después, en la cama, con la niña inquieta revolviéndose contra su costado, había renunciado al sueño, incapaz de olvidar las historias que le había contado su madre cuando era niña acerca de las

parejas ideales creadas por Dios en el cielo y lo que se sentía cuando uno se encontraba al fin con el hombre destinado para una. Según su mamá, su papá había sido ese hombre para ella. Le había dicho que ella encontraría ese hombre ideal un día y sabría quién era en algún momento, y que no tenía por qué ser a primera vista.

Durante muchos años, había soñado con ese hombre perfecto, hasta que la vida le había enseñado que los sueños a veces se quedaban en eso. Ella había tenido al viejo Frank, que al menos la había cuidado y le había dado a Jack. No se podía pedir una hija mejor. En cuanto al amor, hacía mucho tiempo que había dejado de desearlo y de esperarlo. Sobrevivir era más importante.

Pero ahora…

Cuando había llegado a la casa del señor Murray, no podría haberse imaginado que podía llegar a pensar en él de ese modo.

Y claro que había habido momentos en que se había descubierto a sí misma mirándolo mientras leía o pensando en qué preferiría para comer, pero eso no quería decir que hubiera cambiado de idea acerca de sus planes. Nunca había pensado en volver a casarse, o tener nada que ver con ningún hombre que no fuera el viejo Frank, y no iba a empezar a hacerlo ahora, por mucho que su jefe fuera alto, guapo y más que agradable.

Trató de cambiar de postura en la cama, pero Jack protestó y se quedó quieta. Pensó en las tierras y en su futura casa, en lo bonito que sería vivir allí con Jack. Era mejor concentrarse en eso que en la tentación que había sentido de besarlo. Ella, que jamás había querido besar a un hombre, ni siquiera al viejo Frank, por el que había sentido un cariño desvaído.

Graeme era atractivo y amable, le había dado una oportunidad para crearse una nueva vida, pero lo que estaba empezando a sentir por él no tenía nada que ver con las cosas materiales que le había dado.

Con los ojos clavados en el techo de madera, intentó olvidar su cuerpo contra el de ella, el calor que le había proporcionado y el leve temblor de manos que le surgía cuando recordaba su olor y trató de concentrarse en el trabajo que le esperaba en los próximos años.

Sí, algunos pocos pioneros habían triunfado y habían logrado sus sueños en tierras salvajes, como Graeme, pero muchos más se habían quedado sin nada, y de esos nadie hablaba jamás.

¿Quién hablaría de ella y de Jack si perdían lo poco que tenían y se veían obligadas a regresar a Denver?

Se dijo que era natural sentir miedo, y también excitación ante lo que se avecinaba. Al fin y al cabo, era como asomarse a un precipicio con las puntas de los pies rozando el aire.

Graeme dejó la chaqueta doblada en el respaldo de la silla y suspiró.

Nunca le habían gustado los hoteles, ni siquiera los establecimientos lujosos de Edimburgo o Londres. O ese de París donde había pasado la luna de miel con Anne, en el que les servían croissants de mantequilla y mermelada de frambuesas cada mañana y las sábanas olían a lavanda. Al regresar a Edimburgo, Anne había ordenado que el servicio colocara flores secas de lavanda bajo la almohada cuando se habían instalado en su propia casa.

Se acercó a la ventana.

La calle seguía llena de gente a esa hora, aunque no sabía si era algo habitual o por el rodeo del día siguiente.

Se preguntó si Kate seguía despierta o si ya se había dormido. Si todavía pensaba en lo cerca que habían estado de besarse.

Con Anne jamás había sido así.

Con Anne había sido… fácil. Se conocían desde que eran niños y dar el paso hacia el matrimonio había sido tan lógico y natural como el hecho de que el amanecer seguía a la noche. Se amaban y eran amigos, compañeros y sospechaba que, en el fondo, ella jamás se lo había tomado demasiado en serio. Sin embargo, lo había seguido en todas sus locuras, incluso cuando había dejado su trabajo como abogado en Edimburgo y había comprado unas tierras en un territorio desconocido en Estados Unidos con la intención de instalarse allí para construir un rancho.

Anne lo había seguido, sí, pero, pensándolo con frialdad, aparte de sus charlas sobre obras de teatro, poesía o sobre si eran más conmovedores los sonetos de Burns o Scott, no creía que tuvieran algo más en común. Lo había seguido porque creía que era su deber.

Anne era hermosa, leal, y la amaba, había llorado su pérdida durante mucho tiempo. Todavía seguía llorándola, pero había llegado el momento de seguir con su vida.

Cerró los puños y pensó en las ganas que había tenido de retener a Kate a su lado, de abrazarla y sentirla contra su cuerpo. Y sus ojos… juraría que había visto el mismo anhelo en la mirada de Kate.

Hacía mucho tiempo que no sentía algo así, si es que lo había sentido alguna vez. Su deseo por Anne había sido tranquilo. Entre ellos había habido amor y cariño, pero la pasión no siempre había estado presente, sobre todo en los últimos tiempos. Desde que el bebé había nacido, había comprendido que ella no lo quería a su lado. Y Graeme se había centrado en el trabajo. Sentía que no era bienvenido.

Pero lo peor había sido cuando el pequeño Angus había muerto de fiebres al poco de nacer. Aunque ninguno de los dos podía haber hecho nada por impedirlo, Anne sintió que había sido la culpable por no poder salvarlo. Y se dejó ir con él.

Después de eso, Graeme había enloquecido durante un tiempo. Trabajaba sin descanso y no pisaba su casa. A veces creía que, de encontrarse en Edimburgo, se habría refugiado en la bebida o la violencia, pero él tenía su granja. El cansancio extenuante era lo único que hacía que todavía sintiera algo, aunque fuera dolor y cansancio. Un dolor lacerante en los músculos, los huesos y el alma. Pero ese cansancio extenuante lo anestesiaba al final de cada día y lo hacía caer rendido en la cama hasta que volvía a despertarlo el dolor al regresar el día.

Pensó que jamás se olvidaría de la sensación de su cuerpo sin vida contra él, de la angustia por pensar que había muerto por su culpa, por su capricho de dejar Edimburgo por un sueño absurdo.

Solo al conocer a Kate había vuelto a sentir que algo más que sus tierras y su ganado hacían palpitar su corazón. Pero ella quería irse

de su lado para emprender su propio camino y se lo había dejado muy claro desde el principio. ¿Cómo podía obligarla a quedarse junto a él cuando conocía mejor que nadie el ansia por trazar su destino sin depender de nadie?

Aflojó las manos. Sin darse cuenta, había apretado los puños con tanta fuerza que los nudillos le dolieron al relajarlos.

Ya una vez había hecho que una mujer lo dejara todo atrás por él y en contra de sus convicciones. Esta vez no iba a hacerlo.

Quería estar con Kate y que ella se quedara a su lado, pero sería solo por su elección. Quería a la pequeña Jack, con su descaro y sus trenzas despeinadas. Pero, sobre todo, quería que esa mujer supiera que podía tener un hogar a su lado y seguir sintiéndose libre, si lo deseaba.

XXVII

En algún momento durante la noche se había quedado dormida, con la algarabía de los vaqueros del rodeo todavía retumbando en el edificio. Jack se había dormido hacía rato, pero murmuraba en sueños y pegaba patadas, como cuando era un bebé, despertándola a cada rato, así que, cuando amaneció, Kate tenía la sensación de que apenas había pegado ojo en toda la noche.

Durante unos instantes disfrutó de la sensación del silencio y la tranquilidad, hasta que se dio cuenta de que en realidad esa sensación era más imaginaria que otra cosa. Había voces y ruidos por todas partes y era cuestión de tiempo que alguien llamara a su puerta para devolverla a la realidad.

—¿Crees que habrá tarta para desayunar?

Kate gimió al sentir la rodilla de Jack contra el estómago cuando su hija se giró para levantarse, pero la dejó ir sin hacer un solo amago de retenerla.

Solo al ver que intentaba abrir la puerta para salir de la habitación en camisón se levantó de un salto y la tomó de la cintura.

—¡Alto ahí, señorita Kelly! Recuerda que no estás en casa y que tienes que lavarte y vestirte antes de salir. Seguro que encontramos algo de azúcar para ti en algún lado.

Jack rezongó por tener que utilizar el agua fría de la jarra en lugar de poder darse un baño de espuma en la enorme bañera del señor Murray, pero Kate supuso que tenía demasiada hambre como para seguir protestando mucho rato.

—¿Crees que el señor gigante montará en el rodeo? Les dará una paliza a todos los mequetrefes de los alrededores.

Kate miró el gesto adusto de su hija, que había apretado los puños como si alguien hubiera osado retar a su adorado jefe en su presencia.

La verdad era que dudaba que el señor Murray fuera un buen jinete de rodeo, dada su altura y envergadura, pero no sería ella quien lo bajara de un pedestal en presencia de su hija.

—Si participa, lo animaremos como las que más.

Jack asintió, decidida, y se pasó el peine por el cabello enredado un par de veces antes de darse por satisfecha con el resultado, aunque llevaba las trenzas despeinadas y varios mechones fuera de sitio.

Kate se lavó y se vistió y notó que le dolía el cuerpo por culpa de la tensión del día anterior y de la noche pasada. Pensó que lo último que le apetecía era pasar la jornada rodeada de gente que gritaba y la empujaba, pero que Jack no tendría la oportunidad de ver algo así en mucho tiempo. Ya descansaría al día siguiente.

Por suerte, los vaqueros habían salido en tromba hacía rato para preparar a los caballos y los arreos, y para ensayar sus trucos, para nada dispuestos a que otro jinete más hábil les ganase la jugada y la bolsa. Había una excitación poco habitual en el aire mientras las mujeres llenaban cestas con comida y bebida que luego servirían en el lugar donde se celebraría la competición.

Kate se unió a ellas y se fijó en que, una vez más, no había ni rastro de las Heller, aunque nadie hizo ningún comentario al respecto en esta ocasión, quizás porque había otros temas de los que charlar, como que la joven estrella de los rodeos, Charlie Myers, se dejaría caer por allí.

—Dicen que el año pasado ganó todo lo que puede ganarse y que este año la gente va a verle solo para comprobar que no se rompe la cabeza en el circuito —dijo una mujer, troceando un enorme bizcocho y envolviendo las porciones en papel marrón antes de guardarlas en una cesta.

—Pues yo lo que he oído es que hace unos meses un potro de cuatro años le pateó la sesera y se ha vuelto loco —dijo otra,

apuntándose a la cabeza con una cuchara de madera y abriendo mucho los ojos.

—Eso explicaría todas las majaderías que hace últimamente —dijo la primera, encogiéndose de hombros.

—¿Acaso no hacen tonterías los hombres a todas horas? —preguntó alguien haciendo que todas rieran como gallinas.

Kate removió la salsa de lo que parecía un guiso que mezclaba todo tipo de carnes, mientras escuchaba su charla, aunque sin demasiado interés, cuando vio que un hombre joven, de mediana estatura, que vestía una camisa roja ajustada, un chaleco de cuero negro y un pantalón con remaches metálicos, pasaba a su lado y la saludaba con la cabeza y un murmullo grave.

El silencio que se hizo en la cocina fue atronador mientras el joven, rubio y tan tranquilo como si se encontrase en su propia casa, se servía un café y desenvolvía un trozo de bizcocho antes de llevárselo a la boca.

—Mi teoría favorita —dijo el joven, masticando el bizcocho y sonriendo con los labios llenos de migas—, es que Charlie se enamoró sin esperanza de una chica india y que ella murió, partiéndole el corazón. Desde entonces, el pobre idiota vaga y busca la muerte del modo más estúpido posible. Todo un personaje, ese Charlie. —Añadió, chasqueando la lengua contra el paladar y guiñando un ojo a su atenta audiencia, que lo miraba, pasmada, sin saber muy bien cómo reaccionar—. Pero espero que no se crean ustedes nada de todo eso, queridas damas. Es un buen muchacho y seguro que sentará la cabeza un día. Solo necesita encontrar el lugar indicado y a la mujer apropiada, y eso es cuestión de tiempo y suerte. —Se llevó una mano al pecho y las saludó a todas con una sonrisa encantadora en los labios—. Gracias a todas por el delicioso desayuno, mis hermosas damiselas. Espero que vengan a verme después.

Las mujeres murmuraron, aunque nadie se atrevió a abrir la boca para responderle.

El vaquero se terminó el café y el bizcocho y lavó la taza antes de dejarla en la pila de vajilla limpia.

Después hizo una reverencia ágil y dio un brinco para entrechocar los tacones de las botas en dirección a su público, que no se atrevió a respirar hasta que abandonó la cocina.

De pronto una algarabía de chismes y risas hizo que el ambiente se convirtiese en un infierno. Todas las que antes lo habían criticado ahora alababan su gallardía y simpatía. No se podía negar que Charlie Myers era un experto en ganarse a su público.

Kate miró a Jack, que había seguido desayunando como si nada. Sospechaba que, mientras hubiera algo dulce para comer, esa niña ni siquiera notaría que pasaba una estampida de búfalos junto a ella. De hecho, comía bizcocho embadurnado en mermelada con tanta concentración, que era posible que ni siquiera hubiera notado que el famoso Charlie Myers había entrado en la cocina y había montado todo un espectáculo.

Kate no pudo evitar sonreír mientras daba vueltas sin parar al guiso, que empezaba a emanar un aroma delicioso. No cabía duda de que ese tal Charlie era un tipo de cuidado, y que no tenía ni idea de lo que era la vergüenza.

Lo bueno que tenía viajar a la ciudad era que todo el mundo estaba allí, a unos pasos de distancia, y que cerrar negocios solo era cuestión de paciencia y de dinero, algo de lo que, en general, Graeme iba bien servido.

Para antes de mediodía, ya había cerrado la venta de varias cabezas de ganado y había comprado unas reses de pelo rojo con las que probaría cruzar algunas de las suyas, para comprobar su resistencia en invierno. También había aprovechado la presencia de tantos vaqueros para el rodeo para contratar a unos cuantos. Muy pronto necesitaría más mano de obra y en invierno no resultaba sencillo encontrar hombres en las montañas. Otros granjeros sin escrúpulos no dudaban en robárselos a los vecinos, ofreciéndoles más dinero, pero ese no era su estilo. En Cheyenne había muchos peones de rancho desempleados en busca de trabajo y siempre era buen momento de contratar gente. Muchos de ellos habían trabajado en ranchos de Texas o del oeste y tenían experiencia, pero

otros solo estaban de paso camino de otro estado. Algunos se quedarían una temporada y se largarían en cuanto hubieran ahorrado unos dólares, pero siempre cabía la posibilidad de que a alguno le gustara el frío de Wyoming y el trabajo duro y se quedara para siempre.

Normalmente contaba con Otto para las entrevistas, pero no lo había visto desde que habían llegado, el día anterior.

Aunque no quería desconfiar, tenía la sensación de que su amigo lo esquivaba.

—Dicen que busca hombres.

Graeme tardó en darse cuenta de que le hablaban a él.

El tipo vestía como un fantoche y parecía tan delgado que estaba convencido de que cualquier brisa no demasiado fuerte lo lanzaría por los aires. Además, no había tenido la decencia de quitarse el sombrero ni de presentarse antes de hablarle, y eso hizo que le cayera mal nada más verlo.

—Ya he contratado a más hombres de los que necesito —respondió con acritud, dándole la espalda al rubio, que le tomó del brazo y lo obligó a volverse.

Lejos de parecer avergonzado por su actitud, sus mejillas pálidas habían enrojecido de furia y sus ojos azules echaban chispas. No debía de tener más de veinte años y tenía el aspecto de un angelito demasiado crecido, aunque no lo bastante como para tener barba. Graeme no tenía ganas de aguantar a engreídos y quería buscar a Otto, así que trató de zafarse de él.

—Necesito un trabajo.

Graeme gruñó y miró la mano del vaquero, todavía aferrada a la manga de su chaqueta. El rubio comprendió su gesto y lo soltó. Por primera vez vio algo de incomodidad en su rostro, aunque no fue suficiente para pedirle disculpas.

—Supongo que comprende que ese no es mi problema, muchacho.

Las mejillas del chico se sonrojaron todavía más.

—Soy bueno.

Su voz era ronca y sus ojos brillaron.

Graeme pensó que el chico tenía ganas de golpearlo, pero también él comenzaba a sentir deseos de soltarle un puñetazo a ese mocoso. Y lo haría si no le dejaba en paz de una vez. Aunque también era cierto que su rabia no era toda debida a su mala educación. Había pasado una mala noche y se temía que ese mequetrefe estaba pagando por su mal genio. Por eso, trato de suavizar su tono cuando le respondió.

—No lo dudo, pero no puede ir usted exigiéndole a la gente que lo contrate. Supongo que lo comprende. Y ahora —dijo Graeme, llevándose la mano al ala del sombrero—, tenga usted buen día, señor.

El chico lanzó un bufido digno de un búfalo y se largó al fin sin despedirse, tal y como había llegado.

Graeme enarcó una ceja y lo miró marcharse, sin lamentar ni por un instante su decisión. Un hombre con un genio así en la plantilla no atraería más que problemas.

Decidió dar un paseo por los establos para ver cómo se encontraban los caballos y para preguntar si alguien había visto a Otto. Pagaban el mejor establo y a un muchacho que cuidaba de los animales y las carretas de su comitiva en exclusiva, pero nunca estaba de más vigilar que se cumplían las condiciones pactadas, y más cuando los establecimientos de la ciudad estaban a reventar. Seguro que había poco espacio para los caballos y el personal para atenderlos era escaso.

Nada más entrar en las cuadras, atestadas de animales que relinchaban y pedían atención, entre el apabullante olor a heno sucio y a mierda sin palear, se dio cuenta de que no había sido el único en pensar en pasarse para ver cómo trataban a sus caballos. Otto también estaba allí. Se sintió feliz cuando lo vio, de espaldas a él, hablando con alguien. Para su sorpresa, charlaba con el joven rubio que él había rechazado contratar.

—Los tienen demasiado apretujados aquí —le decía en ese momento a Otto—. Dios quiera que no ocurra un incendio o un accidente, porque morirían todos de un modo horrible.

El chico rubio, con un tono dulce muy alejado del que había utilizado cuando había hablado con él, acariciaba a una de las yeguas de la granja, que emitió un relincho suave en respuesta. El joven regaló caricias y grano a todos los caballos del establo y comprobó sus cascos y pelajes, que tuvieran heno y agua frescos, aunque Graeme dudaba que trabajara allí. No había rastro del muchacho al que habían pagado para que cuidara de los animales y los tiros, y supuso que se estaba ganando una pequeña fortuna cobrando también a otros recién llegados a la ciudad por unos cuidados que no proporcionaba.

El joven comprobaba con habilidad las pezuñas de los caballos, sus orejas y sus hocicos, les hacía unos arrumacos, sin ganarse mordiscos ni coces. Pocas veces había visto a nadie que se moviera con tanta soltura entre caballos como ese chico.

—¿Qué te parece, jefe? Tenemos al mismísimo campeón Charlie Myers cuidando de nuestros animales.

El famoso jinete de rodeos se sonrojó al escuchar a Otto referirse a él en esos términos y Graeme pensó que ese título era algo de lo que el chico quería deshacerse, como si fueran unas botas viejas.

Graeme carraspeó y miró de reojo a la yegua a la que había acariciado Charlie al principio. Jamás la había visto tan tranquila. Ese animal era tan arisco que no había mano que no hubiera probado sus dientes. Sin embargo, con él se comportaba como un cachorro dócil.

—Sobre lo que hemos hablado antes, muchacho —dijo Graeme—, nunca viene mal alguien con buena mano con los caballos.

Charlie no pareció comprender sus palabras a la primera, aunque de pronto se quitó el sombrero y asintió, haciendo que su mata de pelo rubio le cubriera todo el rostro.

—Muchas gracias, señor. Y disculpe lo de antes. Es solo que a veces me comporto como un perro salvaje, ya lo decía mi abuela, que en Su gloria esté. Usted parecía tan finolis y estirado que sacó lo peor de mí, señor…

Graeme escuchó cómo Otto ahogaba una risita tras él y no tuvo más remedio que suspirar y perdonar al chico.

—Ve, anda. Búscanos al final del día y hablaremos de las condiciones.

No tuvo tiempo de decir nada más, porque Charlie ya se había largado sin decir adiós, olvidando otra vez sus modales.

—Nos arrepentiremos de esto, estoy seguro de ello.

Otto se encogió de hombros y rio.

—Solo es un chiquillo, ya crecerá cuando se dé unos cuantos golpes que no sean desde lo alto de un caballo salvaje. La vida se encargará de ello, descuida.

Graeme sonrió. Había echado de menos a su amigo.

—Quién sabe —añadió Otto, dándole la espalda y palmeando el lomo de uno de los caballos—. A lo mejor un día se convierte en un buen vaquero. Si tú lo conseguiste, todo el mundo puede.

Se hizo un incómodo silencio entre los dos, algo que no habría ocurrido hacía tan solo unos días.

Graeme sentía que no había hecho nada malo y que el asunto con Deb no era más que una chiquillada, pero su padre quizás no pensaba lo mismo.

—Helga y yo hemos estado pensando que a lo mejor ha llegado el momento de cambiar de aires. Cheyenne no es un mal sitio y hay muchas oportunidades para alguien con ganas de trabajar.

No lo estaba mirando y no vio la expresión de Otto cuando dijo aquellas palabras.

A lo largo de los años habían hablado a menudo de planes de futuro y sobre si Wyoming era el lugar definitivo. Otto nunca lo había tenido claro, aunque parecía feliz en las montañas. Había escuchado cientos de veces cómo habían llegado desde Alemania para establecerse en Texas, cómo habían fracasado y cómo habían reunido lo poco que había quedado para llegar hasta Wyoming. Sabía que soñaba con tener su propio rancho y su propio ganado, pero no lo lograría si se iba ahora. No podía imaginárselo afincado en una ciudad, pero no sabía qué decirle que no pareciera interesado.

Graeme quiso hablar, convencerlo de que no podría seguir adelante sin él en el rancho y con los planes de expansión, pero se limitó a asentir. Decirle aquello sonaría tremendamente egoísta.

Otto tampoco dijo nada más y lo dejó en el establo, rodeado de animales, sintiéndose como un completo idiota por ser incapaz de retener a su mejor amigo y compañero por culpa de algo que ni siquiera había podido controlar ni prever.

Pensó que debería haberle hablado acerca de lo que sentía por Kate. Algo que, por otra parte, él había notado antes que de que él mismo se diera cuenta. Quizás podría haberle aconsejado acerca de cómo hablarle, de cómo pedirle que…

¡Dios, la solución era tan evidente!

Había estado delante de sus ojos y había sido incapaz de verla.

Debía pedirle a Kate que se casara con él. Eso acabaría con los rumores que se levantaban a su paso, aunque había tratado de ignorarlos. Los que no hablaban de que había incitado a la hija de su socio, murmuraban acerca de él y de Kate.

Hablar con sus vecinos y tratar de desmentirlos no serviría de nada, pero había otras maneras de cortar el veneno antes de que dañara a Kate y a Deborah. Incluso a la pequeña Jack.

Pero no podía hablarle de eso a Otto. No después de haber rechazado a su propia hija hacía apenas unos días. ¿Cómo iba a decirle a su amigo que quería casarse con su ama de llaves apenas unos días después de decirle que no quería saber nada de ninguna mujer? Sonaría ridículo.

Se sintió inquieto ante lo fácil que parecía todo en su cabeza, pero lo complicado que era en realidad. Notó que la felicidad estaba ahí, al alcance de su mano, si tan solo Kate aceptaba. Sin embargo, algo le decía que no iba a ser tan sencillo.

XXVIII

—¿Y no le dijo usted nada?

Kate se había reunido con Graeme detrás de los establos, tal vez el único lugar tranquilo en toda la ciudad en ese momento. Tanto los alrededores como el descampado donde se celebraría el rodeo eran un pandemonio de hombres, bestias, gritos y mugidos.

Jack había salido a jugar con los otros niños, algo de lo que no tenía ocasión casi nunca, teniendo en cuenta que los vecinos más cercanos al rancho eran los Heller y Deb no era precisamente una niña. Algunos de los trabajadores tenían hijos pequeños, pero todos ellos tenían asignadas tareas diarias y pocas veces había tiempo jugar. También Jack tenía sus propias tareas, pero nada comparable con las de los hijos de los peones. Graeme había dejado claro que quería que Jack dedicase parte del día a los estudios y no a trabajar, y Kate no se lo agradecería jamás lo suficiente. Antes de cenar supervisaba las lecciones de cada día y fingía ser un profesor severo, aunque no engañaba a ninguna de las dos. Por eso, ahora que era libre de sus labores por unos días, Jack parecía un cachorro salvaje y aprovechaba cada minuto libre de las riendas de su madre para jugar y correr.

Graeme jugueteaba con su sombrero y miraba por encima de su hombro. La barba sombreaba su mandíbula, vestía ropa más informal que el día anterior, lo que lo hacía sentir más cercano. Por algún motivo, Kate se sintió más tranquila con él, como si su jefe, el señor Murray de los días de diario, hubiera regresado.

Cuando se había acercado a ella en la cocina del hotel, con los ojos turbios y oscuros, le había tomado la mano para que lo acompañara y había notado enseguida que había ocurrido algo.

Supuso que necesitaba hablar con ella en privado, así que lo siguió en silencio, haciendo caso omiso de las miradas curiosas de las otras mujeres, que cuchichearon a sus espaldas entre mondas de patatas y peroles hirviendo. A lo largo de todos esos días había sido imposible no escuchar los rumores que corrían en el hotel acerca del señor Murray y el modo en que había rechazado a Deborah Heller.

A esas alturas, había versiones para todos los gustos. Unos decían que él la había embaucado e incluso seducido y luego la había abandonado cuando la muchacha le había exigido que cumpliera con su deber. Otros iban más allá y aseguraban que ella estaba embarazada. Por suerte, había quien se acercaba a la verdad y defendía a Graeme, diciendo que Deb no era más que una chiquilla caprichosa, pero a esos los acallaban con gruñidos.

Kate había tratado de ignorar los dimes y diretes, pero a veces se le hacía complicado no hablar. Cuanto más trataba de defender a su jefe, más miradas de sospecha se ganaba. Tal vez por eso Helga había pasado tanto tiempo lejos del hotel. Ahora comprendía lo duro que tenía que haber sido para ella lidiar con el asunto, y más sola, porque Otto no era del tipo de hombre que se enfrentaba a la gente, aunque tuviera motivos de sobra para hacerlo.

—Los Heller quieren irse. Me lo ha dicho Otto hace un rato —dijo Graeme una vez a solas.

Kate lo escuchó en silencio, y comprendió que lo que lo preocupaba iba más allá de lo económico, aunque él no hacía más que nombrar cosas como el ganado, la organización y las tierras.

Graeme tenía pocos amigos y ninguno como Otto, aunque hablar de ello le resultara imposible. Perderlo por culpa de un malentendido era absurdo. Sin embargo, más absurdo era callar y dejar que sucediera.

—¿Y se ha quedado tan tranquilo cuando se lo ha dicho?

—Poco puedo hacer si han tomado la decisión de hacerlo.

Kate recuperó su mano, aunque él frunció el ceño en señal de disgusto. Aun así, no hizo nada por recuperarla.

Ese hecho hizo que Kate se diera cuenta de algo: Graeme era un hombre voluntarioso, firme, decidido, capaz de todo cuando quería

algo… pero también era incapaz de imponerse a alguien en contra de su voluntad.

Suspiró y lo miró.

—Supongo que hay opciones —comenzó, con mucho cuidado—, aunque es usted el que debe decidir.

Graeme levantó la mirada que había fijado en el suelo, animado de pronto.

—¿Opciones?

Kate dudó antes de hablar, sabiendo que lo que iba a decir podía cambiarlo todo.

—Podría usted casarse con Deborah Heller. Eso lo solucionaría todo.

Graeme la miró con tal incomprensión que pensó que había hablado en otro idioma. Durante unos instantes, se sintió aterrada, esperando su respuesta. No fue consciente de su miedo hasta que él abrió la boca para responder.

—No —dijo él al fin—. No podría casarme con alguien por quien no sintiera afecto. Ni siquiera por el rancho. Deb no es más que una niña encaprichada. No sabe lo que quiere en realidad y estoy seguro de que lo que siente por mí no es amor.

Kate tragó saliva y contuvo el temblor de las manos. El corazón le palpitaba con tanta fuerza que era casi doloroso. Nunca había sentido nada así y no sabía si era algo bueno o no.

—Bien, entonces tendrá que hablar con Otto y Helga y decirles que no quiere que se vayan. Sea sincero. Los Heller son sus amigos y lo escucharán.

Graeme se limitó a asentir y Kate supuso que esa respuesta le valía. Se sintió aliviada de un modo que hizo que se sintiera mareada. Fue un alivio que él le tomara el brazo para acompañarla al rodeo. Durante unos instantes ni siquiera fue consciente de lo que la rodeaba, ni de los gritos ni del gentío. Solo podía sentir el calor de su brazo y el júbilo de su corazón.

Pensó que no debería estar sintiendo eso por el señor Murray.

Él era su jefe, no un hombre más. Tal vez podría sentir algo semejante por otro, pero no por él.

Quizás, cuando la casa estuviera construida y ella y Jack estuvieran asentadas… Entonces los dos estarían en igualdad de condiciones. Más o menos. Eso lo haría posible…

Notó cómo se sofocaba y tosió al sentir que le faltaba el aire.

—¿Se siente usted bien?

—Sí, claro. Es solo que hay mucho polvo —respondió Kate ocultando el rostro tras un pañuelo.

Era cierto que había una enorme polvareda. No solo se había reunido una cantidad enorme de gente en la ciudad, aunque todavía era temprano, sino que el trasiego de caballos y ganado había levantado la tierra del suelo y ya se había formado una nube de polvo que hacía toser a la gente. Algunos trataban de refrescar los gaznates con cerveza fría y había muchos hombres que ya estaban borrachos, lo que no hacía mucho por acallar el ruido.

Gritos, cánticos, apuestas, música de violines y guitarras, carpas que vendían todo tipo de comida y bebida… Kate jamás había visto nada semejante. ¡Y el día anterior apenas había nada más que un descampado ahí!

De pronto se preocupó por el bienestar de su hija entre semejante barahúnda. No le pareció imposible perderla para siempre entre semejante pandemonio.

Miró a su alrededor con angustia creciente.

Como si supiera lo que buscaba, Graeme la tranquilizó diciendo que había dejado a los niños al cuidado de algunos de los trabajadores de la granja.

—No tiene usted que preocuparse. Estará tan segura como bajo sus faldas. Nos reuniremos con ella a la hora de la comida y después veremos juntos al tal Charlie Myers y comprobaremos si es tan bueno en lo suyo como dicen.

Kate no pudo evitar sonreír ante sus palabras.

—¿Por qué tengo la sensación de que quiere usted verlo fallar?

Graeme se detuvo y la miró. Los ojos le brillaban con cierta malicia y un rizo oscuro le caía sobre la frente.

Kate recordó el roce de su mano en la mejilla y las ganas que había tenido de dejarse llevar.

Graeme en la ciudad era tan distinto… Un hombre más relajado, más sonriente, más cercano. Y, por ello, más peligroso.

De un hombre así le costaría mucho más alejarse cuando llegara la hora de marcharse.

Durante unas décimas de segundo, un tiempo tan diminuto que era casi inexistente, pensó que casi habría sido más sencillo que él se casara con Deborah Heller. Ella se marcharía de su casa y no volvería a pensar en él más que con agradecimiento por su ayuda. Porque esa parte jamás podría olvidarla.

—¿Está usted segura de que se encuentra bien, señora Kelly?

Kate se obligó a sonreír.

—Por supuesto. Es solo que hay demasiada gente y no estoy acostumbrada a las multitudes. Me he acostumbrado a la calma de las montañas.

Mientras caminaban entre el gentío, Graeme pensaba en lo que Kate le había dicho hacía unos minutos.

La solución a todos sus problemas era una boda. Los dos habían llegado a la misma conclusión, aunque no hubieran pensado en la misma novia.

Los Heller comprenderían que hubiera rechazado a Deb si supieran que él quería casarse con otra. Solo tenía que plantearlo de la forma adecuada.

Y Kate… bien… En realidad, era la única a la que quería.

Si ella lo rechazaba, lo aceptaría, estaba claro. Pero si el único motivo que aducía era que quería construir su propia casa, no se conformaría con tanta facilidad.

Disimuló su nerviosismo caminando más deprisa. Probablemente ella pensó que estaba loco al meterse entre el grupo más ruidoso, pero lo siguió de todas formas. Hacía rato que no decía nada y tenía

la mirada ausente. Le habría gustado llevarla aparte y tranquilizarla, decirle que no tenía de qué preocuparse, pero ya habría tiempo para eso cuando todo el asunto del rodeo hubiera pasado.

De hecho, ojalá toda esa gente se volatilizase en el aire y pudiera tenerla para él, en silencio.

Y ojalá pudiera decirle lo que había pensado durante la noche, después de dejarla ante la puerta de su dormitorio.

Había caminado durante horas, haciendo crujir las tablas del suelo, hasta que le habían dolido las plantas desnudas de los pies y se había estirado en la cama, que no abarcaba su enorme estatura. Al final se había tumbado en el suelo, con las mantas y la almohada, pensando en las ganas que había sentido de besarla hacía unas horas, a la luz de las farolas.

Y juraría que había visto el mismo anhelo en los ojos de Kate. Aunque también había visto miedo.

Y eso había hecho que sintiera repugnancia por sí mismo.

¿Cómo podía aprovecharse de una mujer que había acudido a él para que lo ayudase? Kate confiaba en él, confiaba en que la protegería a tanto ella como a su hija. Y, mientras tanto, él pensaba en…

Desde la muerte de Anne no había sentido nada tan fuerte por nadie. De hecho, si lo pensaba con frialdad, por ella no había sentido nada similar. Anne había sido su amiga, su compañera de lecturas, pero jamás habían compartido las mismas inquietudes ni lo había comprendido de verdad. En el fondo, ella lo había seguido solo porque había pensado que era su deber, convencida de que se acabaría arrepintiendo y regresarían a su verdadero hogar. Y hacia el final, era posible que incluso lo odiara y creyera que lo que había ocurrido con su hijo fuera culpa suya.

Con Kate sentía que podía hablar de cosas de las que con Anne no se habría atrevido ni siquiera a mencionar, como el parto de una vaca. Era posible que no comprendiera la profundidad de los poemas que él amaba, pero le gustaba escucharlos cuando se los leía, sin necesidad de más que eso y disfrutaba del silencio de la noche, cuando Anne anhelaba el bullicio de los teatros y las fiestas.

Un solo roce de la mano de Kate cuando le pasaba una taza de café le provocaba un temblor de placer y anhelo al mismo tiempo, algo que Anne jamás le había provocado.

Había algo que la luchadora Kate Kelly despertaba en todo su cuerpo que la delicada y hermosa Anne jamás había provocado en él.

Kate era sincera, directa, y, sin embargo, no parecía comprender sus propios sentimientos. O tal vez los temía.

Oh, sí, él conocía esa sensación. Graeme también llevaba años temiendo mostrar que todavía tenía un corazón que latía, que sentía. En el caso de Kate, según lo poco que le había contado de su matrimonio con el padre de Jack, dudaba que hubiera llegado a amar a su marido, al menos no como una esposa debe amar. Aquello era, si cabe, más terrible que su propia situación, que sí había sentido un cariño profundo y una amistad sincera por Anne. ¿Cómo iba a reconocer Kate lo que ocurría en su interior si jamás lo había sentido?

¿Tenía derecho él a irrumpir en su vida cuando él solo podía, o más bien ansiaba, atisbar pistas de que sentía lo mismo que él?

En los meses que Kate y Jack llevaban viviendo en su casa se había descubierto pensando que ya no deseaba seguir solo. Tanto su madre como los Heller tenían razón, aunque sus propios argumentos no eran los que ellos sostenían una y otra vez. Martha le había insistido miles de veces que su deber era casarse para perpetuar el apellido de los Murray y para que su fortuna no se perdiera. Además, estaba convencida de que, con una esposa e hijos, viajaría más a la ciudad a visitarla y acabaría regresando allí para afincarse junto a ella. Y, con el tiempo, quién sabía, regresar a Edimburgo. Otto y las Heller eran más prácticos y lo veían todo de un modo más sencillo. Pensaban que ningún hombre podía aguantar solo tanto tiempo sin volverse loco o un excéntrico, como Sweet Joe. Suponía que creían que, si todavía no hablaba con el ganado, era solo cuestión de tiempo.

Ahora comprendía que Otto y su Helga probablemente hubieran tenido esperanzas de que acabara casándose con Deb. E incluso

comprendía a la chica. Él era casi el único hombre lo bastante joven y con fortuna a quien se podía considerar un buen partido.

Durante la noche de insomnio hasta había recordado algún episodio que podría considerar censurable hacia la muchacha. Demasiados mimos por su parte, regalos que le llevaba cada vez que viajaba a la ciudad, dulces… Para él no era más que una niña, pero Deb había dejado de ser una niña hace tiempo.

Sí, una boda era la solución para cortar de cuajo con los rumores y también con los malentendidos con los Heller, pero no sería con Deborah.

No comprendía cómo no se le había ocurrido antes. Solucionaría muchos problemas al mismo tiempo que era evidente.

Graeme sonrió y apretó la mano de Kate, que lo miró con gesto ausente.

La condujo hasta la grada, ya a rebosar de público. Se sentaron en el asiento que habían construido el día anterior en un tiempo que a Graeme le había parecido increíble. Sin embargo, ahí estaba, estable y firme como una montaña, albergando a lo que parecía la población de Cheyenne entera y a parte del estado. Eran apenas las once de la mañana y se agradecía el aire fresco ante la afluencia de gente. El sol era brillante y no amenazaba lluvia, por lo que se preveía un día festivo alegre y largo.

De pronto, el griterío aumentó, anunciando que los festejos estaban a punto de comenzar.

A su lado, Kate pareció encogerse. Se la veía incómoda e insegura y recordó que le había dicho que uno de los motivos de aceptar el trabajo en las montañas era que deseaba alejarse de la ciudad y de las multitudes. Era posible que ella se considerase una aventurera, pero en ese momento no lo parecía.

Sin decir una sola palabra, que de todas formas tampoco habría escuchado, se levantó y tiró de ella para que lo siguiera otra vez.

De un modo quizás más rudo de lo que habría deseado, la tomó de la mano y la arrastró entre la multitud expectante. En la pista improvisada, uno de los vaqueros había salido montando un toro y

parecía estar resistiendo el empuje del animal salvaje, para deleite del público.

La gente los empujaba y les gritaba porque no los dejaban ver el espectáculo, pero Graeme logró sacar a Kate de la barahúnda y la llevó lo más lejos que pudo, donde al fin podría escuchar lo que estaba deseando decirle.

Había pensado esperar a esa noche, pero ¿qué sentido tenía aguardar tanto?

Le tomó las manos y se las llevó al pecho.

Los ojos de Kate, que ya parecían enormes por la impresión sufrida en las gradas, se abrieron más si cabe.

Graeme trató de mostrarse serio, pero su rostro no parecía capaz de colaborar. Pensó que debía de estar sonriendo como un idiota, y Kate seguramente pensaba que estaba loco, y por eso lo miraba de ese modo.

—Cásate conmigo.

Le salió sin más.

Lo cierto era que no le había dado muchas vueltas a cómo pedírselo.

Había pensado en los motivos para no hacerlo. En que ella no era de su clase, como su madre señalaría, sin duda. En que no lo quería ni había mostrado señales de hacerlo. Sí sabía que sentía por él un tibio aprecio, que podía achacarse al agradecimiento. Y tampoco se le iba de la cabeza que ella le había dicho desde el principio que no iba a quedarse…

Pero sobre todo había pensado en que quería hacerlo. Oh, sí. No quería engañarse más a sí mismo. Ya no quería regresar a su casa y pensar en Kate como su criada, o ama de llaves, o lo que diablos fuera. Quería llegar, quitarse el abrigo y besarla hasta hartarse. O besarla sin tener que quitarse el abrigo siquiera.

Le daban igual todas las excusas que se había planteado a sí mismo para no pedirle matrimonio: los Heller, las habladurías, la soledad… todo aquello no eran más que tonterías. Lo cierto era que…

—¿Se ha vuelto usted loco? ¿Qué dirá su mamá si se entera de que me ha propuesto matrimonio? ¡A mí!

Kate habló en voz tan baja que él casi imaginó lo que había dicho. Graeme pensó que esa era una respuesta tan propia de ella que se echó a reír. Al verlo así, Kate dio un respingo y pareció estar a punto de salir corriendo.

Graeme se sentía inexplicablemente feliz.

Kate no había dicho que no. Y tampoco había salido huyendo de él.

Se sintió tan aliviado de que ella no lo hubiera rechazado que tomó su rostro entre las manos y la besó.

XXIX

Kate pensó que el mundo a su alrededor había enloquecido.

Hasta hacía unos minutos, ella era una mujer corriente, quizás con demasiados sueños, pero una mujer normal, al fin y al cabo. Tenía un trabajo, una hija y la esperanza de poseer una casa propia donde criarla en las mejores condiciones posibles. Y, sí, quería tener flores y sus propias verduras en el huerto.

Y ahora su jefe, ese hombre enorme como un oso, generoso, capaz de destrozar la melodía más preciada con una gaita, la estaba besando.

Pensó que no debería reaccionar.

Ella era una viuda que había recibido besos antes. El viejo Jack la había besado a veces, pero nunca se había sentido así cuando la tocaba.

El señor Murray ni siquiera la abrazó. Solo le había tomado la cara entre las manos y había unido los labios a los suyos. Casi se diría que la besaba sin pasión, que lo hacía porque estaba nervioso y no sabía qué más hacer. Sin embargo, Kate sintió que perdía el aliento y el equilibrio.

Debía de ser por el horror.

Aquello no podía estar ocurriendo.

Debería detenerlo.

Además, le había pedido matrimonio.

Lo más probable era que estuviera borracho, aunque jamás lo había visto beber más allá de un poco de cerveza.

A su pesar, Kate gimió.

Quiso creer que era un gemido de protesta, pero no lo fue. Y él tampoco lo creyó así. De hecho, Graeme, después de unos instantes inmóvil, movió sus manos y al fin la envolvió entre sus brazos.

Kate agradeció su abrazo. No estaba segura de cuánto tiempo iba a aguantar sobre sus piernas. Sus brazos siguieron su propia voluntad y se enroscaron alrededor de su cuello.

—Señor gigante —murmuró sin darse cuenta, usando el sobrenombre que usaba Jack para llamarlo.

—Todavía no has dicho que no. Eso me da esperanzas.

Kate notaba los párpados pesados. Él ya no la besaba, pero tampoco la había soltado.

Debería sentirse avergonzada y escandalizada por estar en los brazos de un hombre que no era su marido, pero no encontraba las fuerzas para soltarlo. Era como si su cabeza se negara a responder sus órdenes y solo funcionara el corazón.

Y su corazón, oh, su corazón, saltaba de alegría.

—No recuerdo la pregunta.

Lo que tampoco recordaba era haberlo visto tan cerca jamás. Quiso pasar una mano por su cabello y acariciar su rostro, pero no se atrevió. Temía romper el hechizo si se movía.

Él sonrió. Sabía que mentía.

Cómo decirle que no podía aceptar. Casarse con Graeme supondría renunciar a todo lo que había deseado durante años.

Como si leyera sus pensamientos, él la soltó tras besar su frente.

—Como sé que eres una mujer autosuficiente, y quiero que sepas que te admiro por ello, te plantearé nuestro matrimonio como un trato justo para los dos.

Kate abrió la boca para decir algo, aunque la cerró de golpe al ver su sonrisa burlona.

Se sentó en un tocón de madera que alguien había dejado allí olvidado tras la construcción del estadio de rodeo.

Acomodó las faldas alrededor de las piernas y trató de calmar sus pensamientos. Si lo que quería proponerle era un trato, ¿por qué la había besado así?

Inspiró hondo y lo miró, aunque lamentó al instante haberse sentado, porque él parecía todavía más alto, así que volvió a levantarse para no parecer ridícula junto a él.

—Le escucho, aunque no me gusta hablar del matrimonio en esos términos tan fríos. No me considero una mujer romántica, pero no le deseo a nadie un casamiento sin amor.

Mantuvo la mirada fija en él para que comprendiera que para ella no valía cualquier cosa. Era posible que él fuera muy superior en cuanto a fortuna y educación, pero Kate no estaba a la venta y quería que eso le quedara muy claro.

Graeme asintió, satisfecho.

Kate no comprendía nada de lo que estaba ocurriendo, así que esperó. Él, en cambio, no parecía tener prisa por hablar. A lo lejos se escuchaban los gritos de los espectadores del rodeo, que aclamaban a los campeones o que abucheaban a los que caían, víctimas de su torpeza. Las calles, a su alrededor, habían quedado prácticamente vacías y todo el mundo parecía estar en el espectáculo, salvo ellos dos.

—Ayer, después de dejarte junto a tu habitación, estuve pensando. No podía dejar de pensar en ti. —Graeme calló y la miró. Tenía los ojos brillantes y sus mejillas habían enrojecido—. No quiero que pienses que soy… Que yo… —Volvió a acercarse a ella y, por unos instantes, Kate pensó que iba a volver a besarla, pero no lo hizo. —Creo que tú y Jack sois felices en las montañas…

—Jack te quiere mucho y nunca había estado tan sana. Le sienta bien el aire fresco. En la ciudad no podíamos estar juntas tanto como a mí me habría gustado y aquí puede correr todo lo que quiere. Cuando tengamos nuestra casa, será todavía mejor. Crecerá y se convertirá en una mujer fuerte y libre, algo que no podría haberle dado si no fuera por ti.

Graeme inspiró hondo. No era lo que quería escuchar, pero no dijo nada durante un par de minutos. Cuando habló, su voz era más grave y casi un susurro.

—Tú y yo nos llevamos mejor que muchas parejas.

—Pero eso no es motivo para casarse. Comprendo que los hombres necesitan compañía femenina. He estado casada y tengo hermanos. Y viví en un campamento lleno de gente de todo tipo, no te puedes imaginar hasta qué punto, y después en una ciudad muy ajetreada durante años. No soy una niña inocente. Has estado solo durante mucho tiempo, pero yo no soy la mujer indicada para ti. Necesitas a alguien con quien hablar de igual a igual o acabarás aburriéndote en poco tiempo. Llevarse bien no es suficiente. Hace falta algo más que eso. Tú mismo has dicho hace poco que nunca te casarías con alguien por quien no sintieras afecto. —De pronto se encogió de hombros y sonrió con lástima hacia sí misma—. Dios sabe que no tengo experiencia en este tipo de cosas, pero es lo que querría para mí misma. Un matrimonio entre iguales es lo ideal, ¿no crees?

Graeme se sonrojó, no supo si de vergüenza o de rabia.

—Un matrimonio entre iguales —repitió Graeme—. ¿Iguales en fortuna, en cultura? ¿O te refieres a almas gemelas? Porque, yo tuve lo primero y te aseguro que tener los mismos gustos en poesía está sobrevalorado —añadió con una sonrisa torcida. Empezó a juguetear con el sombrero, como si la charla no estuviera yendo por los derroteros que había planeado—. Supongo que sabes que hay gente que habla sobre nosotros. Somos dos viudos viviendo bajo el mismo techo...

—La gente siempre habla —replicó Kate con un gesto de fastidio, interrumpiéndolo—. Deberían preocuparse más de sus asuntos. A mí no me preocupa lo que puedan decir y a ti tampoco debería preocuparte.

Graeme arrugó los labios al ver que no colaboraba y que incluso parecía tener ganas de alejarse.

—Los Heller se quedarían si supieran que no supongo ninguna amenaza para su hija.

Kate le acarició la mejilla.

—Los Heller saben que no lo eres. Si quieren irse lo harán, aunque nos casemos mañana.

Graeme cubrió su mano con la suya y sonrió.

—¿No aceptarás? ¿Ni siquiera para hacer enfadar a mi madre?

Kate no pudo evitar reír ante su mirada pícara. El solo hecho de imaginar la reacción de Martha Murray al enterarse de que su hijo la había escogido como esposa la hizo sentirse tentada de aceptar.

Notó un cosquilleo en el pecho cuando él se llevó su mano a los labios. Desde luego, no se lo estaba poniendo nada fácil.

—No puedo aceptar, ni siquiera por eso. Pero quiero que sepas que no es por ti. Eres un buen hombre y estoy convencida de que harías lo posible para que Jack y yo fuéramos felices… No, déjame hablar, por favor. Ahora me toca a mí. —Graeme asintió y Kate se tomó su tiempo antes de seguir—. Llegué a estas tierras con un propósito, y tú lo sabes. Necesito demostrarme a mí misma que soy capaz de construir mi casa, sacar adelante mi granja y sobrevivir. Lo entiendes, ¿verdad?

Graeme soltó su mano tras un último beso.

—Lo entiendo. Me dejaste muy claro que me dejarías el primer día que te conocí, así que tengo algo que proponerte.

Kate levantó la barbilla y lo miró, como si estuviera ante un nuevo reto.

—¿Por qué tengo la sensación de que quieres enredarme?

Graeme se llevó una mano al pecho con aire inocente.

—Soy abogado. Te juro que no te engañaría jamás.

Kate le dio una palmada en el brazo.

—¡Todo el mundo sabe que los abogados son los mayores farsantes del mundo, señor Murray!

Él rio y le tomó una mano.

—Diremos a todos que vamos a casarnos, para acallar los rumores, pero sin que cambie nada.

Kate recuperó su mano y se alejó un paso.

—Ya le dije que jamás volvería a casarme sin amor.

Graeme temió haber cometido un error al notar que ella volvía a hablarle de usted.

—Kate… —le tendió la mano, pero ella lo ignoró. Había dolor en sus ojos y también una enorme decepción—. Tú quieres ser libre

cuando tu casa esté construida, y para ello necesitarás dinero y mucha ayuda. Yo quiero verme libre de los rumores y que los Heller se queden.

—¿Me ofrece dinero a cambio de decir que voy a casarme con usted?

Graeme se horrorizó al escucharla. ¿De verdad le había pedido matrimonio en esos términos?

Estuvo a punto de recular, de decirle que había sido un error, pero fue incapaz de hablar. Incluso había dejado de tutearle. Toda la cercanía que había conseguido se había malogrado por una estúpida frase.

—En realidad, las cosas no cambiarán demasiado. Cuando llegue la primavera, empezaremos a construir su casa y podrá marcharse cuando quiera. La ayudaré en todo lo que necesite —a medida que hablaba, Graeme se sentía más seguro de lo que decía—. Le juro que, a todos los efectos, nuestra vida seguirá siendo la misma.

Ella emitió una sonrisa amarga.

—Parece que ha pensado usted en todo, señor Murray. Visto así, parece una buena idea. Fingiré ser su prometida para que la gente deje de murmurar barbaridades sobre usted mientras sigo siendo su criada.

Graeme trató de pensar en qué momento se había torcido esa conversación, en qué momento ella había pasado de mirarlo con afecto y deseo a hablarle con desprecio. Y la culpa era suya, porque no había sabido hacer algo tan sencillo como cortejarla y saber esperar para pedirle matrimonio.

Miró a su alrededor, azorado, como si esperase a que apareciera alguien que lo salvara del apuro. Para su desgracia, no acudió nadie en su ayuda.

Había perdido en minutos toda su buena relación con ella. Habían sido amigos, o algo cercano a eso. Y el corazón le dolía por esa pérdida.

—Kate, tú no eres una criada para mí…

Sus palabras hicieron que Kate se enfadara más, si acaso era posible. Sus ojos claros se oscurecieron hasta tomar un tono casi azul marino, algo que Graeme jamás había visto. Claro que él jamás la había visto enfadada.

—No, solo soy una mujer a la que cree que puede comprar. Por eso me dio usted el dinero para registrar la tierra, ¿verdad? —le espetó—. Ya había planeado usted todo esto. Pero ¿por qué yo? Ni siquiera soy hermosa, ni elegante, por mucho que ahora tenga unos vestidos nuevos que me hagan parecer incluso decente —sus ojos se llenaron de lágrimas y su voz enronqueció de la rabia mientras señalaba su vestido, elegido especialmente para ese día especial—. Solo soy una mujer pobre con demasiados sueños, y eso solo me hace ser una ilusa estúpida —añadió con tristeza.

Graeme sintió su rabia y su dolor como un golpe. Primero pensó que decirle que se había equivocado, que no había planeado nada de lo que había dicho. Luego se dijo que lo mejor era decir lo que sentía. Sería difícil, porque ella estaba muy enfadada y era evidente que solo quería escapar, pero sentía que era la mejor, si no la única, opción.

—Sé que a lo mejor no me crees después de lo que acabo de proponerte…

—Será mejor que vaya a buscar a Jack para ir a ver el espectáculo.

Kate pasó junto a él sin mirarlo y él la retuvo por el brazo. Ella se lo sacudió y se cruzó de brazos. Pensó que se quedaba solo porque era su jefe, no porque lo respetara.

—Anoche pasé toda la noche pensando en ti, en cómo pedirte que te casaras conmigo.

—Eso ya lo ha dicho usted antes. Estamos perdiéndonos el rodeo…

—Lo que no te he dicho es que llevo semanas deseando estar contigo a todas horas, deseando compartir contigo un café o sentarme contigo junto al fuego para contemplarte mientras lees una de tus novelas de aventuras. —Graeme se obligó a seguir, aunque Kate parecía estar a punto de salir corriendo en cualquier

dirección. Jamás le había hablado así a ninguna mujer, y no había reconocido esos sentimientos ni ante sí mismo antes de ese momento—. Cada mañana espero con ansia el momento en que me pasas una taza de café solo para sentir tus dedos rozándome. Y cada vez que pienso en que te estás dando un baño en mi bañera a unos metros de distancia con una mísera pared separándonos…

—¡Graeme!

—Kate… —la voz de Graeme sonaba ronca, aunque ya ni siquiera era consciente de cómo sonaba—. Lo que he dicho antes… es ridículo. Jamás te he visto como una criada. Para mí eres… una compañera —añadió, con tono vacilante. Ella lo miró confusa, aunque ya no parecía enfadada, así que supuso que no se había equivocado al hablar, si bien lo que decía no era toda la verdad—. Tú y Jack llenáis la casa de felicidad y ya no sé qué hacer si no estáis cerca. Pero si quieres irte cuando tu casa esté construida, como ya te he dicho, aunque se me rompa el alma por culpa de la soledad, te ayudaré. Y te ayudaré a que sea la casa más bonita del mundo, solo porque eso es lo que tú quieres. Y, por favor, perdóname por ser un estúpido y hablar sin parar, porque…

No fue consciente de que Kate se había acercado a él hasta que la notó contra él. Lo abrazó con torpeza y Graeme la encerró entre sus brazos con alivio.

—Si me lo pides otra vez, creo que aceptaré.

La expresión de Graeme se suavizó al escuchar sus palabras, dichas con tanto descuido y ligereza como si Kate hablase del tiempo. No lo miraba, había dejado caer la mirada al suelo, avergonzada. De pronto parecía muy joven, como debía haberlo sido cuando se había casado con un hombre mucho mayor que ella, que prácticamente la había comprado y había muerto sin enseñarle lo que era el amor.

Graeme había cometido la torpeza de subestimarla muchas veces, pero se juró no volver a hacerlo. Kate era una mujer inteligente y valiosa. Tenía un corazón de fuego, aunque lo mantenía guardado bajo una capa de valor y orgullo. Estaba claro que no iba a otorgar su amor a cualquiera. Y él lo quería, quería ese corazón para él.

—Cásate conmigo —repitió con solemnidad.

Kate levantó la barbilla y lo miró a los ojos, como si tratara de ver en sus ojos si había algo oscuro o falso. Trató de poner en su mirada todo su corazón, toda su alma.

Al final, ella asintió y sonrió. No dijo nada, pero no fue suficiente.

Graeme notó que algo se aflojaba en su interior. Era como si hubiera estado conteniendo el aliento en los pulmones sin saberlo.

Cuando soltó el aire, sintió que lo que lo rodeaba se emborronaba un poco, pero le dio igual. Más tarde pensó en que había olvidado de cuándo había sido la última vez en que había sido tan feliz como en ese momento.

XXX

A Deborah Heller no le gustaban especialmente las multitudes, porque eran ruidosas, apestaban e incómodas. Aunque sí había algo que le gustaba de verse rodeada de gente, y eran las miradas de admiración de los hombres.

En las montañas todo el mundo la conocía desde niña. Los peones y los vaqueros la admiraban y apreciaban su hermosura, pero ninguno osaba acercarse para decirle más de dos palabras juntas. Temían a su padre y temían mucho más al señor Murray.

Desde que tenía doce o trece años había practicado sus dotes de seducción con los muchachos más jóvenes. Su madre se habría horrorizado al saber a cuántos peones había besado en los establos, oculta tras los aperos.

Aunque jamás había ido más allá de eso y unas pocas caricias, porque su objetivo siempre había sido Graeme.

Incluso cuando él seguía casado con la insípida Anne, pálida, débil y enfermiza, Deb ya sabía que él acabaría siendo suyo. Siempre había sido altanera con todos los demás, arrugando la nariz cuando entraban en su salón, como si olieran mal, y mirando a otro lado cuando hablaban. Era tan evidente que la aburrían con sus charlas sencillas que no sabía cómo Graeme y el resto no se daban cuenta de que él era el único por el que podría sentir algo.

Cuando Anne había muerto, Deb solo tenía catorce años. Había tenido de ocultar su alegría a sus padres, desolados ante el dolor de su amigo. Ese día había llorado de alegría, aunque todos habían pensado que lo hacía por la pérdida de la señora Murray, los muy idiotas. Fue una suerte que Graeme fuera uno de los engañados, porque eso la acercó más a él y a su casa.

¿Cómo podían lamentar de verdad la muerte de esa mujer? ¿Acaso no veían que Graeme era libre para ser feliz con una mujer de verdad y no una flor mustia como su esposa?

Por supuesto, era lógico que estuviera triste un tiempo, sobre todo por lo del bebé. Al fin y al cabo, habían vivido juntos unos años, y Anne había sido una mujer hermosa, dentro de lo que cabía en una mujer de su edad, que debía de rondar los treinta años ya. También era muy aficionada a la lectura y la música, algo que Deb se esforzaba en igualar para que Graeme la apreciase. Pero, aparte de sus conocimientos en libros y música, ¿qué le había dado? Graeme era un hombre activo y Anne apenas salía de casa. Antes o después él se habría dado cuenta de que era una flor mustia y aburrida. Por suerte, la muerte le había ahorrado la espera.

Un día no muy lejano, la tristeza pasaría, Deborah habría crecido y Graeme se daría cuenta de que ella estaba ahí, a su lado, y era la mujer ideal para él. Además, era mucho más joven que Anne y podría darle muchos hijos, y sanos. Ella no enfermaría, porque estaba acostumbrada al clima duro de las montañas, y era fuerte como un roble. Cabalgaba y caminaba cada día, no se pasaba todo el tiempo en casa, eran iguales.

Además, no podía negarse que era mucho más hermosa que Anne, que tenía ese acento horrible y ese cabello castaño, soso y apagado, siempre recogido con aquellos tocados ridículos. Además, era tan alta… ¡Incluso más alta que su padre! Y, a la hora de la verdad, ¿de qué le había servido aquella estatura tan anormal? A pesar de su altura, tan característica que su madre siempre decía que sus antepasados debían de proceder de los antiguos vikingos, no había demostrado ser ni la mitad de fuerte que ella.

Sí, Graeme era alto también, pero una mujer diminuta como Deb siempre era considerada más delicada y hermosa, o eso decían todos los poemas que había leído en la biblioteca de Graeme.

¿En qué poema se alababan los pies enormes, las manos gigantes y los miembros grotescos como los de Anne? ¡En ninguno! No cabía duda de que Graeme le tenía cariño, pero no estaba enamorado de ella. Se le notaba en los ojos. A pesar de todos sus conocimientos en

literatura y pintura, solo un ciego se enamoraría de una mujer tan poco interesante como Anne Murray.

Mientras él penaba en el duelo por la muerte de su esposa y de su hijito, que sin duda había muerto porque la sangre de su madre era débil, Deb había acompañado a su madre cada vez que lo visitaba.

Le habría encantado acudir a su casa sola, para consolarlo y acunar su cabeza sobre sus piernas, acariciar su cabello y su rostro, sentir sus labios contra los suyos, pero su madre no la habría dejado jamás. Así que había esperado con paciencia. Y seguía haciéndolo. La paciencia siempre tenía su recompensa…

Y así habían pasado dos años, y, como ella siempre había sabido, el dolor por la muerte de su esposa se había suavizado.

Helga acabó por creerla lo bastante mayor como para acudir sola para limpiarle la casa o prepararle la comida cuando ella estaba demasiado ocupada.

Ser una simple criada no era algo que a Deb le gustara, pero era una manera de estar cerca de Graeme.

En su bonita casa, casi siempre sola, Deborah se tumbaba en su cama y apretaba la cara contra su almohada, aspirando su aroma a vaca y a caballo, a humo de la chimenea, a jabón de afeitar y a especias… Paseaba por el saloncito y se sentaba en su mecedora, acariciaba los lomos de sus libros, imaginando los dedos de Graeme haciendo lo mismo, ordenaba su ropa, zurcía sus calcetines, soñando con lo que sería su vida juntos en unos pocos meses, algunos pocos años a lo sumo.

Era una chica paciente, o eso se decía a sí misma. Aunque tampoco había que exagerar. Una mujer hermosa no podía esperar para siempre, por mucho que él fuera el hombre que deseaba.

También husmeaba en las pertenencias de Anne, envidiando lo que había poseído. Su madre había guardado sus cosas en uno de los dormitorios después de su muerte, solo había que entrar allí para encontrar lo que aquella mujer estúpida había poseído: vestidos hermosos de telas lujosas que todavía olían a ella, muebles importados desde Inglaterra, jabones olorosos, perfumes y

cosméticos, y pequeños objetos absurdos que se contenía de tocar por temor a que Graeme lo notase…

Pero, sobre todo, odiaba que lo hubiera poseído a él. Y que todavía lo poseyera.

Porque Graeme seguía hablando de Anne como si siguiera allí, sobrevolando la estancia, como un fantasma inoportuno.

Seguía visitando su tumba y la de su hijo y llevándoles flores cada día.

A veces lo veía desde la ventana, sentado en una cerca que enmarcaba la sepultura de Anne y la del bebé, charlando al aire durante lo que le parecían horas, como si pudieran escucharlo. Y parecía feliz y tranquilo. Era de locos.

En esos momentos deseaba sacudirlo y decirle que Anne y ese mocoso estaban muertos. Que no eran más que polvo y huesos. Que los olvidase.

¡Ella estaba ahí mismo y lo deseaba! ¿Acaso no veía que era de carne y hueso y le pertenecía? Solo tenía que abrir la boca para que lo suyo fuera una realidad y el pasado quedara atrás para siempre.

Pero Graeme no parecía verla. O, lo que era peor, seguía viéndola como una niña.

Entonces a Graeme se le había ocurrido que hacía falta una mujer en la casa, como si ella no estuviera ahí. ¿Acaso no llevaba dos años cuidando de él como una auténtica esposa, salvo por lo más importante y lo que más anhelaba?

Si tan solo le hubiera preguntado, habría accedido. Habría sido su esclava si se lo hubiera pedido. Su madre habría protestado, pero su madre siempre acababa cediendo cuando insistía. Pero ni siquiera se le había ocurrido que Deb podría ser su ama de llaves. No, había puesto un anuncio y había viajado hasta Denver para encontrar a «alguien adecuado».

«Alguien adecuado» ¡Ja! Entonces, ¿por qué se había traído a esa irlandesa?

Esa maldita mujercita, flaca y desgarbada, vestida con harapos, con esos ojos que parecían hechos con agua de fregar. Esa Kate,

que decía ser viuda, madre de una criatura tan impertinente e insignificante como ella, podía creer que los engañaba a todos, pero no a ella. Lo más probable era que la hubiera sacado de un lupanar y que la niña fuera fruto de algún escarceo. Deb tenía oídos y sabía de ese tipo de mujeres y de sus mañas. Kate podía pensar que conseguiría sus objetivos metiéndose en la cama de Graeme, pero no iba a pasar de ahí. Ella se encargaría de esa mujerzuela cuando consiguiera casarse con él.

Graeme era suyo, y esa Kate acabaría por largarse por donde había venido.

Sin embargo, después de lo que había ocurrido en el campamento, cuando lo había espantado por su torpeza, Deborah llegó a pensar que no tenía nada que hacer.

Tratar de forzar a Graeme a dar un paso tan importante no había sido una buena idea. Aunque era un hombre honorable, él seguía viéndola como una niña. Además, para su sorpresa, sus padres no la habían apoyado, más bien todo lo contrario. Y ahora querían abandonar a Graeme y largarse a saber a dónde.

Sus padres ya habían abandonado su hogar antes para volver a empezar y ahora querían volver a hacerlo. La vez anterior era una niña y apenas lo recordaba, así que le dio igual, pero ahora iba a perder su hogar, su vida y todo lo que amaba y deseaba.

No podía permitirlo. Si se iban, ¿qué iba a ser de ella? Deb no tenía la culpa de que sus padres no fueran capaces de hacer fortuna, fueran donde fueran. No tenían derecho a arruinar su futuro.

Quería a Graeme Murray. Toda su vida estaba planeada para ser su esposa y la dueña de sus tierras.

Estaba destinada a ser Deborah Murray y sus padres no iban a estropeárselo.

Tendría que arreglar lo que había hecho de alguna manera. Hablaría con sus padres, suplicaría, lloraría, pero no podían marcharse ahora. Solo tenía que conseguir que esa flacucha insignificante se largase y…

—Señorita…

Deb, que se encontraba junto al puesto de bebidas, absorta en sus pensamientos, no supo que le hablaban a ella hasta que notó el roce de una mano en el brazo.

Se giró como tocada por un rayo.

—¿Cómo se atreve a tocarme?

El joven que había hablado, vestido con una camisa roja y un chaleco negro y con el sombrero echado hacia atrás sobre el cabello casi tan rubio como el suyo, reculó con las manos en alto.

—Lo siento mucho, querida. Solo quería decirle que se le ha caído el bolso. No querría que lo perdiera o se lo robaran. Hay mucha gente poco recomendable en la ciudad por el rodeo.

Deborah miró hacia el suelo y vio su bolso entre ambos, polvoriento por las pisadas. Por suerte, el puesto de bebidas estaba casi desierto, motivo por el que su madre la había dejado acercarse hasta allí ella sola, y nadie se lo había llevado.

El vaquero, pues era evidente que lo era, se agachó para recogerlo y lo sacudió con poca delicadeza. Se lo tendió desde una prudencial distancia. Parecía que su tono y su ceño lo habían espantado.

Ella lo tomó y le dio la espalda sin darle las gracias.

Volvió a girarse cuando él le dio un par de golpecitos en el hombro para llamar su atención.

—Ha sido todo un placer, preciosa. Me llamo Charlie Myers, por cierto. Para servirla, aunque sea en contra de su voluntad, princesa.

Deb reconoció el nombre del famoso campeón de rodeo, pero no se dignó demostrarlo. Levantó la barbilla y le dedicó una mirada desdeñosa.

—Deborah Heller —respondió.

Charlie no se quitó el sombrero, sino que se lo echó un poco más hacia atrás, si eso era posible sin que se cayera de su cabeza.

Le guiñó un ojo, como si su desdén le hiciera gracia en lugar de molestarle.

—La invitaría a una bebida, pero algo me dice que no le gusto demasiado. No me gustaría que me tirase la bebida a la cara. Esta

es mi camisa de la suerte y voy a necesitar toda la suerte del mundo en el rodeo.

Deb lo miró de arriba abajo.

En comparación con Graeme, ese chico era tan joven e insignificante…

Sin embargo, sonrió y le ofreció el vaso de limonada turbia que acababan de servirle.

—Al contrario. Tome usted, señor, y beba a mi salud. Pronto estaré casada.

Vio cómo la sonrisa de Charlie vacilaba y se sintió satisfecha. Lo dejó allí y se alejó con el bolsito aferrado contra el pecho.

Decidió no regresar tan pronto al bullicio de las gradas. Necesitaba pensar en qué hacer para recuperar la confianza perdida de Graeme. Y también en cómo alejar a Kate de él.

La cabeza le daba tantas vueltas que al principio no los vio. De hecho, no los habría reconocido de no ser porque Graeme era difícil de confundir, dada su estatura.

Deborah se detuvo en medio de la calle, que por suerte estaba casi desierta, porque de lo contrario habría sido sencillo que un caballo o un carro la arrollara sin que opusiera resistencia.

A lo lejos, Graeme abrazaba a una mujer de cabello rubio oscuro. Y ella le acariciaba el rostro. Los dos parecían sonreír.

Apretó el bolso con tanta fuerza que los dedos le dolieron. Ver la confirmación de sus sospechas ante ella fue casi un alivio. Era más fácil saber contra qué se estaba luchando.

Se giró y se dirigió hacia el lugar donde se celebraba el rodeo sin ver siquiera por dónde caminaba.

XXXI

—¡Ahí está! ¡Es Charlie Myers!

Kate tuvo que contener a su hija para que no saltara por encima de los espectadores que tenía sentados ante ella para lanzarse sobre el vaquero.

Pocas veces había visto a Jack tan emocionada por algo. No sabía si era por la multitud o porque llevaba todo el día escuchando historias acerca de las fabulosas habilidades del muchacho a lomos de un caballo, pero la niña no paraba de hablar del tal Myers. Debía de haber dicho su nombre más de cien veces desde que la habían recogido hacía un rato.

Estaba tan alterada que ni siquiera había probado la tarta de manzana y la limonada que le había comprado Graeme, y eso era algo que Kate jamás había visto. Que su hija rechazase algo dulce era un milagro.

Miró de reojo a Graeme y apartó la vista al instante, por miedo a que él la pillara mirándolo.

Apenas habían vuelto a dirigirse la palabra desde que habían recogido a la niña y habían regresado a las gradas.

—Prométame que no le dirá nada a Jack —le había dicho justo antes de dejar el tranquilo oasis en el que habían estado durante casi una hora para ir a reencontrarse con su hija antes de acudir al rodeo—. Si se entera de lo que me ha propuesto… Jack le quiere mucho, pero no sé cómo se lo tomará. Yo hablaré con ella. Además, no sé si comprenderá que es todo una artimaña.

Graeme le había ofrecido el brazo para guiarla de vuelta a la realidad. Era muy posible, que, al igual que ella, se sintiera tentado de mandarlo todo al diablo y quedarse donde estaban durante un buen rato más, pero no lo hizo. Habían permanecido abrazados

durante unos minutos, pero, de algún modo, la realidad había vuelto. A su alrededor, el mundo volvía a girar.

Él volvía a ser el señor Murray y su jefe. Ya no podía tutearlo. Casi le costaba mirarlo. Se le hacía inimaginable pensar que lo había besado, que había estado entre sus brazos… pensar que había aceptado ser su esposa, aunque solo fuera para acallar los rumores de sus vecinos.

—No quiero que lo consideres una artimaña. Suena a engaño.

Kate no tuvo otro remedio que sonreír.

—Pero lo es, señor Murray. No es un compromiso real.

—Hablaremos de los detalles cuando tengamos más tiempo para ello —respondió Graeme con una mirada evasiva—. Ahora, creo que es hora de regresar.

Graeme había recuperado el aire serio y formal que era habitual en él, pero a ella ya no podía engañarla. Había conocido al señor Murray tierno y adorable que guardaba dentro de ese enorme corpachón. Cuando lo había visto por primera vez, en Denver, había pensado que era casi temible, pero ahora balbuceaba y se sonrojaba al mirarla.

Se aferró a su brazo y comenzó a caminar a su lado, más ligera y feliz de lo que se había sentido en mucho tiempo.

A lo lejos le pareció ver a Deborah Heller, aunque le pareció absurdo, porque iba sola. Su madre jamás dejaría a la muchacha caminar sola por la ciudad, y menos habiendo tantos vaqueros y hombres desconocidos por ahí.

Decidió olvidarla y disfrutar de los días que le quedaban en la ciudad. Pronto regresarían a las montañas y al trabajo duro. En pocos meses el duro invierno no daría tregua. Y tendría que fingir un compromiso con Graeme para que los vecinos dejaran de murmurar acerca de él y de Deborah, aunque prefería no pensar en ello en ese momento. Antes de eso tenía que hablar con Jack y preguntarle qué pensaba al respecto. Prefirió recordar sus palabras acerca de que la consideraba su compañera. Era agradable pensar que había alguien en el mundo que sentía algo así por ella.

—¡Mire, señor gigante, ahí está Charlie! Dicen que su caballo está embrujado.

Graeme se agachó junto a Jack y le susurró algo, aunque era imposible escuchar de qué hablaban debido a la multitud. Los dos reían y señalaban a los vaqueros y los caballos.

Jack no había vuelto a retar a Graeme para que participase en el rodeo. Probablemente había comprendido que era no era apto para una hazaña semejante. O quizás, se había olvidado de ello al conocer a su nuevo ídolo, el joven Myers.

Lo miró desde la ventaja de la altura de las gradas.

Volvía a vestir una camisa roja y su sempiterno chaleco negro, y llevaba un pañuelo anudado al cuello. Recorría el ala del sombrero con los dedos, muy echado hacia atrás, con la mirada perdida en el vacío, murmurando para sí, ajeno a lo que lo rodeaba. Cuando miró al cielo y se llevó los dedos a los labios, Kate comprendió que rezaba y se sonrojó por haber contemplado con curiosidad aquel ritual tan íntimo.

Una voz grave anunció su nombre y Charlie sonrió con confianza.

Echó una mirada a las gradas, buscando, hasta que pareció encontrar a quien quería. Levantó el sombrero apenas unos milímetros y bajó la barbilla a modo de saludo.

Kate miró hacia donde él miraba y vio a Deborah, que fingía no notar que ese homenaje era en su honor.

Charlie no se dio por aludido por su gesto de desprecio y montó en su caballo embrujado. Era un tordo magnífico que parecía bailar bajo él. Por lo que había escuchado de ellos en el hotel, juntos habían salido vencedores de decenas de pruebas similares y por ello exudaban confianza. Nadie dudaba que ese día volverían a ganar en la prueba de enlazar ganado.

Cerca del ruedo se cruzaban apuestas a gritos y el jaleo era tal que le parecía increíble que Charlie y el resto de los vaqueros pudieran mantener la concentración.

—¡Ahí va!

Jack anunció antes que el silbido de salida que la prueba había comenzado.

El caballo tordo salió disparado y Charlie, sobre su lomo, aprestó el lazo, que giraba sobre su cabeza.

Kate admiró la belleza de su figura sobre la montura. Era como un baile, pensó, mientras lo veía perseguir a la vaca, que corría casi tan veloz como el caballo, tratando de escapar a su destino, antes de que Charlie la enlazara por los cuernos y la lanzara al suelo de un tirón.

Después lo vio saltar del caballo, atarle las patas y mirar al tipo que cronometraba la prueba, que alzó el brazo para señalar el final.

—¡Ha ganado! ¡Es maravilloso!

La muchedumbre empezó a jalear al muchacho, que se quitó el sombrero y lo levantó al aire. Lo atrapó de vuelta con tanta facilidad que dejaba claro que practicaba ese gesto a menudo.

Un mechón de pelo rubio y rebelde cayó sobre sus ojos. Con una sonrisa tan amplia que le daba un aspecto casi infantil, se quitó el pañuelo que llevaba al cuello y se aproximó a uno de los laterales de las gradas.

Miraba hacia arriba, y aferraba el sombrero con fuerza contra el pecho. Su caballo lo seguía como una mascota, sin necesidad de que tuviera que llevarlo de las riendas.

Juntos ofrecían una estampa curiosa. Charlie acababa de ganar el trofeo en su categoría, pero solo tenía ojos para alguien que parecía estar entre el público.

Kate miró hacia allí con curiosidad.

No le sorprendió del todo encontrarse con que la muchacha a la que el joven vaquero parecía admirar no era otra que Deborah Heller.

Mientras él plantaba la rodilla en la arena pisoteada por los caballos y el ganado, Deb levantaba la barbilla con orgullo, sabedora de que todos los presentes la envidiaban.

Kate no vio qué ocurría en la arena, porque estaba pendiente de la expresión a medio camino entre la soberbia y la felicidad de la

muchacha, pero fue consciente de que algo malo había pasado al ver que Deb se levantaba y miraba hacia la pista con horror.

Alguien gritó primero y muy pronto siguieron más gritos y rumores. Hubo movimientos en las gradas y Graeme sujetó a Jack para evitar que los espectadores que los rodeaban la arrastraran mientras trataban de acercarse a la arena.

Era imposible saber qué pasaba, porque todo el mundo a su alrededor se había levantado y todos hablaban a la vez.

—Un toro ha invadido la arena. Quedaos aquí.

Kate habría deseado seguir a Graeme, y lo habría hecho de no tener a Jack a su lado, pero sabía que era más seguro quedarse donde estaba. Lo vio esquivar a varias personas, algo que consiguió con facilidad gracias a su envergadura.

—Quiero bajar. ¡Desde aquí no veo nada!

Tuvo que luchar para retener a Jack, hasta que la convenció de quedarse junto a ella.

—El señor Murray se enfadará si no nos encuentra aquí cuando vuelva.

Vio cómo la niña se desinflaba un poco al escuchar sus palabras y casi se arrepintió de mentirle de ese modo, pero estaba convencida de que era peligroso acercarse a la barahúnda de gente que se había acercado a ver qué ocurría en la pista de rodeo.

Solo esperaba que Charlie Myers estuviera bien. El chico era valiente e imprudente, aunque parecía un buen hombre.

Una nueva oleada de gritos hizo que se pusiera de pie con Jack abrazada. La niña se zafó de sus brazos y se puso en pie encima de uno de los asientos.

—¡Sacan a Charlie en volandas! ¡Tiene sangre en la cabeza!

Kate agarró a la niña y la arrastró para bajar de las gradas. Ahora que la mayoría de la gente se había acercado a curiosear, no tuvieron problemas para salir del recinto. En pocos minutos estuvieron fuera.

No tuvieron que esperar mucho para ver salir a Charlie Myers en brazos de Graeme y otros hombres.

Desde uno de los edificios un grupo apareció con una camilla, donde depositaron al muchacho.

Solo entonces Kate pudo ver que no se movía. Estaba pálido y no tenía ninguna herida aparente, aparte de la brecha que había señalado Jack, así que le resultó imposible saber qué le había ocurrido.

—¿Va a morirse y va a ir al cielo con papá?

La voz de Jack sonó débil. Toda la energía y alegría que había mostrado hasta hacía unos minutos se había evaporado.

Kate la abrazó con fuerza.

—No lo sé, amor mío —respondió, incapaz de mentirle—. Espero que no.

—El toro se ha soltado antes de tiempo, señor. Ha embestido al chico como un demonio.

Graeme asintió y siguió al vaquero que había hablado hasta Charlie, que yacía desmadejado junto a la grada. De no ser por la postura, cualquiera diría que estaba durmiendo. Solo la palidez de su rostro, el pañuelo ensangrentado que le habían colocado de forma desmañada alrededor de la cabeza y la respiración agitada anunciaban que su sueño no era natural.

En su frente empezaba a aparecer un bulto respetable.

Palpó su cuerpo con poco cuidado. No era momento para sutilezas. Un hombro dislocado, alguna costilla rota. No podía saberse si había alguna lesión interna. Habían ido a buscar al médico, pero todavía no había llegado. Pensó que podrían esperar, aunque nadie sabía si tardaría.

Suspiró y miró hacia arriba. En las gradas quedaba poca gente, entre ellos, los Heller. La mayoría se habían largado al ver que el espectáculo había terminado y el resto rondaban al herido por morbo o por curiosidad. Algunos de los compañeros de rodeo de Charlie trataban de mantenerlos alejados, pero les resultaba complicado.

Ante la insistencia de su mirada, Otto asintió y empezó a bajar. Junto a él, la joven Deb miraba hacia ellos con una extraña fascinación. Al ver que su padre se ponía en movimiento, lo siguió a pesar de las protestas de Helga.

No fue consciente del tiempo que había pasado, pero en algún momento alguien que dijo el doctor se haría cargo de todo, hecho que Graeme agradeció. Los pocos conocimientos de medicina que tenía se ajustaban más al ganado que a los humanos. Poco después, ya habían trasladado al chico a un dispensario, pequeño, pero bien preparado.

Había mandado a Kate y a Jack al hotel a descansar, y Otto había intentado hacer lo propio con Helga y con Deb. Solo que la chica no había querido separarse de Charlie. Se había colocado un enorme mandil sobre el vestido y ahora ejercía de enfermera, mano a mano con el doctor.

—¿Sabías que se conocían?

Graeme y Otto se encontraban fuera del dispensario. El doctor seguía atendiendo al joven vaquero, ante la atenta supervisión de Deborah. A esas horas ya estaba claro que el chico sobreviviría. Sus lesiones no eran graves, aunque requerirían reposo: un buen golpe en la cabeza, un par de costillas rotas, el hombro dislocado que ya le habían recolocado…

Graeme se sentía responsable de él, aunque todavía no había empezado a trabajar en el rancho.

Cualquier otro ranchero con menos escrúpulos tendría la excusa perfecta para romper su promesa de darle trabajo. Sin embargo, aunque algo le decía que Charlie Myers podía causar más problemas de lo que pensaba, lo consideraba uno de sus hombres.

Otto parecía cansado. No habían vuelto a hablar desde que le había anunciado que pensaba largarse y parecía tenso ahora que sabía que la vida de Myers no corría peligro y ya no quedaban temas neutros de los que hablar.

—No creo que se conozcan, pero me alegra ver que se interesa por alguien que no seas tú.

Graeme no pudo evitar sonrojarse.

—Siento mucho lo que ocurrió en el campamento. Espero que sepas que nunca moví un dedo para que Deb pensara que sentía algo por ella.

Otto asintió con la cabeza.

—Lo sé. Ninguno supimos ver lo que había en su cabeza. Y lo que es peor, no nos dimos cuenta de que había crecido. Pero el mal ya está hecho y no creo que Helga pueda soportar las cosas que dicen de ella.

Graeme miró hacia la calle. La multitud del rodeo se había dispersado hacía tiempo, aunque de vez en cuando algún curioso se acercaba para preguntar por Myers.

—He oído los rumores. Aunque no te consuele, las cosas que dicen de mí también son horribles.

Otto no rio ante su burdo intento de broma.

—Para las mujeres es distinto —murmuró Otto con voz ronca, haciendo que recordara que Kate había dicho algo similar—. Aunque, en fin, a veces es complicado saber si es peor una reputación rota o un corazón destrozado.

Graeme se preguntó si de verdad la reputación de Deb estaba rota. En las montañas había parejas que vivían como matrimonios sin estar casados y a nadie le importaba. Los sacerdotes visitaban la zona cada muchos meses y todo el mundo pensaba que había cosas más importantes que una ceremonia oficial. Además, dudaba de verdad que lo que Deborah sentía por él fuera amor.

—Le he pedido a Kate que se case conmigo.

Otto emitió una sonrisa cascada por el cansancio. Siguió mirando hacia la calle durante un tiempo. Luego se giró hacia él.

—Supongo que eso lo soluciona todo. No hay nada que haga olvidar las habladurías con más facilidad que una boda.

Graeme se giró hacia su amigo y le puso una mano en el hombro. Le dolió que Otto lo mirara así, con tanto dolor en la mirada. Había pensado que se sentiría feliz por él, pero no lo parecía en absoluto.

—No quiero que Helga y tú os vayáis. Sois muy importantes para mí. Y no solo por el rancho.

Otto suspiró. Parecía haber envejecido en los últimos días.

—Te mentiría si dijera que quiero irme. Esta tierra es mi vida ahora, pero no es a mí a quien debes convencer.

Graeme asintió y sonrió. Comprendió entre líneas que era Helga la persona con la que había que hablar. ¿Comprendería ella que la persona con quien quería casarse era Kate y no su hija? Y, lo que era más importante, ¿comprendería que no pretendía hacerle ningún daño?

Cabeceó hacia el consultorio, donde reposaba Charlie bajo el inesperado cuidado de Deborah.

—A lo mejor Helga me perdona mis pecados cuando sepa que el mismísimo Charlie Myers va a trabajar para nosotros.

Otto suspiró.

—Quién sabe. También ayudaría saber que Kate te ha quitado del camino de nuestra hija. Puede que al principio se enfade, pero lleva semanas diciendo que Kate es perfecta para ti, así que debería estar encantada.

Graeme sonrió, aunque no pudo evitar cierta inquietud.

Le había parecido muy sencillo idear un plan según el cual él y Kate fingían un compromiso para detener las habladurías, pero no había contado con lo que sentiría cuando todo se pusiera en marcha.

Había algo en su corazón que quería que fuera real, y no había querido admitirlo.

XXXII

Querida Gertie,

Te sorprenderá que te escriba tan pronto, pero quería enviar esta carta antes de mi regreso a las montañas. Quién sabe cuándo podré enviar la siguiente. Todos dicen que dentro de poco empezará a nevar y que nos quedaremos aislados hasta bien entrada la primavera.

¿Cómo es posible que tengas algo que contar?, dirás. ¡Solo han pasado unos días!

¡Ay, querida amiga! Esta visita a la ciudad ha estado llena de emociones, y no todas buenas.

Empezaré por decirte que por fin registré mi tierra y que, por primera vez en la vida, algo me pertenece. Han pasado unos días y todavía no puedo creérmelo. Ojalá estuvieras aquí para poder celebrar con nosotras esta buena noticia. Seríamos muy felices juntas en la casa que queremos construir, querida. No dudo que, un día no muy lejano, podrás venir a visitarnos y, quién sabe, serás una pionera más en esta tierra que ya amo como si fuera la mía.

Dentro de las buenas noticias, debo decir que hemos hecho una compra suficiente como para abastecer a media ciudad. El señor M es tan maravilloso y tan generoso… No ha escatimado en nada y, de hecho, siempre prefiere comprar de más para poder echar una mano a los vecinos en caso de que lo necesiten. ¡Y nosotras que pensábamos que podía ser un asesino! Estábamos tan equivocadas con él…

Con motivo de la llegada de tantas caravanas para abastecerse para el invierno, se celebró un rodeo. Fue todo un acontecimiento,

aunque acabó de un modo algo accidentado. Uno de los vaqueros más famosos de la zona fue herido, aunque ya está en pie y dando guerra. Es un chico de lo más voluntarioso. No me extrañaría que un día acabase convirtiéndose en el protagonista de una de esas novelas que tanto nos gustan. ¡Si vieras su pelo, Gertie! Es rubio y rebelde como el vilano del maíz y le cae sobre la frente de un modo de lo más gracioso. Es todo un galán y Jack lo adora. Es una suerte que no sea más que una niña, o creo que estaría en serio peligro de perder el corazón por él.

El señor M lo ha contratado como peón en el rancho, aunque, para serte sincera, no veo la utilidad que puede tener un joven como él, que es más boca que manos, ya sabes de qué te hablo.

Ahora viene lo más sorprendente de todo, porque de verdad creo que el señor M no estaba en sus cabales cuando hizo la pregunta. Todavía creo que todo fue un sueño.

¿Puedes creer que me pidió matrimonio?

Ahora ya puedes reírte.

Aunque ahora viene lo bueno: no sería un compromiso real, sino uno ficticio hasta que la gente deje de hablar de él y de la señorita Heller y se olviden del escándalo. No diré que sea un plan que me acabe de convencer, pero…

Kate dejó la pluma y la colocó a un lado del papel.

El tono jocoso de la carta no cuadraba para nada con lo que sentía, pero eso Gertie no tenía por qué saberlo. Era bueno que su amiga no pudiera verle la cara mientras escribía.

De haber estado allí, a su lado, sentada al escritorio del hotel, con el equipaje listo para marchar de vuelta a casa, habría notado que su sonrisa al escribir las últimas frases era forzada y que la mano le temblaba.

Ahora que estaba a unas horas de emprender el regreso a las montañas, la propuesta de Graeme volvía una y otra vez a su mente. Con Jack dormida en la cama, mientras escuchaba los ruidos de la noche en el pasillo y veía pasar los primeros carros con mercancías

al otro lado de la ventana, no podía dejar de pensar en lo que había ocurrido antes del rodeo.

Durante su último día en Cheyenne apenas habían tenido tiempo de charlar. Se habían dedicado a organizar el regreso, a comprobar que los pedidos estaban listos, que no faltaba nada y a ayudar a sus vecinos. También habían pasado unas horas comprando pequeños caprichos, como telas nuevas para vestidos para Jack, zapatos, y libros. Y también un nuevo sombrero para ella.

Habían pasado dos horas deliciosas escogiendo lecturas para todos en una librería sorprendentemente bien abastecida.

Cheyenne era una ciudad en crecimiento, estaba claro, y no quería quedarse atrás en nada, tampoco en cuanto a la cultura.

Kate jamás había imaginado que llegaría a disfrutar de un entretenimiento tan superfluo como elegir libros en compañía de un hombre. Graeme no solo jamás se reía de sus gustos, vulgares y superficiales en comparación con los suyos, sino que pagó con gusto su pedido sin escuchar sus protestas, y añadió unos cuantos ejemplares más.

—El invierno es muy largo allí arriba. Cuando lleguen las nevadas, no habrá mucho más que hacer aparte de leer y mirar cómo nieva, y eso si la nieve no cubre las ventanas —dijo con una sonrisa mientras el librero los observaba con una sonrisa pícara.

Ahora esos ejemplares reposaban, con su aroma a tinta nueva, en el fondo de su baúl, junto con las telas para los vestidos nuevos y los zapatos para Jack. No había consentido que Graeme gastase más dinero en ellas.

Tuvo que atajar una protesta por su parte cuando él adujo que era su deber.

—Gracias, pero no necesitamos más. Tenemos más que suficiente. Estamos acostumbradas a apañarnos con mucho menos.

Hubo algo en su mirada que estuvo a punto de hacerla arrepentirse de su decisión, pero más tarde agradeció haberse mantenido firme. Graeme no tenía ninguna obligación hacia ellas. Independientemente de su proposición, ella no era más que su

empleada, y no estaba bien que le hiciera regalos caros. Su deuda ya era demasiado abultada.

Casi pudo leer sus pensamientos: ella había aceptado casarse con él. Más o menos.

—Por favor. No me haga quedar en evidencia delante de esta gente —añadió Kate con mirada suplicante.

Pudo ver que no le gustaba su respuesta, pero él no quiso discutir en público. Vio cómo se rendía por el momento y Kate deseó estar a solas para hablar del asunto con calma y hacerle comprender que no lo rechazaba por cabezonería, por mucho que él lo pensase así. Aunque lo peor fue la horrible tentación de acariciar su rostro para borrar su gesto de disgusto. Tuvo que apretar el puño y ocultarlo en el bolsillo para que él no lo viera.

Si sentía eso en la ciudad por una discusión absurda, ¿cómo iba a ocultar lo que sentía cuando estuvieran prácticamente a solas en la casa en las montañas?

A lo largo de esa noche había pensado mucho en la proposición de Graeme.

Cuando estaba a solas no era jamás el señor Murray, solo Graeme.

Había aceptado casarse con él con la condición de abandonarlo en poco tiempo.

¿Quién en su sano juicio aceptaría algo semejante solo para atajar los rumores de sus vecinos y mantener a su lado a su socio? Un compromiso falso, como los de las novelas que ella y Gertie leían por las noches, antes de caer dormidas, agotadas tras una dura jornada de trabajo.

Cuando él lo proponía, sonaba bien y lógico. Era un intercambio de favores, aunque era más favorable para ella que para él, si lo pensaba bien.

Lograría su casa por fin y una buena posición, y, a cambio, solo tendría que estar comprometida durante unos meses con un hombre generoso y amable. Un hombre que siempre había sido atento y agradable con ella y con su hija. Su vida, en esencia, no sería muy

diferente a la actual, como Graeme había dicho. Solo que sería una mujer comprometida de puertas para afuera.

Si tan solo…

Si tan solo ella no…

Se levantó y revisó una vez más los armarios para ver si se había dejado algo, aunque ya lo había hecho antes. Partirían al amanecer y el grueso de las mercancías ya estaban cargadas en la carreta. Solo quedaría por bajar baúl con la ropa y los objetos más personales. Y ahí, bien guardado, en una funda de hule, había guardado como si fuera un tesoro el documento que acreditaba la concesión de su tierra.

Hacía solo unos días, se había sentido ridículamente feliz de solo pensar en ese simple papel.

Cerró los ojos y volvió a sentarse al escritorio para retomar la carta. ¿Cómo iba a contarle a Gertie la verdad sobre su compromiso? Ella era una romántica y probablemente pensaría que él acabaría enamorándose de ella, igual que en esas tontas novelas que tanto las entretenían.

Inspiró y tomó la pluma. Tras ella escuchó los ronquiditos de Jack, que seguía durmiendo, ajena al ajetreo en el hotel.

… Muy pronto tendremos nuestra tierra y seremos dueñas de nuestro destino, Gertie, como siempre hemos soñado. ¿Qué más podríamos pedirle a la vida?

Graeme observó el cielo y deseó que el buen tiempo aguantase.

La temperatura había bajado considerablemente durante la noche y la mañana era fría, aunque clara. Las heladas no tardarían en llegar y la nieve estaba a la vuelta de la esquina, aunque el otoño no había hecho más que empezar.

Dio un sorbo al café caliente y agradeció el calor que le bajaba al estómago. Tanto él como los hombres llevaban horas en pie para asegurarse de que las carretas estaban preparadas. Las mujeres habían cargado cestas con comida y víveres frescos para el viaje y parecían ansiosas por regresar a casa.

El rodeo y los festejos de hacía un par de días parecían ya muy lejos. Algunos de los otros huéspedes del hotel habían salido a echar una mano y a despedirlos. La gran mayoría de los vaqueros que habían participado en el rodeo y los que habían llegado para la venta de ganado se habían ido o estaban a punto de hacerlo, igual que ellos, pero todavía quedaban algunos rezagados. En esa época del año el trasiego de carretas y caravanas para buscar provisiones era habitual.

—Todavía no he tenido ocasión de darle las gracias.

Charlie Myers tenía un aspecto deplorable y parecía mucho más joven con la cabeza vendada bajo el sombrero. Llevaba uno de los brazos en cabestrillo y cojeaba un poco, pero no había perdido un ápice de su tono altanero. Se había puesto de cualquier modo el chaleco negro, pero no había atinado a abrochárselo con una sola mano. Sin embargo, cualquiera diría que llevaba un traje de la mejor lana, a juzgar por su actitud.

Por primera vez en dos días, no se veía rastro de Deborah Heller cerca de él.

Había sido una sorpresa para Graeme, y no dudaba que para sus padres también, que la chica mostrase tanta preocupación por ese joven. Había demostrado ser una enfermera más que aceptable. Graeme no la había visto tan preocupada ni siquiera por Anne, a quien había cuidado durante su enfermedad, antes de su muerte.

Incluso Helga había tenido que claudicar cuando había intentado llevarse a su hija del lado del vaquero. Otto le había dicho que el joven Myers no suponía ningún peligro para la virtud de Deb en su penoso estado.

Graeme no sabía si debía sentirse aliviado por saber que él era el nuevo interés de la muchacha o preocupado por el hecho de que hubiera sido tan repentino.

—Tendrás la oportunidad de recompensarnos cuando estés recuperado. Espero que seas tan hábil trabajando con el ganado como a lomos de tu caballo, chico. En un rancho el orgullo no da de comer.

Charlie pareció sorprendido por sus palabras.

—¿Todavía me quiere, señor? —Se echó el sombrero atrás en un gesto nervioso—. Le juro que no se arrepentirá, señor Murray… Estaré bueno enseguida, ya lo verá. Seré su mejor hombre en menos que canta un gallo…

Hablaba tan rápido que Graeme apenas comprendía sus palabras. Además, casi bailaba sobre sus pies. Sintió que algo se aflojaba en su interior. De pronto tuvo la impresión de que toda aquella prepotencia era una máscara y que, en el fondo, Charlie Myers no era más que un joven que buscaba aprobación. Le dio una palmada en el hombro sano y le sonrió calidez.

—Tú preocúpate por descansar y por recuperarte. Ya hablaremos cuando estemos en el rancho. —Se apartó de él al ver que alguien salía del hotel—. Vaya, creo que te buscan.

Charlie se sonrojó al ver aparecer a Deborah Heller, cubierta con un abrigo azul que resaltaba el color de sus ojos y un gorrito a juego.

La mirada de la muchacha, alarmada cuando salió del hotel, se tranquilizó al instante cuando localizó a Charlie junto a Graeme.

—¡No deberías haber salido de la cama todavía! El doctor te recomendó reposo durante una semana.

Graeme tuvo que reprimir una sonrisa al ver a Charlie, tan orgulloso siempre, encogerse ante el tono mandón de una criatura tan angelical como Deb. Sin duda, esa niña había aprendido de su madre el modo de imponerse ante cualquiera.

Vio cómo Charlie abría la boca para excusarse, aunque no fue capaz de pronunciar una sola palabra. En cuanto miraba a Deborah Heller, se sonrojaba y era incapaz de hablar, con todo su ego convertido en arena. Era innegable que estaba obnubilado por ella. Aunque era normal, ya que Deb era la muchacha más hermosa que había visto jamás.

Salió en ayuda del vaquero y le plantó una mano en la espalda.

—No seas dura con él, jovencita. Le estaba recordando que tiene un lugar junto a nosotros en cuanto se haya recuperado.

Deborah lo miró, aunque apartó la vista al instante, lo que le recordó que no había olvidado ni perdonado que la había ofendido. Y era posible que no lo hiciera jamás.

Deb hizo una minúscula y casi inexistente reverencia en su dirección y se giró hacia Charlie.

—Vamos, te llevaré a nuestra carreta.

Charlie miró a Graeme como un perro abandonado.

Graeme no pudo culparlo por dejarse llevar. Él mismo no quería volver a meter la pata.

Con un suspiro, los vio dirigirse hacia el final de la fila de carretas, donde sabía que los Heller estaban preparando su carro. No había vuelto a hablar con Otto sobre sus planes, pero estaba casi convencido de que no dejarían las montañas.

La voz de Kate se inmiscuyó en sus pensamientos, diciéndole que las cosas había que hablarlas. Solo que había temas de los que ella no quería hablar… Ni siquiera quería quedarse a solas con él desde el día del rodeo. Siempre se las arreglaba para que estuvieran Jack, Helga o cualquier otra persona presente para que ningún tema preocupante pudiera surgir.

Graeme la comprendía hasta cierto punto. A veces tenía la sensación de ser otra vez un chiquillo que rondaba la puerta de su enamorada. Solo que, en esa ocasión, la mujer a la que deseaba estaba justo al alcance de su mano, lo que debería hacerlo más sencillo, aunque no lo era.

Ella había aceptado casarse con él. En ese caso, ¿por qué lo rehuía como si tuviera la maldita peste?

Podía aceptar, hasta cierto punto, que no aceptase sus regalos. Era testaruda e independiente, y era probable que quisiera conseguir todo lo que necesitara por sí misma. Pero ¿no era consciente, acaso, de que todos se darían cuenta de que estaban juntos cuando anunciaran su compromiso?

De hecho, de eso se trataba todo aquello, de que todos supieran que estaban juntos para acallar los rumores.

Llevaba alrededor de una hora frente a la puerta del hotel, simulando que supervisaba la carga de las carretas, mientras la esperaba. Estaba tan inquieto que era como si millones de hormigas le recorriesen el cuerpo.

La había visto a primera hora, con el resto de las mujeres, preparando comida, café, cargando las cestas, en la cocina. Los niños rondaban por allí, para ver si lograban hacerse con alguno de los tesoros que preparaban. Al final había conseguido galletas y una taza de café y se había sentado en una de las mesas del comedor.

Algunos de los hombres, no menos golosos que los niños, también merodeaban por allí, y Graeme había sido uno de ellos, aunque su objetivo no era una galleta, sino charlar con su ama de llaves.

Kate lo había visto, aunque no era difícil hacerlo, pues su altura lo hacía distinguirse del resto.

—Hará falta algo más sustancioso que una galleta de melaza para alimentarlo, señor Murray.

Graeme había aceptado la tartaleta de carne que ella le había ofrecido, junto con la taza de café, y se había sentado para observarla trabajar. En casa no tenía oportunidad para hacerlo.

La falda parecía juguetear alrededor de sus tobillos, sus muñecas eran finas pero fuertes al manejar ollas enormes y cuchillos afilados con una pericia sorprendente. Los mechones rubios se le humedecían con el vapor y Kate soplaba una y otra vez para apartarlos de su rostro.

Una mujer le dio una patada en la bota a Graeme para apartarla.

—Haría mejor servicio si fuera a buscarnos agua, señor mío. Seguro que con ese corpachón puede traer una buena cantidad. Aunque supongo que para usted aquí las vistas son más interesantes…

Otras mujeres se rieron con ella, pero Kate no pareció darse cuenta de lo que ocurría.

Graeme dejó la tartaleta y el café y le llevó el agua que le había pedido. Después se las apañó para desaparecer con su pastel de

carne y su café. Estaba claro que era incapaz de disimular que Kate le gustaba.

Suspiró y miró su taza, ya vacía. De eso hacía más de una hora.

—Vamos, Jack, el señor Murray lleva rato esperando. No querrás que se enfade con nosotras por tardonas, ¿verdad?

La voz de Kate le hizo levantar la mirada. Kate volvía a llevar uno de los vestidos que usaba en los días de diario, nada dispuesta a estropear uno de los buenos durante el viaje. Trataba de arrastrar a Jack tras ella, aunque no le resultaba fácil, porque la niña parecía empeñada en revolverse una y otra vez sobre sus pasos. Ahora comprendía por qué habían tardado tanto.

—El señor gigante es incapaz de enfadarse con nosotras. Es demasiado bueno y nos quiere mucho.

Graeme no pudo evitar sonreír al escuchar a la niña.

Miraba a su madre con tal aire de suficiencia como lo habría hecho su propia madre. La señora Murray adoraría a esa niña si tuviera la oportunidad de conocerla.

—Por supuesto que no puedo enfadarme —respondió Graeme, subiendo los escalones que lo separaban de ellas—, sobre todo si el objetivo era que las trenzas te quedaran tan perfectas, Jack.

La niña levantó la barbilla y giró a un lado y otro para mostrarle las dos perfectas trenzas que su madre le había hecho. Era más que probable que no aguantasen así más de unos pocos minutos, pero el momento y el cumplido habían merecido la pena.

—¿Verdad que sí, señor gigante? Los tirones han sido terribles, como si mamá quisiera llevarse mi cabellera por delante, pero así es mejor para jugar porque el pelo no te tapa los ojos todo el tiempo. Le he dicho a mamá que el pelo corto como lo llevan los chicos es mucho más cómodo y útil para la vida, pero no me hace caso. ¿Puede usted convencerla de que me deje cortármelo?

Graeme ahogó la risa ante la mirada de horror de Kate.

—Tu madre y yo tenemos varios temas serios de los que hablar y te juro que el pelo corto se incluirá entre ellos.

Jack asintió, agradecida, y le tendió la mano, que lucía unas sospechosas manchas rojizas que parecían ser de mermelada de frambuesa.

—Es usted la persona más confiabilísima que haya conocido, señor gigante. Le quiero mucho muchísimo.

Antes de que pudiera darse cuenta de lo que ocurría, la niña saltó sobre él y tuvo que atraparla en el aire.

Graeme sintió que, a traición, los ojos se le llenaban de lágrimas. La abrazó con fuerza y aspiró el aroma a colonia de su cabello, lo que le recordó algo que hacía mucho tiempo que no se permitía dejarse sentir, la añoranza por su propio hijo, al que apenas había conocido.

Después de las primeras semanas después de la muerte de Angus y de Anne, había enterrado tan hondo aquel amor, aquel dolor, que lo golpeó de modo inesperado.

Miró a Kate por encima de la cabeza de Jack sin saber muy bien qué hacer.

Ella se acercó a ellos a trompicones y se apretó con torpeza contra Jack. Apenas rozaba a Graeme, pero lo miraba fijo a los ojos, de los que caían lágrimas que habían estado atrapadas durante dos años.

—¿Qué ocurre? —preguntó Jack.

—Nada, mi amor —respondió Kate, sin apartar la vista de Graeme —. Es solo que somos muy felices de tenerte con nosotros.

Graeme estiró los labios. No supo si iba a decir algo, o si era un amago de sonrisa, pero ella asintió, como si comprendiera lo que quería decir.

Cuando se separaron, unos minutos después, se sentía dolorido, pero mejor. Supo que no había nada de malo en demostrar su dolor por lo que había perdido, que ella lo entendería.

Una vez pasado el momento, Kate comenzó a caminar hacia la carreta, pero él la detuvo.

—Nos están esperando.

Ella lo miró con curiosidad, pero lo siguió con confianza. Llevaba un vestido cómodo pero bonito y su sombrero nuevo, que era muy similar a aquel que llevaba cuando se habían conocido y que la protegería de las inclemencias del clima.

—¿Es Helga? ¿Necesita ayuda?

Graeme negó con la cabeza. Miró a Jack, que corría ante ellos con las trenzas al viento y decidió ser sincero.

—Un sacerdote nos espera en la iglesia para casarnos, si tú quieres.

Kate se detuvo de golpe. El sombrerito se le cayó hacia adelante, tapándole los ojos. Lo apartó con un gesto brusco.

—No puedes estar hablando en serio.

—Creo que esta charla ya la hemos tenido antes.

Ella lanzó un bufido.

Grame rio.

—No tiene gracia.

—Eres maravillosa.

Kate parpadeó y lo miró. Había vuelto a afeitarse y se había puesto uno de esos trajes elegantes que lo hacían parecer un señor elegante de ciudad. Nadie en sus cabales se vestiría así para marchar en caravana. ¿Cómo no se había dado cuenta nada más verlo de que se traía algo entre manos?

—Y tú eres… ¡un tramposo!

—¡Oh, sí, sin duda!

Ella buscó a Jack con la mirada. Se había vuelto para mirarlos con curiosidad, como si hubiera notado que ocurría algo extraño entre ellos.

—Se supone que iba a ser un compromiso temporal, no hablamos de casarnos. —Miró a su alrededor, pero no había nadie que los mirase. Bajó la voz para que su hija no la oyera—. Graeme… Esto no es lo que hablamos.

—Puedes negarte, y yo no te obligaré a nada. Te ayudaré a conseguir tu casa y puedes irte cuando quieras, eso no ha cambiado.

Jack saltó se colocó entre los dos y los miró de modo alternativo.

—¿Os estáis peleando?

Graeme la miró y se sonrojó.

—Solo estamos hablando de cosas de adultos.

—¿Qué tipo de cosas?

Graeme se sorprendió cuando Kate le tomó la mano y luego miró a la niña.

—¿Qué te parecería si me casara con el señor Murray?

Jack permaneció en silencio durante unos desconcertantes segundos. Empezó a juguetear con una de las trenzas, hasta que se deshizo del todo.

Graeme jamás había sido consciente de lo mucho que le importaba la opinión de esa niña hasta ese momento.

—¿Podré seguir usando la bañera y mi dormitorio?

—Todo seguirá igual que antes.

—En ese caso, no sé por qué no os habéis casado antes.

Graeme pensó que la inocencia de esa niña era refrescante.

—¿Has oído, querida? ¿Por qué no nos hemos casado antes?

Se sintió satisfecho al ver el leve sonrojo en las mejillas de Kate. Le tendió el brazo y la guio hacia la iglesia, donde esperaba el sacerdote junto con los testigos, un par de hombres a los que no conocía.

Unos minutos después, Kate era su esposa y él se sintió más ligero estúpidamente feliz.

XXXIII

En cuanto cada saco de harina, cada tarro de confitura y cada barril de melaza estuvo colocado en su lugar, Kate se permitió a sí misma un minuto de reposo.

El viaje de regreso desde Cheyenne había parecido, de algún modo, mucho más corto que el de ida.

A su alrededor todo parecía igual que antes de partir, aunque en realidad era distinto. Ahora era la dueña de la adjudicación de una porción de tierra. En unos meses, con suerte, tendría una casa propia… y era la señora Murray.

Oh, Dios, ¡estaba casada!

La ceremonia había sido breve y sencilla, poco más que unas palabras y una oración pronunciadas en una iglesia construida con madera y sin adornos ante un sacerdote y un par de testigos a los que no conocía de nada. Aparte de ellos y los novios, solo estaba presente Jack. Cuando los habían declarado marido y mujer la niña había aplaudido y gritado, feliz como en un día de fiesta. Ante el reverendo que los había casado y los testigos, que parecían más bien indiferentes, Kate y Graeme se habían limitado a repetir lo que les habían pedido con voces temblorosas.

Graeme había sacado del bolsillo un anillo que se había deslizado con facilidad en su dedo y después la había besado con suavidad.

Kate había recordado sus palabras tras el establo. Aquello sería solo temporal y se lo había pedido porque eran compañeros. Amigos.

Sin embargo, durante esos breves instantes, la felicidad había sido real, por mucho que tratara de recordarse que no era un matrimonio de verdad.

Poco después, Graeme se había cambiado de ropa y se habían unido al resto de la caravana, sin que nadie supiera que acababan de casarse. Él quería anunciarlo al regresar a casa, sin aspavientos, en una fiesta con sus vecinos y amigos.

Kate se puso el anillo en la otra mano, junto con el del viejo Frank, donde pasaría desapercibido.

No quería ganarse la animadversión de sus conocidos después de lo que había pasado. No sabía si era buena idea ocultar su matrimonio, pero agradeció unos minutos de calma para rumiar lo que acababa de ocurrir.

Poco después, al ponerse en movimiento, no tuvo demasiado tiempo para pensar en ello, ni en nada más, aparte del trabajo de guiar la carreta y seguir el ritmo de la que tenía delante. Si alguien notó que estaba distraída y respondía con monosílabos, no comentó nada al respecto.

Todo el mundo parecía agotado y no se habían detenido tanto en las comidas y las cenas como en la ida. Además, las noches en el camino habían sido frías y habían temido que la nieve les impidiera la marcha. La primera noche heló y las mujeres tuvieron que romper la capa de hielo del río para poder recoger el agua para cocinar. Eso hizo que todo el mundo acelerara el paso para llegar a casa cuanto antes. Por suerte, el camino había permanecido seco y en perfecto estado, por lo que habían podido avanzar a buena marcha. Incluso Charlie Myers había viajado a caballo un pequeño trecho, a pesar de las objeciones de su joven enfermera, que lo había vigilado con ojo de halcón durante ese rato. El tordo agradeció el ejercicio. Era evidente que no estaba acostumbrado a viajar atado en la parte trasera de un carro.

Kate agradeció cuando al fin había podido bajar de la carreta bamboleante para entrar en casa.

Se había despedido de los Heller, que parecían haber recuperado su buen humor habitual, y había organizado la entrada de las mercancías en la despensa. No sabía si habían decidido quedarse, pero no habían vuelto a hablar de marcharse, así que dio por sentado que habían cambiado de idea.

Graeme había seguido adelante con el resto de la caravana para ayudar a sus hombres a llevar el ganado que había comprado a los rediles, aunque había avisado que regresaría para ayudarla en cuanto pudiera.

Kate había agradecido la relativa soledad, aunque seguía rodeada de gente. Los peones del rancho trabajaban como una máquina bien engrasada, descargando y organizando el alojamiento de las nuevas reses en los cercados. Un par de ellos la ayudaron a meter las provisiones en la despensa y los baúles en los dormitorios y se despidieron de ella y de Jack cuando todo estuvo listo.

Kate le preparó algo de comer a Jack y la dejó junto a la chimenea con uno de los libros nuevos.

Se sentó con una taza de café, sola por primera vez en mucho tiempo con sus pensamientos, agradeciendo la soledad y sin poder evitar, al mismo tiempo, echar de menos a Graeme.

Llevaban días sin apartarse más de unos metros el uno del otro, aunque eso no quería decir que se hubieran acercado. De hecho, ni siquiera se habían rozado. Aunque los dos trataban de comportarse como siempre, tanto Kate como él eran conscientes de que las cosas no eran como antes del viaje a Cheyenne. Ahora eran marido y mujer.

—Y ahora será todavía peor…

—¿Qué será peor?

Kate miró a Jack, que después de merendar se encargaba de colocar sus nuevos libros en las estanterías. No sabía que había hablado en voz alta hasta que la niña le había respondido.

Se sonrojó sin poder evitarlo. Por suerte, Jack no insistió. Estaba demasiado entretenida con sus nuevos tesoros.

Se agachó junto a la chimenea para encender el fuego. La casa olía un poco a humedad después de haber pasado unos días cerrada y podía ver una nubecilla ante su boca cada vez que respiraba. Y todavía estaban en otoño. Se acercó a la chimenea con su taza de café y avivó el fuego. La leña seca prendió con facilidad, así que permaneció ahí un buen rato, disfrutando del calor en el rostro y en

las manos. Muy pronto la casa volvería a ser el hogar que había sido durante todos esos meses.

El golpetazo de la puerta contra la pared hizo que diera un respingo, aunque tuvo los reflejos suficientes para de no tirarse el café encima.

Durante el viaje Graeme casi había recuperado su aspecto de montañés, con una barba de varios días y el cabello revuelto por el aire frío. Además, aunque no llevaba su pelliza marrón y vestía otro abrigo, algo más elegante, ese hecho no le quitaba del todo su aire salvaje.

Ese hombre era su marido. Le parecía increíble que fuera cierto. Solo pensarlo era abrumador. Claro que el suyo era de todo menos un matrimonio normal.

—Espero que no se les hayan acabado las ganas de aventura, porque nos vamos de cacería, señoras.

Jack dejó los libros de lado y empezó a gritar. Kate tuvo que agarrarla para que no saltara sobre Graeme. Aunque se temía que a él no le molestase demasiado.

—¿Vamos a matar osos?

Graeme rio.

—Espero que no tengamos que enfrentarnos a nada semejante, Jack, aunque Sweet Joe podrá atestiguar que son unas presas magníficas.

Kate se removió incómoda. Todavía llevaba la ropa de viaje y se moría por un baño. ¿Cómo se les ocurría a los hombres preparar una cacería cuando apenas acababan de llegar de la ciudad y ni siquiera habían deshecho el equipaje? Comprendía lo que había dicho Graeme de que necesitaban abastecerse de carne y que no todos podían disponer de ganado, pero estaban agotados y quizás fuera mejor esperar unos días antes de organizar otra salida. ¿Acaso no veían todo el trabajo que eso suponía?

Graeme se deshizo del abrigo y se acercó a la chimenea con su calma habitual. Se pasó una mano por la barba, como sorprendido

de que hubiera vuelto tan deprisa.

—No hace falta que te ocupes de nada. Acamparemos y los hombres nos haremos cargo de todo. Ni siquiera hace falta que vengas. —La miró con una tenue sonrisa que hizo que Kate recordase los besos tras el establo—. Aunque supongo que sabes que me encantaría que vinieras… Kate… Jamás has visto una luna como la que verás ahí arriba. Es mágico.

Kate asintió, incapaz de pronunciar una palabra.

No era solo que Jack estuviera ahí, con la mirada fija en ellos, sino que Graeme le sonreía de aquella manera, como si conociera cada pensamiento, cada sentimiento que la recorría.

—¿Va a llevar la gaita, señor gigante?

Graeme apartó la vista de ella a duras penas para mirar a Jack.

—Creo que espantaría a todos los animales del bosque, Jack, así que me temo que las lecciones tendrán que esperar a nuestra vuelta.

—Gracias al Señor —murmuró Kate para sí, mirando hacia el cielo.

—Tu madre cree que no toco bien, ¿qué te parece?

Graeme tenía ahora un aspecto serio, aunque Kate lo conocía lo bastante bien como para saber que fingía.

—Reconozco que tienes algunos talentos, pero la música no se encuentra entre ellos. Y ahora, si me lo permites, tengo algunas cosas que hacer si vamos a volver a partir.

Kate notó la mirada de Graeme, que la seguía mientras se colocaba la capa para salir, pero agradeció que no saliera tras ella. Era evidente que tenían una charla pendiente, pero necesitaba más tiempo para asimilar todo lo que había ocurrido en los últimos días.

Caminó hacia la tumba de la señora Murray y su bebé y arrancó los hierbajos que se habían acumulado encima durante su ausencia. Colocó las flores que había recogido de camino hacía allí sobre la lápida y suspiró. Comprendió por qué había escogido Graeme ese lugar. Estaba protegido de los elementos y las vistas eran preciosas. Ásteres blancos y púrpuras habían crecido alrededor de la piedra y

algunas echinaceas salpicaban el suelo. A pesar de los hierbajos, el terreno estaba bien cuidado.

¿Cuánto tiempo había pasado Graeme allí, sentado ante esas tumbas, llorando o meditando? Lo había visto muchas veces ahí, parado en silencio. Supuso que las cuidaba él mismo, porque jamás había visto a nadie más por allí.

Se agachó ante las lápidas y acarició la sencilla piedra tallada que marcaba el lugar de reposo del bebé. Apenas tenía unos días cuando había sido enterrado. Angus Trevor Murray. Pasó los dedos por encima del nombre tallado como si se tratase de su pequeño rostro.

—Cuidaré bien de él, lo prometo.

—Para cumplir esa promesa tendrás que quedarte aquí.

Era increíble que alguien del tamaño de Graeme pudiera moverse con ese sigilo cuando quería. Era silencioso como un gato cuando se lo proponía.

—He echado mucho de menos todo esto, y no sé cómo me he hecho tan pronto a este lugar. No debería haber sido así, porque se supone que es un lugar horrible y salvaje, pero tiene algo que se te mete en el corazón sin que te des cuenta. Seguro que a ella también le gustaba —añadió, quitando la tierra que se había acumulado sobre la losa de Anne Murray—. Debía de ser una mujer especial si te siguió hasta aquí.

—¡Oh, sí, lo era! Pero a Anne no le gustaba esto. Me engañó durante bastante tiempo. Para cuando me di cuenta de que la estaba matando con mi cabezonería por quedarme, era demasiado tarde.

Kate se levantó y le tendió una mano. Había poco más que pudiera hacer por consolarlo. Había dolor en su voz, pero era un dolor seco. Graeme parecía haber superado la muerte de su esposa y su hijo, aunque dudaba mucho que dejara de sentirse culpable por ello en toda su vida.

—Seguro que fue feliz.

Graeme tiró de ella y la abrazó. Kate se refugió en sus brazos, aliviada de no tener que luchar contra sus sentimientos por el

momento. Por su parte, él no parecía sorprendido de verla allí. Probablemente sabía que visitaba la tumba. Debía de haber visto las flores que dejaba a menudo, aunque no hubiera comentado nada al respecto.

—No dudo que lo fuera, al menos durante un tiempo, aunque creo que siempre esperó que un día me despertase y me diera cuenta de que había cometido un terrible error y le dijera que debíamos volver a Edimburgo. Fui un idiota al no comprender que este no era su sitio. Mi madre tiene razón cuando dice que las mujeres no están hechas para las montañas, y que yo tampoco lo estoy.

Kate levantó la cabeza para mirarlo.

Graeme había bajado la mirada hacia la tumba de su hijo. Tenía los ojos secos, pero opacos por culpa de la tristeza.

Kate sintió que su pena se le pegaba como una manta, aunque le pareció peor que él se dejara influenciar por las palabras de la señora Murray. Lo obligó a mirarla, notando cómo las mejillas se le arrebolaban a medida que hablaba.

—¿Tu madre sabe acaso en qué condiciones viven las mujeres en las ciudades? ¿Son las fábricas buenos lugares para ellas, o para los hombres? ¿Conoce acaso en qué condiciones viven algunas sirvientas cuando desaparecen de la vista de sus patronos? He conocido a algunas que entraron a servir cuando eran niñas de la edad de Jack y que apenas veían la luz del sol. Y así día tras día hasta que las echan cuando no son útiles, Graeme. ¿Puedes imaginar una vida así? Cuando vivía en Denver, salía de casa de noche y volvía de noche. Había días en que comía un trozo de pan y poco más, y eso si tenía suerte. Hasta que mis hermanos no encontraron trabajo, no supe lo que era tener un poco de paz y descanso. Después de mi accidente, de no ser por mi amiga Gertie, Jack y yo habríamos terminado en la calle o en un sitio peor. Te juro que nunca he sido más feliz que aquí, ni me he sentido mejor, porque por fin he sabido un poco a qué se parece la libertad, a pesar de que trabajo mucho. Y es porque trabajo para tener algo mío. —Notó que la voz se le quebraba por la emoción—. Fíjate en

Jack. Ha crecido al menos un palmo desde que está aquí. La comida es fresca y el aire es limpio. No sabes lo que significa no tener que preocuparse por el mañana, por si tendrás un techo o si podrás poner comida en el plato de tu hija—. Él la miró y Kate inspiró hondo. Retuvo el aire en los pulmones hasta que le dolieron. Solo entonces lo soltó—: Graeme, todos los lugares del mundo son duros, porque la vida lo es. Tu esposa murió, pero no fue por tu culpa.

Él parpadeó, quizás para alejar el espectro de las lágrimas.

—No supe ver lo mucho que sufría —su voz sonó ronca.

—Es posible que ella misma no fuera capaz de medir sus fuerzas. Nunca sabrás si se hubieran salvado de haber regresado a Europa.

Graeme asintió, aunque no dijo nada.

Ambos permanecieron juntos y en silencio unos minutos, hasta que una brisa fría y húmeda los hizo alzar la mirada hacia el cielo.

El cielo estaba gris y plomizo. Parecía que se avecinaba una nevada.

Los días siguientes supusieron una nueva oleada de preparativos para una nueva aventura.

Aunque Graeme le había asegurado que no tendría que preocuparse de nada, Kate era incapaz de permanecer de brazos cruzados mientras Helga y las otras mujeres guisaban y empacaban mantas, las tiendas y el material que necesitarían durante la cacería.

Se había presentado un día ante su puerta, un poco cabizbaja, más callada que de costumbre, como si no supiera si iba a ser bien recibida.

Kate se hizo a un lado y la dejó entrar.

—Acabo de hacer café y tengo unos bollos que he hecho para el desayuno. Seguro que te apetece probarlos.

Helga asintió y dio unos pasos hacia el fuego.

—Gracias.

No habían vuelto a hablar desde que habían regresado de Cheyenne y Kate la había echado de menos. Era la única amiga que había tenido allí y a veces necesitaba charlar con otra mujer adulta.

Las esposas de los peones eran amables con ella, pero con ellas no tenía la misma relación que la que mantenía con Helga. Hacía días que esperaba su visita y no había nada que le apeteciera más que hablar con ella de su matrimonio con Graeme.

Sabía que podía confiar en ella, aunque no sabía cómo le sentaría que hubiera aceptado casarse con él tan poco tiempo después de lo que había ocurrido con Deborah. Además, Graeme quería hacerlo público en una pequeña celebración al regresar de la cacería, así que decidió callar, por mucho que deseara contárselo todo.

—¿Qué tal se encuentra Charlie? —preguntó, pensando que el estado de salud del joven vaquero era un tema libre de riesgos.

Helga chasqueó la lengua contra el paladar y pareció otra vez la de siempre.

—Ese chico come como una lima y acabará con nuestras reservas para el invierno si no me ando con cuidado. Pero Deb no quiere oír nada de que vaya al barracón con el resto de los muchachos. No sé si es como el hijo que nunca tuve o un perro que roe las sobras.

Kate sonrió y le sirvió el café bien azucarado, como a ella le gustaba, y un bollo que su amiga empezó a picotear enseguida. Helga se sentó en su lugar habitual, cerca del fuego, y se levantó la falda para que el calor le calentase las rodillas cubiertas por gruesas medias de lana.

—Charlie parece un buen chico.

Helga, que había dado un sorbo al café, levantó la vista hacia ella y bufó.

Se esforzó por no mostrar lo que pensaba, aunque lo cierto era que sentía una enorme curiosidad por lo que ocurría en casa de los Heller.

—Vamos, no disimules, Kate Kelly. Pregunta lo que estás deseando saber.

Kate tomó su propia taza de café y se sentó enfrente de su amiga. No podía olvidar cómo la había mirado cuando Graeme había rechazado a su hija, cómo la había rehuido durante días. Y tampoco

podía ignorar los motivos. Helga no andaba desencaminada, aunque ella no podía saberlo.

Se dijo que se estaban encaminando poco a poco hacia el momento en que su amiga sabría la verdad. Aunque antes le gustaría saber si Deborah había olvidado a Graeme, por egoísta que sonara por su parte.

—¿Deborah y Charlie Myers… —Kate no terminó la frase, aunque hizo un gesto elocuente que no necesitaba de más palabras.

Helga emitió una especie de hipido irónico.

—¡Diablos, no!

Kate se arrepintió de haber preguntado. Su interés habría dejado en evidencia sus sentimientos a cualquiera que tuviera ojos.

Se levantó para dejar la taza en la mesa. Necesitaba cualquier excusa para no mirar a su amiga. Ahora ya no tenía tan claro lo de contarle a Helga la verdad. Solo que, si no se lo contaba, ¿cómo iba a pedirle consejo acerca de lo que le ocurría?

—Bueno… él todavía no ha hablado con nosotros, aunque nunca había visto a un hombre tan enamorado como Charlie —dijo Helga de pronto.

Kate se detuvo junto a la mesa, de espaldas a Helga, que siguió hablando de cómo el joven vaquero trataba de conquistar cada día a su adorable enfermera, que no se apartaba de su lado.

Le acercó a la alemana el plato con bollos y ella tomó un segundo mientras hablaba de la inseparable pareja.

—Ella no abre apenas la boca. Se limita a quedarse a su lado, en silencio, vigilando que no se haga daño. —Helga se calló un instante para pellizcar el bollo. Masticó durante unos instantes, con la mirada fija en el fuego. Kate pensó que no diría nada más, hasta que de pronto volvió a mirarla—. Aunque todavía veo tristeza en sus ojos cuando Otto habla de Graeme y eso me rompe el corazón.

Kate volvió a sentarse. Deseó poder ser sincera con Helga, pero sintió que antes debía hablar con Graeme. Si le confesaba a su amiga su matrimonio en Cheyenne tan solo unos días después del rechazo a su hija, tal vez la perdiera para siempre. Podía decirle que

para Graeme era un matrimonio de conveniencia, que no serviría más que para acallar los rumores, incluso que serviría para que dejaran de hablar de Deborah, pero Kate no sería capaz de ocultarle a Helga lo que sentía por él.

—Deborah no habría sido feliz junto a Graeme, aunque ella no lo entienda ahora. Tú sabes lo que es un matrimonio por amor, estar con alguien que te apoya cada día, pero yo sé lo que es vivir con un hombre que no te ama ni sabe nada de ti. Lo peor es que ni siquiera le interesas lo suficiente como para considerarte más que la persona que le lava la ropa y prepara la comida —comenzó Kate, sentándose frente a Helga y deseando que su amiga no la mirase así, como si pudiera ver su interior con toda claridad—. No soy quien debe juzgar si lo que Deborah siente por Graeme es real o no, pero, si él no la ama, un día se dará cuenta de que lo que ha ocurrido es lo mejor. Nadie sabe si será feliz con Charlie, con otro, o tal vez con nadie, pero Graeme no es para ella si él no es capaz de amarla como merece.

Helga la miró durante unos instantes en silencio, un silencio doloroso para Kate.

Pensó que se levantaría y se marcharía, que la había perdido de todas formas.

Pero entonces, para su sorpresa, Helga se levantó y le tomó la mano con fuerza. Por primera vez en muchos días, sintió que había recuperado a su amiga. Al mirarla, vio lágrimas en sus ojos.

Antes de que se diera cuenta, se encontró entre sus brazos, aprisionada y apabullada entre el olor a levadura, mantequilla y olor a agua de colonia de lavanda. Cerró los ojos al recordar que su mamá había olido casi igual.

—Hablas mucho de la felicidad de los demás, Kate Kelly, pero ¿qué hay de tu felicidad? ¿Cuándo vas a empezar a pensar en ti misma y vas a buscarte un buen hombre?

Kate se obligó a sonreír mientras se apartaba. Bajó la mirada, con los ojos todavía llenos de lágrimas. Pensó que ese era el momento indicado para hablar, pero algo la detuvo. Al fin y al cabo, ¿era el suyo un matrimonio real? Graeme y ella seguían siendo dos

personas que vivían bajo el mismo techo, igual que antes de la boda. Como él había dicho tras el establo, nada había cambiado entre ellos. De hecho, él ni siquiera había vuelto a tocarla, más allá de un roce de manos cuando le pasaba una taza o un libro. Desde luego, no se podía negar que era un hombre que cumplía sus promesas.

Sin embargo, ella había aceptado esas condiciones y no debería quejarse. Ella, que ni siquiera había querido casarse otra vez. No había querido un matrimonio sin amor, y eso era lo que tenía. Ella misma se había metido en una jaula y había tirado la llave. Por suerte, aquello solo duraría unos meses.

—Soy feliz, querida —le aseguró a Helga, forzándose a sonreír—. Tengo la escritura de una tierra maravillosa para mí y para mi hija, y en unos meses podremos construir nuestra casa. ¿Puede haber algo mejor?

Helga negó con la cabeza y arrugó los labios, como si su amiga fuese un caso perdido.

No dijo nada y volvió a su silla junto al fuego.

Durante unos instantes, Kate se temió que sacara a colación a Graeme u otro hombre, el matrimonio y los hijos, pero Helga, por suerte, pareció olvidarse del asunto y empezó a hablar de la cacería.

Mucho más tranquila, Kate la oyó perorar sobre montaje de tiendas, nevadas, accidentes de caza y bestias salvajes. Escuchándola, cualquiera diría que las cacerías eran terribles, pero Helga sonreía de tal modo que parecía disfrutarlas.

—No has vivido nada semejante, querida. Es lo más excitante y romántico del mundo, ya lo verás. Se trabaja tanto que el cuerpo duele, pero las noches son tan divertidas como en Navidad.

Kate agradeció el cambio de tema y se distrajo de sus preocupaciones mientras la escuchaba contar anécdotas de cacerías anteriores. Le rellenó a Helga la taza de café y suspiró, feliz. La vida debería ser siempre así, llena de nuevos planes para aventuras de ensueño.

XXXIV

No había amanecido cuando Kate escuchó un sonido que jamás habría esperado escuchar. Al principio pensó que los nervios por la partida para la cacería le jugaban una mala pasada, incluso que el viento traía los mugidos de las vacas desde el establo. Claro que aquello no se parecía en nada al mugido de una vaca.

Más bien sonaba como campanillas. Campanillas dulces y agudas.

Terminó de empaquetar el bizcocho de maíz que había preparado para el viaje y se acercó a la puerta, convencida de que había algo al otro lado.

Graeme, que sorbía su café junto a la chimenea, ya vestido con su abrigo peludo, sonrió como si supiera más que ella.

Estaba a punto de alcanzar la puerta cuando alguien llamó, con tanta delicadeza que casi pareció imaginarlo.

—Soy Sweet Joe, querida dama. El señor Murray me invitó a participar en la cacería y he venido para ver si puedo ayudar en los preparativos.

Kate abrió y se encontró al anciano, con el sombrero encasquetado en la cabeza como si temiera que el viento fuera a arrancárselo. El aire frío y una ligera aguanieve le hacían guiñar los ojos y patear el suelo para entrar en calor. Tras él, sus cabras le guardaban las espaldas.

—Pase, por favor. ¿Le apetece un café y un trozo de pastel?

—Es usted un ángel, señora.

Sweet Joe amarró a sus cabras a la entrada de la casa y después se limpió las botas en el felpudo antes de entrar. Se sacó el sombrero y saludó a Graeme con un gesto de la cabeza. Se pasó la mano para el ralo cabello blanco para intentar peinarse, aunque el

resultado no fue demasiado convincente. Despedía una mezcla de aroma a jabón y cabra y su ropa lucía pulcra y limpia, aunque desgastada por el uso.

—Me alegra que te unas a nosotros, Joe.

—Gracias por invitarme, Murray.

Kate le sirvió una taza de café y le tendió un platillo con un generoso trozo de pastel de maíz, al que había añadido una buena porción de crema, que él agradeció con una sonrisa.

—¿Crees que nevará? —preguntó Graeme.

Sweet Joe levantó la mirada hacia el techo, como si fuera capaz de ver el cielo a través de la madera y la piedra de la construcción.

—Nevará —dijo a secas, antes de sentarse en la mecedora junto al fuego y empezar a comer.

Kate aprovechó el silencio para terminar con los preparativos.

Se suponía que partirían al amanecer, pero ya hacía tiempo que había amanecido y no parecía que fueran a salir en un buen rato. Además, aunque se suponía que iban a ser un grupo pequeño, al final serían más de los que había pensado en un principio. Lo que iba a ser una pequeña partida de caza para abastecerse de carne para el largo invierno, se había convertido poco a poco en una fiesta y familias enteras se habían unido. Los hombres dispararían y las mujeres prepararían las piezas para su conservación. Los niños, mientras tanto, prepararían trampas para animales pequeños.

Había visto a Helga hacía un buen rato. Había pasado por allí con Deborah a primera hora. Las acompañaba Charlie, que se había quedado junto a la puerta, con el sombrero en la mano, incapaz de decidir qué hacer, si entrar o quedarse fuera. Se limitaba a seguir a Deb con la mirada, como un perrito perdido. Ya no llevaba ni la venda en la cabeza ni el cabestrillo y tenía buen aspecto, si uno no se fijaba en su mirada de cordero enamorado. Sabía por Graeme que había empezado a trabajar con el resto de los peones y que tenía un talento especial para los caballos, aunque no desdeñaba ningún tipo de tarea, como si quisiera compensar su altanería cuando se habían conocido. Deb, sin embargo, ahora que el chico parecía recuperado, había recuperado su actitud indiferente. No lo espantaba, pero

tampoco parecía importarle su existencia. Al ver que Graeme no estaba en casa, ocupó su lugar habitual en la mecedora y se limitó a degustar una taza de café y a ignorar a los demás.

La visita había sido corta, pero había bastado para agotar a Kate. Helga le había repetido que la cacería sería una aventura y le había asegurado que jamás lo olvidaría, pero se sentía agotada de antemano. Agradeció que se fueran casi de inmediato y volvió a la cocina.

Poco después Graeme había regresado para ayudarla a cargarlo todo en las mulas de carga.

Jack, ajena a todo, seguía en la cama.

En general, se levantaba temprano y desayunaba mientras Kate trajinaba en la cocina. Luego la ayudaba a terminar sus tareas. A media mañana se sentaban a seguir sus lecciones durante un par de horas, hasta que llegaba la hora de preparar la comida. Kate no poseía unos conocimientos enormes, solo lo que le había enseñado su madre y lo que leía cada vez que podía, pero quería que su niña aprendiera todo lo que pudiera. En las montañas no tenía la oportunidad de acudir a una escuela, pero tenía esperanzas de que estudiara cuando fuera mayor. Por suerte, Graeme la ayudaría con eso también.

—¿Dónde está la pequeña dama? Le he traído un regalo.

Kate se fijó por primera vez en el paquete que Joe había dejado junto a la puerta. Estaba envuelto en hule y era de dimensiones considerables. Le debía de haber costado acarrearlo desde su cabaña, allá en las montañas.

—No debería haberse molestado, Joe.

Él le guiñó el ojo y levantó la taza de café en su dirección.

—Se lo prometí a la chiquilla, y un caballero debe cumplir sus promesas.

—Todavía no se ha levantado. Ayer estaba muy excitada cuando se acostó. Está deseando salir de aventuras. Si me disculpan, voy a por ella.

Kate los dejó en el saloncito y entró en el dormitorio de Jack. Se acercó a la cama de la niña para despertarla. Nada más verla, supo que estaba enferma. Sus mejillas estaban rojas y tenía el pelo rubio húmedo y pegado a la frente.

—¿Ya es de día, mami? Tengo que prepararme o el señor gigante se irá sin mí.

La tos hizo que la niña se encogiera sobre sí misma.

Kate le apartó el cabello del rostro y le dio agua cuando al fin la tos cedió. Le puso la mano en la frente y la notó caliente. Además, sus ojillos estaban brillantes y vidriosos, como siempre que tenía fiebre.

—Vamos a quedarnos en casa descansando, cariño.

—Pero yo quiero ir…

La decepción en la mirada de su hija era dolorosa, pero era evidente que no podía salir de la cama en esas condiciones.

—Nos quedaremos aquí y descansaremos. El viaje a la ciudad ha sido duro y a las dos nos vendrá bien reponer fuerzas. Tu vieja madre ya no está para esos trotes.

La vio recostarse contra la almohada. Parecía dudar, pero la tos le impidió protestar.

La dejó bien tapada y salió de la habitación.

Graeme estaba comprobando su arma y Joe se las había arreglado para servirse otra porción de tarta y se mecía frente al fuego.

—¿Qué tal ha dormido la pequeña?

—Me temo que no vamos a poder ir a la cacería. Jack tiene fiebre y no puedo dejarla sola.

Graeme dejó el rifle, se acercó a ella y le tomó la mano.

—Me quedaré con vosotras.

Kate deseó poder estar a solas para abrazarlo. Desde que habían regresado, apenas la había rozado y sus conversaciones se habían limitado a temas tan absurdos como la comida o sobre lo que leían por la noche. Lo había echado de menos.

—No. No es necesario. Todo el mundo cuenta contigo.

—Pero vosotras me necesitáis.

Ella negó con la cabeza.

—Ve. Seguro que no es más que cansancio.

Pudo ver su lucha en la mirada, aunque Graeme no insistió. Se volvió a calzar su abrigo peludo, tomó el arma y le hizo una seña a Sweet Joe, que la saludó con una reverencia y un guiño.

—Dígale a la pequeña dama que espero que se recupere pronto, querida. Y no se preocupe, que su niña estará corriendo otra vez muy pronto. Tiene un espíritu fuerte —le aseguró—. Tenga usted un buen día.

Los vio marchar con una mezcla de sentimientos. Por un lado, sintió alivio al saber que podía centrarse en cuidar a Jack. Pero, por otro, temió el hecho de estar sola con la niña enferma. Hasta ahora, cuando Jack enfermaba, siempre había mujeres a su alrededor. Sabía que podía contar con alguien que le echara una mano. Siempre había alguna que sabía lo que ocurría. Ahora solo había unos pocos peones del rancho para ayudarla, si lo necesitaba. Incluso cuando vivía su mamá o cuando tenía que cuidar a sus hermanos, allá en los días del ferrocarril, las mujeres eran las que ayudaban en el cuidado de los enfermos. Pocas veces se podían permitir acudir a un doctor y pagar por sus cuidados. Cuando se acudía al hospital era para morir o en casos graves, como cuando ella había tenido el accidente.

No podía ser tan egoísta como para retener a Graeme cuando lo necesitaban en la cacería. Todos los tiradores serían necesarios y había comprendido que no era un mero entretenimiento, de verdad la carne era necesaria para pasar el invierno para muchas familias.

Llenó una palangana de agua fresca y recogió toallas y sábanas limpias antes de regresar al dormitorio de Jack. Había pasado también por la despensa y había tomado la cajita de hierbas de su mamá. Ahí guardaba la pequeña libreta que ella había escrito, con su letra pequeña y pulcra. Había remedios para la fiebre y las torceduras, las heridas pequeñas y también para los dolores de tripas. Había tisanas y ungüentos, y jamás le había fallado. Algunas páginas estaban borrosas y había pensado en pedirle a Graeme que

se la transcribiera para que no se perdieran. Él tenía la letra hermosa y limpia, ornamentada como la del caballero que era. La suya, en cambio, era mucho más torpe, poco entrenada. Aunque había hecho anotaciones en los márgenes, había veces que apenas podía entender lo que decía.

—¿Mamá?

—¿Sí, cariño?

—¿Se han ido sin mí?

Kate no tuvo más remedio que sonreír ante la indignación en su voz. Era posible que Jack estuviera enferma, pero el enfado superaba su malestar.

Dejó la palangana en la mesilla de noche y las toallas y las sábanas al lado. Después se sentó junto a ella en la cama.

—Si te recuperas pronto, a lo mejor podemos reunirnos con ellos en unos días —dijo, aunque sabía bien que eso era imposible.

Por suerte, Jack no se dio cuenta de que mentía. No sabía si era por la fiebre o por el cansancio, pero se recostó en la cama y se rindió.

—Me pondré buena pronto, ¿verdad?

Kate se obligó a asentir. A lo largo de su vida, había visto a muchos niños morir a causa de todo tipo de enfermedades. No podía olvidar la pequeña tumba en la que reposaba Angus, el hijo de Graeme.

—Claro que sí. Pero para eso tienes que ser buena y descansar. Si te tomas las medicinas y duermes mucho, seguro que en unos días volverás a correr por ahí como antes.

La niña no respondió. Se lo impidió un nuevo ataque de tos.

Graeme miró a su espalda. Habían partido hacía casi una hora, pero todavía era capaz de ver el tejado de su casa, dada la lentitud de la caravana. El camino era empinado y a las carretas les costaba seguir el ritmo de los caballos.

—La niña es fuerte. Se recuperará.

Graeme no respondió. Otto cabalgaba junto a él a la retaguardia, para que no se rezagasen demasiado. Sweet Joe iba a la vanguardia con sus cabras, montado en su mula, guiando al resto, con aires de capitán. Los niños, encantados, lo seguían y obedecían sin rechistar cada una de sus órdenes.

—Todavía estás a tiempo de regresar. Hay tiradores de sobra. No te echaremos de menos.

Graeme no pudo evitar una sonrisa, aunque el pelo de su abrigo la ocultó.

—¿Tanto se me nota?

—Amigo mío, no sé por qué te empeñas en engañarte a ti mismo.

—He dejado de engañarme a mí mismo. Kate y yo nos casamos en Cheyenne justo antes de regresar.

Otto lanzó una carcajada que atrajo las miradas de los que lo rodeaban.

—¿Y qué diablos haces aquí, con el trasero sobre la silla? Ve con tu esposa, muchacho.

Graeme se dijo que no era el momento de explicarle a Otto las circunstancias de su matrimonio. Además, se suponía que ni siquiera su amigo debería saberlas. Tomó las riendas del caballo y dio media vuelta. Dejó que Otto explicase su ausencia y emprendió el regreso a casa.

Durante unos segundos se le ocurrió que era posible que Otto hablara de su matrimonio, pero le dio igual. Eso era lo de menos en ese momento.

XXXV

Kate se despertó al escuchar la puerta principal al cerrarse. Después de tomar un poco de sopa Jack se había quedado dormida y parecía que se sentía mejor y ella había empezado a cabecear sin poder evitarlo.

Se preguntó si Graeme había encargado a alguno de los peones del rancho que se pasase por la casa por si necesitaba algo.

Se levantó de la butaca que había arrastrado junto a la cama de Jack. No sabía lo agotada que estaba después del viaje a Cheyenne y los preparativos para la cacería hasta que se había sentado ahí, derrotada. Tampoco había dormido demasiado con su preocupación acerca de su extraño matrimonio. Ahora, con la enfermedad de Jack, no tendría mucha oportunidad de descansar hasta que se recuperase. Porque tenía que confiar en que se iba a recuperar.

Se acercó al comedor y se sorprendió al ver a Graeme colgando el abrigo peludo en el perchero tras la puerta.

—Has vuelto…

Kate tuvo que contenerse para no correr hasta sus brazos.

De pronto sintió todo el miedo que no se había permitido a sí misma sentir. No quería que Jack la viera llorar.

Graeme deshizo la distancia que los separaba y la abrazó con fuerza.

—No podía dejaros solas. —Le besó la frente, los ojos húmedos y, por fin, los labios—. Me moriría si os pasara algo y yo no estuviera aquí para evitarlo.

Kate se rindió un poco durante unos instantes. Al fin y al cabo, él era su marido. Nadie podría culparla por dejarse consolar por Graeme.

—Ahora está durmiendo y la fiebre le ha bajado un poco.

—Eso es bueno.

—Pero he visto a niños morir antes con los mismos síntomas, Graeme. Tengo tanto miedo…

Él la meció y suspiró. No había mucho que decir al respecto. Su propio hijo había muerto a los pocos días de nacer y debía de comprender su miedo mejor que nadie.

—Puedo ir a buscar a un doctor, si quieres.

Kate se apartó y negó con la cabeza.

—Tardarías días en ir y volver de Cheyenne, y prefiero que te quedes. Si es algo grave, el doctor podría llegar demasiado tarde.

Graeme apartó la vista.

—¿Has comido algo?

Kate le dio la espalda para regresar con su hija, pero él la retuvo con suavidad.

—No tengo hambre.

Graeme tiró de ella y la obligó a sentarse en la mecedora, junto al fuego. Apenas quedaban unos rescoldos, pero los avivó y muy pronto las llamas calentaron el comedor.

—Tienes que alimentarte. ¿Quién cuidará de Jack si tú también enfermas?

Kate levantó la vista hacia él. Graeme rebuscaba en las alacenas en busca de algo comestible. Hacía mucho ruido y lo cambiaba todo de lugar sin encontrar nada. Ella se levantó y se colocó junto a él.

—Si a mí me pasara algo, no digo ahora, en algún momento, tú te ocuparías de Jack, ¿verdad?

Lo preguntó con tanta suavidad que, durante un instante, pensó que él no la había escuchado.

Graeme dejó lo que estaba haciendo y se giró para mirarla. Todavía llevaba la gruesa chaqueta de paño que se había puesto esa mañana para salir de cacería y tenía las mejillas enrojecidas por el contraste entre el aire frío de la montaña y el calor del interior de la casa.

—¿Es eso lo que quieres?

Kate dejó los huevos que tenía en las manos sobre la encimera de piedra por miedo a que se le rompieran.

—Lo importante es si tú lo desearías. Al fin y al cabo, la niña no es nada tuyo.

Graeme emitió un sonido extraño, a medio camino entre una risa y un gruñido. Sus ojos castaños estaban todavía más oscuros porque el cabello que caía sobre ellos los sombreaba.

—Tú eres mi esposa y Jack es tu hija, y eso es suficiente para mí.

—Pero el nuestro no es un matrimonio de verdad, Graeme… —respondió Kate, como si dijera algo muy evidente.

Él le impidió hablar al colocarle un dedo sobre los labios.

—Hablaremos de ello cuando Jack se recupere. Ahora, dime dónde está la harina de avena. ¿Te he dicho alguna vez que hago unas gachas deliciosas?

Kate se vio obligada a regresar a su lugar en la mecedora mientras él trajinaba en la cocina. De vez en cuando lo oía mascullar y quejarse y tenía que resistirse para levantarse y tomar el mando. Graeme la reñía con la mirada cada vez que ella hacía el amago de hacerlo, así que no le quedó otro remedio que mirarlo desde allí, disfrutando de verlo así, a pesar de su preocupación por Jack.

Cenaron juntos unas gachas de avena con leche, deliciosas como había dicho Graeme. Kate se sorprendió de que hubiera sido capaz de cocinar algo, porque nunca se lo había imaginado entre cazuelas, fuera de los campamentos.

—Te recuerdo, querida señora Murray, que he sobrevivido solo casi sin ayuda antes de tu llegada.

Ella se sonrojó cuando lo escuchó llamarla así, pero Graeme no pareció consciente de lo que había dicho.

Solo cuando hubo terminado de comer le permitió regresar junto a Jack, que seguía durmiendo.

—Parece tan distinta cuando está así, tan quieta…

—¿Quieres decir que es insoportable cuando está despierta?

Graeme se había acercado a la cama de la niña y la observaba con ternura. Kate se preguntó qué tipo de padre habría sido, cuánto

amor se había perdido al perder a su hijo Angus.

—Es una niña adorable, pero agotadora. Saldrá adelante —dijo con la voz ligeramente quebrada—. Tiene que hacerlo.

Kate lo miró y vio que tragaba saliva, como si estuviera conteniendo las lágrimas. Le tomó la mano y se la apretó.

—¿Quieres quedarte un rato con ella mientras voy a lavar los platos?

Graeme negó con la cabeza.

—Yo lo haré.

—Tú has cocinado, así que yo limpiaré. Es lo justo. Quédate con Jack. Si despierta, le gustará verte a su lado. Ya sabes que eres su héroe.

La miró con grata sorpresa. La dejó marchar y se sentó en la butaca que Kate había abandonado a su llegada. Se detuvo en la puerta para mirarlo y se le encogió un poco el corazón al ver su mirada cariñosa teñida de temor.

Supo que, si algo le ocurría a Jack, perdería a Graeme también.

Hacia el atardecer, Jack despertó. Como Kate había predicho, le alegró encontrar a Graeme a su lado.

Por un instante Kate temió que se excitara demasiado y volviera a subirle la fiebre, pero Graeme supo contener su emoción y consiguió que se quedara en la cama con la promesa de quedarse con ella y leerle lo que quisiera.

—Prefiero que me hable de su casa, señor gigante.

Graeme levantó las manos y señaló lo que los rodeaba.

—Esta es mi casa.

Jack reunió las suficientes fuerzas como para parecer molesta.

—Me refiero a su otra casa. La de allá.

Kate tuvo que reírse al ver el gesto de desconcierto de Graeme.

—Creo que se refiere a tu casa en Escocia.

Graeme se rascó la barba. Todavía no la tenía tan espesa como cuando lo había conocido, pero había vuelto a ser el que era antes de viajar a Cheyenne. Se lo veía cómodo allí, sentado en una butaca

junto a su hija, entreteniéndola y cuidándola como si no tuviera nada mejor que hacer. Hacía solo una hora había salido para dar órdenes a los peones y comprobar que todo estaba bien en la granja, pero había regresado y había vuelto a ocupar la silla con total naturalidad.

—Era una casa grande y llena de gente, aunque pasaban junto a ti sin mirarte, como fantasmas. Es curioso que nunca haya pensado en eso. La verdad es que es una mansión enorme y fría, y con muchos criados y, ahora que lo pienso, supongo que no ven mucho la luz del día, como tu madre me señaló. Uno nunca piensa en esas cosas cuando es a lo que está acostumbrado desde siempre. Me siento terriblemente culpable.

—¿Eras un príncipe?

Graeme le sonrió a Jack y le guiñó un ojo.

—Casi. Mi padre era un magistrado muy famoso en Edimburgo y mi madre nos hacía recordar cada día que teníamos que estar a su altura. —Kate detectó algo de amargura en su voz, pero él la atajó a tiempo y siguió hablando—. Cuando éramos niños, mis hermanos y yo jugábamos por los pasillos a bandoleros y caballeros, y a mí me gustaba ser el bandolero. Mi madre lo odiaba, por supuesto. Decía que un Murray no podía sentirse identificado con un ladrón y un asesino, pero a mí me gustaban las aventuras. Aunque tenía algo bueno. No era del tipo cariñoso, pero a veces venía a leernos por las noches, sobre todo en invierno. Le gustaba la poesía. Creo que por eso me gusta a mí. Y entonces, un día llegó de visita un amigo de mi padre. Se había ido a las colonias, como diría mi madre, siendo muy joven y a ella le parecía que tenía un acento horrible, pero lo peor era que también tenía un vocabulario terrible… —miró a Kate y calló —. En fin, habló de los indios, de los forajidos y los pistoleros. Esa noche no pude dormir y lo perseguí como un cachorro durante toda su estancia para que me contara esas historias increíbles una y otra vez. Creo que se inventó casi todo lo que dijo, pero desde ese día quise ser parte de esto.

Jack había escuchado toda la historia con interés mientras jugueteaba con el bordado de las sábanas. Tenía mejor aspecto,

aunque todavía tosía. Además, unas manchas de aspecto rojizo le habían empezado a aparecer en las mejillas. Había visto esas manchas antes. Ella misma había pasado por ello con sus hermanos de niña. Todavía recordaba el horrible picor y cómo su madre les palmeaba las manos para que no se rascaran.

Kate empezó a sospechar que lo que tenía era sarampión.

Jack había estado en contacto con muchos niños en Cheyenne y también durante el viaje, así que era posible que se hubiera contagiado entonces.

—¿Vivías en una mansión y ahora vives aquí?

Jack no parecía impresionada por la inteligencia de Graeme. Siempre había sido una niña práctica.

Él se acercó a ella hasta que sus narices se rozaron.

—¿No te gusta tu casa, señorita Kelly?

Ella se encogió de hombros.

—Nunca he vivido en una mansión, así que no puedo comparar. Aunque creo que no me importaría. ¿Me llevarás un día allí para que pueda verla, señor gigante?

Graeme se llevó una mano al pecho y asintió con la cabeza.

—Te juro solemnemente que te llevaré a visitar la mansión Murray en Edimburgo cuando estés curada.

Jack cerró los ojos. La promesa de Graeme parecía haberla calmado y volvía a estar agotada.

Kate le hizo una seña a Graeme para que lo acompañara fuera de la habitación.

—Creo que Jack tiene sarampión. —Él la miró con interés. Como pareció que no iba a decir nada, Kate siguió hablando—: He estado leyendo la libreta de mamá y he visto sus anotaciones de cuando enfermamos de pequeños.

—¿Es grave? ¿Podría…

Kate notó el leve temblor en su voz. Ella misma sentía tanto miedo que a ratos apenas podía tenerse en pie. Si él no estuviera allí ya se habría vuelto loca.

—Puede ser grave, aunque no siempre es así. Tenemos que esperar. En la libreta de mamá dice que cree que esta enfermedad solo se pasa una vez. ¿Recuerdas haberla pasado?

Él se pasó una mano por el pelo y se acercó al fuego, que habían mantenido encendido por turnos a lo largo del día.

—Mi madre no nos permitía mezclarnos con otros niños. Cuando alguno de nosotros empezaba a toser, era enviado con la niñera a una zona aislada de la casa, lejos de los demás. Creo que siempre tuvimos cosas sin importancia.

—Pero alguna vez enfermaríais de algo más grave… ¿No recuerdas tener fiebre, tos, manchas rojas por todo el cuerpo?

Graeme negó con la cabeza.

—No recuerdo nada semejante.

Kate notó un nudo en la garganta. Se acercó a él y le tocó la frente.

—Creo que tú también tienes fiebre. Has estado mucho tiempo con Jack a lo largo de todos estos días. Es posible que te haya contagiado.

Él le apartó la mano, aunque lo hizo con suavidad.

—Me encuentro bien. Solo un poco cansado y dolorido.

—¿Cuánto tiempo hace que te sientes así?

Graeme apartó la mirada.

—No quería preocuparte.

Kate pensó que debería enfadarse con él, pero su mirada tierna se lo hacía imposible.

—Graeme, eres un idiota adorable. Y ahora ayúdame a colocar un catre para ti en el dormitorio de Jack. No me gustaría que te derrumbaras aquí. No podría moverte ni un pie.

Él pareció a punto de decir algo, pero ella se dio la vuelta y lo dejó allí, incapaz de reaccionar.

Al final la siguió, comprendiendo que era mejor ayudarla ahora que todavía podía hacerlo.

Cuando la alcanzó, ella ya se había hecho con ropa de cama, almohadas y mantas para el lecho que quería instalar junto al de su hija.

Graeme, que hasta ese instante había luchado contra el malestar que sentía desde hacía horas, notó que la vista se le nublaba. No había querido que Kate notase que estaba enfermo. Estaba convencido de que era solo agotamiento. Las últimas semanas habían sido duras. Un ataque de tos hizo que ella lo mirase con preocupación. Se odió por hacerla sufrir.

Con gran esfuerzo, se las arreglaron para arrastrar un catre plegable que guardaban en la despensa por si alguien necesitaba pasar la noche en la casa. El armazón era de hierro y el tamaño era ridículamente pequeño. Los pies de Graeme sobresalían cuando por fin Kate lo obligó a acostarse.

Le pareció extraño estar así, sintiéndose perdido y mareado, aunque todo mejoró cuando ella le colocó la mano en la frente. Agradeció el tacto fresco contra la piel. Cerró los ojos, vidriosos y pesados. El cuerpo también le pesaba. Era como si alguien le hubiera atado una pesada losa a los pies y quisiera hundirlo en un pozo profundo.

—Graeme… Aguanta. Quédate conmigo, por favor. Te necesito.

Abrió los ojos para mirarla. Llevaba semanas queriendo escuchar aquello, y ahora era incapaz de reaccionar del modo apropiado.

—Este no es el regalo de bodas que quería hacerte —dijo, con la voz un poco ronca por la tos.

Ella se las arregló para sonreír.

—Tendrás que curarte para hacerme ese regalo. Aunque ya me has dado demasiado. Mucho más de lo que nunca podré devolverte.

Graeme quiso decir algo, pero las palabras tendrían que esperar. Ahora solo quería dormir.

XXXVI

Los días siguientes fueron un ir y venir de paños húmedos, baldes de agua, tisanas de corteza de sauce para bajar la fiebre a los enfermos, pomada de caléndula para calmar el picor de su salpullido y esperas interminables para ver si los remedios surtían efecto. Dadas las circunstancias, no había mucho más que pudiera hacer.

Repartía sus días y noches entre los dos, vigilando cada pequeño cambio en sus rostros.

Por suerte, Jack fue mejorando poco a poco. Seguía teniendo fiebre y su cuerpo y su cara estaban llenos de ronchas, pero cada día tenía más momentos de lucidez y eso la tranquilizó. Por desgracia, no ocurrió lo mismo con Graeme.

Una noche la fiebre le subió tanto que tuvo que quitar toda la ropa de cama, empapada de sudor, para poder refrescarle la piel y tratar de bajarle la temperatura. Tras unos instantes de vacilación, lo desnudó y lo bañó con agua fría.

De pronto se acordó de los holgados camisones que había encontrado en el baúl de donde había sacado las telas para los vestidos que había cosido para ella y para Jack. Pensó que, si lo vestía con uno de ellos, podría bañarlo con mayor facilidad.

Lo tapó hasta la cintura, más por el pudor de Graeme que por el suyo propio, y salió a buscarlos.

Al regresar, lo vio con los ojos abiertos.

Dejó caer los camisones y corrió junto a él. Sin embargo, al llegar a su lado se dio cuenta de que no era capaz de verla, aunque la miraba fijamente.

—No me dejes…

Kate sintió un nudo en la garganta al escuchar su voz ronca y su tono desvalido.

—No lo haré. Nunca.

Graeme inspiró hondo y volvió a dormirse, como si al escuchar su promesa se sintiera más tranquilo.

Kate cerró los ojos, ignorando las lágrimas que rodaban por sus mejillas.

Se negaba a perder a Jack y a Graeme.

Sencillamente, estaba harta de perder a las personas que amaba. Se levantó y le puso el camisón por la cabeza. Era una suerte que tuviera todo el frente abierto, porque facilitaba poder ponérselo. Graeme era enorme y parecía pesar una tonelada, pero ella era fuerte gracias a los pesados capazos de carbón y los sacos de ropa húmeda que acarreaba en la lavandería.

Esos dos se salvarían, estaba segura de ello. No podía permitirse vacilar, o su valor se vendría abajo.

Después de cambiar también las sábanas de la cama, se sentó al escritorio de su dormitorio y escribió a la señora Murray para explicarle la situación. Como madre, pensó que a ella también le gustaría que le avisaran de que su hija estaba enferma si ella no estaba presente. Aunque Graeme le había dicho que su madre no había sido demasiado cariñosa cuando eran niños, por lo poco que la había conocido en Denver, tenía la sensación de que Martha Murray solo quería lo mejor para él. Al fin y al cabo, lo había seguido hasta otro continente y no lo había abandonado en todos esos años. Si no lo quisiera o no se preocupase por él, habría vuelto a su fría mansión en Edimburgo hacía mucho tiempo.

Por fin, la mañana del quinto día, Jack despertó y exigió un bollo con mermelada. En sus ojos no había rastro de brillo febril y la tos sonaba mucho más suave que una semana atrás.

—¿Puedo levantarme, mami? Estoy cansada de estar tumbada.

Kate dudó. La niña se removía en la cama, inquieta, incapaz de permanecer en la misma postura más de unos segundos. Sabía que sería difícil mantenerla allí durante mucho tiempo, así que decidió

ceder. Además, le vendría bien un poco de ejercicio y salir de ese dormitorio con el aire viciado.

Asintió y se sintió aliviada al verla caminar, un poco temblorosa, como un cervatillo que daba sus primeros pasos.

Aprovechó para cambiar las sábanas de la cama y airear la habitación. Supuso que también podría dejar solo a Graeme un rato para prepararle un baño a Jack. La niña agradecería sentirse limpia y fresca y quizás salir a tomar un poco de aire.

—¿Qué le pasa al señor gigante?

Jack se había aproximado a la cama donde yacía Graeme. Se las había arreglado para dar con la remesa de bollos que había horneado hacía unos días y con la mermelada de frambuesa. Por lo visto, le daba igual que estuviera un poco duro, lo había embadurnado de dulce pringoso, que le chorreaba por la barbilla hasta manchar el frente del camisón de algodón.

Kate le limpió la barbilla y las manos lo mejor que pudo con un paño húmedo limpio y le pasó una mano por la frente solo para comprobar que seguía fresca y seca.

—Volvió de la cacería para cuidarte.

Jack se giró para mirar a Graeme, que se removió al escuchar su voz. Murmuró algo, pero no comprendió lo que decía.

—¿Está enfermo por mi culpa?

Kate pensó que sería absurdo negarlo. Lo más probable era que Graeme no hubiera enfermado si no hubiera vuelto de la cacería. La niña, que parecía casi feliz a pesar del agotamiento hacía solo unos instantes, miraba hacia la cama como si Graeme se fuera a desvanecer de un momento a otro. Los ojos se le habían llenado de lágrimas y había dejado de comer.

—Se va a poner bien, ya lo verás.

—Entonces, ¿por qué no se ha levantado como yo?

Kate le limpió las lágrimas y trató de sonreír, aunque tuvo que hacer un enorme esfuerzo. No podía mirarla a los ojos por miedo a que viera en ellos el temor que sentía por Graeme.

Sabía que mucha gente moría sin que se pudiera hacer nada por ellos. A veces, ni siquiera todos los cuidados del mundo podían conseguir que las personas amadas sobrevivieran.

Pero no podía decirle eso a Jack. Ella misma no quería admitir ese miedo ante sí misma.

—¿Qué te parece si preparamos un baño para ti y luego volvemos para leer algo para el señor gigante? Seguro que así se siente mejor.

Jack asintió y la acompañó fuera del dormitorio.

Cuando ya estaban en el umbral, la niña se giró hacia él.

—No te sientas solo. Volveremos enseguida. Te queremos.

—«Oh, mi amor es como una rosa roja, roja,
recién brotada en junio.
Oh, mi amor es como una melodía
que dulcemente suena acorde.

Oh, mi bella damisela, igual que tú,
estoy profundamente enamorado
y te amaré, siempre, amada mía,
hasta que los mares se sequen:
hasta que los mares se sequen, vida mía;
y cuando las rocas todavía
se fundan con el sol:
seguiré amándote querida,
cuando la arena de la vida
siga su camino.

Y me despido de ti, incomparable amor,
me despido de ti, solo por un momento,
pues volveré,
mi amor sin igual,
aunque diez mil millas separen nuestras vidas.»

—Hablas muy raro, mamá —rio Jack, apoyando la cabeza en la pierna de Kate.

Ella dejó el libro de poemas de Robert Burns y acarició el pelo de su hija, todavía húmedo.

Sí, sin duda el hermoso poema debía de sonar muy raro en su estúpida boca. Se trababa cada pocas palabras y apenas entendía

algunas de ellas.

—No, querida. Ha sonado precioso. Estoy deseando escuchar más.

La voz de Graeme, rasposa y grave, se cortó por un ataque de tos, pero a Kate le sonó como si fuera lo más hermoso que había escuchado en mucho tiempo.

Se inclinó sobre él para tocar su frente y se le llenaron los ojos de lágrimas al comprobar que ya no tenía fiebre.

—¿Qué tal te sientes?

Él sonrió y le tomó la mano. Tenía el pelo enmarañado, la barba descuidada y un sarpullido rojizo le salpicaba el rostro, pero Kate jamás se había alegrado tanto de verlo.

—Una hermosa dama me ha traído de vuelta con un poema. ¿Qué más se puede pedir?

Un golpe en la puerta hizo que todos miraran hacia allí.

—Recibí su carta. He venido lo antes que he podido, dadas las circunstancias. He traído al doctor Johnson para que lo atienda, así que ya no necesitaremos sus servicios… señora… Perdone, pero no recuerdo su nombre.

—¿Madre?

Martha Murray entró en el dormitorio seguida de un atildado caballero que cargaba un maletín de cuero y levantó la barbilla al observar la cercanía entre Kate y su hijo. Tampoco se le pasó por alto el hecho de que él no le hubiera soltado la mano al verla.

—Le escribí a tu madre hace unos días. Esa noche tenías tanta fiebre… tuve miedo.

Graeme esbozó una sonrisa débil e ignoró el carraspeo de su madre.

—Pensaste que iba a morir. Me alegro de que la avisaras, Kate. Creo que no habría venido si no pensara que estaba grave de verdad.

La señora Murray se acercó a la cama, pero no lo bastante como para rozar siquiera a su hijo. Kate se levantó para dejarle su sitio, pero ella siguió sin acercarse, no supo si por miedo de contagiarse o

porque temía mostrar sus sentimientos frente a ella. Tras ella, el doctor parecía temer moverse, sin saber muy bien cuál era su papel.

—Tráigame una taza de té y algo de comer. Ha sido un viaje horrible. Y prepárenos un alojamiento decente al doctor y a mí —añadió la señora Murray, sin mover un solo músculo y sin mirarla.

—No será necesario —la interrumpió el doctor, atreviéndose a hablar por fin—. Está claro que el señor Murray no está en peligro inminente. Lo examinaré y regresaré a Denver en cuanto pueda, si no le importa, señora.

Martha no pareció demasiado conforme, pero Graeme la atajó y le aseguró al doctor que se sentía mucho mejor.

Kate asintió con la cabeza y arrastró a Jack tras ella antes de que se lanzara a preguntarle a la señora Murray algo impertinente. Trataría de mantenerla entretenida todo lo que pudiera, aunque sería complicado. Sin embargo, antes de que pudiera escabullirse para dejarlo con su madre y con el doctor, Graeme la detuvo con una declaración que la dejó sorprendida:

—Te agradecería que no trates a mi esposa como si fuera una criada, madre.

Kate se quedó clavada junto a la puerta.

Cuando había escrito a la señora Murray hacía unos días, casi a medianoche, temblando de miedo por Graeme, que ardía de fiebre, ni siquiera se le había ocurrido insinuar que era la esposa de su hijo. De hecho, le costaba pensar en ella misma como una igual de Graeme. Pero ahora él estaba ahí, recostado en la cama, con aspecto agotado y terrible, defendiéndola frente a ese formidable dragón que era su madre.

—No hace falta que…

—Graeme, no puedes decir en serio que te has casado con esa mujer. ¿Has perdido el poco juicio que te quedaba?

Graeme cerró los ojos y pareció perder las fuerzas. El señor Johnson se inclinó hacia él con inquietud, pero Kate lo apartó sin miramientos. Le tocó la frente, pero, por lo visto, solo necesitaba un

instante para ordenar sus pensamientos. En cuanto notó su contacto, volvió a abrir los ojos y sonrió.

—Quiero que escuchéis esto, todos: Kate es ahora la señora de esta casa y no permitiré que nadie, ni siquiera tú, madre, la trates como si fuera basura. Lo del té es una buena idea. Quizás puedas ayudar a mi esposa a preparar un poco de té para todos mientras el doctor Johnson me revisa y así podrás darle las gracias por avisarte de mi estado.

Había hablado con voz todavía débil por la enfermedad, pero sus palabras resonaron en el dormitorio, claras y cristalinas.

A Kate le temblaron las manos, no solo por sus palabras, sino por su mirada, cálida y llena de un indudable desafío. Tuvo miedo de que la señora Murray notara su temblor y las ocultó en la falda.

Se apartó de la cama y acompañó a su suegra a la cocina. Agradeció la presencia de Jack, porque la niña hacía preguntas acerca de la mansión escocesa de la familia e impedía que hablasen de temas más incómodos. La señora Murray la ignoraba de modo ostensible, pero eso a ella le daba igual. Su voz llenaba el vacío, y lo agradecía, porque la ayudaba a no pensar.

No pudo evitar notar que la señora Murray contemplaba la casa como si tratase de buscar defectos. Y era posible que los hubiera, pero dudaba que pudiera encontrarlos en la construcción o en el diseño. Su elegante atuendo no mostraba demasiados signos de suciedad ni de arrugas a pesar del trayecto en carreta desde la estación de tren, algo que a Kate se le antojó casi heroico. Sin embargo, por lo poco que conocía a esa mujer, le parecía posible que fuera capaz de mantener un aspecto digno e impecable en cualquier lugar y circunstancia, incluso en medio de una estampida de búfalos. En eso, como en tantas cosas, eran muy distintas.

Mientras esperaban a que el agua hirviera, Kate se acercó a la señora Murray y la ayudó a quitarse la capa, de la que todavía no se había deshecho.

—Le prepararé mi dormitorio en cuanto pueda.

—¿Su dormitorio? ¿Qué tipo de matrimonio tiene usted con mi hijo si conserva usted su propio dormitorio?

Kate miró a Jack, que, por suerte, se había distraído con la capa de la señora Murray y ya no les prestaba atención. Pasaba la mano una y otra vez por el suave cuello de piel y murmuraba para sí.

—Graeme y yo hicimos un trato.

—¿Qué tipo de trato? Espero por su bien que no haya metido a mi hijo en nada indigno.

Kate miró a la señora Murray con cierta extrañeza.

—Si conoce a su hijo, no debería sospechar siquiera algo semejante. Graeme no sería capaz de algo así. Él solo quiere ayudarme a salir adelante con mi hija.

La señora Murray la miró de arriba abajo. Lo que vio no debió de impresionarla, a juzgar por su expresión de desagrado. Kate no se sorprendió de ello. Llevaba más de una semana durmiendo a ratos, cuidando de Jack y de Graeme. Apenas había comido y no comprendía cómo era capaz de mantenerse en pie siquiera.

—No es de él de quien desconfío. No se lo tome a mal si le pregunto qué le da usted a cambio.

Kate emitió una sonrisa a medio camino entre la tristeza y el desconcierto.

—Gracias a él tendremos un hogar propio, así que le ayudaré en lo que pueda. Hasta que me pueda instalar, esta será mi casa y la de mi hija y la defenderé con mi vida, y también a Graeme. Nadie jamás, aparte de mi mamá, ha hecho tanto por mí y le juro que todo esto se solucionará en cuanto pueda. ¿Le parece eso bastante?

La señora Murray le dio la espalda, aunque Kate no supo si porque la tetera había empezado a silbar o por sus palabras.

Cuando regresaron al dormitorio de Graeme con una bandeja repleta de tazas de té, bollitos, mantequilla y mermelada, así como delicias recién llegadas de la ciudad, Kate tenía cierta sensación de tregua, aunque no habían vuelto a intercambiar palabra. Para entonces el doctor estaba recogiendo sus utensilios, así que supuso que había terminado de revisarlo.

No tuvo tiempo de ofrecerle un refrigerio ni de preguntar qué tal estaba Graeme. Tampoco pudo preguntarle si podía revisar a Jack

antes de irse, porque, nada más trasponer el umbral, la señora Murray cerró la puerta tras ella, dejándola fuera.

Kate no protestó. A pesar de lo que había dicho Graeme, ahora su madre era la señora de la casa.

XXXVII

Graeme abrió los ojos al sentir que alguien entraba en el dormitorio.

Le había costado darse cuenta de que no estaba en su habitación, sino en la de Jack. No recordaba cómo había llegado allí, pero supuso que Kate había considerado que era mejor para poder cuidarlo.

Lo último que recordaba era estar preparando unas gachas para que Kate comiera algo, y su gesto de preocupación. No quería decirle que él también se sentía mal para no darle más trabajo, así que había disimulado su malestar durante horas. Sin embargo, teniendo en cuenta que estaba tumbado en la habitación de la niña, y que por lo visto habían pasado varios días desde aquello, era evidente que al final había empeorado lo suficiente como para convertirse en un estorbo.

Movió los pies y notó que tocaban el aire. El camastro era demasiado pequeño para él. Aunque, claro, casi todo lo eran. Había tenido que encargar su cama de matrimonio a un carpintero para que se la hiciera a medida. Anne pensaba que era enorme y un poco ridícula, pero el carpintero había considerado el encargo todo un desafío, porque jamás había fabricado un mueble tan grande. La habían enviado desmontada desde Cheyenne y la había montado él mismo ante la mirada curiosa de los peones, que se dejaban caer por allí ante la menor excusa solo para ver cómo le iba con las labores de carpintería.

—Me alegra que esa mujer me avisara. No me puedo imaginar que hubieras muerto. Jamás me habría enterado y te habrían enterrado en este horrible lugar perdido de la mano de Dios.

Graeme miró a su madre con cierta sorpresa.

De modo que no había sido un sueño.

¿Cuánto tiempo llevaba en esa cama y cómo de grave había estado para que Kate considerara que era necesario llamar a su madre? Levantó las mantas y vio que llevaba uno de esos camisones que Anne había comprado para él en Edimburgo hacía años. No recordaba haberlo usado jamás durante toda una noche y había acabado guardándolos. Le resultaban incómodos porque siempre se le acababan enrollando alrededor de las piernas y las caderas, pero ella consideraba que eran lo que un caballero debía vestir en la cama.

¿Se lo había puesto él o era Kate la que había pensado, como Anne, que un caballero debía llevar camisón para dormir?

No podía imaginársela luchando para vestirlo con esa estúpida prenda. Eso suponía que le había quitado la ropa que llevaba puesta antes. Notó que se sonrojaba. Un carraspeo le recordó la presencia de su madre y se tapó hasta la barbilla.

—¿Dónde está Kate?

Su madre le acercó una taza de té y se sentó en una silla junto a la cama. Parecía cansada y disgustada, pero su aspecto seguía siendo tan impecable como si se encontrara en su propio salón. Si no fuera por alguna que otra arruga o una mancha de polvo en el hombro, que sin duda no había visto, nadie diría que había viajado dos días para ver a su hijo al que creía moribundo.

—Se ha quedado con esa niña tan impertinente. Es una auténtica salvaje. No entiendo cómo le permites andar por tu casa en camisón y hablar así a sus mayores. En cuanto a tu ama de llaves, ha dicho que iba a prepararme su dormitorio. Ya que el doctor ha insistido en dejarnos porque dice que no hay ningún peligro de que recaigas, tenemos un rato para nosotros, gracias a Dios. —Dio un sorbo a su taza de té antes de mirarlo—. No voy a andarme con rodeos, Graeme Michael Murray. Llevo meses pidiéndote que cambies de parecer con respecto al matrimonio, y tú decides darme la razón a tu modo y casarte con una cualquiera. De verdad que no sé si quieres jugar con mis sentimientos o no comprendes que hay cosas en la vida que, simplemente, no deben de hacerse. Es una suerte que al

menos ella tenga el suficiente juicio como para darse cuenta de que vuestro matrimonio no puede seguir adelante.

Graeme sintió que las manos le temblaban y que el té se le derramaba sobre el regazo.

—Eso es un asunto entre nosotros.

Martha no pareció escucharlo.

—Es un asunto de la familia, Graeme. Y sin duda entiendes que una mujer así no puede ser una Murray. ¿Has oído cómo habla y la has visto moverse? No puede compararse siquiera con Anne ni con las esposas de tus hermanos.

Dejó la taza en el suelo, derramando lo poco que quedaba de su contenido por el camino, y luchó por levantarse. Las piernas le temblaban y, por el ceño fruncido de su madre, supuso que tenía un aspecto lamentable, pero le dio igual.

—Kate ya es de la familia. Y me gusta cómo habla y cómo se mueve. En cuanto a su parecido con Anne y las elegantes esposas de mis hermanos, considero que es una suerte que no se parezca a ellas, o jamás me habría fijado en ella. Si hay algo que me guste de Kate es su amabilidad y su inteligencia, el cariño con el que cuida todo lo que hay en esta casa y a todo el que conoce. Si llevara un vestido bonito, lleno de encajes y perlas, no me gustaría más que cuando se pone el delantal o se sienta frente a mí junto a la chimenea para leer una novela de aventuras.

Graeme jamás había expresado nada de aquello en voz alta y jamás se le habría ocurrido hablar así delante de su madre de una mujer, pero la enfermedad había hecho bajar sus defensas. Ya no quería ocultar sus sentimientos.

Martha se levantó de la silla que había ocupado frente a la cama y lo siguió cuando él salió de la habitación con paso vacilante.

—Ella me ha hablado de un trato.

Graeme se detuvo y notó que las piernas vacilaban bajo su peso, notaba el frío del salón en la piel, pero no quería parecer todavía más débil delante de su madre. Quería un baño, ponerse ropa limpia

y una buena comida. Y también quería pensar, pero para eso necesitaba tener la mente despejada.

—Ya te he dicho que todo esto no te concierne. —Se giró para mirarla y se obligó a sonreír, a pesar de que todavía se sentía enfermo y agotado—. Ahora, te ruego que recuerdes que este es nuestro hogar y que aquí eres una invitada. Sé cortés con mi esposa. Y esto no es una petición, es una orden.

La dejó en el comedor y fue en busca de Kate. El esfuerzo estuvo a punto de agotarlo, pero logró llegar hasta donde su madre le había dicho que estaría.

Estaba sentada frente al espejo del tocador, aunque no miraba su reflejo. Anne se había pasado horas y horas allí, probando perfumes y jabones, cremas, o peinando una y otra vez su largo cabello rubio. A Graeme le habría encantado saber qué pensaba cuando veía sus ojos azules perdidos en la distancia, cuando todavía pensaba que era feliz.

Kate, en cambio, apenas usaba cosméticos, aparte de alguna crema para suavizar las manos después del duro trabajo y aquel aceite para el cabello. A veces el aroma llegaba hasta él y le daban ganas de acariciar sus rizos.

Usaba la mesita como escritorio en lugar de como templo de belleza. Cada pocas semanas le hacía enviar por correo cartas para su amiga Gertrude. Alguna vez escribía a sus hermanos, aunque estos respondían pocas veces. Recibía poca correspondencia aparte de la de su amiga, ni parecía esperarla. Eso sí, cuando llegaba algo de sus hermanos, todos menores que ella, o de su querida Gertie, podía verla compartir sus noticias con Jack. Las pequeñas alegrías que recibía de esos chicos eran lo más importante del mundo para ellas.

La contempló durante unos minutos, en silencio, pensando en todo lo que le había dicho a su madre, en lo feliz que se había sentido de poder decirlo por fin en voz alta. La vio derramar unas gotas de aceite y frotar las puntas del cabello con suavidad.

—Escribiste a mi madre…

Kate se giró al escuchar su voz. Tenía el pelo húmedo y se había cambiado de ropa, pero parecía tan agotada, o más, que él. El aroma a flores inundó la habitación y le hizo desear abrazarla con fuerza. Había cuidado de su hija y de él día y noche sin ayuda y ahora tenía que aguantar a su madre.

—Tuve miedo y no sabía qué hacer. Fue una noche horrible. Pensé que te perdía.

Kate pareció avergonzada de haber dicho algo así, pero a Graeme le alegró haberlo escuchado. Se acercó y le acarició la mejilla.

—Gracias. Sin ti, probablemente no seguiría en el mundo de los vivos.

Ella no dijo nada. Se limitó a apretar su mano, un gesto que a él le habría gustado prolongar. Entonces vio que ella no llevaba la alianza, no en el dedo correcto. Levantó su mano izquierda y acarició los dos anillos que llevaba en el dedo anular, el suyo y el de su primer marido.

—Creo que ahora ya puedes llevar esto en el lugar que le corresponde —dijo, sacando el aro de oro y colocándoselo en la mano derecha.

Kate no se resistió. Cuando el anillo estuvo en su lugar, lo miró con una sonrisa leve que le pareció encantadora.

—Tener a mi madre en casa va a ser extraño. Con un poco de suerte, lo odiará todo, querrá irse pronto y nos dejará solos.

Ella lo miró con lástima, malinterpretando por completo sus palabras.

—Seguro que le encanta estar aquí, aunque no lo diga. A qué madre no le gusta estar cerca de su hijo cuando sabe que este la necesita.

Él se rio y cedió a la tentación de acariciar uno de sus mechones húmedos y llevárselos a la nariz. Ese aceite era embriagador, o quizás se lo parecía todavía más porque había renunciado a seguir fingiendo que no sentía nada por ella.

—No esperes que ella lo admita.

Kate se levantó y se apartó.

—Te prepararé un baño.

—Estoy deseando deshacerme de esto —respondió él señalando el camisón.

Kate emitió una sonrisa diminuta.

—Encontré varios al fondo de un arcón. Tenías mucha fiebre y era mucho más fácil bañarte con ellos. —Graeme notó que era incapaz de mirarlo. La misma mujer que había pasado días y noches cuidándolo, que lo había desvestido y lo había bañado desnudo, ahora no podía mirarlo a la cara—. Me pondré con la cena en cuanto termine de preparar la cama. Intentaré… —la voz se le quebró un poco, pero levantó la barbilla para terminar la frase—, intentaré no molestar demasiado a la señora Murray. Le explicaré a Jack… no sé qué le diré, pero te juro que no la molestará. Sé que a veces puede resultar un poco apabullante.

Graeme trató de tomarle la mano, pero ella se apartó y se escabulló hacia la cama. Arrancó la colcha y las sábanas y abrió la ventana para ventilar la habitación. Se estremeció cuando el aire frío entró con fuerza.

—No dejes que te haga sentir inferior. A veces puede ser insoportable, pero acabará por comprender que ahora esta es tu casa. Tú eres la señora Murray tanto como ella, recuérdalo.

Kate lo miró desde la ventana. El viento le despeinaba los mechones húmedos y le refrescaba las mejillas enrojecidas.

—Pero esta no es mi casa, Graeme. Tú y yo no somos iguales. Nunca lo seremos. Tú eres un príncipe escocés que vino a las montañas por un sueño y yo no soy más que una viuda que quiere tener su propia casa. Hicimos un trato para acallar los rumores por lo que ocurrió durante el viaje a Cheyenne, y esto acabará en unos meses.

Graeme se señaló a sí mismo. Tenía un aspecto deplorable con ese maldito camisón, con los tobillos al aire y unos calcetines de lana que ni siquiera sabía de dónde había sacado Kate, llevaba una barba crecida y desgreñada y olía a oso. Se sentía tan débil como un bebé y le gustaría tener esa conversación en otro momento, pero tenía miedo de que Kate no se lo permitiera.

—¿Un príncipe? ¡Mírame, Kate! —La tomó por los hombros con cuidado para obligarla a mirarlo—. Toda mi vida me sentí diferente a los demás, a mis hermanos, a los que me rodeaban. Pensaban que era ridículo y extraño por pensar que había algo más que los tribunales de Edimburgo. Cuando decidí construir esta casa todos mis conocidos, incluida mi familia, me dijeron que los indios o las alimañas me matarían antes del primer mes aquí. Ni siquiera mi esposa creía en mí. Tú también tienes un sueño y sabes lo que se siente cuando nadie cree en ti.

Ella trató de zafarse, pero él la obligó a permanecer donde estaba, pese al aire frío.

—No somos iguales, Graeme. Jamás lo seremos.

—No, no lo somos. A mí me facilitó la vida el dinero de mi familia e incluso Anne me lo hizo más fácil dándome la razón en todo, fuera cual fuera la estúpida idea que se me ocurriera, y solo me di cuenta de ello cuando ella y mi hijo murieron. Sin ellos todo esto no existiría. Y a ti nadie te ha regalado nada, al contrario. Deja que te ayude y te lo haga más sencillo, como me lo hicieron a mí.

—Ya lo has hecho. Sin ti no tendría la concesión de tierras. En cuanto llegue la primavera comenzarás a construir una casa para mí y para Jack. Una casa que, en realidad, no existiría sin ti. Para eso no hace falta que sigamos casados. Nuestro matrimonio fue un error. No debí aceptar ese trato. Los rumores sobre ti y sobre Deb habrían terminado en cuestión de semanas, y lo sabes. La gente aquí está demasiado ocupada para seguir hablando de vosotros.

Graeme estaba a punto de responder para decirle que los malditos rumores habían sido el menor de sus motivos para casarse con ella cuando escuchó la voz de su madre:

—¿Graeme? ¿Dónde estás, hijo?

Kate miró por encima de su hombro.

—Tu madre te llama.

—No creo que nuestro matrimonio haya sido un error y estoy dispuesto a demostrártelo. De verdad creo que estamos hechos el uno por el otro.

Ella lo miró con extrañeza.

—Fuiste tú el que planteó todo esto como un trato y como algo temporal, Graeme. Acepté porque dijiste que éramos compañeros, pero creo que es imposible que podamos serlo si no somos sinceros. Tú y yo no somos iguales, así que, ¿cómo vamos a estar hechos el uno para el otro?

Él la soltó al fin. Cuando salió de la habitación, ella no lo miraba.

—No me la esperaba así. Cuando me la describías, pensé que… Bien, supongo que no te prestaba demasiada atención.

Graeme quería ignorar a su madre, pero era complicado hacerlo cuando Martha Murray parecía haberse adueñado de todo el espacio disponible con su equipaje, su presencia y su voz. De pronto, su casa ya no era suya, sino un depósito para los baúles y las cajas que había traído desde Denver.

—¿Vas a trasladarte a las montañas?

—¿Por qué lo dices? He traído solo lo imprescindible menos a aquella mujercilla a la que me obligaste a contratar, la señora Robinson. Quise que me acompañara, pero tuve que dejarla en casa porque pensé que le iba a dar un ataque cuando le dije que era posible que hubiera indios por aquí. Además —añadió Martha mirando a su alrededor—, no sabía en qué condiciones vivías aquí. He oído cosas terribles sobre la vida en este lugar. Dicen que incluso hay caníbales, aunque tú me dirás que no son más que leyendas.

Graeme se sentía demasiado cansado y afectado por la conversación con Kate como para soportar el esnobismo de su madre en ese momento.

—Como ves, nuestra cueva es aceptable. Tenemos fuego y no nos comunicamos a base de gruñidos, al menos no todavía.

Martha se volvió hacia el fuego de la chimenea, incapaz de aceptar que lo que le había contado durante años acerca de la comodidad de su casa era cierto. Había preferido creer que su hijo vivía como un salvaje y que en cualquier momento se rendiría y regresaría a los brazos de su madre y a las comodidades que el dinero podía ofrecer.

—Sé que crees que no es asunto mío, pero debemos hablar de esa mujer y de vuestro trato. Si es discreta, podremos solucionarlo sin que nadie se entere. Nadie que nos importe, al menos. Supongo que se conformará con poca cosa, teniendo en cuenta que debe de haberse criado con poco. Para ella, cualquier limosna debe de ser una fortuna.

Graeme sintió una oleada de rabia ante su insistencia. Podía llegar a comprender que su madre considerase inferior a Kate, pero ya le había dicho que no había nada que solucionar. Y, en el caso de que lo hubiera, eran ellos los que lo harían. Además, los términos en los que hablaba de ella estaban empezando a ser repulsivos. No sabía si era porque era una mujer pobre o porque había osado poner las manos en uno de sus hijos. Tal vez las dos cosas.

—Voy a darme un baño y tú… —levantó las manos con impotencia, hasta que acabó por rendirse— haz lo que quieras, pero deja de insultar a mi esposa.

Martha se giró para responder, pero Graeme se escabulló a tiempo de escuchar sus objeciones. Necesitaba ordenar sus pensamientos.

Las palabras y los ojos llenos de dolor de Kate le rondaban la mente como aguijones.

Había cometido un error al no ser sincero desde el primer momento. Quería retroceder hasta el momento en que le había pedido matrimonio y borrar de su boca ese estúpido trato.

Quería que confiara en él y supiera que a su lado podía descansar.

Quería que Kate fuera su esposa sin ambages.

XXXVIII

—¿Dónde dormirá usted, señora Kelly?

Kate levantó la mirada del plato y miró a la señora Murray, aunque apartó la vista al instante.

La cena había sido incómoda y se le había hecho eterna. La madre de Graeme no se lo había puesto fácil, pero no había tenido forma de escabullirse.

Graeme se había retirado a su dormitorio, con las fuerzas agotadas después del leve esfuerzo de levantarse y darse un baño. Jack también estaba durmiendo hacía tiempo. Aunque le había ofrecido a la señora Murray llevarle una bandeja a su alcoba, esta había rechazado la oferta.

Se había cambiado y se había puesto un vestido de seda negra totalmente fuera de lugar en el comedor de madera. Las perlas que le rodeaban el cuello y el broche de diamantes que llevaba prendido en la pechera debían de costar más que todos los muebles que había en la casa. En todo caso, más dinero del que era capaz de imaginar.

Hasta ese día había pensado que la cabaña era cómoda, y hasta lujosa. Y lo era para alguien como ella, que se había criado en un lugar que entraba entero en la estancia más pequeña de la casa.

Dejó los cubiertos a un lado del plato con torpeza al escuchar su pregunta. Apenas había probado bocado y estaba deseando que esa mujer se retirase para quedarse a solas.

—Me quedaré con mi hija. Todavía no se ha recuperado del todo y no me gustaría que recayese. El doctor Johnson me ha asegurado que todo iba bien, pero una madre nunca se queda tranquila hasta

comprobarlo por sí misma, ya sabe… —calló, con la sensación de que hablaba demasiado y que parecía una estúpida.

La señora Murray, sin embargo, pareció satisfecha al escuchar sus palabras, aunque no por el motivo que ella pensaba.

—Entiendo, entonces, que usted y mi hijo nunca han dormido juntos. Es usted viuda, como yo, así que supongo que entiende a qué me refiero.

Kate se levantó y empezó a recoger la mesa.

La señora Murray dejó los cubiertos con un gesto ofendido, aunque no dijo nada. Había hecho un gesto de sorpresa al ver lo que le había servido, un simple guiso de ternera con patatas y verduras, pero Kate no había tenido tiempo de cocinar nada más elaborado mientras cuidaba de los enfermos. Si la madre de Graeme tenía hambre, tendría que comer aquello o prepararse su propia cena.

—Puede usted dormir tranquila esta noche, señora Murray. La virtud de Graeme está a salvo conmigo —respondió Kate con una ligera reverencia y una sonrisa que no le llegó a los ojos.

Martha se sonrojó y se llevó la mano a las perlas.

—¿Cómo se atreve? ¿Acaso no sabe con quién está hablando?

Kate se irguió junto a ella. Notaba la cabeza cargada por el agotamiento de los últimos días y los ojos nublados por las lágrimas. Sentía en la punta de la lengua miles de palabras hirientes, pero esa mujer no tenía la culpa de que ella misma se hubiera metido en una trampa de la que no sabía salir sin romperse el corazón.

Apretó los dientes y le ofreció una mano.

—Sé muy bien con quién hablo, señora Murray. Es usted la madre de mi marido, y es usted una invitada en su casa. Al menos eso es usted por el momento, hasta que él y yo decidamos romper nuestro acuerdo. —Martha miró la mano firme de Kate y después alzó la mirada hacia ella, sorprendida por la repentina calidez en su voz. Sin embargo, no tomó su mano. Kate la bajó, en absoluto ofendida por su actitud—. Graeme la quiere mucho y yo sé lo mucho que ha

echado de menos a su mamá. Por favor, sea buena con él mientras está aquí.

La señora Murray bajó la mirada, con los labios apretados.

Se levantó con cierta dificultad a causa de su recargado vestido, aunque Kate fingió no darse cuenta. Tampoco le ofreció ayuda. Supuso que lo consideraría un insulto ni la aceptaría por su parte.

—No crea que hemos terminado con este asunto. Parece usted una mujer inteligente, así que supongo que sabe tan bien como yo que este matrimonio no tiene sentido. No la dejaremos desamparada. Sabe usted bien que mi hijo es un hombre generoso. Sabrá pagarle por sus servicios y por su discreción. Tenga usted una buena noche, señora Kelly —dijo, remarcando el apellido de su primer marido mientras se encaminaba hacia su dormitorio con un leve taconeo.

Kate suspiró, aliviada por no tener que soportar sus miradas ni sus palabras hirientes durante más tiempo.

Haciendo caso omiso de todo lo que le quedaba por hacer, se sentó en la mecedora y cerró los ojos. Todo el agotamiento de los últimos días, incluso semanas, cayó sobre ella como una losa.

No quería pensar ni sentir. Solo deseaba descansar, dormir, olvidar.

Se envolvió en su chal y suspiró, mientras escuchaba el relajante crepitar de la leña en la chimenea.

—¿Qué es esto? ¡Mami! ¿Qué es?

Kate despertó con los pasos de su hija y su cantarina voz en los oídos.

Al principio no sabía dónde se encontraba. El salón estaba inundado por la luz de la mañana y hacía frío. La luz del fogón estaba prácticamente apagada y también la de la chimenea. Apenas quedaban unos rescoldos.

No recordaba por qué estaba sentada en la mecedora del salón y no en su cama. Lo último que le venía a la mente era la señora Murray y su mirada de… ¿odio, repugnancia? Ni siquiera estaba

segura de que sintiera nada de eso por ella. Eso significaría que ocupaba algún lugar en sus pensamientos. Kate no era tan importante para alguien como ella. Al lado de Martha Murray, solo era un insecto. Una mosca insignificante. Una pulga. Algo que podía aplastar con un dedo y olvidarlo en pocos segundos.

Y así sería muy pronto, cuando saliera por la puerta de la mano de Jack para no volver atrás.

—¿Qué es, mami?

Kate miró hacia la puerta y vio el hatillo que había dejado Sweet Joe para su hija hacía más de una semana, antes de partir hacia la cacería.

Había olvidado aquello y también que la partida debía de estar a punto de regresar.

—Sweet Joe me dijo que era un regalo para ti, cariño. ¿Por qué no lo abres?

Se levantó con un quejido para preparar el desayuno.

Los restos de la cena seguían en la mesa.

Jamás había hecho algo así. Graeme no le pagaba para vaguear y dormir.

Recogió los platos y los cubiertos con rabia y los dejó en el fregadero mientras Jack arrastraba el fardo hacia el centro del salón. Era enorme y pesado y apenas podía moverlo ella sola.

Puso agua a hervir y avivó los fuegos para calentar la casa. En el exterior, debía de estar helando.

Era una suerte que Graeme y su madre no se hubieran levantado para ser testigos de su torpeza e ineficacia.

El ruido de una taza al caerse estuvo a punto de hacerla gritar. Hacía unos instantes la tenía en la mano y ahora estaba en el suelo, hecha trizas. Se agachó y recogió los trozos de loza con cuidado, sin comprender todavía lo que había ocurrido. Le quedó el consuelo de que no fuera una de las delicadas piezas de la vajilla de porcelana de Anne que había sacado para agasajar a la señora Murray.

Jack, que trataba de deshacer el nudo que ataba el cordel que envolvía el paquete, la miró con sorpresa. En su rostro todavía había

restos del sarpullido del sarampión y llevaba las trenzas casi deshechas por la noche de sueño.

Se agachó junto a ella y la ayudó a desenvolver lo que fuera que le había traído el viejo montañés.

Juntas, descubrieron la enorme y cuidada piel de oso que el anciano le había prometido a la niña después de la noche que habían pasado en su cabaña.

—¡Es su piel, mami! ¡Por fin es mía!

Jack se envolvió en ella y Kate rio al verla correr, casi sepultada por el peso de la piel de oso.

Se olvidó de la horrible semana que había pasado, angustiada por el miedo de perder a su hija y a Graeme, e incluso de las desagradables palabras de Martha Murray. Si había algo que tenía claro era de que no iba a aceptar dinero de Graeme cuando se separase de él. Ya le había dado demasiado, y no se había casado por él por eso.

Todavía quedaban unos meses hasta que acabara el invierno y las nieves se fueran. De hecho, ni siquiera habían llegado, más allá de alguna nevada leve. Y después todavía tendrían que empezar a construir la casa.

Entonces, y solo entonces, se despediría de Graeme.

Mientras tanto, una parte de él sería suya, aunque fuera una muy pequeña, la parte que menos apreciaba su madre. El corazón de Graeme era lo que más le importaba. Eso, y su amabilidad, su sonrisa.

Por primera vez en varias semanas, se sintió tranquila. La Kate que había luchado por seguir adelante, por salir de una lavandería de Denver, por su sueño de conseguir su propia casa, renació en ella.

Sentada en el suelo junto a su hija, miró a su alrededor.

A lo lejos escuchaba los mugidos de las vacas y a los hombres que se dirigían al trabajo. En uno de los dormitorios, alguien se acababa de levantar, probablemente Graeme.

Se levantó y terminó de recoger los restos de la noche anterior. Sentía una nueva energía en el corazón. Cerca de ella, Jack seguía jugando con la piel de oso y canturreando para sí misma.

Sonrió y espolvoreó harina en la mesa para empezar a hacer pan.

Hacía días que no disponía de la calma y el tiempo para hacerlo, pero por fin, con Jack y Graeme recuperados, o casi, la vida volvería a ser la misma de siempre.

—¿Me ayudas a preparar el desayuno para el señor gigante y su mamá? Pero lávate y vístete antes, cariño. Y llévate la piel. No creo que a la señora Murray le guste encontrársela ahí.

Jack arrastró la piel de oso hasta su dormitorio a regañadientes.

—Nunca pensé que pudiera echar tanto de menos el olor del café y del tocino.

Graeme la miraba como si no se encontrara en su propia casa.

Se había recortado la barba y se había vestido con ropa formal, aunque no uno de sus trajes de ciudad. En todo caso, no era la ropa de labor que solía llevar cada día, probablemente porque su madre estaba allí. También se había peinado el cabello de una forma a la que Kate no estaba acostumbrada de ver. Otra vez era un extraño, aunque su mirada era cálida.

Kate no pudo evitar sonrojarse al ver su sonrisa. Escuchó en su cabeza sus palabras del día anterior. Para él, su matrimonio no había sido un error.

Agradeció tener las manos hundidas en la pegajosa masa del pan para que él no viera cómo le temblaban.

—Siéntate. Deja que me lave. Te serviré enseguida.

Él se acercó y le rozó el hombro.

—No te preocupes. Me serviré yo mismo.

Graeme se sirvió una taza de café, huevos revueltos y tocino y se sentó en una esquina de la mesa. Después, empezó a comer con calma mientras la observaba amasar.

Kate pensó que nunca una labor tan tediosa y rutinaria le había resultado tan difícil. De pronto la harina salpicaba por todas partes y parecía incapaz de que la masa alcanzase la textura adecuada.

—¿Te sientes mejor esta mañana? ¿Te ha subido la fiebre esta noche?

—Te he echado de menos a mi lado, Kate —respondió él con calma mientras daba un sorbo al café—. He soñado contigo leyéndome poemas de amor al oído.

Una nube de harina explotó ante la cara de Kate. Tosió y la despejó con la mano.

—No deberías decir esas cosas…

—Es lo que siento. Y acabaré de convencerte para que sientas lo mismo.

Graeme se levantó y se acercó a ella.

Durante unos instantes pensó que iba a besarla. Estaba tan cerca que podía oler el aroma del café en su aliento. Sin embargo, él se limitó a quitarle una mancha de harina de la mejilla.

Kate se sorprendió a sí misma deseando que él hiciera algo más. Que la abrazara, que la besara hasta dejarla sin aliento como aquel día en Cheyenne.

Él sonreía como si leyera sus pensamientos, pero no hizo nada de todo eso. Se alejó y terminó de desayunar. Retiró los cubiertos y se puso la chaqueta y el sombrero sin dejar de mirarla en ningún momento. Mientras tanto, Kate no podía hacer otra cosa que fingir que seguía amasando, aunque tenía la sensación de que esa masa iba a ser incomible.

—Voy a echar un ojo al ganado. Ten una buena mañana, señora Murray —añadió, llevándose una mano al ala del sombrero—. Te echaré de menos.

Kate quiso decir algo, pero fue incapaz de pronunciar una palabra.

¿Qué se proponía ese hombre?

Fuera lo que fuera, ese simple gesto había hecho que su corazón latiera el doble de rápido. Y, por primera vez en su vida, no tenía miedo de ello.

XXXIX

Esa misma tarde regresó la partida de caza.

Los precedió el griterío de los niños y de los vaqueros, que se habían adelantado a las carretas que acarreaban la carne y las pieles de los animales que habían cazado en las montañas.

Muy pronto el campo delante de la casa estaba lleno de gente cansada con tazas de café y bebidas refrescantes en las manos.

Kate se movía entre ellos para que no les faltara de nada. Agradeció poder salir de la rutina del cuidado de los enfermos y de las pullas de la señora Murray.

—De haber imaginado lo que iba a pasar, me habría quedado contigo, querida.

Kate suspiró y aceptó el abrazo de Helga, que le quitó la jarra de café de entre las manos y la ayudó a repartirlo entre los vaqueros mientras Kate se encargaba de ofrecerles tartaletas de frutas. Los hombres, por su parte, se las habían arreglado para dar con las provisiones de cerveza.

—Era imposible saber que Graeme también iba a enfermar. Pero ya está mejor. En unos días estará como siempre. Ojalá descansara un poco más, pero creo que prefiere trabajar antes que estar en casa para escuchar las críticas de su madre a cada pequeña cosa que no le gusta.

Helga siguió su mirada y miró a Graeme, que charlaba con Otto junto al establo. Había adelgazado, pero el sarpullido casi había desaparecido de su rostro y empezaba a recuperar el buen color.

—Yo de ti no me preocuparía. Su mamá y su mujercita se ocuparán de que coma bien, ¿verdad?

Kate se sonrojó. Durante unos segundos fue incapaz de mirar a su amiga, hasta que Helga rio y le dio un empujoncito con el hombro.

—Siento mucho no habértelo contado. Pensé… Fue todo muy rápido. Apenas tuve tiempo de pensar en ello y ya estábamos casados. Después de lo que pasó camino a Cheyenne, no queríamos que la gente pensara…

—No tienes que darme ninguna explicación, querida. Había que estar ciega para no ver que había algo entre Graeme y tú desde el inicio. Él volvió a la vida cuando te conoció. A Deb le costará un poco asumirlo, pero al final comprenderá que es lo que tenía que ocurrir. —Kate se sintió más tranquila al ver que Helga lo asumía con tanta naturalidad, porque ella era incapaz de fingir—. La niña ha acompañado a Charlie a casa. El chico estaba agotado después de la cacería. No está acostumbrado al trabajo de verdad y tampoco está recuperado del todo, pero promete. Le pone empeño, y eso es bueno. Deberías de haberlo visto junto a Sweet Joe y sus cabras. Reían como niños con cada brinco de esos bichos. Creo que tiene un don para los animales, aunque no sé qué utilidad puede tener eso en la vida, aparte de para convertirte en un viejo cabrero loco como Joe. Deb se ha portado muy bien con él, pero creo que todavía piensa en Graeme. —Le dio una palmada y lanzó una risotada que Kate se temió que no fuera tan alegre como parecía—. Pero tú ya no tienes que preocuparte de eso, joven señora Murray.

Kate notó que el cuerpo se le ponía rígido, pero Helga no pareció darse cuenta de ello. La arrastró hasta donde estaba Graeme con su madre, que parecía incómoda mientras él le presentaba a Otto y al resto de los trabajadores de la granja.

La señora Murray, con su elegante vestido de lana y su capa forrada con pieles, parecía arrancada de otro mundo, rodeada de hombres y mujeres sencillos y vocingleros.

Jack también andaba por allí, presumiendo de su preciosa piel de oso ante los otros niños. Había querido agradecerle el regalo a Sweet Joe, pero este había decidido regresar directamente a su cabaña en las montañas junto con sus cabras. Era una lástima,

porque a Kate le habría gustado agradecerle su generoso regalo y darle algo a cambio, algo a la altura. Esperaba poder visitarlo pronto y hacerlo, aunque tendría que pensar muy bien qué darle que pudiera contentarlo. Sweet Joe era un hombre sencillo, pero no simple. Pensó que agradecería algo hecho por ella y por Jack, pero tenía que pensarlo bien.

Cuando al fin Helga y ella alcanzaron a Graeme y a su madre, Kate sintió deseos de huir. Graeme la miraba con una sonrisa llena de calor y le recordó la forma en que la había mirado y tocado esa mañana mientras amasaba, pero la señora Murray lo hacía con claro desdén.

—De modo que usted es la anciana señora Murray. Su visita se ha hecho esperar, desde luego.

Martha Murray se sonrojó ante las palabras de Helga Heller, aunque no bajó la mirada. Kate tuvo la sensación de que le había molestado más el hecho de que se dirigiera a ella como anciana que el reproche por su tardanza. De hecho, si se sentía avergonzada por la falta de apoyo a los planes y sueños de su hijo, no lo mostró en ninguno de sus gestos.

—Lo habría hecho de haber sabido que eran ustedes tan acogedores y directos —respondió, sin amilanarse en lo más mínimo.

Helga, en absoluto amilanada por el tono ácido de Martha, se acercó y la abrazó con fuerza. Ante eso, la señora Murray no pudo hacer otra cosa que darle una palmadita en la espalda, temiendo que no la soltara.

—Supongo que estará usted feliz por el matrimonio de su hijo. Durante mucho tiempo temimos que se fuera con Anne y el pequeño Angus. Pero, mírelo. —Helga señaló a Graeme y todos lo miraron también, como si no pudieran hacer otra cosa. Ante sus miradas, él se encogió, avergonzado—. Pensé que nunca volvería a verlo feliz. —Otto le dio un codazo a su esposa para hacerla callar, aunque ella fingió que no había pasado nada—. Creo que deberíamos celebrar su visita y el feliz matrimonio de Graeme y Kate. ¿Qué os parece?

Kate empezó a negar con la cabeza, pero vio que Graeme sonreía.

—Hace tiempo que no bailamos por aquí —dijo Graeme. Kate notó su mirada sobre ella—. Y sin duda hay cosas que me encantaría celebrar, ahora que ya no tenemos que guardar el secreto, verdad, ¿señora, Murray? —añadió, tomándole una mano y besando sus nudillos.

—¡Por Dios, Graeme! Recuerda tu lugar.

Helga le dio un empujoncito a la madre de Graeme.

—Comprenda que Graeme y Kate están en su luna de miel, señora Murray —dijo—. Es normal que no puedan estar separados. Mi Otto y yo todavía somos así y llevamos casados toda una vida. Todavía está por ver cómo se comportarán estos tortolitos después de unos años juntos. ¿Usted qué cree, querida?

Kate sintió deseos de escapar.

¿Cómo iba a explicarle a Helga que lo que había entre ella y Graeme no era un matrimonio real?

Miró a la señora Murray, que se aferraba a su taza de té con todas sus fuerzas, aunque no la había visto dar un solo sorbo. Probablemente quería escapar de ahí tanto como ella.

Le tocó el hombro con suavidad para llamar su atención. Martha la miró con sorpresa, e incluso con un leve toque de ofensa.

—Por favor, señora Murray, ¿podría acompañarme a por otra jarra de café?

No se imaginaba a la madre de Graeme sirviendo a los vaqueros ni a los vecinos montañeses de su hijo, pero ella pareció comprender que quería hablar con ella a solas.

Cuando estuvieron en la cocina, la señora Murray dejó la taza de té en la mesa y miró a Kate.

—Entiendo, por la reacción de esa mujer, que lo de su boda es una sorpresa para todo el mundo.

—La boda fue algo precipitada y yo no tenía ninguna intención de que esto sucediera, se lo aseguro…

Martha levantó una mano para detenerla.

—Ahora todo eso da igual. Graeme parece empeñado en mantener su matrimonio, diga lo que diga. Es como si estuviera

obnubilado por usted, vaya Dios a saber por qué. Y ahora todo el mundo lo sabe, así que va a ser muy difícil deshacerlo sin que nadie en Denver se entere. Dios sabe que las noticias vuelan, sobre todo las malas. Deshacer el matrimonio sin consecuencias para la reputación de Graeme será un auténtico engorro.

Kate se sentó y se encogió sobre sí misma.

—¿Cree usted que le he engañado para que se case conmigo? Parece que no conoce a su propio hijo. Cuando se le mete algo entre ceja y ceja, nada puede hacerle cambiar de idea.

La señora Murray la miró de arriba abajo con más curiosidad que desprecio.

—Conozco muy bien a ese chico, pero me pregunto qué ve alguien como Graeme en alguien como tú. Él, que estuvo casado con una mujer hermosa e inteligente como Anne y que podría escoger entre lo más granado de la sociedad a poco que se olvidara de toda esa tontería de las vacas y las montañas y volviera a vestirse como un hombre civilizado. ¿Por qué justo tú?

Kate notó el calor de la rabia en su interior. Se levantó y se irguió. Miró a su suegra con la barbilla levantada. El pañuelo de Martha Murray valía más que todo su atuendo, pero le dio igual. Su mamá le había enseñado que, a ojos de Dios, todo el mundo estaba hecho del mismo barro.

—A lo mejor él me prefiere porque lo hago sentir a gusto consigo mismo y no lo juzgo. Me gusta tal como es, incluso cuando no lleva uno de sus bonitos trajes de sociedad. Me gusta porque es amable y adora la poesía, porque tampoco critica a nadie jamás y porque sigue intentando tocar esa horrible gaita, solo porque se lo prometió a Anne, aunque lo hace fatal y asusta al ganado. Pero, sobre todo, porque lo comprendo y comprendo sus sueños, que son los míos.

Martha irguió la barbilla y apretó los labios.

—Anne lo siguió hasta este desierto y yo vine a este país solo porque él decidió abandonar un futuro brillante por… esto —añadió Martha, señalando lo que la rodeaba con una sonrisa amarga—. ¿Y qué ganamos a cambio? Ella murió y él perdió una esposa y un

heredero. Y yo malvivo en una ciudad horrible, lejos de mis amistades, mi familia y todo lo que amo de verdad.

Kate extendió una mano, sintiendo auténtica lástima por ella, pero Martha la esquivó. Al ver su gesto de rabia, Kate vio la verdad que yacía bajo las palabras de la señora Murray.

—Sí, las dos lo siguieron hasta aquí, pero no para apoyarlo ni porque creyeran en él, sino para esperar pacientemente su fracaso y consolarlo cuando reconociera su derrota. Solo entonces él habría regresado a su vieja ciudad y a ese horrible puesto de abogado que él tanto odiaba. Y ustedes habrían sido felices, sin darse cuenta de que su espíritu había muerto. Es más, no les habría importado lo más mínimo con tal de salirse con la suya. Creo que hasta habrían disfrutado echándole en cara su fracaso.

—¿Cómo se atreve a hablar así de Anne? Ella era una dama. Algo que usted no será jamás.

Kate se encogió de hombros, pero no se arredró ante la señora Murray. Después de unos días soportando reproches sin fin y miradas de odio, no iba a callar lo que pensaba.

—De acuerdo, no puedo hablar por ella, pero, por lo poco que sé de usted, puedo decirle que Graeme jamás se rendirá. Nunca se saldrá usted con la suya. —De pronto suavizó su tono, a pesar de la dureza en la mirada de Martha—. Sea sincera con él. Dígale que quiere volver a su tierra, que odia este país. Anne no fue sincera y jamás fue feliz por ello. Arrastró a Graeme y a su hijo en su infelicidad y al final murió. Estuvo a punto de matar a Graeme con ella. No haga usted lo mismo, se lo ruego. Sea sincera.

Martha la miró con auténtica incomprensión.

—Jamás podría hacer eso. Mi deber es quedarme aquí, a su lado, cuidando de él.

Kate negó con la cabeza.

—No, señora Murray. Su deber es hacer lo que desee. Usted también puede seguir sus propios deseos, como mujer con mente y corazón propios que es. Graeme siguió a su corazón y encontró el lugar donde ser feliz. Jamás será el hombre que usted quiere que

sea, aunque usted se empeñe en negarse a verlo. ¿No cree que es hora de que lo deje usted caminar por sí solo?

Martha inspiró hondo y abrió la boca, como si fuera a responder algo, aunque al final no lo hizo.

La dejó sola, en la cocina y al poco escuchó el sonido de la puerta de su dormitorio cerrándose con suavidad.

Kate permaneció unos minutos más allí, en silencio.

No se arrepentía de haber hablado claro con la señora Murray. Durante unas semanas había sentido a su verdadero yo escondido en su interior, encogido y aterrado por sus propios sentimientos, pero era hora de que volviera a sentir y hablar.

Era hora de volver a luchar por lo que deseaba con todo su corazón. Era hora de volver a luchar por su sueño.

XL

Querida Gertie,

Hace semanas que no te escribo, y es imperdonable, pero te aseguro que no ha sido por voluntad propia. A veces la vida se empeña en ponerse cuesta arriba, y últimamente las cosas por aquí han sido de locos.

Tanto la niña como Graeme han estado enfermos y, durante unos días horribles, pensé que el Señor los llamaría a Su lado. Tanto es así, que escribí a la señora Murray para que viniera a despedirse de su hijo por última vez.

En mis momentos de debilidad, me arrepiento de esta decisión, porque ella sigue aquí, y no parece tener intención de irse. Es mandona, impertinente y juraría que me detesta, aunque debo reconocer que su rencor tiene un motivo claro…

Hay algo que debo contarte, antes que nada, y debes perdonarme por no ser sincera.

Desde mi última carta hay algo que ha cambiado en nuestra vida y no he tenido la oportunidad de decírtelo antes: el señor Murray y yo nos casamos en Cheyenne antes de regresar a casa, y ese es el motivo de que la mamá de Graeme no pueda verme ante sus ojos.

Por algún motivo, cree que he engatusado a su hijo para que se case conmigo, aunque eso es absurdo. ¿Cómo decirle que la idea fue del señor M y que sus intenciones están muy lejos del amor?

Sí, debo insistir al respecto.

Antes de que creas que hay algo romántico entre nosotros y empieces a pensar en sueños de heroínas de novela que consiguen

conquistar a caballeros millonarios, debo decirte que no es lo que piensas…

Kate detuvo la pluma en el aire, incapaz de seguir escribiendo.

Junto a la carta que estaba escribiendo para su amiga en Denver, había un listado de los preparativos para la fiesta de celebración de su boda. Helga se había empeñado en celebrarla por todo lo alto y Graeme hacía caso omiso al perpetuo ceño fruncido de su madre y le seguía el juego a su vecina en cada propuesta que hacía, a cada cual más alocada. Había intentado recordarle que se suponía que su matrimonio era temporal, pero él había hecho oídos sordos a todo lo que le decía.

Graeme había contratado a unos músicos ambulantes y se había empeñado en comprar ropa nueva para Jack y Kate, aunque le había dicho que no era necesario. También estaba invitando a gente de todos los alrededores.

Con un suspiro, dejó la carta por el momento. De todas formas, no sabía muy bien cómo explicarle el asunto a Gertie. Regresó al salón. Todos estaban allí, como cada noche después de cenar. La presencia de la señora Murray no había cambiado apenas su rutina, solo que ahora Kate no comentaba sus lecturas con Graeme en voz alta, porque Martha monopolizaba la charla.

Le gustaba oírlos hablar acerca de poesía y ensayos, de novelas, pintura y arte. Se sentía como ante un escaparate lleno de dulces deliciosos que jamás podría probar, pero que le gustaba admirar de todas formas.

—Será como Navidad, ya lo veréis. Nunca he disfrutado tanto una fiesta como desde que vivo aquí —dijo Graeme junto al fuego, cerrando su libro de poesía.

La señora Murray emitió un gruñido que su hijo ignoró de modo elocuente.

Kate se había sentado más alejada, dejándole a Martha su lugar habitual junto a la chimenea, aunque ella no le había dado las gracias por ello. Apenas habían hablado desde el día en que los

vaqueros y los vecinos habían regresado de la cacería y Kate le había pedido que fuera sincera con su hijo.

—¿Como Navidad, señor gigante? ¿En serio?

Jack se giró hacia Graeme desde el suelo, que donde ella prefería sentarse siempre para leer, a sus pies, y se retrepó sobre él, como un animalito. Él le acarició la cabeza con cariño. Kate no pudo evitar fijarse en la mirada de Martha ante ese gesto. Parecía curiosa por la intimidad que compartía su hijo con la niña, aunque pronto ocultó sus sentimientos al notar que la estaba mirando.

—A veces es difícil juntarse por esas fechas por culpa del clima, así que celebraremos una fiesta navideña anticipada.

—Suena ridículo celebrar la Natividad del Señor en octubre.

Graeme miró a su madre con una ligera sonrisa de burla.

—También celebraremos que por fin hayas venido de visita, madre. Si eso no es un milagro, no sé qué lo es.

—No sé por qué disfrutas tanto burlándote de mí, Graeme. Conseguirás que no desee regresar jamás.

Graeme siguió acariciando a Jack con aire perezoso. La niña se había recostado contra él y había cerrado los ojos.

—¿Habrías venido si mi vida no hubiera corrido peligro, acaso?

Kate se irguió en su asiento.

—Graeme, por favor —dijo, acercándose para tomar a Jack en brazos—. Estoy segura de que tu mamá solo esperaba el momento ideal para venir a conocer tu preciosa casa.

Graeme miró a su madre y después a Jack, que lo miraba sin comprender lo que ocurría.

Rozó una de las trenzas de la niña con un dedo y sonrió.

—Tienes razón, querida. Siempre la tienes.

Se inclinó hacia Kate y le dio un beso seco en la mejilla.

Kate no estaba segura de si estaba enfadado con ella por interceder a favor de su madre o si comprendía por qué lo había hecho, pero agradeció que no discutieran delante de Jack.

Se retiró a acostar a la niña y los dejó solos.

Graeme acarició el lomo del libro de poesía que había estado leyendo mientras un silencio incómodo se instalaba entre su madre y él.

Cuando había llegado, hacía ya casi un mes, había pensado que estaría feliz al ver que su propiedad era próspera y que había superado por fin la muerte de Anne, pero Martha se paseaba por la casa y por el porche de la casa, pocas veces pasaba de ahí, con los labios fruncidos, sin dejar de sacar pegas a todo lo que veía, especialmente a Kate.

—Quizás ha llegado la hora de que regreses a casa —dijo con un tono más seco de lo que había pretendido.

Su madre se hundió un poco en la mecedora, ocultando su rostro.

—Si es eso lo que deseas, me marcharé, por supuesto.

Graeme se levantó y dejó el libro sobre la silla con un golpe que sonó casi violento en el silencio del salón.

—No quiero que te vayas, pero tampoco quiero que te quedes si vas a seguir comportándote así con Kate.

Martha suspiró.

—Dios sabe que la mujer que escogí para ti no era la adecuada —dijo Martha de pronto con voz opaca—. De algún modo, Él me ha recordado que es más sabio y ha sabido poner a alguien mejor en tu camino. No me resulta fácil admitirlo.

Graeme se giró para mirarla, pero el rostro de su madre seguía entre las sombras. Su voz había sonado tranquila, nada que ver con la ira que había habido en ella durante las últimas semanas.

—Tú no escogiste a Anne para mí.

Martha rio.

—Eres muy ingenuo, como todos los hombres. La madre de Anne y yo planeamos cada uno de vuestros encuentros durante meses hasta que pensamos que podíamos dejaros volar solos. El resto vino solo, aunque os costó más tiempo de lo que esperábamos. Siempre has sido un hombre lento para las cosas del corazón, hijo mío.

—Lo que dices es horrible.

—Sí, lo es. Aunque en ese momento nos pareció buena idea. Hasta hace muy poco no me he dado cuenta del gran error que fue. —Graeme se sorprendió por el dolor en la voz de su madre. Era incapaz de verle la cara, pero daba igual, era imposible no notarlo—. Anne era más débil de lo que todos pensábamos y tanto ella como yo fuimos unas estúpidas al pensar que te rendirías nada más ver que aquí no tendrías todas las comodidades que tenías en casa. Al fin y al cabo, tengo que reconocer que no era un capricho pasajero y tú tenías razón.

Graeme se agachó junto a ella y le tomó una mano, que estaba fría pese a que estaba sentada cerca de la chimenea.

—Era normal pensar así. Yo era un chico de ciudad, criado en una mansión. De no ser por vosotras, habría regresado la primera semana. Sentía que debía esforzarme mucho más para no decepcionaros.

Martha dio un respingo.

—Me habría gustado saber eso antes. Se habría ahorrado mucho sufrimiento si hubiéramos sido sinceras. Tu Kate tenía mucha razón. Está claro que te conoce mejor que nosotras.

—¿Kate?

Su madre le acarició la mejilla.

—Ella me dijo que debería hablar de todo esto contigo. Y que también debía mirar por mi felicidad. —Martha parecía un poco sorprendida de escucharse a sí misma hablando así, aunque no por ello menos decidida a hacerlo—. Es una mujer extraña. Jamás se me había ocurrido pensar en mi propia felicidad hasta que tu esposa me habló de ello.

Graeme no pudo evitar sonreír. Era muy capaz de imaginarse a Kate enfrentándose a su madre y obligándola a luchar por su propia felicidad.

—¿Y puedo preguntar qué es lo que te haría feliz, mamá?

Martha se acercó a él y le besó la frente.

—Quiero volver a Edimburgo, a mi casa. Pero antes quiero saber que eres feliz.

Graeme sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas.

Jamás se le había ocurrido que su madre pudiera sentirse atrapada en Denver por su culpa, esperando a que se decidiera a volver con ella a Europa. Pensaba que se había acabado acostumbrando a ese país, que se había construido un nuevo círculo de amigos y conocidos, pero había estado ciego. Su madre añoraba su país, su hogar y, sobre todo, a su familia.

—Ya soy feliz.

Martha chasqueó la lengua contra el paladar.

—No seas estúpido, Graeme Michael Murray. Escucha a tu madre por una vez en tu vida. Te juro que esta vez no te fallaré. No dejes que esa testaruda mujer se salga con la suya en sus planes de abandonarte, o te arrepentirás.

Graeme agradeció que ella se mostrara como siempre.

Se le escapó una risa socarrona.

—¿Quieres decir que crees que Kate es una buena esposa para mí?

—Solo admitiré que esa mujercita me parece bastante juiciosa, a pesar de sus orígenes. Sin duda recibió una educación mejor de lo que parece a simple vista.

Graeme se estiró para besarla en la mejilla. Pensó que era lo más cercano a una frase de aceptación que iba a obtener por su parte.

Ahora solo quedaba convencer a Kate de que estaban destinados a estar juntos.

Le apretó la mano a su madre, sintiendo una nueva energía en su interior.

—¿Me ayudarás a conquistar a mi esposa?

Martha inspiró hondo y negó con la cabeza.

—Llevo mucho tiempo intentando que vuelvas a casarte y he deseado mucho que escojas a la mujer adecuada. Ya me metí una vez en tu vida y Anne y tu hijo murieron.

—Ellos no murieron por tu culpa, mamá. Ni tampoco por la mía, como he creído durante mucho tiempo. No podemos saber si hubiera

ocurrido lo mismo de habernos quedado en Escocia. Me ha costado comprender que es así.

Ella bajó la cabeza. Sus lágrimas calientes bañaron las manos de Graeme, que se las apretó con más fuerza.

—Me gustaría hacer algo bueno por ti antes de volver a casa, si tú quieres.

Graeme la abrazó y se sintió más cerca de su madre de lo que se había sentido jamás.

XLI

Kate inspiró hondo y acarició la falda del vestido extendido sobre la cama. A pesar de que compartía dormitorio con Jack desde que la señora Murray había llegado, Martha había insistido en que se cambiara allí para la fiesta. Jamás se había puesto nada tan delicado y elegante y casi le daba miedo rozarlo con sus manos ásperas para no estropear la seda.

Las últimas dos semanas habían sido agotadoras para ella. No solo a causa de la organización de la fiesta, sino porque, por algún motivo que no alcanzaba a comprender, los dos Murray parecían empeñados en ser amables y corteses con ella de un modo empalagoso.

Esa actitud no le extrañaba en Graeme, que siempre se había comportado bien con ella, pero el cambio de la señora Murray le resultaba tan chocante que no sabía muy bien cómo tomárselo. Incluso había decidido que iba a darle clases a Jack todas las mañanas para que ella tuviera tiempo libre.

—No me mires así. Estoy segura de que agradecerás tener un rato para ti. Siéntate, sal a dar un paseo, lee una de esas historias tuyas —había dicho la señora Murray con un tono inapelable, de modo que Kate no tuvo otra opción que aceptar—. Además, esta niña tiene unos modales terribles, y en eso al menos estarás de acuerdo conmigo. Es hora de que empiece a comportarse como una señorita.

Su última frase la hizo sonreír. La señora Murray estirada y esnob seguía estando ahí, a pesar de esa desconcertante amabilidad que había decidido mostrar ahora hacia ellas.

Así que ahora tenía tiempo libre para hacer lo que quería. Solo que no sabía qué hacer.

Jamás en toda su vida había tenido tiempo libre.

Desde niña había tenido labores de las que ocuparse. Si no era la casa, era ayudar a su mamá a cuidar a sus hermanos. Y luego había tenido que cuidar de ellos sola cuando su mamá había muerto. Y más tarde había cuidado de su propio hogar, cuando se había casado con el viejo Frank. Y luego él también se había ido y la había dejado sola con Jack.

Tal y como le había señalado la señora Murray, salía a pasear, con un libro en la mano que no solía abrir, pero que la hacía sentir mejor, porque la idea de salir solo a pasear, sin nada entre las manos, la hacía sentir inútil.

Cuando se cruzaba con alguno de los peones o uno de los vaqueros, lo saludaba y preguntaba por Paddy y se aseguraba de que el muy truhan recibía su dosis diaria de zanahorias.

Casi siempre terminaba junto a las tumbas de Anne y el pequeño Angus. Por algún motivo, allí siempre hacía sol y parecía que el viento soplaba más suave. Era posible que por eso hubiera escogido Graeme ese lugar para ellos.

—¿Qué crees que se propone? Tú la conocías mejor que yo y supongo que te consideraba la nuera ideal. Yo nunca seré una dama ni alguien a quien pueda lucir en su mansión.

Evidentemente, no esperaba que Anne Murray respondiera, pero la alivió poder decir lo que pensaba en voz alta.

Se sentó en la roca que había junto a las lápidas e inspiró hondo el aire frío de la tarde. La noche anterior había nevado, aunque la nieve no había cuajado. Durante la cena, Graeme y su madre se habían mostrado preocupados por la posibilidad de que una nevada impidiera la llegada de los invitados a la fiesta.

Después de pasar unos minutos allí, regresaba a la casa, se sentaba junto en la mecedora con su libro y escuchaba las lecciones de Jack.

Para su sorpresa, a la niña le encantaba estar con la señora Murray e imitar los gestos y la forma de hablar de la madre de Graeme. No era que quisiera que su hija se convirtiera en una princesita, teniendo en cuenta que vivían en una cabaña en medio de las montañas, pero, por primera vez en su vida, Jack mostraba interés por el arte, la literatura seria y la música, y a ella le encantaba verla reír a carcajadas.

La señora Murray parecía disfrutar con las lecciones, recitar poemas con acento refinado y no le importaba repetir los nombres de autores y compositores para ella. A veces le pasaba la mano por las trenzas despeinadas con cariño mientras la escuchaba leer en voz alta y asentía cuando lo hacía sin errores. Incluso hablaba de hacer llevar un piano hasta allí para que aprendiera a tocar, algo con lo que Jack se había mostrado encantada. Kate no sabía cómo se llevarían a cabo esas lecciones ni quién enseñaría a Jack. Además, era posible que el año siguiente por esas fechas ya no estuvieran en esa casa, pero se cuidó mucho de desencantar a su hija.

Le parecía increíble que, en un plazo de solo dos semanas, se hubieran amoldado tanto a vivir así. La señora Murray ya no la miraba de arriba abajo con desprecio ni la trataba como si fuera una criada y su trato era más que cortés. Podría decir que la trataba con aprecio, si es que esa mujer era capaz de algo semejante.

Casi parecían una familia.

Ya no había vuelto a hablar del trato que había hecho con Graeme y tenía la sensación de que él le había pedido que se comportara bien con ella. Solo que aquello era algo más que ser amable.

—No le digas esto a mi hijo, pero echaré de menos este lugar. Si quitamos la comida, el espantoso olor del ganado, los modales de los vaqueros y estos muebles tan incómodos, no me importaría regresar aquí a pasar alguna temporada. El aire es casi tan puro como el de las Tierras Altas, allá en mi país.

La señora Murray seguía pareciendo demasiado elegante para todo lo que la rodeaba y la casa, que a Kate le parecía enorme. Para la madre de Graeme, sin embargo, era demasiado pequeña.

—Jack la echará de menos cuando se vaya. Por extraño que parezca, su presencia la calma.

Martha asintió, satisfecha.

—Espero que vengáis a visitarme a Edimburgo alguna vez. A Jackeline le gustará el viaje en barco. Toda señorita debe viajar en barco al menos una vez en su vida. Te aseguro que adorará la ciudad. Está hecha para una niña soñadora como ella.

Kate bajó la mirada hacia el vestido que la señora Murray había escogido para ella en la fiesta de Navidad. La seda gris claro brillaba con la luz y las perlas del escote formaban un dibujo de ondas. Jamás se había puesto nada así. Cuando había llegado desde Cheyenne, el día anterior, Kate había pensado que era un error. Aquel vestido no podía ser para ella. Sin embargo, Martha había insistido en que estaría preciosa con ese vestido y que el color era perfecto para su tono de piel y ojos. Tuvo que desistir, porque sabía que no tenía nada que hacer en ese asunto y que, si acudía a Graeme, él estaría de acuerdo con su madre.

—No está bien que le meta esas fantasías en la cabeza, señora Murray. Jack jamás visitará su mansión en Edimburgo, y usted lo sabe muy bien.

Martha arrugó los labios en una sonrisa tan minúscula que a Kate le habría costado calificarla como tal.

—Y tú sabes muy bien que no eres la mujer que yo habría escogido como esposa de mi hijo, pero que a veces lo ideal y lo adecuado no son lo mismo.

Kate inspiró hondo.

—Y usted sabe que lo nuestro no es un auténtico matrimonio.

Martha acarició las perlas del escote del vestido antes de volver a mirarla.

—¿Sabes lo primero que pensé cuando te conocí?

Kate recordó su primer encuentro en la estación de tren en Denver y la mirada de horror de la señora Murray al verla.

—Puedo imaginarlo.

—No, no creo que puedas —respondió la señora Murray con una risa cascada. Kate se sorprendió al ver un brillo divertido en sus ojos que nunca había visto—. Te admiré. Por tu valentía al ser capaz de dejar todo lo que conocías y aventurarte hacia un lugar salvaje sin saber lo que te esperaba. Yo jamás habría sido capaz de algo así. Aunque no es algo que me atreviera a admitir ante mí misma.

Kate se dejó caer en una esquina de la cama.

Esa mujer rica, elegante, hermosa, la admiraba. A ella. ¿Por qué?

—No lo comprendo. Yo no tengo nada de admirable.

—¡Oh, querida mía! ¡Tienes valor, sueños!

—¿Y de qué sirve eso cuando no tienes nada más?

La señora Murray se acercó a ella y le tomó una mano. Fue la primera vez que Kate la sintió cercana de verdad.

—Pude ver cómo mi hijo te miraba y no fui capaz de comprender por qué te había escogido como ama de llaves. Pero debería haber comprendido que sois iguales. —Martha sonrió y Kate sintió que se sonrojaba ante su escrutinio—. Y por eso Graeme te ama. Y por eso tú lo amas a él.

—Señora Murray…

—Sé que quieres tener tu propio hogar, y has luchado mucho por ello, pero ¿no es un hogar lo que tienes aquí junto a mi hijo y Jackeline? Me dijiste que debía hacer lo que deseara mi corazón, pero tú te empeñas en luchar contra el tuyo. ¿No te parece curioso, Kate Murray?

Kate dio un respingo al escuchar cómo la había llamado.

—¿Le ha pedido Graeme que hable conmigo?

La señora Murray sonrió.

—¿Qué más da eso? Puede que a veces me comporte como una vieja bruja, pero quiero que mi hijo sea feliz. Dios sabe que ha tenido dolor de sobra. Y tú también, Kate. Dejad de comportaros como niños u os arrepentiréis de haber perdido la oportunidad que os ha dado la vida al poneros el uno en el camino del otro.

XLII

El día de la fiesta, las Heller llegaron temprano para ayudar con los preparativos. También lo hicieron Charlie y algunos de los peones para terminar de colocar los adornos en las lámparas y las puertas. Habían recolocado los muebles y habían puesto algunos de ellos en los dormitorios para dejar sitio a los músicos y los bailarines. Esperaban que trajeran sillas y taburetes para los que no quisieran bailar y prefiriesen charlar junto al fuego con una bebida en la mano.

Durante días, Kate y Jack habían recogido ramas y flores para poder decorar la casa. Habían creado adornos usando trozos de tela sacados de un vestido desechado de Kate.

De pronto, la casa estaba llena de gente que vociferaba y cantaba para acompañar el trabajo. Kate y la señora Murray les ofrecieron café, bebidas y tarta a todos en agradecimiento y se dedicaron a terminar los aperitivos y otras delicias que se ofrecerían como refrigerio.

Graeme había ido a buscar a los músicos y se esperaba que llegaran antes del anochecer.

—Seguro que la casa va a quedar preciosa, pero ahora mismo no puedo imaginármela —dijo Kate observando el caos que la rodeaba.

Jack no ayudaba. Se empeñaba en querer ayudar a todo el mundo y lo único que lograba era fastidiar. Era una lástima que Graeme ya se hubiera ido, porque estaba segura de que le habría encantado salir a buscar a los músicos con él.

—¿No estás deseando bailar esta noche con tu marido? ¡Oh, los primeros meses son los mejores! Otto y yo no podíamos estar separados.

Kate se sonrojó al notar el empujoncito de Helga.

Martha fingió que no había escuchado ni una sola palabra y siguió removiendo la crema de champiñones en el fuego. Le parecía increíble que esa mujer fuera capaz de cocinar en una cabaña perdida en medio de las montañas vestida con seda y encaje.

Le vino a la cabeza la charla que habían tenido hacía apenas una hora acerca de que debía luchar por lo que quería su corazón y sintió una especie de calor en el pecho.

—¿Dónde está Deb? Esa chica siempre se escabulle cuando hay algo que hacer.

Deborah Heller conocía bien la casa de Graeme.

Había pasado años recorriéndola, sabiendo que un día iba a ser suya.

Había soñado miles de veces en cómo decoraría las estancias, en cómo quemaría las malditas pertenencias de Anne y las vería arder lentamente.

Había trabajado mucho para que ahora llegara esa maldita estúpida y Graeme se casara con ella sin más.

¿Qué le había dado ella para que él considerara necesario hacerlo? ¿Acaso un pequeño bastardo crecía dentro de ella?

Entró en el dormitorio que había ocupado esa irlandesa y cerró la puerta tras ella. Había tanta gente en la casa que había sido muy sencillo colarse allí sin que nadie lo notara. Solo Charlie, que la seguía como un perrito fiel, podría haberlo hecho, pero lo había mandado a la leñera a por unos troncos para la chimenea.

Pobre Charlie.

Era guapo y sabía que todas la envidiaban porque él la amaba sin fisuras, pero su corazón siempre le pertenecería a Graeme. Si le había seguido el juego durante esos meses había sido para que su madre pensara que ya había olvidado a su vecino y la dejara en paz.

¡Ilusa!

¿Quién en su sano juicio podría olvidar a alguien como Graeme?

Cerró los ojos e inspiró hondo.

No podía dejarse llevar por la ira y el dolor. Graeme la había traicionado al rechazarla y además se había casado con otra mujer pocos días después. No con otra, ¡con esa maldita criada!

¿Podía haber acaso algo más humillante que ser desplazada por una mujer tan inferior?

Y todos a su alrededor lo sabían y se burlaban a sus espaldas por ello. Era posible que nadie hablara en su presencia de lo que había ocurrido entre ella y Graeme, pero Deb sabía leer en sus miradas y sabía lo que se rumoreaba cuando no estaba presente.

Graeme cultivaba una imagen de hombre decente, pero no había tardado más que unas semanas en meter en su cama a su criada desde que la había traído de Denver. No debería esquivarla como si fuera una chica impura, teniendo en cuenta lo que había hecho.

Cuando volvió a abrir los ojos, se fijó en lo que la rodeaba.

Sabía que ese había sido el dormitorio de la criada, pero ahora había restos de la vieja por todas partes. Se acercó al baúl de la señora Murray, que estaba abierto, y acarició las lujosas telas de los vestidos.

Sedas, encajes, muselinas… Los dedos se le encogieron de envidia.

Sobre el escritorio vio un joyero abierto. Las joyas expuestas eran hermosas y costaban una fortuna. Ni siquiera las que había visto llevar a Anne las superaban. De solo pensar que eso podría haber sido suyo cuando la vieja muriera notó que le subía la bilis a la garganta.

Se acercó un broche al pecho y miró su reflejo en el espejo. El zafiro de la joya hacía juego con sus ojos, como si estuviera hecha para ella.

Más allá de su propia imagen en el espejo, vio algo extendido sobre la cama. Se giró y vio un hermoso vestido gris de seda con perlas bordadas en el escote.

Llevaba días oyendo hablar de ese vestido a su madre. La señora Murray lo había encargado para la irlandesa y lo habían cosido para

ella a un precio exorbitante. Y todo para alguien que jamás lo apreciaría ni lo merecía.

Se acercó a la cama y acarició la seda con la punta de los dedos.

El solo hecho de imaginar a la maldita criada irlandesa vestida con ese vestido cuando todo aquello, la casa, Graeme, las joyas, todo debería haber sido suyo… El solo hecho de pensarlo hizo que le dieran arcadas.

La seda de la falda se desgarró con sorprendente facilidad entre sus manos. Ni siquiera fue consciente de lo que estaba haciendo hasta que vio la tela deshilachada bajo sus dedos.

Un burbujeo de risa le subió por el pecho cuando las perlas del escote cayeron al suelo con un tintineo.

—Destrozar un vestido no hará que todo sea como deseas.

Deborah se giró hacia Kate. No la había escuchado entrar. Por la puerta abierta se escuchaban las voces de los peones y también de la su madre, que la llamaba. Era posible que por eso estuviera ella allí.

La criada miró la tela destrozada de su precioso vestido, pero no pareció demasiado triste por la pérdida. La muy idiota ni siquiera sabía que costaba una fortuna.

—Solo hay una cosa que me haría feliz —respondió, levantando la barbilla.

Kate cerró la puerta.

Deb retrocedió hasta que se topó con la cama. Sin embargo, Kate se limitó a acariciar la tela desgarrada del vestido con una sonrisa.

—Yo podría largarme, pero él jamás se casaría contigo, y lo sabes. Es hora de que lo comprendas y sigas adelante con tu vida, Deborah.

Odió su voz dulce y su sonrisa comprensiva. Odió que no se regodeara. Kate, que ahora lo tenía todo, podría reírse de Deb por su derrota, pero no lo hacía.

Pasó junto a Kate y salió de allí.

Necesitaba aire y escapar muy lejos.

Junto a la puerta se topó con Charlie. Siempre Charlie, su fiel sombra.

—Deb, ¿qué hacías ahí? —Vio cómo miraba a Kate y también notó en qué momento veía el vestido destrozado. Trató de retenerla, pero ella se zafó. —¿Qué has hecho?

—¡Déjame!

—¡Oh, sí! Te dejaré. Me largaré en cuanto acabe mi contrato con el señor Murray. Hoy mismo me trasladaré al barracón con el resto de los peones. Dios sabe que ya he hecho bastante el idiota contigo.

Deborah emitió una sonrisa burlona.

—No seas estúpido. No serías capaz de dejarme.

Charlie se echó el sombrero hacia atrás y sonrió, aunque su sonrisa era triste.

—Claro que soy capaz, Deborah Heller. Puede que creas que solo soy un mequetrefe y un perro faldero, pero yo al menos sé ver cuándo alguien no me quiere y tengo el valor para tirar adelante.

—Eres un imbécil y un…

Deb levantó una mano para golpearlo, pero él la retuvo por la muñeca.

—Ojalá usaras todo ese fuego para quererme, querida. Pero, si lo pienso, creo que me da igual.

Ella pensó durante un instante que iba a besarla. Lo miró a la luz menguante de la tarde. Charlie no sonreía y sus ojos azules eran sorprendentemente duros. Olía a resina de leña y a cuero. Y también un poco a caballo.

—No te echaré de menos —le espetó.

Charlie la miró de arriba abajo con frialdad.

—Claro que me echarás de menos, Deborah Heller, solo que todavía no te has dado cuenta.

Ni siquiera se giró para mirarlo marchar. Sabía que la estaría esperando en casa al regresar, como siempre, con esa sonrisa bobalicona y esos ojos de cordero degollado que tanto la irritaban.

¿De verdad pensaba ese chiquillo que iba a preferirlo antes que a un hombre hecho y derecho como Graeme? ¿Cómo podía creer que

algún día iba a amarlo teniendo a alguien como al señor Murray cerca?

Como otros antes que él, seguiría rondándola, esperando a que se dignara mirarlo o sonreírle.

Si le había hecho caso, se había hecho cargo de él cuando había sido herido durante el rodeo y había insistido para que sus padres lo acogieran en casa, no había sido porque le interesara más que otros peones o vaqueros, aunque era cierto que era guapo y joven. Era una estrella y por ello todas la envidiaban, y había pensado que Graeme se daría cuenta de que ya no estaba pendiente de él y se arrepentiría de lo que le había hecho durante el viaje a Cheyenne.

Pero no había funcionado. Más bien al contrario. El señor Murray parecía feliz de que ella lo hubiera olvidado.

Mientras ella lo anhelaba en la distancia, él vivía con esa estúpida criada con la que se había casado en secreto después de haberla despreciado en público. Mientras todos se reían de ella, a él le daba igual su sufrimiento.

De modo que Charlie ya no le servía y era absurdo tener que seguir fingiendo que le interesaba y sentir que la rondaba a todas horas, y menos todavía ahora que Graeme y esa maldita criada estaban casados.

Miró a Kate a través de la puerta entornada. No parecía haber escuchado su pelea con Charlie. La muy estúpida estaba recogiendo del suelo las perlas que antes habían adornado el escote del vestido como si pudiera arreglar el despropósito con solo proponérselo.

Volvió al salón con una sonrisa satisfecha. A esas alturas, su madre debía de estar a punto de salir a buscarla y no quería que eso ocurriera. Si descubría lo que había ocurrido, quizás esta vez no se librara de una buena reprimenda.

XLIII

Graeme llegó con los músicos poco antes del anochecer y los dejó tomando una buena jarra de cerveza antes de ir a buscar a Kate.

No la vio ni en la cocina, donde su madre trabajaba con algunas de las mujeres preparando bandejas de comida y charlaba como si se encontrara en su propio salón, ni con el resto de los vecinos.

La casa estaba abarrotada y algunos ya habían comenzado la celebración por su cuenta. Alguien había traído un violín y tocaba una alegre tonada para que los demás bailaran, siguiendo el ritmo de la música contra la madera del suelo.

Le extrañó no verla con los demás y le preocupó que pudiera haberle ocurrido algo.

Esquivó a Otto, que parecía querer decirle algo acerca de Charlie Myers, pero lo ignoró y atravesó la multitud para llegar a su dormitorio. Aunque durante esas semanas lo había ocupado su madre, seguía siendo su refugio cuando necesitaba pensar.

Llamó a la puerta, pero no hubo respuesta, así que entró.

La vio de espaldas, junto a la cama, quieta a la luz menguante del día. Apenas se veía nada y no había otra luz en la habitación que la de los últimos rayos del sol.

—He recogido todas las perlas y las ensartaré para hacer un collar para Jack.

Graeme se acercó y vio sus manos, que formaban un cuenco. Las tenía llenas de perlas de diferentes tamaños. No tenía ni idea de dónde las había sacado hasta que vio el vestido.

—¿Qué diablos ha pasado?

Kate no pareció sorprendida de verlo allí. Era posible que hubiera reconocido sus pasos, igual que él reconocía los suyos entre los de cualquier otra.

—Da igual. De todas formas, era demasiado para mí.

Graeme miró el vestido destrozado y sintió una furia poco común en él creciendo en su interior.

Le daba igual el vestido, pero odiaba la idea de que ella no se creyera merecedora de nada así.

—¿Quién ha sido? Dímelo.

Kate dejó las perlas en la cama, formando un pequeño montón y le acarició la cara, obligándolo a apartar la mirada de la seda desgarrada y a fijarla en ella.

—Sabes que no necesito vestidos, joyas ni cosas bonitas. Me pondré cualquier otra cosa y seré igual de feliz esta noche, porque todo lo que quiero está aquí, entre estas cuatro paredes.

Graeme tardó unos segundos en comprender sus palabras. Era la primera vez que no hablaba de dejarlo en cuanto la casa estuviera construida.

—Pero…

Kate no pareció haberlo escuchado. Se abrazó a él y comenzó a moverse ligeramente, como si bailara. Graeme apenas se atrevió a respirar. Se limitó a abrazarla también y a inspirar hondo, sin creer que aquello estuviera ocurriendo.

—Mientras te esperaba, he estado pensando en mi bonita casa, con sus rosas y sus ricas patatas. Y también he estado pensando en ese trato nuestro.

—¿Y qué has pensado, si puede saberse? —preguntó Graeme con voz grave.

Ella permaneció en silencio durante unos instantes. Seguía moviéndose, sin seguir un ritmo determinado. Al fondo seguía oyéndose el sonido del violín, alegre y chirriante, ahora acompañado por los músicos que había contratado.

—¿Por qué no me pediste simplemente que me casara contigo?

Graeme sonrió con incredulidad.

—Juraría que lo hice y que me rechazaste. Tuve que inventarme esa estupidez de pacto para que aceptaras casarte conmigo, señora Murray. Casi tuve que secuestrarte para llevarte al altar.

Ella hundió la cabeza contra su pecho, pero él pudo notar que reía.

—Fui una tonta al no darme cuenta de que todo era una trampa. Todo este tiempo he estado intentando convencerme a mí misma de que quería irme, pero es de sabios enmendar los errores, ¿no crees?

Graeme se separó para poder mirarla. Ya había anochecido, pero entraba algo de luz en la habitación procedente de las lámparas de aceite que habían colocado en el porche y alrededor de la casa.

—Espero que eso quiera decir que vas a quedarte conmigo para siempre…

Ella lo miró con aire desafiante.

—Solo mientras seamos felices.

Graeme se acercó hasta que sus labios se rozaron, aunque no llegó a besarla.

—Entonces, supongo que tendré que asegurarme de que seremos felices para siempre. Y no hay nada que me apetezca más que empezar ahora mismo.

—Por una vez, te pondré las cosas fáciles, amor mío.

Kate se puso de puntillas para completar el movimiento y besarlo.

Mucho más tarde, cuando los invitados ya habían abandonado la casa, felices y ebrios, cansados de bailar y de comer, Kate apoyó la espalda contra la puerta y suspiró.

—Recuérdame que no vuelva a organizar nada semejante jamás.

La señora Murray la miró con franca incomprensión.

—No entiendo por qué. Eres una anfitriona nata. Aunque hay cosas que podrías mejorar —añadió señalando su atuendo.

Kate se miró a sí misma. No había dado explicaciones acerca de por qué se había puesto uno de sus vestidos de diario en lugar del precioso vestido de seda, y no tenía intenciones de denunciar a

Deborah, que había desaparecido antes de comenzar la fiesta aduciendo un terrible dolor de cabeza.

—Un vestido solo es un vestido. Todo lo demás es lo que importa.

Martha apretó los labios en un gesto de obvio desacuerdo.

—No vamos a discutir acerca de una nimiedad cuando es evidente que mi hijo y tú por fin habéis entrado en razón. Al menos podré irme tranquila.

—¡No quiero que te vayas a tu castillo, abuelita!

Kate trató de detener a Jack, que se lanzó a abrazar a la señora Murray. Llevaba las trenzas despeinadas y tenía la cara embadurnada de mermelada, así que le manchó la falda al frotarse contra ella.

Para su sorpresa, la señora Murray se agachó para ponerse cara a cara con la niña.

—Antes de que te des cuenta, volveremos a vernos, pequeña. No te dará tiempo a echarme de menos.

Dos enormes lágrimas cayeron de los ojos de la niña.

—¿Me lo juras?

Martha le tomó la pequeña mano y se la llevó a su propio pecho.

—Soy tu abuelita, así que no puedo mentirte. Vendréis todos a visitarme y me haréis la mujer más feliz del mundo.

Kate sintió que se le llenaban los ojos de lágrimas.

—Parece que de pronto somos una enorme familia. ¿Qué te parece?

Miró a Graeme, que se había materializado a su lado de la nada, tan silencioso como siempre.

—Tu madre es muy amable con Jack.

Él le dio la mano y se apoyó a su lado.

—Nuestra hija se hace querer.

Kate dio un respingo.

—¿Nuestra hija? —preguntó con voz ahogada por la emoción.

—Es algo en lo que llevo pensando un tiempo, pero no lo haré si no quieres.

Kate miró a Jack, que planeaba con la señora Murray lo que harían en su futura visita a Edimburgo.

—Tendrás que preguntarle a ella.

—¿Y qué crees que dirá?

Ella sonrió y lo miró con amor.

—Graeme Murray, esa niña te adora y te ve como a un padre desde el día en que te conoció. La harás feliz cuando se lo digas.

Él asintió y la abrazó.

—¿Por cierto, crees que a Gertie le gustaría venir a conocer las montañas? He estado pensando que, cuando construyamos la casa, ella podría ocuparla, si lo desea. Siempre habla de lo mucho que la agota su trabajo y le vendría bien el aire fresco. Te aseguro que es una buena mujer, trabajadora y de fiar.

—¿Sigues empeñada en construir esa casa? Creía que habías te habías olvidado de eso y que ibas a quedarte aquí para siempre —dijo Graeme con un guiño burlón.

Ella chasqueó la lengua contra el paladar y le dio una palmada en el brazo.

—Jamás me olvidaré de ello. Esa casa es mi sueño. Aunque yo jamás viva en ella, será para Jack. O para Gertie, si ella quiere venir. Además, si no la construimos, perderé la concesión de la tierra, y me niego a pensarlo, con todo lo que me ha costado llegar hasta aquí.

A Graeme se le escapó una risa queda. No iba a discutir sobre aquello. El sueño de Kate era el suyo y le había jurado que la apoyaría.

—No sé si estos parajes están preparados para otra mujer como tú, amor mío.

Kate se ofendió hasta que comprendió que bromeaba.

—Recuerda que siempre estás a tiempo de echarte atrás de nuestro pacto.

—Para eso tendría que helarse el infierno, mi vida.

La tomó por la barbilla y la besó con suavidad. Kate suspiró y bajó la cabeza.

—Graeme…

—¿Sí?

—Había pensado que, ahora que Jack se ha recuperado casi del todo… —inspiró hondo y alzó la barbilla, casi desafiante—. Ya es hora de que me instale en el dormitorio principal, ¿no crees? Al fin y al cabo, estamos casados.

Él se tragó una sonrisa satisfecha. Llevaba semanas deseando aquello y sin saber cómo plantearlo.

—Estamos casados, en efecto —respondió, obligándose a permanecer serio.

Ella asintió, aliviada por haber soltado de una vez lo que deseaba.

—Entonces, ¿te parece buena idea?

Graeme le tomó el rostro entre las manos. Dejó que toda la felicidad que sentía aflorara a sus ojos.

—Podría ponerme a bailar ahora mismo.

Kate sonrió y lo abrazó con fuerza.

—¿Y qué te lo impide, señor Murray? Baila, canta, grita…

Él rio y dio un par de giros con ella entre sus brazos.

—¿Puedo tocar la gaita?

—No queremos espantar a todos los bichos vivientes de los alrededores, pero supongo que podemos hacer una excepción por una vez… —bromeó Kate, levantando la cara para que la besara.

XLIV

Querida Gertie,

Por fin se ha derretido la nieve alrededor de la casa y los caminos se han despejado lo suficiente como para que el correo pueda llegar y salir.

Las noticias se han acumulado por aquí, y creo que te gustará saber que nunca hemos sido tan felices.

Pero, antes de apabullarte con una riada de tonterías de mujer enamorada, tengo algo que proponerte. Muy pronto Graeme, Jack y yo viajaremos a Europa con su madre para acompañarla junto con su cocinera mientras se instala. ¿Recuerdas a aquella mujer del hotel, la que temblaba cada vez que Graeme respiraba? Resulta que no es tan cobarde como todos creíamos. La señora Murray le ofreció acompañarla a Edimburgo, aunque pensaba que la señora Robinson no aceptaría. Pero la sorprendió cuando le dijo que aquí ya no le quedaba nada y que ya es hora de volver a empezar a vivir.

Así que marcharemos todos en unas semanas.

Pasaremos allí un par de meses y regresaremos antes de que acabe el verano. Otto Heller se encargará del ganado, pero nos gustaría que te quedaras a cargo de la casa. Sé que te parecerá una locura, pero no hay nadie en quien confíe más que en ti para esta tarea. Además, si te gusta esto, y te aseguro que es todo lo que soñábamos cuando estábamos tan agotadas que no podíamos ni dormir, podrías plantearte instalarte cerca de aquí.

¿Puedes imaginártelo, Gertie?

Seremos vecinas y dueñas de nuestro destino, como siempre quisimos.

Espero que aceptes y nos veamos muy pronto…

AGRADECIMIENTOS

Doy las gracias, como siempre, a mis lectores.

A los que siempre han estado ahí. Y a los que lleguen. Gracias a todos.

He trabajado en esta historia durante años y es hora de soltarla.

Hasta la siguiente, tarde lo que tarde.